





EL CAPITAN

ROSSI

1



PQ7-297

.Z3

C3

1864

v. 1

C. 1

223c



1080024364

(93)

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. TAMP
"ALFONSO VALVERDE"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Núm. Clas.	N
Núm. Autor	223e
Núm. Adg.	2843
Procedencia	6-
Precio	
Fecha	
Clasificó	fy
Catalogo	

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITAN ROSSI.

NOVELA HISTORICA ORIGINAL



D. Niceto de Zamacois

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLES

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

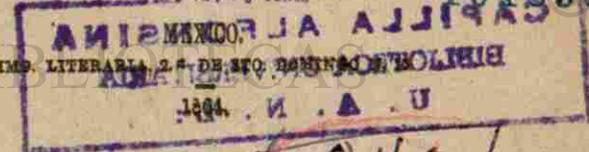
Segunda edición.

"ALFONSO RIVÉS"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Telles



101855

2843



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

A mi apreciable y distinguido amigo D. Francisco Men-
doza Cortina, diputado á córtes, y digno representante de
la provincia de Asturias, en prueba de gratitud y franca
amistad.

EL AUTOR.

U. A. N. L.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PQ 7297

- 23



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

A MI APRECIABLE

Y DISTINGUIDO AMIGO

D. FRANCISCO MENDOZA CORTINA.

DICATORIA QUE SIRVE DE INTRODUCCION.

A. V. que, como yo, ha vivido por espacio de algunos años en la emperatriz de las ciudades de la virgen-América; en la grandiosa capital de México; á V. que conoce las costumbres de aquel privilegiado país formado por Dios en la plenitud de su benevolencia; á V. que sin cesar elogia aquel fértil suelo, que ama como se ama en la ausencia á un amigo con quien hemos pasado las horas mas dulces de la vida, le dedico esta humilde produccion, pobre en mérito literario, pero rica por los recuerdos que en sus breves páginas encierra.

Tiempo hace que con aplauso general, se está publicando bajo el epigrafe de *Glorias Españolas*, una coleccion de novelas históricas, donde poniendo de relieve los grandes hechos de los héroes españoles, inflaman y conmueven el alma del lector, admiradora siempre de las virtudes que enaltecieron á los no-

002843

bles hijos de Wamba y de Pelayo, del Cid y de los Guzmanes.

Admirador de las brillantes páginas que ilustran nuestra España, yo, convencido del saludable influjo que ejercen en el pueblo las novelas históricas que le deleitan á la vez que le instruyen, busqué para que sirviera de campo de operaciones á los personajes de la mia, un punto que pudiera competir en recuerdos, con aquellos que han servido de teatro á los hechos mas notables de nuestros grandes hombres, y elegí la ciudad mas hermosa del Nuevo-Mundo. Elegí México, rico florón del continente americano, hermosa huri coronada de fragantes flores, muellemente reclinada en un delicioso valle cubierto de flotantes jardines ó *chinampas*, de pintorescos lagos, y de floríferas praderas, donde Hernán Cortés, el héroe mas grande que han conocido los siglos, penetrando con un puñado de valientes, colocó el estandarte de la Cruz sobre las ensangrentadas torres del *teocalli* en que los sacerdotes aztecas sacrificaban á sus dioses víctimas humanas.

¿No es una gloria española de imperecedera fama, una sublime epopeya de los hechos de nuestros mayores, ese Nuevo-Mundo que á costa de sangre y de sacrificios conquistamos para enriquecer á la ingrata Europa que nos paga con insultos el oro que de aquellas apartadas regiones saca?

Si; una gloria española es, y como gloria españo-

la he tomado por recinto en que obren los personajes de mi novela, el punto mas pintoresco de ese mismo mundo: la antigua Tenochtitlan, ciudad potente de los emperadores aztecas.

Yo que he recorrido paso á paso esos deliciosos sitios pisados por Moctezuma y Guatimoc, por Bernal Diaz y el intrépido Diego Ordaz; yo que conozco á palmos aquel exuberante y grato suelo, rico libro de eternos recuerdos, donde cada edificio, cada templo, cada acueducto, cada colegio, es una hoja sublime que forma el mas elocuente panegirico de la predileccion y cariño que los españoles dispensaron á ese nuevo Eden donde reina una continua primavera; yo que he estudiado por muchos años las costumbres de ese privilegiado pais; yo que conozco el carácter dulce, fino y hospitalario de sus ilustrados hijos; que me he identificado, por decirlo así, con ellos; que conozco la historia de sus vicisitudes, y que amo aquel suelo casi tanto como mi patria, me he propuesto trazar con toda verdad, el largo periodo en que comienzan sus vicisitudes políticas y que tienen relacion con la historia de España.

La exacta narracion de los hechos que me propongo describir, empieza en la misma calle en que, hasta hace pocos años, se veia abierta la ancha zanja llamada el *Salto de Alvarado*, que este intrépido guerrero, uno de los mas distinguidos de Hernán

Cortés, salvó, apoyándose en su lanza, en aquella fatal jornada conocida por *La noche triste*.

Entre los pasajes históricos en que abunda mi novela, se encuentra uno conocido de muy pocos. Este pasaje es la famosa expedición de Barradas, compuesta de 2,500 españoles enviados en 1829 para reconquistar aquella preciosa perla poseida por tres centurias, y desprendida en 1821 de la corona de nuestros reyes.

Cuanto digo de ella y de los hechos de armas á que dió lugar en Los Corchos, en Altamira y en la barra de Tampico, no es mas que la relacion exacta de los acontecimientos.

Pero no solamente me he concretado á escribir una novela histórica. He querido tambien dar á conocer á mis compatriotas aquel hermoso pais donde existen nuestras mismas costumbres, nuestro idioma y nuestra misma religion. Animado por esta idea, me he detenido á describir sus sitios mas notables, como la grandiosa laguna de Chapala y el magnifico bosque de Chapultepec, lleno de recuerdos y de misterios, donde se levantan excelsos, robustos y lozanos, aquellos ahuehuetes que cubren con su ramaje la alberca en que se bañaron las seductoras indias del harem de Moctezuma.

Del centro de tan majestuosos sitios trasportaré al lector al paseo de Santa Anita, Ixtacalco y Xochimilco: allí, embarcados en las pintadas chalupas

de los sencillos indios recorrerémos las pintorescas *chinampas* ó jardines flotantes cubiertos de verdura y de matizadas flores: verá las chozas de los indios escondidas entre el verde ramaje, como otros tantos nidos de palomas: escuchará las animadoras y populares sonatas del Butaquito, Jarabe, Parreño, Palomo y Pasadita, tocadas en el arpa, bajo, y flauta, por la gente del bajo pueblo que marcha de México á divertirse: oirá los gritos del vendedor del pulque; los picantes y graciosos dichos del arrogante *lépero*; * presenciará sus pependenciaa; examinará sus trajes; conocerá, en una palabra, aquel pueblo original que participa de la fisonomía del nuestro, y con el cual nos unen lazos de sangre, de idioma y de religion.

Tal es el objeto que me he propuesto desempeñar al escribir la novela histórica que tengo la honra de dedicar á V. como prueba del distinguido aprecio que le consagra su franco y leal amigo.

Madrid 9 de Junio de 1859.—NICETO DE ZAMACOIS.

* *Lépero*, palabra aplicada á la gente del bajo pueblo cuyo modo de vivir se ignora; y cuyo valor personal es indisputable, sobre todo manejando el puñal.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

CAPITULO I.

Situación en que se encontraba México en la época en que da principio nuestra historia.

Hacia siete años que México se había emancipado de España. Sus hijos, después de haber ensayado diversos sistemas políticos, llegaron á formar dos bandos compactos que se hacían una guerra á muerte.

Estos dos bandos eran el liberal exaltado y el moderado. Aquel denominado *yorkino*, y este *escoces*.

Uno y otro celebraban sus reuniones masónicas, y tenían reservados edificios llamados logias, en que trataban, con el mayor misterio, de los negocios políticos, poniendo en juego todos los medios que consideraban eficaces para el triunfo de sus ideas.

Los yorkinos acensaban al partido contrario de estar en connivencia con los españoles para hacer volver al país á la obediencia de su antigua metrópoli, mientras los escoceses acusaban á los contrarios de impíos, intolerantes y enemigos de todo orden social.

A quién se inclinara la mayoría de la nación, fácil es adivinarlo. El país acababa de sacudir su larga dependencia, y miraba con horror todo aquello que pudiese inspirar la menor sospecha de volver al pasado régimen. En consecuencia, las logias de York adquirieron tal preponderancia desde el instante en que se plantearon por Poinsett, ministro de los Estados-Unidos en México, que todo el mundo preveía el daño que de ella debía resultar á los pacíficos españoles radicados en aquel suelo, á quienes atribuían los yorkinos todos los trastornos con que se agitaba el país.

Verdad es que el partido escocés no abrigaba las ideas que sus contrarios le suponían; pues si cierto es que no estaba por la expulsión de los españoles, también lo era que amaba la independencia de su nación con el mismo ardor que sus enemigos políticos.

Los insultos que uno y otro partido se prodigaban, ya de palabra, ya por la prensa, y no pocas veces recurriendo á las armas, habían recrudecido de tal manera los ánimos, que ambos esperaban con ansia el momento oportuno para ventilar en el campo de batalla los destinos de la patria.

Los yorkinos, creyendo de buena fé que los españoles trabajaban en secreto porque México volviera al poder de España, habían resuelto arrojarlos del país temiendo su influencia. Los escoceses, que no veían en ellos mas que hombres laboriosos, ricos, honrados, útiles al país y extraños á la política, se propusieron lo contrario.

Por desgracia de nuestros compatriotas, estaba demasiado reciente un hecho que daba fuerza á la desconfianza de los liberales exaltados, y este hecho era el siguiente.

Dos imprudentes religiosos españoles, Fr. Francisco Martínez y Fr. Joaquín Arenas, dieguino éste, y domínico aquel, juzgaron facilísimo, viendo el malestar á que habían llevado las revoluciones á los pueblos, hacer volver á los mexicanos á su antigua obediencia.

cia hácia la España, y proyectaron al efecto, sin que los españoles tuvieran noticia de aquel descabellado plan, ganar á varios jefes del ejército mexicano á quienes creían adictos al gobierno español. Seducidos con las lisonjeras esperanzas que habian concebido, solicitó Fr. Joaquín Arenas en Enero de 1827, tener una entrevista con D. Ignacio Mora, que era el comandante general de México, y habiéndola conseguido, le expuso sin rebozo el plan proyectado. Mora fingió participar de las ideas del religioso, y le citó para otra entrevista, manifestando que deseaba que esplayase mas su plan; pero en cuanto se separaron dió parte al presidente y á los ministros de todo lo ocurrido. El gobierno, alarmado con esta noticia, hizo que se escondieran en el sitio de la conferencia algunas personas, poco antes de la cita, para que sirviesen de testigos. Fr. Joaquín Arenas fué puntual, y no bien expuso su proyecto, cuando salieron los que ocultos estaban y lo redujeron á prisión, así como á Fr. Francisco Martínez.

Pronto se vió que aquel descabellado plan no tenía ramificación ninguna; pero el pueblo creyó lo contrario, y en consecuencia, los dos

religiosos fueron fusilados; Fr. Francisco Martínez en la capital, y Fr. Joaquín Arenas cerca del bosque de Chapultepec.

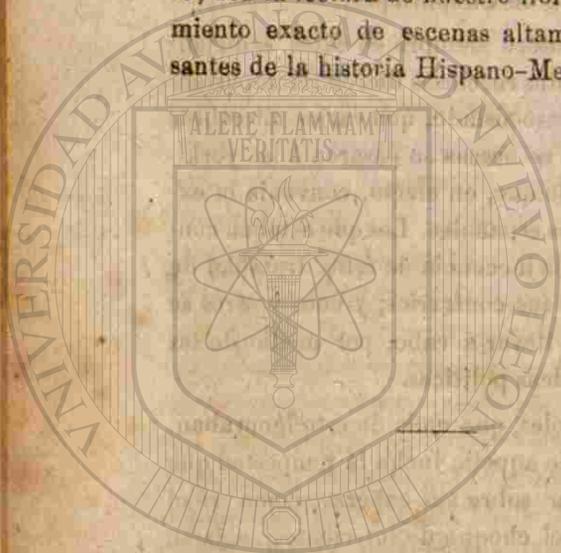
Como acontece siempre en casos semejantes, los espíritus recelosos dieron tal importancia á aquel caso aislado, que varios miembros de las logias escocesas se pasaron á las yorkinas, creyendo que, en efecto, convenia la expulsion de los españoles. Los que estaban convencidos de la inocencia de éstos, trataban de visionarios á sus contrarios; y unos y otros se propusieron llevar á cabo, por medio de las armas, sus ideas políticas.

Los españoles, que nada de esto ignoraban, veian salir de aquella lucha la tempestad que debia estallar sobre sus cabezas, como vé el navegante del choque de los vientos, alzarse la tormenta que le sepultará en el abismo de los mares.

Tal era, en breves palabras, la comprometida posicion en que se encontraban nuestros compatriotas y la nacion mexicana, en los momentos en que principia nuestra novela.

Procurarémos, pues, relatar los hechos históricos, con la imparcialidad que á escritores

honrados corresponde, para que el lector, lejos de perder un tiempo inapreciable, adquiera, con la lectura de nuestro libro, el conocimiento exacto de escenas altamente interesantes de la historia Hispano-Mexicana.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO II.

Amor y deber.

Era la noche del 1° de Diciembre de 1828. La grandiosa capital del antiguo imperio azteca, la ciudad de las ciudades del Nuevo-Mundo, yacia entregada al dulce reposo que sucede á la agitacion, bullicio y movimiento del dia. El mas profundo silencio y la mas tranquila calma reinaban por todas partes.

El cielo presentaba ese aspecto encantador propio de la vírgen América; cielo diamantino y diáfano, donde á torrentes nada la luz de mil colores, prestando miríficos matices á los cándidos celajes bordados de fulgurantes astros que, cual otros tantos ojos de la Providencia velaban la creacion.

Una mujer, hermosa como el recuerdo del primer amor, contemplaba desde su baja ventana que daba á la solitaria plazuela de San

Fernando, aquella azulada bóveda tachonada de cintilantes estrellas, y fijaba por último sus grandes y rasgados ojos, en una nubecilla negra, casi imperceptible que se descubria en el horizonte.

Embebecida con mil ideas melancólicas, no acertaba á apartar la vista de aquel punto oscuro del cielo, que iba cobrando por momentos gigantescas y amenazantes proporciones. Las bellezas que ostentaba el universo, dejaron de ocupar su preocupada imaginación: aquella imperceptible nubecilla descoria á su vista una historia de dolorosas páginas que deseaba y temia leer á la vez: quiso por un momento apartar los ojos de ella, pero no pudo: una fuerza secreta, un impulso irresistible, la obligaba á tener fija la vista en aquel centro de atracción, en que, á pesar suyo, giraban sus ideas en un círculo de pasadas venturas y de presentes sinsabores.

¡Incomprensibles arcanos del corazón humano! ¿Por qué en esa terrible lucha de dos deseos encontrados que combaten al hombre desdichado, triunfan las ideas que vivifican y fomentan los recuerdos que enlutan su existencia? No está á nuestro alcance la solución

de este misterio. Solo sabemos que para el alma que padece, las ajenas alegrías son un tormento, y que solo encuentra placer con los objetos que están en relación con su amargura. El desgraciado que sufre en la tierra, busca la soledad, porque la tristeza es el alimento que está en consonancia con su espíritu. Quisiera desterrar del pecho la dulce melancolía que le mata, y sin embargo, busca aquellos sitios mas retirados que están en armonía con su existencia, porque parece que responden con ternura á los suspiros que exhala el alma, y que el mundo mira con insultante sonrisa.

La nube que absorbía toda la atención de la melancólica mujer que nos ocupa, se iba extendiendo rápidamente como un paño mortuorio sobre la capital conquistada en 1521 por Hernán Cortés, uno de los capitanes mas célebres que ha producido el mundo.

Las mil lámparas del cielo que hasta entonces se ostentaban llenas de luz, empezaban á ocultar sus plateados resplandores detrás de unos espesos nubarrones cenicientos y negros que se agolpaban y se sucedían unos á otros, como se agolpan y se suceden las desventu-

ras cuando vienen á oscurecer y destruir la tranquilidad del corazon del hombre.

Poco á poco el cielo se fué encapotando, y de rato en rato se veía la luz del relámpago, y se escuchaba el ruido del lejano trueno anunciando una próxima tempestad.

La calle en que empieza nuestra historia se encuentra colocada en lo mas retirado de México, por medio de la cual se extiende magestuoso el hermoso acueducto que surte de excelente agua á la poblacion. Calle pintoresca, rodeada de jardines y de flores, embalsamada por las perfumadas anras de Chapultepec y de San Cosme: llena de recuerdos históricos, donde hasta hace poco se descubria abierta la ancha zanja que, apoyado en su lanza, salvó el intrépido Alvarado, uno de los capitanes mas valientes de Cortés, en la memorable jornada conocida por *la noche triste*.

De repente todas las estrellas fueron extinguiendo su luz hasta ocultarse del todo detrás de los negros nubarrones, como se extingue la vista del moribundo hasta que sus ojos se ocultan detrás de los frios párpados que se cierran por toda una eternidad.

Aquella calle siempre tan animada, en esa

noche presentaba un aspecto sombrío, que lo hacia mas imponente el ruido causado por las pisadas de una que otra persona que atravesaba rápidamente para llegar á su casa antes de que la tempestad se desencadenara.

—¡Hé aquí la exacta copia de lo que duran las dichas de la tierra!—exclamó la jóven de la ventana, al ver ocultarse el último astro del firmamento. —¡Todo parece bajo la terrible huella del tiempo, que impulsado por Dios, jamas detiene su carrera!

Y al terminar estas palabras, un suspiro comprimido exhaló su alma.

Ocupada su mente con los recuerdos pasados, apenas tuvo tiempo para fijar sus negros ojos en el bulto de un hombre que, bajo uno de los arcos del acueducto, embozado en su capa y reclinado en el arco, hacia mas de una hora que la contemplaba de hito en hito, sin apartar de ella la vista, ni perder el mas ligero de sus movimientos.

Inmóvil, cual si una estatua fuera, aquel hombre parecia desafiar la tempestad.

Era el génio de las sombras velando el reposo de las tumbas.

Semejante á una de esas esculturas roma-

nas que parecen cuidar las obras grandiosas de las pasadas generaciones, aquel hombre permanecía mudo y quieto, adherido al arco del sólido aeneducto.

Ni una palabra, ni un paso, ni un suspiro daba aquel solitario personaje; y á no ser porque de vez en cuando se quitaba su sombrero de anchas alas, llamado en el país *jarano*, para refrescar sin duda las ideas que bullian en su mente, ninguno al pasar por su lado le hubiera tomado por persona viviente.

Imposible es descubrir claramente sus facciones; pero por lo que á la luz que vierten los continuos relámpagos se ha podido ver de ellas, su fisonomía es en extremo expresiva y varonil; su frente despejada y espaciosa, aguilena la nariz, pero fina y proporcionada como la de esas naturalezas privilegiadas que rennen á una extremada ternura una fuerza fabulosa; un largo y fino bigote realzaba el bello corte de una boca regular, adornada de encendidos y delgados labios: su cabello finísimo y negro, peinado con suma gracia, dejaba ver una cabeza griega y perfecta; y su faz, de un pálido interesante, realzaba la viveza de sus grandes ojos negros que revelaban audacia,

sufrimiento y valor. Nada podemos decir del traje que vestia, porque la hermosa capa en que estaba embozado, solo permitia ver el pantalon, que era de riquísimo paño negro, y una bota de lustroso charol.

—¡Ni aun siquiera se ha dignado mirarme! ¡pero ella es tan desgraciada como yo!

Exclamó el hombre de la capa, sin que su voz llegase á traspasar el espacio que formaba el arco bajo el cual estaba apoyado.

Y volvió á quedar inmóvil, sin apartar los ojos de la mujer que permanecía en la ventana.

La tempestad en tanto habia ido en aumento, y el agua empezaba á caer con indecible fuerza, azotando las vidrieras de los balcones.

Las campanas de la sólida torre de S. Fernando dejaban oír su siniestro zumbido, causado por las corrientes de aire que pasaban silbando, arrastrando tras sí torrentes de agua, iluminada con los mil relámpagos que cruzaban por la esfera, como sierpes de fuego que preceden al terrífico trueno al estallar el rayo. Al empuje violento de aquel terrible huracán, los árboles inclinaban sus copas hasta besar el suelo, y las agoreras lechuzas, sacudiendo sus

blancas alas, buscaban un lugar donde guarecerse en los agujeros mas recónditos del elevado campanario.

Nadie transitaba ya por la lúgubre calle; y la triste mujer que hasta entonces habia permanecido en la ventana entregada á sus profundas reflexiones, se estremeció de espanto y se santiguó al herir sus ojos el deslumbrante resplandor de un relámpago. Otro mas violento y fuerte le sucedió en el acto, acompañado de la explosion producida por un rayo que llegó á derribar la cruz que enfrente al atrio del convento estaba. La jóven, asustada y llena de terror, cerró de golpe la vidriera, y corrió apresurada hácia el cuarto contiguo, en que dormia un niño de año y medio, cuidado por una antigua criada. La jóven madre se inclinó sobre el lecho, acercó sus maternales labios al apreciable rostro del hijo de sus entrañas, y grabó sobre su graciosa boca uno de esos besos de inefable ternura que envuelven una historia de pasados temores y presentes alegrías; uno de esos misterios incomprendibles del alma, reservados á los padres cuando ven libres de un riesgo, que juzgaran inminente, al ángel á quien han dado la vida.

La plazuela de S. Fernando estaba convertida en un inmenso lago.

Todas las puertas de las casas se encontraban cerradas, y no se divisaba en medio de la oscuridad que reinaba por todas partes otra luz, que la arrojada por el mezquino farol colocado en la esquina de la plazuela, la de los relámpagos y la que se descubria al través de la vidriera que acababa de cerrar la heroína de nuestra historia.

Solo el embozado permanecia quieto en el mismo lugar, sin cuidarse de los elementos, mirando siempre hácia la vidriera, como en espera de que la volviesen á abrir.

—¡En vano esperol—volvió á murmurar, dejando ver en su rostro una señal de impaciencia.—Desde que se unió á ese hombre que ha labrado mi desgracia, no tiene la cruel ni una mirada de compasion para mí.

Y su pecho se oprimió con el peso de un recuerdo que reflejó en sus ojos toda la amargura del corazon.

—¡Ni la criada parece—añadió el misterioso amante despues de un rato de silencio.—Hace bien: este es el mundo, ¿quién se interesa

por los desgraciados?... El egoismo domina la sociedad en que vivimos; y el egoismo solo engendra crueldad, indiferencia hácia todos los que nada pueden darnos: hácia todos los que necesitan de nosotros.

Y como si aquel pensamiento le abrumase, dejó caer la cabeza sobre el pecho; llevó la mano á la barba; fijó los ojos en el suelo con esa mirada vaga que en nada se fija, que no se aparta de un objeto, y que sin embargo no pone la atención en él, ni lo vé tal vez.

Pero si su vista permanecía inmóvil, no así su pensamiento.

Aquel hombre mantenía una lucha terrible dentro de su corazón; la del amor y el deber.

Dotado de una alma noble y generosa, dispuesta á todas las virtudes, nuestro personaje hubiera soportado sin quejarse, la suerte penosa á que le habia condenado el destino, robándole el objeto de su amor, si en la mujer que amaba hubiese creído encontrar siquiera una de esas miradas de compasión que embalsaman la existencia de los amantes: una de esas miradas de indefinible ternura en que nos dice la mujer: *mi corazón es tuyo, pero mi deber me aleja de tí.*

Pero muy lejos de esto, nuestro desventurado amante, solo creía alcanzar desdenes y desprecios. Parecíale, y muy particularmente aquella noche, haber descubierto en la mujer que amaba, mayor empeño en manifestar indiferencia, marcado afán por alejarle de aquel sitio.

Esta reflexión le hizo salir de su estado de abatimiento: su entrecejo se replegó sobre su frente con una expresión terrible: contrajéronse todas sus facciones que perdían ó aumentaban su severidad, á medida que cedían ó imperaban las ideas que dominaban su pensamiento.

De repente se le vió hacer un esfuerzo para salir de aquel estado de duda insoportable, y en su fisonomía se pintó un aire de resolución irrevocable.

— ¡Salgamos de este infierno!

Exclamó por fin con acento decisivo. Y al pronunciar estas palabras, cruzó el espacio que le separaba de la ventana en que habia tenido fijos sus ojos; detúvose debajo del farol cuya opaca luz apenas podia traspasar los vidrios empañados por el agua; sacó de la cartera un papel y un lápiz; trazó algunas pala-

bras; se dirigió á la ventana que se abrió á un fuerte impulso que hizo; arrojó por ella el papel que acababa de escribir; murmuró algunas palabras de amargura; y se alejó tomando el camino del centro de la ciudad, perdiéndose á poco entre las sombras del acueducto que, en aquella época, se prolongaba hasta la esquina de la calle de la Mariscala.

Poco despues calmó la tempestad su furia; y las espesas nubes caminando rápidas hácia el horizonte, dejaron ver un cielo cubierto de estrellas.

Trascurridos algunos instantes, la mujer que habia corrido á la alcoba en que dormía el hijo de su corazon, volvió á abrir la ventana; contempló extática el limpio azul del cielo, dirigió luego la vista hácia el arco del acueducto, y al ver que no estaba, volvió á fijar en el cielo sus hermosos ojos humedecidos por dos lágrimas que descendieron suavemente por sus mejillas.

—¡Pobre Miguel! Se ha ido tal vez acensándome de indiferente y despiadada. ¡Indiferente!... ¡Ah!... pluguiese al cielo que lo fuera; pero por desgracia mi corazon le a...

Y como asustada de la palabra que invo-

luntariamente se habia asomado á sus labios, se estremeció violentamente; detuvo su pensamiento; meditó en los deberes que le imponian la religion y la sociedad; y exhalando un suspiro que envolvía una historia de recuerdos, se quedó abatida; pero con esa dulce resignacion de los mártires que posponen todos sus sentimientos á los salvadores preceptos de la consoladora religion.

—¡Soy madre y esposa!

Exclamó por fin. Y escusada con estas palabras que revestian su alma de una energía superior á las debilidades humanas, trató de desalojar de su último atrincheramiento la memoria de un hombre á quien no podia corresponder, sin cubrir de infamia los dos nombres que habian pronunciado sus labios.

—¡Pensamiento sublime! Recurso poderoso con el cual se hace invulnerable á todo sentimiento bastardo el corazon de la mujer! ¿Qué pasión, qué afecto, qué interes, no es capaz de sacrificar una madre cuando se trata de la honra, del porvenir, del buen nombre de sus hijos?

Tanto cuanto tiene de débil la mujer en el

orden físico, tiene de fuerte, de invensible en el orden moral.

Nadie es capaz de llevar la abnegación á un grado tan alto, tan completo, tan absoluto, como esa hermosa mitad del género humano á quien el hombre calumnia por costumbre, á quien el hombre no hace justicia, porque tenemos demasiado amor propio para confesar esa superioridad que en ella reconocemos.

Nuestra heroína, encastillada en su última idea, no pensó ya en el mortal por quien sintió el primer amor; pero como si el recuerdo que le imponía el deber de madre y de esposa no fuese bastante, buscó en lontananza algún objeto que parecía esperar inquieta, y dejó escapar estas palabras.

—¡Mucho tarda Enrique!

El ruido producido en aquel instante por un coche que se dejó ver de repente en el fondo de la calle, llamó su atención.

Un rayo de esperanza brilló en la expresiva mirada de la hermosa que no apartaba la vista del carruaje. La jóven, al reconocerlo, exclamó trasportada de gozo:

—¡El es!

En seguida cerró de golpe la ventana, y dirigiéndose á la criada que cuidaba del niño en la pieza contigua, añadió:

—Abre la puerta de la calle, Juana, que ahí llega Enrique.

La criada obedeció, y abrió la puerta, á la vez que desmontaba del coche un arrogante jóven, elegantemente vestido.

—¿Está Luisa?

Preguntó el nuevo personaje, penetrando en el zaguán.

—Sí, señor: ahí está.

Contestó la criada.

—¿Sola?

—Sola.

—¿No está su esposo?

—No señor.

—Poco celoso debe ser.

Murmuró en voz imperceptible el arrogante jóven al ir á poner el pié en el zaguán; pero el cocheero le atajó el paso preguntándole.

—¿Espero, ó me voy?

—Espera.

—Está muy bien, señor amo.

El hombre entró ya sin detenerse donde

se encontraba la joven que había permanecido esperando toda la noche.

La criada que abrió la puerta, en vez de volverla á cerrar, se quedó en el dintel mirando hácia el arco del acueducto en que poco antes había estado embocado.

—Sin duda se ha cansado de esperar.

Dijo la criada viendo que no estaba el misterioso personaje.

En seguida cerró de golpe la puerta.

El viento siguió silbando aunque con menos fuerza.

La luz del farol continuó alumbrando débilmente la plazuela.

Y el auriga que había vuelto á montar en una de las mulas, permanecía quieto, embocado en su capote azul, en espera del personaje que había entrado en la casa.

CAPITULO III.

Una visita.

El hombre á quien la criada había abierto la puerta, y que acababa de entrar en la casa, era de arrogante porte, de finos modales, de gallarda presencia y de amena conversacion.

Llevaba entonces un frac azul con boton dorado, pantalon negro de finísimo paño, corbata de raso que remataba en un gracioso lazo; chaleco de terciopelo ricamente bordado, guantes blancos de exquisita cabritilla, y flamantes botas de lustroso charol.

Su fisonomía era simpática, y aunque examinadas separadamente sus facciones no podían calificarse de perfectas, presentaban, al primer golpe de vista, ese agradable conjunto

se encontraba la joven que había permanecido esperando toda la noche.

La criada que abrió la puerta, en vez de volverla á cerrar, se quedó en el dintel mirando hácia el arco del acueducto en que poco antes había estado embozado.

—Sin duda se ha cansado de esperar.

Dijo la criada viendo que no estaba el misterioso personaje.

En seguida cerró de golpe la puerta.

El viento siguió silbando aunque con menos fuerza.

La luz del farol continuó alumbrando débilmente la plazuela.

Y el auriga que había vuelto á montar en una de las mulas, permanecía quieto, embozado en su capote azul, en espera del personaje que había entrado en la casa.

CAPITULO III.

Una visita.

El hombre á quien la criada había abierto la puerta, y que acababa de entrar en la casa, era de arrogante porte, de finos modales, de gallarda presencia y de amena conversacion.

Llevaba entonces un frac azul con boton dorado, pantalon negro de finísimo paño, corbata de raso que remataba en un gracioso lazo; chaleco de terciopelo ricamente bordado, guantes blancos de exquisita cabritilla, y flamantes botas de lustroso charol.

Su fisonomía era simpática, y aunque examinadas separadamente sus facciones no podían calificarse de perfectas, presentaban, al primer golpe de vista, ese agradable conjunto

que suele arrancarnos estas palabras: *es un buen mozo.*

La hermosa que le habia estado esperando, era por el contrario, perfecto tipo de esa mezcla de la raza española y mexicana; tipo en que se compendian todas las gracias, todos los atractivos, toda la ternura con que la naturaleza ha dotado á la mujer.

Las embalsamadas auras de América habian comunicado á sus delicadas facciones su dulzura, su suavidad y su agradable frescura; la flor del granado y las rosas de los pensiles de Anáhuac llevaron á sus rientes labios el nacarado tinte de sus perfumadas hojas; y el bello sol de México habia bañado su finísimo cutis y sus purpúreas mejillas, desliendo dudosamente de sus celajes ese purísimo color que participa del lirio y de la rosa, imperceptiblemente moreno, el mas seductor, el mas delicado, el mas expresivo de todos los colores. Su frente despejada y limpia como el cielo de su patria, era el espejo donde se reflejaba el talento de una imaginacion privilegiada. Sus negros ojos, velados por luengas y sedosas pestañas, los fieles intérpretes que enviaban en una de esas indefinibles miradas

que nos fascinan, que embriagan y conmueven, toda la pureza de una alma sin mancilla; y su poética y seductora cabeza, velada por una abundante, negra y ondulosa cabellera que realizaba el delicado contorno de su ovalado semblante, indicaba la dulce afabilidad, la ternura y el cariño de los ángeles.

En perfecta armonía con las delicadas formas de su hechicero rostro, se encontraba su airoso cuerpo esbelto y flexible como la palmera, ligero y gracioso como el de Diana. Una bata airosa, amplia, de gasa blanca, ceñida á la cintura con una cinta ancha azul celeste, envolvía su vaporoso talle, realizando las gracias de su bello contorno, como los diáfanos celajes la misteriosa faz de la plateada luna.

La edad de esta seductora mujer que resumía en sí sola todos los atractivos con que han revestido los poetas á las huris y á las ondinas, seria como de 18 años; la del jóven no debía pasar de los 27 ni bajar de los 25.

—¡Hermana mía! . . . ¡querida Luisa!

Dijo Enrique al entrar en la pieza en que le esperaba la jóven, y abrazándola con el afecto mas tierno.

—¡Ah!... ¿eres tú, hermano mío? ¡Cuán feliz soy ahora! Temí que la tempestad me privase de tu visita.

—¡Y Fernando!

Pregantó Enrique con ansiedad, cogiendo entre sus manos las de su querida hermana.

—Ha salido.

—¡También esta noche!

Exclamó el jóven con extraño acento, dejando ver en su rostro un gesto de disgusto.

—Ya te he dicho varias veces—dijo Luisa, sin advertir aquel cambio en la fisonomía de su hermano—que me deja en cuanto suena el toque de ánimas, y que vuelve á la una, sin que hasta ahora me haya querido decir el sitio á dónde vá, ni la causa que le obliga á obrar de esta manera.

—No sé qué pensar de su extraña conducta.

Pronunció Enrique fijando los ojos en el suelo con aire pensativo.

—¿Qué te pasa, hermano mío?

Y Luisa se acercó con cariñosa curiosidad á su hermano, é inclinó su hechicera cabeza sobre su hombro.

—Que dudo de la fidelidad de tu esposo.

La jóven se estremeció como el tímido cervatillo al rugido del león; alzó la cabeza como si despertase de un profundo sueño, y dejó ver en la expresion de su mirada, la inquietud y la ansiedad mas intensas.

—¿Qué estás diciendo Enrique?

Y Luisa fijó los ojos en los labios de su hermano, como si necesitase ver el movimiento de ellos para convencerse de lo que sus oídos escuchaban.

—Digo que dudo de su fidelidad; que en vez de corresponder al sacrificio que hiciste de unirse á él por acatar el mandato de un padre moribundo, te ofende y te desprecia; que cuando debiera hacerte olvidar la memoria de un hombre que era tu existencia, prodigándote todas las atenciones á que por tu virtud eres acreedora, abusa de tu debilidad y te abandona; que su conducta es injustificable; y en fin, que abrigo vehementes sospechas de que su cariño pertenece á otra mujer por quien te olvida.

Mientras Enrique se expresaba de esta manera, exaltado de noble indignacion, Luisa le miraba sin perder el mas leve de sus movimientos. En los rostros de ambos herma-

nos se marcaban las distintas afecciones de que en aquel instante estaban dominados. Mientras Enrique movía los brazos con violencia, Luisa los tenía lánguidamente cruzados sobre el pecho como el reo que acaba de escuchar su sentencia: cuando el primero, plegando el entrecejo, enviaba una de esas miradas terribles, amenazadoras, la segunda fijaba sus bellísimos ojos en el retrato de su finado padre, colgado en la pared, como aquel que resignado sacrifica sus aspiraciones en aras del amor filial. Las facciones del uno reflejaban la indómita fiera, el corazón del hombre que no puede supeditar los sentimientos que le hieren, que le desgarran: las de la otra indicaban la fuerza de voluntad del sexo hermoso, vinculado en la abnegación, en el sufrimiento interno, en la resignación. Enrique personificaba el valor del hombre: era el San Miguel amenazando con su espada al ángel rebelde; Luisa representaba el amor de la mujer; era Virgen que sufría sin quejarse al pie de la cruz, todos los tormentos, todos los pesares.

Enrique se detuvo de repente en medio de la estancia; bajó la vista al suelo con aire re-

flexivo; inclinó su frente en el dorso de la mano derecha, cuyo codo se apoyaba en la palma de la izquierda; ocultó el labio inferior entre sus dientes, oprimiéndole con fuerza, y permaneció así un instante ocupado en serias reflexiones. A poco sus ojos se inflamaron, su pecho se oprimió con violencia, levantó la cabeza, y exclamó con acento terrible.

—¡Ese hombre te ofende: ese hombre te olvida!

Luisa palideció al sonido de aquellas funestas palabras; pero sin embargo, quiso cerrar su alma á la sospecha, y respondió con el acento del dolor.

—No.... no.... eso es imposible... porque eso sería una infamia!

Y sus ojos buscaron en los de su hermano una respuesta que la afirmase en su creencia. Verdad es que no amaba á su esposo, porque, como Enrique había dicho, el ruego de un padre moribundo formó aquel matrimonio; pero por eso mismo se creyó con mas derecho á su fidelidad. Había sacrificado por unirse á él todas sus ilusiones, sus mas risueñas esperanzas: había renunciado por él al cariño del hombre que había hecho latir su corazón de

amor; que todos las noches permanecía debajo del arco del acueducto embozado en su capa sin apartar la vista de ella; y aquello, en su concepto, merecía otra recompensa que la traición y el desprecio.

Enrique, que cuanto mas meditaba en la extraña conducta de Fernando, creía encontrar mayores pruebas de su infidelidad, observó:

—De otra manera, ¿cómo se explica el que te abandone en una noche como esta, en que se teme un pronunciamiento que inunde de sangre las calles de la capital?

—¿Será posible? . . . ¿se espera una revolución? . . .

Dijo sobresaltada y llena de espanto la hermosa joven.

—De un momento á otro.

—¡Dios mío!

—Los yorkinos se han apoderado ya de la Acordada en que el gobierno tenía un gran depósito de cañones y de municiones, y se disponen al ataque.

—¿Y cuál es su plan?

—La expulsión de los españoles.

—¿Pero estás seguro de que será esta noche el pronunciamiento?

—No te puedo decir otra cosa sino que me he encontrado con varios grupos de gente del bajo pueblo, armada, que se dirigía al sitio que de nombrar acabo.

—¿Y Fernando fuera de casa!

Pronunció afligida Luisa, sin acordarse ya de otra cosa que del peligro en que creía á su esposo.

—Ya veis si tengo motivos para dudar de su conducta.

—Pensemos en su peligro, no en sus ofensas,—advirtió la digna esposa;—su vida me importa mas que mi felicidad, porque de ella estriba la ventura de mi hijo.

Enrique estrechó la mano de su hermana impulsado por ese sentimiento puro que nos inspira la virtud.

—¡Cuán buena eres, Luisa!—añadió en seguida acercándola á sus labios.—¡Tu alma es la de un ángel cuya ternura está muy lejos de apreciar en su justo valor el ingrato esposo que te abandona.

Luisa dirigió á Enrique una mirada suplicatoria en que le rogaba no le hablase de un

2843

asunto que rasgaba su corazón. El joven comprendió lo que de él se exigía, y admiró más y más los nobles sentimientos de su querida hermana.

—Está bien—la dijo—no hablaré más de mis sospechas. Pero no te dejaré hasta que no vuelva Fernando, porque no es prudente que permanezcas sola en una noche en que pueden ocurrir desgracias.

—¡Ah! . . . —exclamó Luisa con la más honda efusión de gratitud.—Tú eres la única persona que se interesa por mi felicidad!

—No solo yo, hermana mía; hay también otra persona que solo piensa en tu ventura.

—¿Quién?

Preguntó la joven con sencillez.

—Miguel.

Luisa sintió agolparse á sus mejillas toda la sangre del corazón. Enrique continuó.

—Sí; Miguel que es tan desgraciado y tan noble como tú.

—¿Por qué poner el dedo—dijo la joven con tristeza—sobre la viva herida que nunca se cerrará! . . .

—¿Nunca!

—Nunca. ¡Si yo hubiese seguido tus consejos! . . . pero ya no hay remedio.

—¡Pobre Luisa!

Pensó interiormente Enrique, contemplando á su triste hermana en cuyos ojos empezaban á brillar algunas lágrimas. Y ambos quedaron en silencio por largo espacio, hasta que Enrique añadió:

—¿Y ha venido esta noche?

—Como siempre.

—¿A pesar de los riesgos á que se exponía?

—¿Riesgos?

Interrumpió asustada Luisa, como si le viese amenazado de ellos en aquel instante.

—¿Ignoras que es ayudante del ministro de la guerra?

—Es verdad.

—Muy mal lo hubiera pasado si hubiese caído en poder de los pronunciados.

—Ha sido una imprudencia.

—¿Y quién no las comete cuando ama como él?

—Sí, pero debiera ya olvidar ese amor.

—¿Te ofende con él cuando es tan puro como el que yo te consagro?

—No; pero me expone: porque si Fernando llegase á verle alguna vez....

—Imposible; él sabe muy bien que de noche se ausenta de casa y que no vuelve hasta muy tarde.

—Sin embargo....

—¡Pobre Miguel!.... A mí me comunica todas sus penas; me ha confesado esta debilidad; me ha dicho que necesita verte aunque sea de lejos para soportar la vida; me ha pedido mi consentimiento para hacerlo, y como conozco la hidalguía de su noble alma, nada he podido negarle.

El ruido de voces de varias personas que hablaban en la calle, vino á cortar aquel diálogo.

—¿No has oído?

Preguntó Luisa:

—Sí, están hablando debajo de la ventana.

—¿Qué será?

—Véamos.

—Pronunciados tal vez.

Y en tanto que Luisa decía estas palabras, Enrique se había acercado con sigilo á la ventana, al través de cuyos cristales miraba lo que pasaba en la calle.

—¿Ves algo?

—¡Silencio!

Dijo en voz baja Enrique llevando el dedo índice á los labios, y haciéndola señas de que se acercara.

—¿Hay novedad?

Preguntó en el mismo tono misterioso la jóven, caminando poco á poco sobre las puntas de los piés, en dirección á donde estaba su hermano.

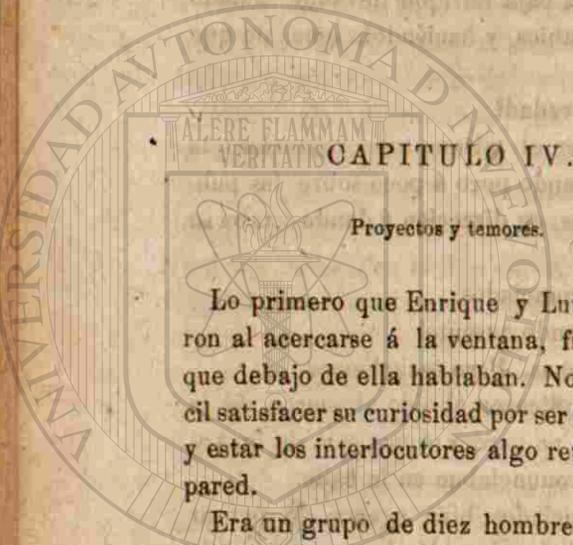
—Son pronunciados.

—Y Fernando ausente!

—Nada temas. Pero escuchemos.

Y ambos aplicaron el oído al marco de la ventana para no perder ni una sola de las palabras que pronunciaban en la calle.

Los pronunciados, bien agenos de pensar que eran espíados, ó cuidándose muy poco de que pudiesen ser oídos, mantenían un animado diálogo que dejamos pendiente para el otro capítulo.



Proyectos y temores.

Lo primero que Enrique y Luisa procuraron al acercarse á la ventana, fué ver á los que debajo de ella hablaban. No les fué difícil satisfacer su curiosidad por ser la casa baja, y estar los interlocutores algo retirados de la pared.

Era un grupo de diez hombres, cuyo traje indicaba á primera vista, que pertenecian al bajo pueblo.

Todos iban armados de fusil, y vestian, con corta diferencia, de la misma manera: calzon blanco ancho, sostenido por un ceñidor; sombrero de petate unos y *poblano* de inmensas alas otros; chaqueta de dril blanco ó aplomado, y una frazada al hombro. Los rostros de los mas eran cetrinos; áspero, despeinado y

negro el cabello, y sus cuerpos ágiles, robustos y bien formados. En la mirada de sus ojos se revelaba el valor; en el descuido con que allí permanecian, la sangre fria con que miraban el peligro; y en la atencion con que escuchaban las palabras de otro hombre, á quien daban el nombre de capitán, el alto concepto en que le tenian.

Era este como de treinta y cinco años; sus facciones, aunque podian calificarse de hermosas, carecian de ese *no sé qué* indefinible y significativo que revelan á primera vista la cuna en que ha nacido el hombre: su color era blanco, pero bañado por la capa amarillenta que imprimen los igneos rayos del sol en el descuidado cutis del soldado y del marino: bajo unas anchas y espesas cejas rubias, brillaban dos pequeños ojos azules, en que se reflejaba la mirada del hombre osado y emprendedor: el bigote lo llevaba largo, y corta la patilla: su frente era espaciosa, pero vestida siempre de un ceño receloso que dejaba traslucir el fondo de un corazon perverso: su cabeza ostentaba una completa redondez que la hacia resaltar mas y mas el pelo que lo llevaba cortado á peine. Su cuerpo era bien forma-

do; su altura gigantesca, y su musculatura atlética.

Vestia este tambien último de paisano: levita café que llevaba desabrochada; pantalon negro; chaleco de terciopelo carmesí; sombrero *jarano* de castor amarillento echado el barboquejo, y bota muy fina de piel inglesa. El cuello de la camisa lo llevaba doblado hácia abajo, encima de una corbata azul celeste que remataba en un ancho lazo; un gran alfiler de brillantes ostentaba en el pecho, y una larga cadena de oro bajaba de sus hombros para ocultar sus extremos en el bolsillo izquierdo del chaleco en que descansaba un magnífico reloj.

Nadie, pues, por la descripción que de su vestido hemos hecho, le hubiera tomado por capitán, á no ser porque al fin venian á demostrarlo dos presillas que sobre sus hombros se veian, y una larga espada que llevaba ceñida á la cintura con un cinturón de charol negro.

—El golpe es seguro y el triunfo indubable.

Dijo el capitán, saboreando un habano, y arrojando una bocanada de humo.

—Ya deseo que empieze la jarana, capitán

Rossi—contestó uno con ronca y desapacible voz.—Entonces verán los chaquetas (1) y el partido escoces, quiénes son *mas hombres*, si ellos ó nosotros.

—Es que ellos hacen la guerra mas con plata que con balas—añadió otro.—No quieren que se expulse á los *gachupines* (2), y estos corresponden abriendo su bolsillo y franqueándoles sus tesoros.

—Mañana estarán sus riquezas en nuestras manos—dijo el capitán—y los españoles saldrán del país para siempre.

—¿Y no habrá, señor Rossi, excepcion para D. Andrés, el padre de la mujer que ama usted?

—Para ese menos que para ningun otro.

(1) Epíteto que daba el pueblo á los que creia adictos al gobierno español.

(2) Palabra india, adulterada por los españoles que empezaron á escribirla de la manera misma que sonaba á su oído, y que significaba *hijos del sol*. Los indios de México antes de que los españoles descubrieran aquella vasta region, creian que otros hombres superiores á ellos, irian *del lado de donde sale el sol*, á apoderarse de aquel país que de derecho les pertenecia; así es que al ver á Hernán Cortés y sus soldados, creyendo cumplida la profecía, exclamaron: *gachupin, gachupin*. Hoy la aplican los mexicanos á todo español cuando tratan de ofenderle.

Me negó orgulloso la mano de su hija, y ha jurado vengarme.

—Y los sardos cumplen lo que prometen.

—Soy sardo de nacimiento, pero mexicano por inclinación.

—Lo sabemos, capitán Rossi; pero ni aun así creo que alcanzará usted la mano de Pilar.

—¿Por qué?

—Porque dicen que aborrece á usted mas que su mismo padre.

—Mañana me temerá. Hoy es rica y yo soy pobre; mañana será lo contrario.

—¿Y los favores que debe usted á Don Andrés?

Añadió un tercero.

—Todo el mundo está exceptuado de guardar gratitud á los *gachupines*.

Contestó el italiano.

—Ellos son los que derraman el oro para que muera nuestro partido.

—Los enemigos de las ideas liberales.

—Los que trabajan sordamente por que vuelva á mandarnos Fernando VII.

—Los que conspiran contra nuestra independencia.

—Arrojémosles de nuestro suelo.

Exclamó el capitán Rossi.

—Si: arrojémosles:--contestaron todos á la vez.—Muerto el perro, muerta la rabia.

—Es preciso—añadió Rossi viendo el buen efecto que producian sus palabras--que acaben las consideraciones que hasta ahora se han tenido con ellos. Mañana nuestras armas elevarán al poder al general Guerrero, y él hará salir del país á sus antiguos dominadores.

—¡Viva el general Guerrero!

Gritó entusiasmado uno de los del grupo. Y luego pasando del tono del entusiasmo al de la impaciencia, añadió:

—Pero Fernando no llega: ¿tendremos que esperarle hasta el día del juicio?

Luísa y Enrique, al escuchar aquel nombre se miraron asombrados, aplicaron el oído para no perder ni una sola de las palabras de aquella conversacion.

—Media hora mas, señores;—dijo Rossi—media hora mas.

—¿Y no sería mejor esperar esa media hora en su misma casa, y no aquí al aire frío?

—De ninguna manera nos conviene hacer tal cosa.

—¿Por qué, mi capitán?

—Porque se alarmaría su mujer, y luego no le dejaría salir para defender nuestra causa, de la cual es uno de los principales caudillos.

—¿No le dejaría salir!

Contestó uno con tono incrédulo, y soltando una carcajada.

—Sin duda alguna.

Advirtió Rossi.

—Usted se chancea, mi capitán. ¿Pues no le deja que pase todas las noches en...

Rossi le atajó la palabra diciendo en voz baja, aunque no tanto que Luisa no lo oyera:

—Es que ella lo ignora.

—¿Y cuál es la causa?—Preguntó otro de los interlocutores, acercándose cuanto pudo al capitán.—¿Los amores con alguna hermosa y principal dama?

—Escuchadme: pero antes prométanme ustedes guardar el secreto.

—Lo juramos.

—Pues atención.

Luisa se arrimó cuanto pudo á la ventana

para descubrir el misterio que encerraban las nocturnas salidas de su esposo: se revistió de toda la fuerza necesaria para escuchar si le era infiel; pero por mas que contenía la respiración para no hacer ruido, ni una sola palabra podía recoger su atento oído. Tanto cuidado puso Rossi de que su acento no traspasase el círculo de hombres que le escuchaban.

—¡Interesante historia!

Exclamó uno en alta voz en cuanto acabó de hablar el capitán.

—Y bien contada—añadió otro.—Pero puesto que sabe usted dónde se halla, y tiene usted entrada en la casa, ¿no sería mejor que fuésemos á buscarle?

—Teneis razon: vamos allá:—contestó Rossi—pero no: iré yo solo. Vosotros llevais fusiles y podriais llamar la atencion del gobierno.

—Es verdad.

—Esperadme en la Acordada, y decid al jefe principal, que pronto me presentaré allí con Fernando.

Al concluir estas palabras, los conjurados se alejaron de la casa, y Luisa y Enrique se quedaron temiendo una desgracia.

—¿Has oido, hermano mio?... Mi esposo

está metido en esta revolucion sangrienta, en que se pide la expulsion de los españoles, y se medita la ruina de mil familias.

—Lo sospechaba. Pero esto, aunque me alarma, no me indigna tanto como el recelo que me ha inspirado la historia contada por el capitan y que no hemos podido oír.

—¿Crees tú...?

—Te prometo descubrir ese misterio; pero si olvidado de sus deberes, si abusando de tu afabilidad y prudencia te ofende...

—¡Ah!... no.... ya no quiero saber nada: su voluntad es que yo ignore este secreto de su vida, y mi deber es respetar sus mas ligeros deseos. Pero ¿no es Fernando el que se descubre allá al fin de la calle?

Enrique fijó la vista en el rumbo que Luisa señalaba, y contestó:

—Sin duda; y está, si no me engaño, hablando con el capitan Rossi.

—Tienes razon.

—Ya se separan, y tu esposo se encamina dos hácia aquí.

—¡Quiera Dios que no haya condescendido con los deseos de los pronunciados!

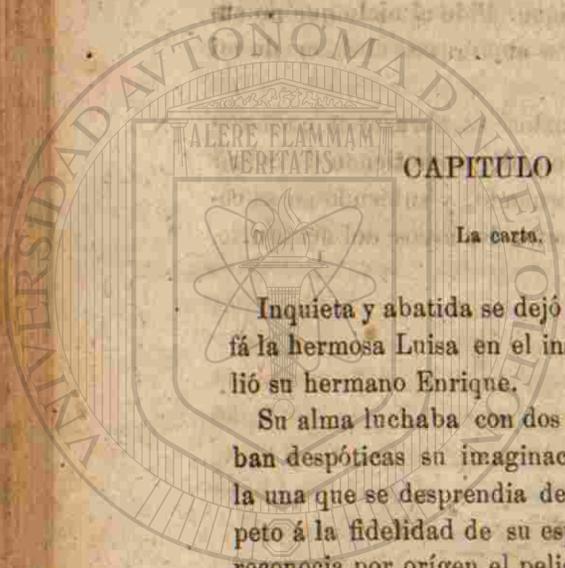
—No le esperes. Pero me voy, porque no

podria ocultar mi disgusto por su incomprendible conducta si le viese á mi lado.

—Adios, Enrique. Pide al cielo que no aumente con nuevas amarguras el dolor de mi alma.

Los dos hermanos se abrazaron cariñosamente. Enrique salió prometiendo descubrir el secreto de Fernando, y subiendo en su coche, se perdió entre los arcos del acueducto.

002843



CAPITULO V.

La carta.

Inquieta y abatida se dejó caer sobre el sofá la hermosa Luisa en el instante en que salió su hermano Enrique.

Su alma luchaba con dos ideas que ocupaban despóticas su imaginación toda entera: la una que se desprendía de la duda, con respeto á la fidelidad de su esposo; la otra que reconocía por origen el peligro en que, como á conjurado, le consideraba. Pero cediendo por un efecto de recomendable humanidad, el sentimiento del egoísmo su lugar al sentimiento del deber, y posponiendo su amor propio herido á la vida del hombre á quien estaba unida, exclamó:

—¡Es un conspirador!...

Y aterrada con el significado de esta pala-

bra, recorrió con su imaginación, en menos tiempo del que necesitamos para contarlo, el peligroso círculo en que giran los jefes de toda revolución.

Y á sus ojos se presentaron las prisiones, los destierros, la miseria en que había visto gemir en la corta historia de las revoluciones de su patria, á los que habiendo soñado con el triunfo de sus principios políticos, fueron á despertar aherrojados y vencidos al inapetible y terrible fallo de un tribunal de guerra.

Sumergida estaba en esta aterradora idea que, como hemos dicho, absorbía todas las demás, cuando se abrió la puerta dando entrada á Fernando.

Luisa iba á correr á su encuentro, pero su esposo no le dió lugar á ello, sentándose antes á su lado.

—¡Qué tienes, vida mía!—la dijo cogiéndola una mano y notando una mezcla de temor y de cariño que se reflejaba en aquel semblante que no había estudiado el arte del disimulo.

—¡Qué te pasa?

—Hoy has venido mas tarde de lo acostumbrado, y me tenia inquieta tu tardanza.

—Sí; en efecto... me he detenido algo más, porque...

Y Fernando se detuvo sin saber qué pretexto alegar para justificar su tardanza.

Luisa advirtió aquella turbación, y fijando los ojos en su esposo para leer en su rostro lo que ocultaba en el alma, le dijo:

—¿Ha ocurrido alguna novedad?... ¿Se espera algo?

Fernando se inmutó con aquella pregunta inesperada; pero como estaba muy lejos de pensar que su esposa tuviese noticias de lo que pasaba, recobró su serenidad, y contestó con aire jovial:

—¿Por qué me haces esa pregunta, Luisa?

—¿Quieres que te lo diga?

—Sí.

—Pero con la condición de que me has de contestar categóricamente.

En las facciones de Fernando se marcó un gesto de recelo. Sin embargo, persuadido de que lo que ella temiera no podía pasar de una suposición que le sería fácil desvanecer, contestó:

—Te lo prometo.

—¿Estás complicado en la revolución?

Esta pregunta hecha ex-abrupto desconcertó completamente á nuestro hombre, que no estaba preparado á ella. Luisa lo conoció, y esperó la respuesta fijando su indagadora vista en la de Fernando. Este no pudo resistir aquella escudriñadora mirada; y para evitar que Luisa leyese en sus ojos su turbación y dejese por ellos la verdad, los fijó sobre su pantalón, como si hubiese descubierto en él alguna mancha, y se puso á limpiar con el pañuelo mientras conseguía serenarse.

Todo esto fué instantáneo. Fernando no necesitó más que un momento para dar á su rostro el aire de tranquilidad que convenia, y mientras guardaba el pañuelo y volvía á mirar el sitio en que había fingido la mancha, contestó procurando eludir una respuesta categórica.

—Pero ¿qué motivos tienes para abrigar tal sospecha?

—Que esta noche he oído pronunciar debajo de esta venta tu nombre.

—¿Mi nombre!

Y Fernando no pudo contener su emoción.

—Sí, tu nombre.

—¿Y á quién?

—A varios hombres armados que confere-
ciaban con un capitán á quien llamaban Rossi.

—¿Qué imprudencia!

Dijo para sí Fernando con un movimiento
de cabeza que indicaba su disgusto.

—Gente toda del bajo pueblo que se ocu-
paba en proyectos de exterminio.

—¿Pero estás segura de que hablaban de mí?

Dijo Fernando queriendo ver si aún le que-
daba algún medio para no confesar la verdad
y desorientar á su esposa.

—Segurísima.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque uno de ellos se acercó á llamar á
la puerta.

—¿Y llamó?

—No.

—¿Lo ves?—indicó Fernando con cierto ai-
re de confianza, procurando desterrar todo
recelo del corazón de su consorte.—Sin duda
buscaban á otro de mi mismo nombre.

—Repito que era por tí por quien venían.

Esta manera afirmativa hizo fruncir imper-
ceptiblemente el gesto del esposo de Luisa,
que contestó:

—¿En qué te fundas para afirmarlo?

—En que le advirtió Rossi que aun no era
hora de que estuvieras en casa, y les despidió
diciendo que él iba á buscarte á una casa en
que precisamente debías hallarte.

—¿Y dijo qué casa era esa?

—Sí.

Fernando palideció; creyó desonbierto por
su mujer el motivo que todas las noches le ale-
jaba de ella, y maldijo interiormente la char-
latanería del capitán. Luego, como resuelto
á obrar sobre todos los obstáculos, preguntó.

—¿Y qué casa nombró?

—No lo sé, porque hablaron ya en voz tan
baja, que no pude oír el resto de la conver-
sación.

Estas palabras llevaron la tranquilidad al
corazón de Fernando; y persuadido de que el
mejor medio de evitar que su mujer tratase
de indagar lo último, era contestar sin reser-
va á la primera pregunta, dijo.

—Pues bien; es cierto: esos hombres me
buscan: son mis amigos políticos, y estoy com-
prometido á perecer con ellos, ó á derrocar
el actual sistema de gobierno.

—¿Qué escuchó?

—Es indispensable la expulsión de los espa-
ñoles.

ñoles para que la nacion salga del malestar que la conduce á la tumba; y puesto que el actual gobierno no satisface las exigencias del pueblo, el pueblo pondrá un gobierno que esté en consonancia con sus ideas.

—¿Y tú crees que los comerciantes y hacendados españoles se oponen á la marcha de nuestro país?

—No los defiendas, Luisa.

—Les aborreces demasiado, y sin embargo tu padre y el mio fueron españoles.

—Si todos se parecieran á esos dos hombres cuyas virtudes no habrá dejado Dios sin recompensa, yo daría por ellos mil y mil vidas. Además, yo no aborrezco á los españoles: querer que no influyan en nuestros negocios, que no se mezclen en nuestra política, no es odiarlos. Al contrario, les aprecio individualmente. Les debemos religion, idioma y costumbres; nos han dado el sér, nos han educado; pero los hijos tienen derecho á salir de la dependencia de sus padres cuando han llegado á la edad de gobernarse por sí mismos.

—Pero no habrá otros que corran á poner término á los males de la patria, sin que tú

expongas tu vida, apoyo único de nuestro querido hijo?

—Está empeñada mi palabra, y dentro de media hora vendrá á buscarme el capitán Rossi.

—¡Rossi!

—¿Por qué te horroriza ese nombre?

—Porque sé que ha jurado la ruina del padre de la mujer que ama: del hombre á quien confiesa deber mil beneficios, y que se cree dispensado de agradecerlos.

—Es sardo: y los sardos, esposa mia, no se detienen en escrúpulos, cuando se trata de tomar venganza.

—Por esa razon siento que admitas su compañía.

—Es un valiente militar; y aunque la ingratitude es un defecto, otras mil cualidades recomendables tiene que le hacen digno de mi aprecio.

Y al decir esto, Fernando fijó por acaso los ojos sobre un papel doblado, que se encontraba tirado en el suelo, al pié de la ventana.

Luisa sin notar en aquel objeto, ni mucho menos en la atencion con que le miraba su esposo, prosiguió.

—¿Pero estás resuelto á combatir en las filas de los pronunciados?

—Sí.

Contestó maquinalmente Fernando, sin haber puesto cuidado en la pregunta que se le había dirigido: tan preocupado le tenia la vista de aquel papel.

—Exponiendo á dejar huérfano á nuestro hijo!

Exclamó Luisa con el acento del dolor, enviando á su esposo una de esas miradas irresistibles, llenas de ternura, á las que nada podemos negar. Pero Fernando ni oyó sus palabras, ni pudo apreciar aquella mirada: el oído habia suspendido sus funciones ante la fuerza de una idea que se habia esñoreado de su imaginacion: todos los sentidos parecia que habian subordinado sus facultades al imperio del pensamiento, ocupado en el exámen de aquel papel que al principio vió con indiferencia, y que vino luego, por uno de esos presentimientos secretos que no se explican, á fijar toda su atencion.

Luisa, que atribuyó aquella especie de éxtasis en que le veia absorto, á la lucha que en

lo creia ocupado entre el deber de padre y el de ciudadano, añadió:

—¿Te quedarás aquí con nosotros?

Fernando alzó la cabeza como si hubiese despertado al eco de la voz, pero sin entender las palabras, y preguntó sonriendo con esa sonrisa vaga que indica lo preocupada que está la imaginacion con una idea.

—¿Qué decias?

Y volvió á colocar los ojos en el mismo objeto, á pesar de los esfuerzos que hacia para fijarlos en otra parte: aquel papel arrojado al pié de la ventana, tenia una fuerza de atraccion indefinible que absorbia todas sus facultades.

—¿Qué es lo que miras con tanta atencion?

Y Luisa siguió con la vista el rumbo en que fijaba la suya su esposo.

—Nada.

—¿De veras?

Fernando se levantó del sofá sin contestar á la pregunta; sus facciones se vistieron de un aire sombrío; sus ojos seguian inmóviles en el mismo sitio: luego se dirigió hácia la ventana, alzó del suelo el papel que tan preocupado le tenia, y lo abrió con mano convulsa.

—¿Qué papel es ese, Fernando?

Preguntó Luisa sin saber qué pensar de la fría indiferencia que notaba en su esposo.

De repente le vió demudarse, estremecerse como al contacto de una máquina eléctrica, y se estremeció también como si se hallase bajo la misma influencia galvánica.

El rostro de Fernando estaba contraído, blancos sus labios; y á medida que sus ojos iban recorriendo el funesto papel, se revelaba en la contracción de sus facciones, la sorpresa y la indignación que le causaba su contenido.

—¡Oh mujer infame!

Exclamó no bien lo acabó de leer, fijando sus ojos encendidos de cólera sobre la tímida esposa, que empezó á temblar como la débil hoja del árbol.

—¿Quién ha escrito estos renglones?

Añadió acercándose frenético á su mujer, y mostrándola el papel que estrujaba con furia entre sus manos.

Luisa clavó asustada sus ojos en el escrito, y reconoció la letra de Miguel.

—¿Quién es? responde.

Continuó ciego de ira Fernando, viendo que su esposa guardaba silencio.

Luisa midió en un instante el abismo insondable de penas que le preparaba aquella carta si insistía en callar el nombre de su autor; pero vió también el lago de sangre que se descorria á sus ojos si carecía de valor suficiente para ocultarlo. No satisfacer á la pregunta de su indignado esposo, era atraer sobre sí todo su enojo, condenarse á padecer, á sufrir toda la vida: complacerle manifestando la verdad, equivalía á firmar la sentencia de muerte contra Miguel, contra el hombre que era su primer amor. Luisa se estremeció al fijarse en esta idea, y prefirió su propia desgracia.

—¿Te has propuesto matarme con tu silencio?—Exclamó por tercera vez Fernando, exasperado por la resistencia de su esposa, y acercando la carta á sus ojos.—¿Quién es su autor?

—Lo ignoro.

Contestó Luisa, resuelta á sobrellevar todas las penas.

—¡Mientes!... ¡mientes!...

Gritó Fernando con toda la fuerza de la

desesperacion; y se puso á cruzar á largos pasos la estancia como un frenético que no sabe contra quién descargar su furia: sus ojos, brillantes con el fuego de la ira, lanzaban penetrantes miradas que expresaban el exaltado furor de que estaba dominado: sus labios, pálidos por el réconcentrado enojo, se movian pronunciando palabras ininteligibles; su entrecejo se vistió de una severidad amenazadora, espejo fiel de sus terribles pensamientos, y en sus severas facciones se reflejaban el despecho y el deseo de venganza que inflamaba su corazón.

Terrible era el cuadro que presentaba aquella escena doméstica, alumbrada por la opaca luz de un quinqué velado por una elegante pantalla en forma de bóveda que descansaba sobre la bomba de cristal. De un lado una mujer hermosa como el ángel que halaga los ensueños de la juventud, y del otro un hombre de aspecto inflexible, como el severo desengaño tras las doradas ilusiones: aquella dejando ver en sus grandes y apacibles ojos una brillante lágrima como un pecador arrepentido; éste demostrando la rabia y el odio que domina al genio del mal: la primera con los

brazos lánguidamente caidos, y apoyando su linda cabeza sobre el pecho, rogando en silencio al Señor como las vírgenes del claustro; el segundo rechinando los dientes, y articulando entrecortadas frases, cuyo eco aterrador iba á mezclarse con el púdico suspiro y la furtiva queja que, de vez en cuando, exhalaba el blando pecho de la hermosa jóven.

El quinqué arrojaba una debil claridad, describiendo un círculo opaco en medio de la pieza, dejando los ángulos de la estancia envueltos en una media luz que prestaba á los objetos un tinte de misterio y de fantástica vaguedad que anmentaban el sombrío aspecto del conjunto.

La sombra que dibujaba el cuerpo de Fernando, que con la carta en la mano se paseaba; como hemos dicho, á largos pasos, perdiéndose unas veces bajo sus plantas, y cobrando otras formas gigantescas, hasta retratarse en el cielo raso, á proporcion que se acercaba ó se alejaba del sitio en que estaba el quinqué, semejava uno de esos espíritus vagarosos que no existen en realidad, pero á quienes la exaltada imaginacion presta formas impalpables y fantásticas.

La estatura del personaje que nos ocupa, era de seis piés; su rostro enjuto y largo de un color pronnnciadamente trigueño: negros los ojos y expresivos cuando el alma se encontraba en completa calma: nariz gruesa y corta: delgados los labios; la patilla y el bigote negros y ralos: el cuerpo bien formado y de varoniles proporciones; espaciosa la frente, y la cabeza airosa y despejada. Era en una palabra uno de esos hombres, que si no pueden aspirar al nombre de hermosos, están muy lejos de merecer tampoco la triste calificación de feos. Sin embargo, en aquel momento desaparecia todo lo que de agradable le habia concedido la naturaleza, bajo la repugnante contraccion que marcaba en sus facciones la ira de que estaba poseído.

Luisa, agobiada con el dolor que el incidente de la carta habia causado á entrambos, condenaba la imprudencia de Miguel, y no sabia cómo explicar el que se encontrara allí.

—Sin duda—pensó de repente—la arrojó cuando entré en la alcoba de mi hijo. ¡Si él supiera el daño que me ha causado con su imprudencia!

Y fijó los ojos en Fernando que se detuvo

en medio del cuarto, abismado con el peso de sus pensamientos.

—¡Es preciso—exclamó este último tomando una resolucion decisiva—salir de esta situacion horrible!

Luisa se estremeció al escuchar aquellas palabras.

—¡No sabes—le dijo Fernando acercándose á ella con ademan amenazador—que he depositado en tí mi honor y mi confianza? ¡No sabes que al darme tu mano renunciaste á todos los hombres del mundo?... ¡No sabes que para la mujer adúltera tienen las leyes castigos muy severos?... ¡Ah!... pues bien, si en algo aprecias mi tranquilidad y la tuya, dime de quién es esta letra; dime quién es el hombre que la ha escrito, y que para librarse de mi justo enojo no ha querido poner su nombre!... dímelo, y te perdono.

La desventurada Luisa solo respondió con un ahogado suspiro y con abundantes lágrimas que corrian por su delicada faz.

—¡Insistes en callar?

Gritó Fernando mordiéndose los labios hasta hacerse sangre.

—Te juro que yo no he recibido ni visto

este papel. No te lo juró Fernando.

Dijo cayendo de rodillas á los piés de su indignado esposo.

—¡Apártate, hipócrita!

Contestó éste arrojándola de sí, y haciéndola rodar por el suelo.

—¡Dios mío! . . . ¡Dios mío! . . .

Exclamó Luisa pálida como la muerte, y sin dejar escapar de sus labios una queja por el trato de su esposo.

Fernando conoció que con una mujer del temple de Luisa, no era el rigor el recurso mas á propósito para descubrir lo que tanto le convenia á su honra, y quiso ensayar otro medio mas suave que le condujese por distinto camino al fin que se habia propuesto. Halañado por esta idea, que juzgó como la única segura, trató de dar á su semblante toda la dulzura posible: desarrugó el entrecejo; alargó la mano para levantar á su esposa del suelo, y consigné que desapareciese de sus ojos la severa mirada que los hacia imponentes.

—Perdóname, Luisa mía . . . perdóname: —dijo como arrepentido de su falta y dando á su acento la dulzura conveniente. —Ha sido un arrebato, hijo del dolor que me ha causa-

do tan desagradable ocurrencia. Sin embargo, tú conocerás que mi violento proceder merece una disculpa, y no me negarás el favor que te pido, y del cual depende mi tranquilidad. Solo hay un hombre que podría atreverse á atentar contra mi honra, alucinado con las ilusiones de un amor que ya no existe . . . Luisa, ¿es ese hombre cuyo nombre callo, y que tú conoces lo mismo que yo, quien ha osado escribirte este papel?

Luisa no se atrevió á contestar: Fernando se mordió los labios, pero sin manifestar enojo: luego, haciendo un esfuerzo para disimular el disgusto que aquel silencio le causaba, añadió sonriendo para mejor ocultar su impaciencia.

—Compláceme, Luisa; yo te lo suplico: ¿es ese el hombre que ha escrito este papel?

La jóven fijó sus grandes y hermosos ojos arrasados en lágrimas en su esposo, con aire de inocencia, y respondió:

—¡Lo ignoro!

Un grito de desesperacion semejante á la explosion del volcan comprimido que revienta, salió del pecho de Fernando. Exal-

tado por aquella resistencia tenaz que contrariaba su voluntad, iba tal vez á poner en juego medios mas violentos para conseguir su intento, cuando se dejó oír el ruido de pasos de alguno que se acercaba al lugar de la escena. Entonces tuvo lugar una de esas peripecias tan comunes en la sociedad: los rostros de ambos consortes sufrieron una mutacion completa: las lágrimas y el dolor desaparecieron del semblante de Luisa: la ira y la indignacion cedieron su lugar á la estudiada calma en el de Fernando.

—Enjuga tus lágrimas, Luisa; que no es justo ni conveniente que nadie conozca lo que acaba de pasar entre nosotros.

Y Fernando, al decir esto, se sentó en el sofá al lado de su esposa, fingiendo ambos una alegría que estaban muy lejos de disfrutar.

A pocos instantes entró Juana diciendo:

—El Sr. Rossi espera á vd. en la puerta de la calle, señor amo: dice que no quiere entrar por no detenerse.

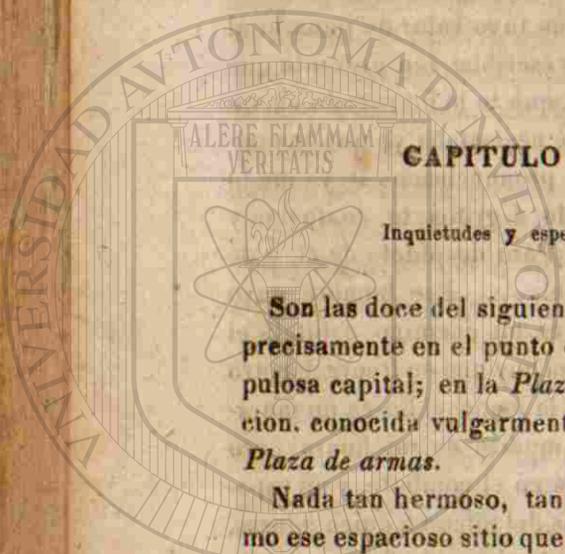
—Dile que allá voy.

Y la criada volvió á dejar solos á los consortes.

Luisa—dijo Fernando mientras cogia un par de pistolas y se ceñia la espada—ten presente que te has negado á confiarme el nombre del que no tuvo valor de ponerlo al pié de lo que te escribia: ten presente que te lo he exigido, que te lo he rogado en vano. Y ¿para qué necesitaba yo que tus impuros labios lo pronunciasen, si ya me lo estaban revelando á gritos tu confusion y mis celos?.... ¡Pero despídete de él, ó de mí para siempre!.... Ese hombre, cuyo nombre callas, es mi enemigo capital: el destino nos coloca hoy uno en frente del otro con las armas en la mano: él busca mi muerte política y la muerte de mi honra; pero mi voz le llamará en el combate, y mi espada atajará la vida del inicuo á quien adoras.

Y arrojándola de sí con la fuerza que da la desesperacion, y cerrando de golpe la puerta, salió furioso á la calle donde le esperaba impaciente el capitán Rossi. Luisa, oprimida con el peso de tanto padecer, cayó sin fuerzas sobre el sofá derramando un torrente de lágrimas.

su sencillez y capacidad, que ocupa de frente 246 varas, coronado de almenas, y en cuyos ángulos se ostentan dos baluartes, como constantes centinelas de las libertades patrias. Al Poniente se ve el grandioso *Portal de Mercaderes*, de elegante arquería; al Norte el magnífico *Palacio Municipal*, de esbelta arquitectura, y el poético *Portal de las Flores*, llamado así por haber sido el punto adonde las canoas de los indios llegaban cargadas de flores, antes de que se cegara por este lado el canal de la Viga. Al Sur, y cerrando el cuadro, elevase la suntuosa catedral, toda de piedra sillar, cuyo costo ascendió, sin contar mas que con la obra material, á dos millones de duros. Este admirable templo, edificado sobre las ruinas del *teocalli*, en que los antiguos mexicanos sacrificaban á su dios de la guerra *Huitzilo potchli*, víctimas humanas, descuella con valentía por encima de los almenados edificios sus torres gigantes, como para significar que á pesar de los esfuerzos del hombre en sofocar las cristianas creencias, las obras consagradas al Señor se elevarán sobre to-



CAPITULO VI.

Inquietudes y esperanzas.

Son las doce del siguiente día, y estamos precisamente en el punto céntrico de la populosa capital; en la *Plaza de la Constitución*, conocida vulgarmente en México por *Plaza de armas*.

Nada tan hermoso, tan sorprendente como ese espacioso sitio que forma un cuadrado perfecto que mide 266 varas por cada uno de sus frentes, y á cuyos cuatro lados se elevan magestuosos los principales edificios de aquella ciudad de suntuosos palacios, oasis de los pensiles de América, orgullo del Anáhuac, y asombro de la Europa.

Hacia el Oriente se extiende gigantesco el palacio nacional, edificio imponente por

das las demas, para prestar sagrada sombra á los que buscan en la religion el principio de todo bien social.

Al costado de una de estas torres, hácia la parte que mira al Poniente se descubre á la altura de una y media varas de la superficie de la tierra, el calendario de los antiguos aztecas, lleno de curiosos signos y figuras labradas, único instrumento astronómico que se conserva de la época anterior á la conquista, y que prueba el alto grado de civilizacion á que habia llegado aquella parte del mundo, cuyo único lunar era el de sacrificar víctimas humanas. Este calendario tan admirable por su exactitud, como curioso por la época que representa, objeto único que sobrenada á la ruina del imperio de Moctezuma, se desenterró en 1790 de un sitio de la plaza de México en que estaba oculto, y se colocó en el que hoy ocupa, que es sin duda uno de los mas públicos: es todo de sólida piedra, y su circunferencia es de 13 y media varas. No hay extrangero ni hijo del país, que al pasar por este costado de la catedral, no se detenga á con-

templar tan antiguo monumento, fecundo en recuerdos históricos, y cuya vista despierta ideas maravillosas que trasportan al curioso observador á esos risueños mundos que de tan bellos colores sabe vestir la fantasía.

Una de las particularidades de calendario tan digno de estima, es el de ser perpétuo: está dividido en 52 años, y cada uno de estos años en 18 meses de 20 dias cada uno. Las fases de la luna, los movimientos del sol, los dias festivos, los años bisiestos, todo está señalado exactamente en esta obra, que revela el alto grado á que habian llegado en México las ciencias.

Todos estos edificios, contruidos de rica piedra sillar, y que como llevo dicho, rodean la gran plaza de México, estaban coronados en el instante en que nos encuentra nuestra historia, de valientes soldados del gobierno que por entre las almenas, las torres y las azoteas se presentaban armados, y dispuestos al parecer á una sangrienta lucha. El traje que vestian era altamente militar, y la oficialidad que los mandaba,

rennia al valor, la hidalguía, la inteligencia y la finura.

Solo una gran casa de dimensiones colosales que remedaba una ciudad encajonada en otra, permanecía solitaria, pacífica, sin un soldado, sin un centinela, sin un habitante en medio de la Plaza de armas; este edificio era el Parian, que contaba de largo por la parte que mira al Portal de Mercaderes, 235 varas, y otras tantas de fondo. Construido expresamente para que el comercio estuviese reunido en un solo sitio, el Parian era el emporio de la riqueza de la capital. Por sus cuatro frentes no se veían mas que lujosas tiendas donde se encontraban los géneros mas exquisitos de la China, y los mas ricos de Inglaterra y Francia. Por dentro estaba adornado de calles rectas, cubiertas tambien de surtidas tiendas, donde los mas elegantes paños y delicado gró, se ostentaban junto al costoso tisú, la brillante lama de oro y plata, y los bordados pañuelos de Manila. Allí estaba, en fin, toda la riqueza de los comerciantes españoles, y los capitales adquiridos por

ellos á fuerza de honradez, de perseverancia y de años. Este grandioso edificio ostentaba sobre las tiendas, otro piso mas que venia á formar otros tantos almacenes. Dedicado exclusivamente, como hemos dicho, para el comercio, en él no vivía nadie: las colosales puertas que por los cuatro lados daban entrada al público, se cerraban á la oracion por dependientes del ayuntamiento, y los serenos vigilaban de noche para que nadie penetrase en tan codicioso recinto.

Hoy no queda nada de esta obra: Santa-Anna, siendo presidente, mandó derribarla muchos años despues, para dar á la plaza mayor hermosura y regularidad.

Dado á conocer este punto con quien se rozará mas adelante nuestra hitoria, demostrado el objeto con que fué construido, y manifestada por último la riqueza que en él se encerraba, sigamos sin detenernos el hilo de nuestra narracion.

Una batería de tres piezas, servida por expertos artilleros y situada á la entrada de la primera calle de Plateros, entre la esquina del Portal de Mercaderes y del Empe-

dradillo, defendía la entrada principal de la plaza.

Un general montado en un arrogante caballo y seguido de varios oficiales de alta graduación, recorría en aquel momento los puntos que hemos mencionado, recomendando á todos el cumplimiento de su deber. A su lado se destacaba la figura de un gallardo oficial: viste un ancho pantalon azul con franja de plata; casaca encarnada, sobre cuyos hombros descansan dos bruñidas charreteras de oro; y enbre su preciosa cabeza, un brillante casco de metal blanco, sobre el que ondula un penacho de plumas encarnadas y azules que hacen resaltar favorablemente la expresiva mirada de sus grandes ojos negros, su gracioso bigote y la luciente cabellera, rival de la seda en lo suave y émula del ébano en el color. Pendiente de un bellissimo cinturon de seda tricolor con largos cordones de lo mismo, lleva una lujosa espada que pudieran envidiar los cinceladores y los guerreros; aquellos por el mérito artisco que encierra, los segundos por el delicado temple de su exquisita ho-

ja. Este apuesto militar, que reúne á una delicada belleza, la fuerza de los atletas y el valor de los héroes romanos, es Miguel, el ayudante del ministro de la guerra, el embozado del acueducto que ha logrado se le permita estar donde se considere mayor el peligro.

¡Tal vez le halaga la terrible idea de que así terminarán sus padecimientos, hallando la muerte en el sangriento combate que se espera!

Pero en medio de aquel aparato de guerra que se advierte en el corto recinto que ocupan las escasas fuerzas del gobierno, no se escucha ni un viva, ni una voz que excite al combate, ni una palabra que inflame el corazon del soldado. Mas parece que van á la lid por cumplir con un deber, que por convencimiento ó esperanza en el triunfo. Los centinelas permanecen quietos y mudos, sin apartar los ojos de un sitio por donde sin duda esperan al enemigo; los oficiales dirijen el antejo hácia el mismo punto, y los artilleros firmes al pié del cañon, esperan con el botafuego en la mano, el

momento de lanzar la muerte sobre las filas contrarias.

Del mismo aspecto, lúgubre y siniestro, participaba la población. Las calles estaban desiertas, y las sólidas puertas de los zaguanes permanecían cerradas, cual si sus grandiosos edificios fuesen otros tantos mausoleos que encerraban la ciudad entera.

Las tiendas, los talleres, las fábricas, los almacenes, todo cuanto constituye, en fin, la vida de un pueblo activo, ilustrado y laborioso, permanecía en silencio.

El galope de algun caballo, cuyo ginete pasaba como una exhalación para comunicar órdenes en su respectivo campo, alteraba aquel estado de tranquilidad: y solo entonces se abrían las puertas de los balcones y asomaban la cabeza las mujeres y los niños, los hombres y los muchachos, impulsados por esa curiosidad invencible que domina al hombre cuando espera la noticia de extraordinarios acontecimientos.

Pero el caballo y el ginete pasaban, y los balcones volvían á cerrarse para abrirse mas tarde con igual motivo, y cerrarse otra

vez, satisfecha la curiosidad de los que dentro de sus casas esperaban sobresaltados el desenlace de algun drama sangriento que iba á tener lugar en las rectas y espaciosas calles.

De repente se oyó en el punto mas avanzado del enemigo, al toque de una corneta, y se dejó ver un oficial tremolando una bandera blanca: los del gobierno contestaron á la misma señal, á la voz de *parlamento*, empezó á correr de boca en boca por las filas de ambos partidos.

Miguel, á una orden del general á cuyo lado le hemos visto, se dirigió al galope al palacio para poner en conocimiento del gobierno lo que ocurría; pocos instantes despues se le vió volver; habló en secreto al jefe que le habia enviado, y á una señal de éste, el corneta que estaba á su lado dejó oír el conocido toque de *avancen los parlamentarios*.

Al escuchar esta señal, todos los balcones se abrieron á la vez como tocados por un resorte mágico y se cubrieron de personas de ambos sexos y de todas edades: pa

recia que el ángel de las tumbas había sonado la poderosa trompeta que convoca á juicio, y que los muertos, envueltos en fantásticas vestiduras, alzaban la losa de los sepuleros, dirijiendo á todas partes la medrosa vista.

En tanto Miguel y otro de los ayudantes descendieron de sus caballos, y avanzaron por la calle de Plateros á recibir á los parlamentarios que ya se aproximaban.

Poco tardaron en encontrarse, y entonces tuvo lugar una de esas peripecias que suele presentar con bastante frecuencia la providente casualidad.

Al fijar la vista unos en otros para saludarse, los rostros de dos personajes cambiaron de color y de gesto con una prontitud indecible; en la fisonomía del uno se pintó la sorpresa; en la faz del otro la ira, la venganza, la desesperacion, los celos. Eran dos seres que se odiaban con toda el alma; que se habian encontrado en el mundo para hacerse mutuamente desgraciados; para hacerse una guerra á muerte: eran Miguel y Fernando, en fin, á quienes la férrea

mano del destino los empujaba uno hácia el otro para hacerles sentir las amarguras de la vida. Sin embargo, demasiado prudente el uno y el otro para dejarse arrastrar del primer ímpetu y dar á conocer á los extraños cosas que á la honra de entrambos interesaba ocultar, encerraron con la llave de la prudencia la indignacion en el pecho; se dirijieron hácia el palacio, aplazando interiormente el momento de la venganza.

Al penetrar en la plaza de armas, los ojos de la gente que ocupaba los balcones del *Portal de Mercaderes* se fijaron en los parlamentarios. Un grito de sorpresa acompañado del nombre de *Rossi!* se dejó entonces oír en los lábios de una jóven, que no pudo dominar un sentimiento de horror.

Rossi, pues no era otro el que marchaba al lado de Fernando, conoció aquella voz, y dirigió una zumbona mirada envuelta en una siniestra sonrisa, hácia el sitio de donde habia salido su nombre.

—Retirémonos, padre mio.

Dijo la hermosa, aterrada con aquella sonrisa del sardo, dirijiéndose á un hombre co-

mo de cincuenta y cuatro años que con otro jóven de arrogante presencia estaba á su lado.

—Sí; entremos, Pilar: contestó el anciano al tiempo que cerraba el balcón:—la vista de ese ingrato me hiela la sangre; me hace daño.

—¿Cuál será la misión que trae?

Añadió Pilar con esa mezcla de interes y de temor que nos domina cuando tememos un mal resultado.

—¿Cuál puede ser sino la de nuestra expulsión, hija mia?

—¿Nuestra expulsión!

—Sí, Pilar.

—¿Cree vd., padre mio, que eso intenten!

—Es uno de los objetos principales del pronunciamiento.

—¿Dios mio!....—dijo con marcado sobresalto Pilar.—¿Y espera vd. que el gobierno obsequie en ese punto la voluntad de los pronunciados?

—¿Y de qué sirve que deseche, como desechará, tan injusta exigencia, si en la lucha que se ha empeñado tiene que ceder á la

fuerza de las armas? Su negativa no servirá mas que para alargar unas cuantas horas nuestra permanencia en el país.

—¿Unas cuantas horas!

Exclamó aterrada Pilar.

—El gobierno está reducido á las cortas fuerzas reunidas en la plaza, y con ellas es imposible triunfar de la revolucion, á no ser que Dios obre uno de esos milagros que vienen á hacer estériles los cálculos mas bien combinados del hombre.

—¿Quiere decir que no hay remedio?...—

Pronunció la hermosa jóven, exhalando en un suspiro el eco de una pena escondida en el corazón.—¿Salir de México! ¡abandonar el suelo en que descansan las cenizas de nuestra pobre madre!.... el país en que hemos nacido; donde tenemos nuestras amigas, nuestros parientes....

—¿Nuestro amor tal vez! ¿no es verdad, hija mia?

Dijo D. Andrés estrechando con ternura la mano de la hermosa jóven. Pilar pretextó limpiarse la ebúrnea frente, y cubrió su divino rostro, encendido de brillante nácar

con el blanco pañuelo, como suele la palmera ocultar su purpúreo fruto bajo las frescas y amorosas ramas.

—¿Por qué no lo dices, hija mía!—añadió el anciano notando el pronunciado carmin de sus mejillas que brillaban tras el leve pañizuelo como brilla la dorada luz del sol al través de los blancos celajes que lo velan.—¿Crees tú que te reprendiera yo, que tanto te amo, que deseo tu felicidad, por saber que tu corazón no había podido permanecer insensible á ese sentimiento en que todos hemos sentido imperar en nuestra alma!

—¡Padre mio!...—Exclamó Pilar haciendo un esfuerzo para ocultar lo que pasaba en su corazón.—Yo no amo á nadie mas que á vd.

—¿De veras?

—Sí, padre mio.

—Ojalá no me engañes, porque así al menos sabré que en nuestro destierro no te atormenta el recuerdo de un objeto, hija mía, que se hace superior á la razón, que

nos avasalla, y sin el cual no podemos ser felices.

En los ojos de Pilar brillaron dos lágrimas. Su padre continuó:

—Ya ves que te hablo, hija mía, con la franqueza de un amigo; pero de un amigo sincero, desinteresado, pues no es otra cosa un padre que idolatra en sus hijos, que se ve en ellos, que no vive sino por ellos y para ellos.

Aun cuando Pilar se hubiera encontrado dispuesta á revelar algun secreto, hubiera bastado á retraerla de su intento aquel mismo cariño que notaba en su buen padre. La jóven conocia que la sincera confesion de cualquier otro afecto era clavar en el corazón de aquel anciano un dardo agudo que le hubiera atormentado en su destierro, viendo constantemente en su hija una mártir que se sacrificaba al amor filial, y quiso ahorrarle este nuevo sentimiento. Quiso que en su destierro le halagase al menos la consoladora idea de que sus hijos eran felices á su lado, que no tenían otro cariño que el suyo; que él solo ocupaba el corazón

de los seres que le debían la vida. Resuelta, pues, á labrar en lo posible la ventura de su padre, aun á costa de su propia felicidad, exclamó:

—Confieso que no amo en el mundo mas que á vd., padre mio.

—¿Será posible!

—¡Sí, á vd. solamente!

—¡Hija del alma!

D. Andrés la estrechó contra su corazón: esprimió en un beso que colocó en su frente virginal, toda la ternura de un padre que se ve rodeado de hijos agradecidos.

El jóven que hasta entonces habia permanecido en silencio presenciando aquella cariñosa escena, dijo tomando parte en ella, y colocándose al otro lado del anciano.

—No sé, padre mio, por qué da usted pábulo á esas siniestras ideas que le hacen sufrir y que desgarran el corazón de mi querida hermana. Las tropas con que cuenta el gobierno son pocas, pero leales, y ya sabe usted que no siempre triunfa el número del valor.

—No te entregues, Carlos, á lisonjeras

ilusiones que serán tanto mas terribles cuanto menos esperado fué el desengaño.

—¿Tienes tú alguna esperauza, hermano mio?

Preguntó Pilar á su hermano, con ese afán que experimenta el corazón cuando quiere oír una palabra consoladora.

—Sí; la tengo.

En el rostro de la jóven brilló un rayo de alegría.

—Carlos—añadió el anciano con acento vaticinador—dentro de una hora habrá caído el gobierno; y la revolucion dará á los españoles la severa órden de expulsion.

—La de vd. nunca, padre mio—interrumpió el jóven con acento resuelto y varonil.—Entre los que están complicados en el pronunciamiento, tengo amigos que, aunque triunfe la revolucion, me servirán en lo que yo les pida.

—No lo esperes, Carlos, tu buen corazón te alucina.

—Guerrero, á quien los pronunciados proclaman presidente—advirtió el jóven—es un hombre de buen corazón y de hidalgos

sentimientos, que no desatenderá la voz de la justicia.

—Sí; pero Guerrero está rodeado de ambiciosos extranjeros, como Rossi, á quienes cree sinceros patriotas, y ellos, no los mexicanos, son nuestros mortales enemigos.

En tanto que tenia lugar este diálogo entre los dos jóvenes y el anciano, los parlamentarios intimaron al gobierno la expulsión de los españoles en el reducido tiempo de veinticuatro horas. El gobierno se negó enérgicamente á esta pretension, que calificó de injusta y antipolítica, y en consecuencia se retiraron los parlamentarios, acompañados siempre de Miguel y del otro ayudante.

Al llegar al terreno neutral para separarse, y marchar cada cual al punto que le correspondia, Fernando alargó la mano á su rival, y le dijo en voz baja, y con acento terrible.

—Quiero que nos encontremos en el combate.

—Nos encontraremos.

—Será una lucha personal.

—La ambicionado.

—Lejos de nuestros soldados.

—Corriente.

—Este será el punto por donde venga.

—Aquí estaré.

Y una mirada amenazadora de odio y de venganza cruzó entre ellos al alejarse.

Poco despues se disponian en uno y otro campo para el combate en que se iba á resolver la suerte de los pacíficos españoles radicados en el país.

edificio, de cuyo adorno escuso ocuparme, se encuentran dos personajes cuya conversacion nos interesa mucho escuchar. Al uno de ellos conoce ya el lector, como verá por las palabras que cruzan en el animado diálogo que sostienen: el otro es un hombre como de cuarenta y nueve años de edad, de aventajada estatura y robusta complexion, que viste el uniforme de general: en su rostro varonil y de un color pronunciadamente trigueño, que podria calificarse de prieto, se refleja la nobleza de un corazon franco y sin doblez: en sus brillantes ojos negros y expresivos resalta la luz del patriotismo y del valor del intrépido soldado: en su cabeza, cubierta de espeso, áspero y negro cabello crespo, se ven blanquear, con notable contraste, algunas canas que concurren á aumentar el aire de respeto de su marcada fisonomía. Sin embargo, sus maneras poco distinguidas no están en relacion ni con su aspecto varonil, ni mucho menos con la elevada graduacion que ostenta; mas bien que un oficial de colegio educado en la escuela de la fina sociedad, parece un valien-

EL CAPITAN ROSSI.—TOM. I.

9

CAPITULO VII.

Fernando y Luisa.

Los pronunciados, como hemos dicho en uno de nuestros capítulos anteriores, estaban situados en la Acordada. Este es un edificio inmenso de piedra sillar, de imponente y sencilla arquitectura, cuya solidez tiene la potencia de una fortaleza.

El objeto á que está destinado en todas épocas, es á guardar dentro de sus elevadas paredes, tanto á los presos civiles como á los detenidos por causas políticas, aunque para unos y otros hay salones diferentes y espaciosos. En una palabra, la Acordada viene á ser en México, lo que el Saladero en Madrid.

Pues bien, en una de las salas de este

te soldado, que ha ganado sus ascensos á fuerza de recibir honrosas heridas, y de dar furibundos mandobles. Y así es en efecto: hombre de humilde procedencia, habia abrazado el año de 1810 la causa de la independencia de su patria con el ardor de los Viriatos, llegando al grado de general, sin que manchase su carrera ningun crimen, ni ninguna accion bastarda: era uno de esos hijos del pueblo honrados y valientes, de talento natural, pero que no han recibido ni aun los sencillos rudimentos de las primeras letras: un rico diamante de subido precio, pero sin pulimentar, que hubiera pasado desapercibido, si la guerra nacional, que es el mejor crisol para probar los quilates del patriotismo, no hubiese venido á proporcionarle la manera de darse á conocer ventajosamente.

—Bien, Rossi:—decia paseándose á largos pasos el hombre que ostentaba el uniforme de general—volverémos de nuevo al combate, tan pronto como nuestros soldados hayan descansado.

—El soldado de la libertad es infatigable, mi general, y nadie mejor que V. E....

—Deje vd. el tratamiento—le interrumpió el primero.—En una república no debe existir mas título que el del mérito.

—Está muy bien, mi general.

—Adelante.

—Decia, pues, que el soldado de la libertad es infatigable, y que nadie como vd., como D. Vicente Guerrero, que ha combatido tantos años por ella, conoce esta verdad.

—Sí, Rossi, cierto es que yo he luchado sin tregua por las libertades patrias; pero no creo que de todos debemos exigir el mismo sacrificio. Nuestras tropas se batieron ayer hasta muy entrada la noche, en que se vieron precisadas á replegarse á sus posiciones, y no seria justo privarlas del indispensable descanso.

—Es que ellas son las primeras que anhelan lanzarse al enemigo.

—Sin embargo, debemos esperar un instante.

—¡Mueran los *gachupines!*.... ¡Vivá el general Guerrero!.... ¡Abajo el gobierno!...

Fueron los gritos que resonaron entonces en la calle por la multitud armada.

—Ya lo está vd. oyendo, mi general: es la voz del pueblo que pide le lleven al combate.

—Bien:—contestó Guerrero deteniéndose en medio de la sala—el pueblo verá satisfecho su deseo.

—¿Pronto?

—Ahora mismo.

—Permitidme, mi general, que yo marche á la vanguardia.

—Concedido; pero no hay que exponer la vida sin provecho: sabe vd. que sus servicios me son de suma utilidad.

—Mil gracias, mi general.

—Sobre todo, haga vd., en caso de que alcancemos el triunfo, por contener cualquier desman en los soldados; sentiria que se manchase la victoria con desórdenes que de ninguna manera puedo autorizar.

—¿Teme acaso mi general?...

Guerrero miró hácia todas partes para ver si alguno le escuchaba, y persuadido de que estaban los dos solos, se acercó á Rossi, le agarró del brazo, y le dijo en

voz baja y casi uniendo sus labios con el oido del último:

—Sí, Rossi; temo.

—Pero ¿qué?

—Temo todo de las masas insubordinadas, y temo que sea cierto lo que se susurra.

—¿Qué, mi general?

—Que intentan llevar á cabo un horrible plan que horroriza.

—¿Cuál?

—El saqueo del Parian.

Rossi se inmutó; pero interesado en desvanecer las sospechas de Guerrero, trató de serenarse al instante, y contestó con acento terrible, dando á su semblante un aspecto de honradez que hubiera engañado al hombre mas práctico en el conocimiento de la falsedad humana.

—¿Y quién ha podido inventar calumnia tan injuriosa?

—Lo ignoro, es una voz que ha llegado por casualidad á mi oido.

—Voz levantada por nuestros enemigos para desconceptuarnos: voz que debemos

despreciar, porque conocemos el bastardo origen de donde parte.

—¿Luego vd. nada habia oido?

—Nada; es la primera noticia que tengo de tal absurdo.

—¿Es decir que tampoco cree vd.?

—Yo no creo, mi general, en nada de lo que pueda ofender á nuestros valientes.

—Bien, Rossi; ese lenguaje me da á conocer el honrado corazon del hombre que he apreciado siempre sobre todos mis amigos.

—Gracias, mi general.

—Tambien yo me inclino á creer que todo es una calumnia para introducir la desunion en nuestras filas.

—A no dudarlo: es arma de procedencia española.

—Pues no ha sido otro el motivo que me obligó á retardar el combate.

—¿Lo vé vd., mi general, cómo han logrado ganar estos momentos?

—Confieso mi falta.

—Y sin embargo, preciso es confesar que

si tal fuese la intencion de las masas armadas, nadie podria evitar ya esa desgracia, puesto que ellas son dueñas de la fuerza bruta.

Y al decir esto, Rossi fijó la vista en su interlocutor para ver el efecto que hacia su advertencia.

—Pero podria evitar el verse envuelto en la deshonra de ellas.—Exclamó Guerrero con digna exaltacion.—Y yo me separaria en el acto de los que se preparan á la lid, para no apadrinar el robo y los desmanes.

—Y yo tambien, mi general.—Contestó Rossi con fingida honradez.—Pero repito que nada hay que temer: que todo eso no son mas que invenciones de nuestros enemigos para desprestigiar nuestra causa y ver cómo hacen desertar nuestros soldados.

—Repito que participo de la misma opinion.

—¡Al combate!.... ¡al combate!....

Volvió á gritar la multitud.

—No desperdiciemos estos momentos de

entusiasmo, mi general—dijo Rossi—él nos dará un triunfo fácil y completo.

—Bien; diga vd. que se prepare la columna que ha de avanzar sobre palacio.

—Voy al instante.

—¿Y qué tal sigue Fernando de su herida?

Preguntó Guerrero, cuando Rossi ponía el pié en la puerta para salir.

—Perfectamente; fué un ligero rasguño, y hoy será de la partida.

—Es un valiente.

Estas palabras fueron á sonar en el oído de un hombre que en aquel instante se presentaba en el dintel de la puerta: llevaba vendado el brazo derecho, y de su cintura pendía una espada de finísimo temple.

—De vd. precisamente hablábamos, D. Fernando—añadió Guerrero dirigiéndose al nuevo personaje—ayer se portó vd. como un héroe.

—Como cumplía á mi obligacion, y nada mas, mi general.

—¿Y qué tal vamos de la herida?

—Puede decirse que estoy completamente bueno de ella.

—Lo celebro infinito.

—Mil gracias, mi general.

—¿Y es cierto que está vd. resuelto á volver hoy á la lucha?

—No he venido á este sitio sino con el objeto de pedirle á vd. esta gracia.

—¿Y no teme vd. que el brazo se recienta?

—Repito que no es nada lo que en él tengo.

—Si está vd. convencido de ello, tendré mucho placer de confiar á su valor la causa que defendemos.

—Procuraré cumplir con mi obligacion.

—¿Y nada sabe su esposa de vd. de este acontecimiento?

—No quise avisarla nada para no alarmarla.

—La pobre estará con cuidado al ignorar la suerte que ha corrido vd.

—He enviado, hace un instante, un recado disculpándome, y suplicándola venga á

verme antes de que vuelva á empeñarse la lucha.

—Me parece muy bien. Puede vd. esperarla en esta sala, en tanto que yo dispongo la columna de ataque. Rossi, tenga vd. la bondad de seguirme.

Guerrero, seguido de Rossi, salió de la pieza, bajó la escalera y se presentó á sus soldados que empezaron á victorearle y pedir que les condujese al combate.

Fernando, al encontrarse solo en la sala, se dirigió sin hacer ruido á las puertas de los cuartos; las empujó con mucho disimulo, y al encontrarlas cerradas, miró por las cerraduras para cerciorarse de si habia dentro alguno. Satisfecho sin duda de sus pesquisas y de que nadie podía sorprenderle, se desabrochó la levita, sacó del bolsillo del pecho una cartera, la colocó debajo de la barba, y oprimiendo ésta sobre el pecho para afianzarla, la abrió con la mano derecha y sacó de ella una carta escrita con lápiz que puso encima de una silla para poder cerrar la cartera con las mismas dificultades con que la habia abierto. Hecha esta operacion

sencilísima para quien puede disponer de ambas manos, pero incómoda y molesta para el que se ve obligado de pronto á servirse solo de una, guardó la cartera, coció la carta de la silla, y se puso á leerla detenidamente. Al pasar ahora la vista por su contenido, no se pintó en las facciones de Fernando el gesto de furor que hacia horroroso su semblante la noche en que la levantó de junto á la ventana. Un sentimiento de tristeza, mezclado de confianza, de pesar y arrepentimiento se marca en este instante en su fisonomía: no nubla su frente el ceño de la desesperacion: sus ojos entonces iracundos, ahora se fijan tranquilos en los caracteres dirigidos á la mujer en quien tiene depositados su honra y su buen nombre. Abismado en sus profundas meditaciones, dejó caer lánguidamente el brazo en cuya mano tenia la carta, exhaló un hondo suspiro, clavó la vista en el suelo, y quedó en medio de la sala, sin moverse, como si fuera una estatua.

La forma de una mujer hechicera, envuelta en un ropaje blanco y vaporoso, linda y

aérea como la voluptuosa Vénus al nacer de las espumas del mar, apareció sin ruido como una vision fantástica, en el dintel de la puerta. Iba á deslizar su diminuto pié sobre el pavimento de la sala, pero al ver un hombre vuelto de espaldas y en actitud meditabunda, se detuvo recelosa, como la tímida gacela que se sorprende aún á la vista de un objeto amigo.

Entre tanto, Fernando preocupado en sus ideas y creyéndose completamente solo, mantenía consigo mismo y en el fondo del alma, uno de esos animados diálogos á que con tanta frecuencia se entrega el hombre á quien afectan sentimientos profundos que á nadie se atreve á confiar. Poco á poco su semblante fué adquiriendo un timbre de melancólica ternura, brilló en sus ojos la mirada del sentimiento cariñoso, se entreabrieron sus labios involuntariamente, y su boca dejó escapar estas palabras.

—¡Pobre Luisa!

—¡Fernando!

Exclamó la mujer, reconociendo á su esposo y corriendo hácia él.

—¡Hermosa!

Contestó Fernando estrechando á su esposa con el brazo en que tenía la carta, y formando una graciosa enredadera.

—He visto abajo dispuesta una columna de ataque: ¿piensas formar parte en ella?

—Para eso te he llamado: no he querido separarme ni por un momento del punto del peligro, y no quería volver tampoco á la lucha, llevando en el alma el remordimiento de haberte ofendido.

—¡Fernando, yo te ruego que no te vayas!... ¡he sufrido tanto durante las eternas horas del combate!... Y aun en este momento me encuentro temblando, dudando de que realmente estás á mi lado.

—Vamos, serénate, Luisa—dijo Fernando atrayendo suavemente hácia sí el flexible talle de su esposa.—Entregarte de esa manera al dolor, te haría mal; y yo estoy demasiado arrepentido de haberte hecho padecer, para que pueda presenciar tus sufrimientos sin desgarrarseme el corazón.

—Si es cierto lo que dices, dame una

prueba de que anhelas que terminen todas mis penas.

—¿Cuál?

—La de acompañarme á casa, renunciando la lucha.

—Eso es imposible, Luisa.

—¡Imposible!

—Se opone á ello mi deber de ciudadano.

—Te lo ruego por nuestro amor.

—No puedo.

—Por mi vida, si es que me aprecias.

Fernando estrechó la mano de su esposa con esa efusion profunda que entraña mil protestas, mil juramentos de amor.

—Me acusarian de cobarde.

Pronunció por fin haciendo un esfuerzo por sobreponerse á su cariño.

—¡Por nuestro hijo!...

—¡Luisa!... —Dijo Fernando conmovido por aquel nombre que tan dulce eco tiene siempre para el alma de un padre—no hagas que desmaye mi valor. Deberes imprescindibles me ligan á la causa de mis amigos políticos, y desentenderme de ellos

equivaldria á olvidarme de mi patria, á echar un borron sobre mi honra.

—Pero tú has cumplido ya con esos deberes, y te releva de otros nuevos la herida que ostentas en tu brazo.

—Ya te envié á decir que mi herida no merece el nombre de tal; que es un ligero golpe recibido de un hombre que busqué en el combate.

Luisa palideció: aquellas palabras le recordaron otras de venganza que pronunció Fernando contra Miguel al salir de casa dos noches antes: sospechó, pues, que aquel hombre á quien su esposo buscara en el combate, no podia ser otro que Miguel: que se habian encontrado se lo decia la herida de Fernando... ¿Qué habia sucedido despues?... ¡Cayó muerto Miguel al furibundo golpe de su esposo?... Luisa se estremió con este espantoso pensamiento. Fernando atribuyó aquel estremecimiento, al terror que le inspiraba la idea del peligro que iba á correr en el combate, y trató de calmar su espíritu, diciendo.

—Nada temas; las tropas del gobierno

están ya dispuestas á emprender la retirada, y nuestro triunfo no se comprará ni con una gota de sangre.

Luisa no respondió á estas palabras, que Fernando creyó eficaces para tranquilizarla.

— ¿Qué tienes? — añadió luego notando en su rostro pintado el dolor. — ¿Te has puesto mala?

— No: — dijo Luisa procurando ocultar la verdadera causa de su turbacion. — Miraba esa carta.

— ¿Esta carta que tengo en la mano?

— Sí.

— Comprendo tu terror; pero nada temas ya.

— ¿Cómo!

— Cuando la encontré al pié de la ventana me hizo perder la razon. Despues....

— ¿Qué?

Le interrumpió Luisa con ansiedad.

— ¿Cuántos pesares me hubiera ahorrado si la hubiese leído entonces con la prudente reflexion con que la he leído despues! En ella solo se ve tu inocencia, tu virtud,

las quejas de un pobre loco que se lamenta de tu indiferencia, de tu eterna frialdad.

Fernando no podia comprender lo que Luisa sufría oyendo aquellas palabras. Ella, como el lector sabe, no habia leído la carta, y por lo mismo acusó de imprudente la conducta de un hombre que la expuso al enojo de su marido; pero ahora que lo cree muerto; ahora que escucha de los labios de su esposo que aquel papel nada contenía que pudiese comprometerla; ahora que oye que los caracteres trazados, no ocultan mas que lamentos, quejas de un infeliz, de un loco que ha perdido la razon por amor, se sintió conmovida hasta la médula de los huesos. Su fecunda imaginacion recorrió en un momento la historia de su primer amor, llena de encantos, de doradas ilusiones, de risueñas esperanzas, eslabonada intimamente con la vida de Miguel: recordó el bello panorama que al lado de éste le descorria el mundo brindándoles con una felicidad singularismo: trajo á la memoria los fantásticos proyectos trazados por ambos en la niñez, y al llegar ahora al desenlace de esa

historia, al sospechar que al fin de tantos sueños, de tantas ilusiones, de tantas esperanzas, la severa realidad le señalaba con su descarnado y frío dedo un cadáver, tembló de espanto, se cubrió su semblante de una palidez mortal, y se asomaron á sus ojos abundantes lágrimas.

—Comprendo el origen de tu llanto—dijo Fernando acercando á sus labios la mano de Luisa que la sintió yerta.—Son las lágrimas que vierte el justo, conmovido por la dulce satisfacción de verse desagraviado.

Luisa sintió un profundo remordimiento al ver que su confiado esposo atribuía á virtud lo que no era, en su concepto, otra cosa que reprehensible debilidad.

—Pero yo te pido perdon—continuó Fernando con el acento mas tierno, viendo que su esposa no acertaba á pronunciar—sí, yo te pido perdon por la ofensa que hice á tu acrisolada virtud, y tú me perdonarás, estoy seguro, porque tú eres buena como los ángeles.

—Aquello pasó, Fernando—contestó Luisa dominada de profunda tristeza—yo no

tengo mas placer que el de verte tranquilo, y si para que lo estés necesitas escuchar de mis labios esa palabra de olvido, dala por pronunciada, no porque crea que trataste de ofenderme, sino por satisfacer tu deseo, que es el mio.

—¡Nunca he sido tan feliz como en este momento!

—Pero dime—repuso Luisa sin poder desterrar la memoria de la desgracia de Miguel, y conservando todavía alguna esperanza—¿el convencimiento de mi inocencia al leer con meditacion la carta, fué antes ó despues de haber recibido la herida?

Fernando no comprendió la intencion que encerraba la pregunta, y contestó:

—Despues.

Luisa se sintió desfallecer; habia perdido toda esperanza.

El ruido de las cornetas que tocaban llamada, vino á poner fin á aquella escena de ternura, de zozobra y de lágrimas.

—Va ha empezar el combate—dijo Fernando guardando la carta, y es preciso que partas inmediatamente. Por fortuna estás á

un paso de casa; cuida de nuestro hijo, y no estés inquieta por mí, pues ya te he dicho que las tropas del gobierno están dispuestas á retirarse.

—¡Viva el general Guerrero!.... ¡muera el gobierno!

Gritó una voz que Fernando reconoció ser la de Rossi.

—¡Viva!

Contestó la multitud.

—No hay tiempo que perder: te acompañaré, esposa mía; no nos defengamos ni un instante.

—Puesto que te empeñas en ir al combate, nada me resta que hacer sino obedecerte.

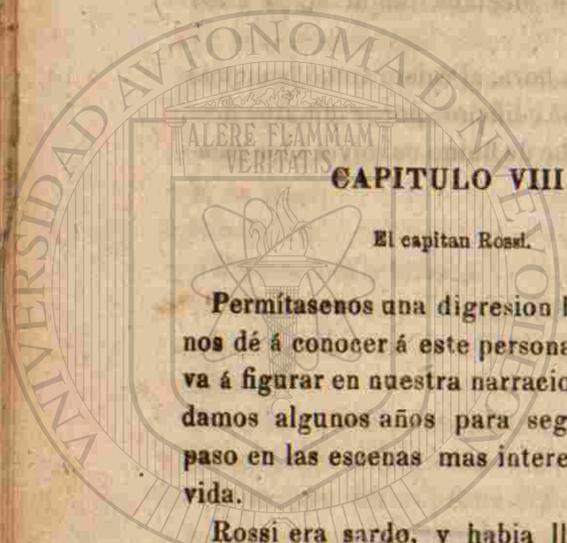
Fernando dió el brazo á su esposa, y la condujo hasta la puerta de su casa que, como hemos dicho, estaba á un paso.

Cuando volvió á la Acordada, emprendía la columna su marcha avanzando hácia palacio. Mandábala el general Guerrero, y al frente de la guerrilla marchaba el capitán Rossi.

Las tropas del gobierno, al ver avanzar el enemigo, se preparaban á recibirle, y los

pacíficos habitantes, ocultos en sus casas, esperaban inquietos el resultado de aquel encuentro que afectaba tan de cerca á los españoles.

A la media hora, el cañon tronó haciendo estremecer los edificios; pocos minutos despues, una nube de humo envolvía á los combatientes.



CAPITULO VIII.

El capitán Rossi.

Permitasenos una digresion histórica que nos dé á conocer á este personaje que tanto va á figurar en nuestra narracion, y retrocedamos algunos años para seguirle paso á paso en las escenas mas interesantes de su vida.

Rossi era sardo, y habia llegado á las costas de América en un buque mercante de su misma nacion, mandado por un tal Picaluga, pariente suyo, con quien siguió teniendo siempre estrechas relaciones. Deseando hacer fortuna, se dirigió á México en los momentos en que el cura Hidalgo proclamaba, en el humilde pueblo de Dolores, de que era párroco, la independencia

del país el 16 de Setiembre de 1810. Cartas de recomendacion que traia para D. Andrés, rico comerciante español, le dieron entrada en la casa de éste. Enamoróse Rossi de la hija de su protector, llamada Pilar, jóven de recomendables virtudes; pero como conociese que sus atrevidas miradas no eran acogidas con agrado, creyó mas prudente por entonces dejar á la hija y ocuparse en ganar el corazon del padre. Poco despues, abusando de la confianza que éste habia depositado en él, le estrajo de la caja una suma considerable, y para sustraerse de la justicia, corrió á unirse á las filas de los independientes. Osado, al par que bribon, logró hablar con el caudillo de la independencia, y le hizo entender que, una conspiracion en que trabajaba por la causa de la libertad, y descubierta por el gobierno español, le conducia á militar bajo las órdenes de tan decidido patriota.

Hidalgo, que vió en él un hombre de talento, lo recibió con muestras de satisfaccion, y le dió el mando de una compañía.

Muchos han tratado de oscurecer, por

hechos semejantes á la recepcion de Rossi, la grandiosa empresa del anciano párroco, diciendo que acogia bajo sus banderas á todo el que se presentaba.

¡Acusacion bien débil por cierto!.....

¡Como si en su mano hubiese estado el escoger á los hombres!

El pronunciamiento del año de 1810, digan lo que quieran los pocos enemigos del cura Hidalgo, fué un pronunciamiento que le honrará siempre ante los hombres de corazon y de patriotismo que saben apreciar las libertades patrias.

Es una obligacion imprecindible la de defender la patria del poder de cualquier nacion extraña que la subyugue ó pretenda subyugarla; y esta obligacion, reconocida por todos los hombres de todos los siglos, no puede quedar desatendida, ni por temor á la muerte, ni por apego á las riquezas, ni por respetos á alguna parte de la sociedad, sin que sobre la nacion que esto hiciera no cayese el borron mas negro y el desprecio universal. México hacia 300 años que estaba agregado legitimamente á la corona de

España; y aunque España engrandeció aquel fértil país, lo ilustró y formó en él grandes ciudades, suntuosos templos, sorprendentes acueductos, soberbios edificios, casas de beneficencia, hermosos colegios, y le dió una religion salvadora, la privó de la libertad de gobernarse. El gobierno español, con sus sábias medidas, y con su no desmentida deferencia hácia los hijos de aquel suelo, se ganó de tal manera el afecto de los mexicanos, que ninguno, no obstante el deseo natural á independerse, se atrevió jamas á levantar el estandarte de la rebelion, aunque no es rebelarse levantar el pendon de la libertad, para sacudir la dependencia de cualquier poder extraño, por dulce y suave que sea.

Los honores y los títulos repartidos por los monarcas españoles entre los hombres de alguna suposicion de aquel país, tenia á éstos tan adictos á la causa real, que de ninguna manera deseaban separarse de España. Los ricos, los hacendados y los comerciantes, tampoco querian exponer sus vidas por el bien que, siendo el primero de

los bienes, era para ellos secundario y casi de ningun valor. Solo quedaba, pues, la clase media y la clase pobre, que son las únicas que sufren en todos los gobiernos, y las únicas dispuestas á lanzarse en la sangrienta lucha para recobrar la libertad, único tesoro á que podian aspirar, y hasta del cual se veian privadas.

De entre aquella clase media, pues, salió el célebre Hidalgo, anciano por su edad, pero jóven por su acendrado patriotismo: salió un humilde sacerdote que, despreciando los peligros y la muerte, concibió el atrevido pensamiento de hacer caer un poder, un gobierno cuya fuerza moral habia echado hondas raíces por espacio de 300 años.

Para justipreciar este pensamiento, es preciso conocer los ningunos elementos con que contaba Hidalgo para llevar adelante una empresa colosal, que hubiera asustado al hombre mas intrépido. El plan grandioso del anciano párroco de Dolores fué descubierto; y al recibir tan infausta noticia, Hidalgo, haciéndose superior al peligro, reu-

nió unos cuantos paisanos del mismo pueblo, y levantó el estandarte de libertad.

¡Heroismo sublime que solo en un corazon verdaderamente patriota podia existir!

Los españoles que tan celosos nos hemos mostrado siempre por la independencia de nuestra amada patria, y que con tanto respeto miramos á los que se han sacrificado por nuestra independencia, no podemos menos de hacer justicia á un hombre como Hidalgo, que despreció la muerte por el bien que se habia propuesto dar al país en que habia nacido.

Yo, como español, si hubiese vivido en aquella época, hubiera combatido contra él por no perder la joya adquirida á tanto precio, y á tantos sacrificios comprada; pero en el fondo de mi corazon hubiera respetado y admirado á un hombre, cuyo noble anhelo no era otro que el de dar á su patria un lugar distinguido entre las naciones libres.

El pensamiento era grande, y este pensamiento será siempre digno de elogio, por mas que algunos hayan querido pintarle

con los mas negros colores, criticándole los medios de que echó mano. ¿Y de qué otros se podia valer el anciano sacerdote en situacion tan crítica y afflictiva? ¿Qué otro hombre, si él llegaba á verse aherrojado, tendria el necesario valor para sublevarse con un puñado de paisanos mal armados, contra el poder de un gobierno respetable y fuerte? Un hombre á quien no seguian los ricos, no por falta de voluntad, sino por miedo de perder sus riquezas en una lucha tan desigual, ¿estaba en el caso de despreciar á la gente de la clase infima, aunque no toda fuese honrada, por temor de que cometiera algunos excesos? . . . Esto hubiera equivalido á cometer la torpeza de entregarse á los que le hubieran quitado la vida.

Pero ¿cómo es que esos que con tanto empeño buscan en los que seguian á Hidalgo defectos y delitos, no ven á la gran figura que destaca en esa guerra de independencia? ¿Cómo es que ven á los malos, que nunca faltan en ninguna causa, por justa y santa que sea, y no al modelo de patriotas, al valiente D. Nicolás Bravo, que se

adhirió al plan del anciano cura de Dolores, y cuyo nombre no podemos menos los españoles que pronunciar con respeto y asombro, por mas que haya combatido contra el poder de España? ¿Y sabe el lector por qué es digno de nuestra admiracion? Vamos á decirlo. D. Nicolás Bravo tenia prisioneros en su poder 300 españoles, cuando recibió la noticia de que el gobierno español acababa de fusilar á su padre que, como él, combatia por la independencia de su patria.

El Sr. Bravo en aquel instante de acerbo dolor, mandó que le llevasen á su presencia á los 300 españoles, á quienes hizo saber la fatal noticia que acababa de recibir:—¿Qué harian vdes. en mi lugar? les preguntó con el acento del mas profundo pesar. Nuestros compatriotas guardaron silencio: conocian que, en la guerra, la represalia era el medio puesto en práctica para tomar reparacion de un agravio, y esperaron la muerte. Bravo habia tomado ya su resolucion irrevocable.—Están vdes. en libertad, les dijo.

Y luego, dirigiéndose á un oficial de su ejército, añadió.—Acompañe vd. con sus

soldados á estos señores hasta cerca del primer campamento español, para que así no encuentren obstáculo en el camino por parte de nuestras tropas.

Este rasgo de abnegacion y de generosidad, asombró al virey; y los españoles vieron desde entonces en Bravo un verdadero héroe.

Pero no solamente Bravo era el hombre de reconocido mérito que ennoblecia la causa, á todas luces justa, de la independencia. A la vez que él, brillaban otros muchos caudillos de acendrado patriotismo, sobresaliendo como honrosa lumbrera, el infatigable Matamoros, uno de los personajes de mas disposición militar de aquella época, segun confesion de los mismos que combatieron en las filas contrarias, quien reunia á un valor á toda prueba, una alma generosa, ideas elevadas y filantrópicas, y un corazón magnánimo y compasivo, jamas manchado con escenas de criminal venganza.

En esta pintura no hay toque ninguno exagerado; no es mas que un justo home-

naje tributado al verdadero mérito: mi mano no hace mas que trazar, con imparcialidad española, los hechos de un hombre que han enalsado nuestros mismos compatriotas.

Hasta aquí para justificar la causa de la independencia y defender al cura Hidalgo de la críminacion de que recibia á cuantos se presentaban en sus filas; ahora continúemos con Rossi.

Este llegó, tanto por su valor como por su talento, á alcanzar el aprecio de sus principales jefes que, ocupados en admirar su arrojo, no podian examinar los bastardos sentimientos que abrigaba su corazón. Para él los sagrados lazos de amistad eran preocupaciones absurdas de apocadas inteligencias, la gratitud trampantojos de la niñez, y toda religion una mentira sin base sólida ni racional.

Pero estos dañados sentimientos tenia buen cuidado de ocultarlos bajo un exterior hipócrita, que tomaba todas las formas que convenian á la situación en que se encontraba.

Era un buen actor que representaba todos los papeles, y los jugaba con la misma facilidad.

Demostrando patriotismo y virtudes cívicas, había sabido ganarse la estimación, primero de Hidalgo, y mas tarde de Guerrero, que le distinguía con su amistad y le había servido generosa y desinteresadamente en varias ocasiones críticas.

Era el tigre disfrazado con la piel de oveja; el gavilán vestido con las plumas de la cándida paloma; la culebra que imprudentemente abrigaba en su seno.

Cruel y sanguinario, era el azote de los comerciantes y hacendados españoles, radicados en los puntos por donde él pasaba.

Concluida esta sangrienta campaña con el fusilamiento del cura Hidalgo, Rossi pasó al Estado del Sur, donde aun conservaba Guerrero una chispa de la sublevación.

Entonces fué cuando haciendo mérito de los servicios que había prestado á la causa de la independencia, logró alcanzar la amistad

de tal personaje, quien desde aquel instante le consideró como al mejor de sus amigos.

Por aquellos días llegó al puerto de Acapulco el buque sardo que le había conducido á las costas mexicanas, y al encontrarse con su pariente Picaluga, le presentó á Guerrero. Este, que tenía un corazón benévolo, recibió al capitán con amabilidad y le siguió distinguiendo en lo sucesivo, prestándole favores y servicios que solo podían compararse con los que á Rossi dispensaba.

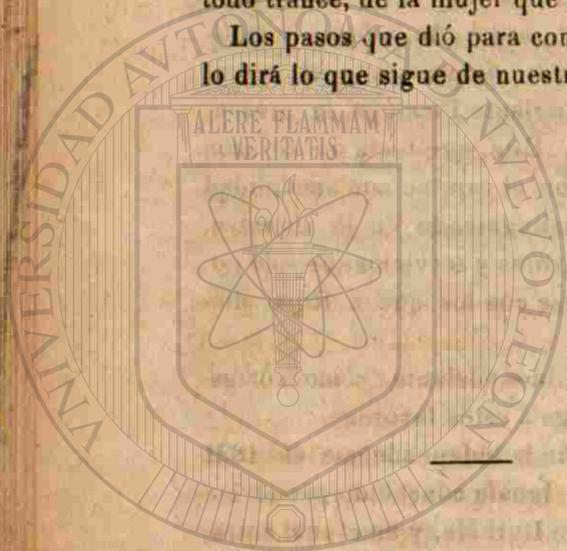
Ya veremos mas adelante, cómo correspondió Picaluga á estos favores.

Hecha por fin la independencia en 1821 por el plan de Iguala concebido por el coronel mexicano Iturbide, y en el cual entraron los principales jefes del ejército español, entre ellos Echávarri y Negrete, Rossi entró triunfante en México, y tuvo la osadía de presentarse en casa de D. Andrés para pedirle la mano de Pilar.

El honrado español que conocia á fondo el bastardo corazón que abrigaba, le negó la gracia que solicitaba, é indignado Rossi,

juró vengarse de lo que él llamaba desprecio del orgullo español, y hacerse dueño, á todo trance, de la mujer que amaba.

Los pasos que dió para conseguirlo, nos lo dirá lo que sigue de nuestra historia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO IX.

A río revuelto....

Eran pasados dos días, y la lucha entre las tropas del gobierno y los pronunciados, continuaba cada vez mas terrible, cada vez mas sangrienta.

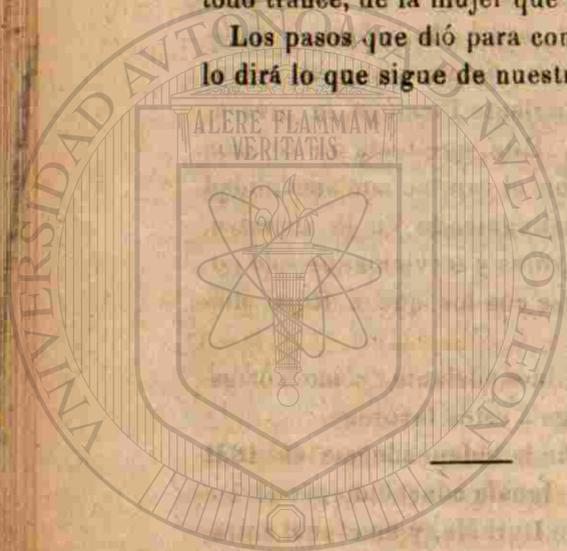
En aquella cuestion, como ya hemos indicado, se resolvía la suerte de los pacíficos comerciantes españoles radicados en aquel país que amaban como se ama la patria de los hijos.

Con la ansiedad con que el reo espera su sentencia, esperaban tambien ellos el resultado de aquel combate decisivo, en que un bando pedía su expulsion y el otro los defendía.

Aumentábase la inquietud que les tenia

juró vengarse de lo que él llamaba desprecio del orgullo español, y hacerse dueño, á todo trance, de la mujer que amaba.

Los pasos que dió para conseguirlo, nos lo dirá lo que sigue de nuestra historia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO IX.

A río revuelto....

Eran pasados dos días, y la lucha entre las tropas del gobierno y los pronunciados, continuaba cada vez mas terrible, cada vez mas sangrienta.

En aquella cuestion, como ya hemos indicado, se resolvía la suerte de los pacíficos comerciantes españoles radicados en aquel país que amaban como se ama la patria de los hijos.

Con la ansiedad con que el reo espera su sentencia, esperaban tambien ellos el resultado de aquel combate decisivo, en que un bando pedía su expulsion y el otro los defendía.

Aumentábase la inquietud que les tenia

en continuo sobresalto, con la voz difundida en todas partes de que, si triunfaban los pronunciados, seria entregado á saco el Párian, punto únicamente comercial en que estaban todas las tiendas y almacenes de los comerciantes españoles.

Alarmados con esta noticia, que les presentaba un destierro envuelto en la pobreza, permanecian tras de las vidrieras de los balcones mirando los movimientos de los combatientes, respirando cuando avanzaban las tropas del gobierno, y abatiéndose cuando retrocedian ante el número crecido de los pronunciados.

Era el violento estado de la agonía en que el enfermo lucha entre la vida y la muerte.

Sus familias, participando de los mismos temores, permanecian afligidas y desoladas, orando en su interior por el triunfo de la causa que les libertaba de la miseria.

—¿Qué será de nosotros, padre mío!....

Decía una joven hermosa como las vírgenes de Rafael, estrechando la mano de un venerable anciano que, pálido y temblando

presenciaba una lucha terrible entre los que combatian en la calle.

El anciano, por toda respuesta, apretó entre su seca palma la helada de su hija.

—¿No me respondeis, padre mío?

—¡Silencio, Pilar!.... estoy mirando á la culebra que alimentó en mi seno.

Y el anciano siguió observando hácia la calle, sin apartar los ojos del punto en que los tenia fijos.

—¿Qué quereis decir?

—¿No escuchas su aterrador silbido? ¡No oye! en medio del estruendo de las armas, la siniestra voz de un hombre que pide nuestra muerte, excitando á los suyos al combate!....

Y el grito de *¡mueran los gachupines!* pronunciado debajo de los balcones por uno, y repetido por la multitud, vino á herir los oídos de Pilar que se puso á temblar como el tímido cervatillo.

—¡Ah!.... sí.... ya lo escucho.

Contestó arrimándose cuanto pudo á su padre.

—¿Y no la conoces?

—No recuerdo haberla oído nunca.

—Te equivocas, Pilar.

—¿Cómo!

—Esa voz la has oído muchas veces muy de cerca; dentro de esta sala; en nuestra misma mesa.

—¿Será posible?....

—Sin duda.

—¿De quién es?

—¡Mira!

Y D. Andrés, haciéndose á un lado de la vidriera, señaló á un personaje que, seguido de un numeroso pueblo armado, luchaba como un furioso, al ver que le disputaba el paso un corto número de soldados del gobierno.

—¡Rossi!

Exclamó horrorizada la hermosa Pilar, apartando la vista del sitio en que aquel combatía.

—Sí: el hombre á quien colmé de beneficios.

—Y el que ha jurado nuestra ruina.

—Primero morirá entre mis manos.

Exclamó Carlos, levantándose de una silla que estaba en el extremo de la sala.

—Modera tu furia, Carlos—dijo el anciano fijando con ternura los ojos en el nuevo interlocutor.—Nadie puede remediar lo que está decretado en el cielo.

—Pero puede morir defendiendo la causa de su padre.

Advirtió el intrépido jóven disponiéndose á salir á la calle.

—¡Carlos!—dijo D. Andrés conmovido por el amor filial del jóven.—Te prohíbo que salgas.

—Pero....

—¿Quieres que en mi destierro llore la muerte de mi buen hijo?.... ¿Quieres que el porvenir de tu virtuosa hermana Pilar, que como yo te ruega permanezca á nuestro lado, dependa de este pobre viejo que no estará ya en estado de proporcionarla las comodidades en que hasta hoy ha vivido?.... Si tal es tu intencion, parte, no te detengo; sufriré resignado este último golpe que me estaba reservado para morir.

Y los ojos de D. Andrés se cubrieron de lágrimas.

—No, padre mio, no.—Exclamó *Cárlos* conmovido.—Conozco que debo permanecer á vuestro lado, y no me separaré jamás.

—¡Ni él, ni yo!

Agregó llena de amor filial la interesante jóven, estrechando con una mano la de su amoroso padre, y con la otra la de su querido hermano.

—¡Gracias, hijos míos, gracias!

—¿Está vd. contento?

—Sí, *Cárlos*: ¿quién no lo estaría con hijos tan buenos como vosotros? Pero ¿no oyes?

—Sí;—dijo *Cárlos* mirando hacia la calle—los prouunciados van en retirada.

—¡Gracias, Dios mio!

Exclamó *Pilar* llena de alegría, arrimando cuanto pudo su rostro á los cristales del balcón.

—¡Es verdad!

Agregó *D. Andrés*, participando del regocijo de sus hijos.

—Era preciso—advirtió *Pilar*—que triunfara la causa de la justicia.

—No hay que confiar tanto, hija mia.

—¿Por qué?

—Porque puede ser un ardid de guerra para atraer al contrario y cargar luego sobre él sin darle tiempo á defenderse.

—¡Imposible!

—¡Gran Dios!....

Exclamó en aquel instante *Cárlos*, que no había apartado la vista de los que combatían.

—¿Qué pasa?

Preguntó receloso *D. Andrés*.

—¡Mirad!....

Contestó el arrogante jóven.

—Me lo temía—exclamó *D. Andrés*.—

¿No os decía yo que no os entregáseis á risueñas esperanzas que harían doblemente terrible el desengaño?

—¡Funesto contratiempo!

Y los tres, pálidos, separando con la mano la cortina de la vidriera y respirando dificultosamente, presenciaban con los ojos

desenejados, la escena sangrienta que tenía lugar en la calle.

Los soldados del gobierno habían vuelto á detener al enemigo, haciendo sobre él un nutrido fuego desde la esquina de la Diputación y del portal de Agustinos.

Porción de cadáveres y de heridos se miraban tendidos en el suelo. Las tropas del gobierno hacían inauditos esfuerzos por poner en fuga á sus contrarios, mientras éstos, conociendo que, forzando aquel punto, la victoria era segura, luchaban como leones, animados por Rossi que, dejando la espada y apoderado del fusil de uno de los muertos, hacía fuego como un simple soldado.

La ansiedad con que colocados detrás de la vidriera esperaban D. Andrés y sus hijos el fin del combate, era indescribible: cada paso que retrocedían los pronunciados, era una esperanza; cada paso que avanzaban, un golpe que les desgarraba el corazón; era la terrible agonía del atribulado naufrago que, combatido por las encontradas olas del revuelto mar, no bien una le conduce hasta

cerca de la playa, cuando viene otra y le arrastra al medio del Océano.

Allí se estaba resolviendo la fortuna, el porvenir de todos.

En la fisonomía de aquellos tres seres, identificados en intereses y en sentimientos, se marcaban la inquietud, el sobresalto y el dolor mas profundos. Parecía á primera vista que las facciones de los tres se movían al mismo impulso, bajo la influencia de afectos idénticos; pero examinados detenidamente, hubiera notado el ojo inteligente, que, en el semblante de Pilar había algo que no se advertía en los de los otros; un tinte pálido de profunda tristeza, como el que se retrata en las hojas de la perfumada flor al despedirse del astro fecundante que con sus rayos la da vida y hermosura.

Pilar, lo dirémos de una vez, á pesar de las palabras dirigidas á su padre, diciendo que nadie sino él ocupaba su pensamiento, amaba; y amaba con ese sentimiento puro, íntimo, constante, con que ama la mujer

cuando siente por primera vez el divino fuego del amor.

Un joven como ella fino, y como ella recomendable, había logrado interesar aquel corazón de ángel, donde existía virgen el divino pavor y enlazados el candor y la pureza. Era el primer amor, el primer latido de misterios indefinibles que inician al alma en los deleites puros, en los goces inefables de otro mundo que realiza lo ideal y que excede á lo creíble: el primer sentimiento con que el corazón, dormido hasta entonces en la fría indiferencia, despierta á la vida; pero á esa vida de luz, de aromas, velada en los misticos celajes que fiége la ilusión, donde todo sonríe á nuestros ojos, porque á todo presta formas y color la creadora mente de los amantes. ¡Qué mucho, pues, que pensara en aquel hombre que le había hecho presentir un eden de inagotable felicidad, ahora que el destino la amenazaba con una separación larga y dolorosa!

Entre tanto la lucha seguía en la calle cada vez mas terrible, cada vez mas sangrienta. Sin embargo, no podía durar mu-

cho tiempo: las filas de los pronunciados iban aumentando por momentos, y las tropas del gobierno empezaban á conocer que en aquel combate desigual, los esfuerzos que hacían eran estériles.

De repente cesó el ruido de las armas.

—¿Qué pasa, padre mío?

Dijo Pilar, acercando cuanto pudo el rostro á la vidriera.

—¿No ves?—contestó el anciano, poniéndose pálido como el papel;—los pronunciados avanzan sobre la Diputación, sin que hagan fuego sobre ellos.

El grito de *victoria!* lanzado en aquel momento por uno de los bandos que hasta entonces había combatido con terrible encarnizamiento, hizo estremecer á los tres personajes.

D. Andrés, Carlos y Pilar, impulsados por un mismo sentimiento, abrieron el balcón y asomaron la cabeza para ver lo que pasaba, olvidando el riesgo que corrían de recibir un balazo si por desgracia eran vistos.

Triste fué el espectáculo que se presentó á su vista. ¡Todo se había perdido! las

tropas del gobierno huían sin oponer resistencia.

De repente una voz siniestra, lanzada por un oficial de los pronunciados, llenó de consternación á los comerciantes españoles y á la ciudad entera.

El oficial era Rossi, que inspirado sin duda por algun agente infernal, exclamó sediento de rapiña:

—¡Al Parian!

Y aquella palabra produjo los terribles efectos que se habia propuesto en su sed de venganza y de exterminio.

—¡Al Parian!

Contestó la multitud.

—¡Dios mio!.... ¡Van á saquearnos!....

Exclamó D. Andrés aterrado. Carlos, viéndole palidecer, corrió á sostenerle para que no cayera al suelo sin sentido. Pilar cerró el balcon y acercó una silla para que se sentara su amoroso padre.

Entre tanto el populacho, cual si hambriento lobo fuera, se arrojó sobre aquel sitio en que estaban reunidas las fortunas de todos los comerciantes españoles.

¡Singular contraste! Mientras los muchachos subían á las torres de las iglesias, y hacían que las campanas tocasen á vuelo anunciando el triunfo, la gente de todos los barrios se agolpaba á las puertas del Parian para entrarlo á saco.

—¡Adentro, amigos!.... Lo de los *gachupines* es nuestro.

Volvió á gritar Rossi, viendo que algunos titubeaban.

—¡Adentro!.... ¡Adentro!....

Repitió el gentío que inundaba la plaza.

—¡Gran Dios!

Dijo D. Andrés, levantándose de la silla como si aquellas palabras le despertaran de un letargo.

—¡A dónde va vd., padre mio?

—Dejadme presenciar mi desgracia.

—Eso es imposible.

—¡Por qué?

—Porque le haría á vd. daño.

—Daño me haríais vosotros con prohibírmelo, hijos míos.

—Pero si no sucederá nada: esos no son mas que gritos aislados de unos cuantos.

—No lo creas, Carlos: he reconocido la voz del ingrato que favorecí en un tiempo, y ese hombre es capaz de todo.

—Pero....

—Os pido como amigo; os mando como padre.

Y sin que valiesen los ruegos de Carlos ni las lágrimas de Pilar, D. Andrés se avanzó al balcón, y se puso á mirar con la mayor ansiedad, por detras de la vidriera y cubierto por las blancas cortinas. Sus hijos se colocaron á su lado temiendo que no pudiera soportar el desgarrador espectáculo que presentaba la multitud agolpada al Parian, ocupada ya en derribar sus puertas.

A la noticia de aquel desórden, Guerrero envió alguna fuerza para contener al populacho; pero la medida produjo el efecto contrario; porque componiéndose de gente voluntaria sin disciplina, se dejó arrastrar del desórden general, se unió á la multitud, y todo fué allanado en el momento.

La plebe penetró en las numerosas tiendas que formaban aquel recinto, donde, por

fortuna, nadie vivia, y empezó á apoderarse de todo.

La habian hecho creer que cuanto tenían los españoles pertenecia al país, y en tal virtud declaró propiedad suya lo que aquellos á costa de afanes, de años y de honra habian ganado, para dejar á sus hijos una posicion decente.

Aquel despojo lo consideraba el populacho, como una restitucion á su legítimo dueño.

Los españoles—decia—han hecho aquí lo que tienen, luego todo lo que tienen es nuestro.

Con tan extraña lógica, no es de admirar que calificase el ataque á la propiedad española como una cruzada digna de loa, y que se apoderase de ella en medio de los gritos de la alegría mas feroz.

Nada quedaba ya en pié.

El Parian, poco antes tan rico y admirado, presentaba ahora el aspecto mas triste y desgarrador.

No se veia por todas partes mas que desórden y confusion.

Aquí rompian una caja de fierro para apoderarse de las talegas de duros que dentro encerraba; mas allá arrojaba otro una rica pieza de tela para apoderarse de otra mejor que encontraba al paso: un poco mas lejos disputaban dos la propiedad de un enorme bolsillo henchido de onzas, y por todas partes se veia el suelo cubierto de pañuelos de seda, de finos paños y de gró, sobre el cual andaba la multitud apoderándose de los objetos que mas llamaban su atencion.

Los géneros mas exquisitos se veian en poder de aquellas masas sucias de la hez del pueblo que conducian á sus casas lo que no les habia costado mas trabajo que cojerlo, mientras que las familias de los ricos comerciantes, llenas de consternacion miraban un porvenir lleno de miserias y de padecimientos!.....

¡Día horroroso, día de llanto, día de desórdenes, día que nunca se borrará de la memoria de los buenos mexicanos fué el día 4 de Diciembre de 1828!....

En vano los jefes de aquel movimiento popular, trataron de evitar los desmanes á

que se entregó el populacho armado. Rotos los diques de la subordinacion, las masas no reconocian ya otro derecho que el de su fuerza; y Guerrero, que no contaba para hacerse respetar con otras bayonetas que con las mismas que le desobedecian, no tuvo mas remedio que doblegarse á las circunstancias, y tolerar el que se llevase á cabo la ruina de los comerciantes españoles.

Entre éstos, el que mas palpablemente presenciaba su ruina, era D. Andrés, por estar su casa en el Portal de Mercaderes, enfrente precisamente al Parian, donde, como todos, tenia su tienda.

El primero que habia penetrado en ella conduciendo á varios hombres de feroces rostros y peores hechos, fué Rossi que, deseoso de oro y de venganza, queria que presenciara el hombre que le habia favorecido y la jóven que le habia despreciado, que él era el autor de su desgracia.

—No dejemos ni la madera del mostrador—dijo al derribar la puerta—carguemos con todo lo que pertenece á ese *gachupin*.

—Con lo que le perteneció, porque ahora nos pertenece á nosotros.

Advirtió uno, echando sobre sus hombros lo mas rico que encontró á la mano.

—Y parece—añadió un tercero—que hay alguno detras de la vidriera que nos está pelando el jalisco (1).

—Es verdad.

Exclamó con satisfaccion Rossi, convencido de que presenciaba su venganza.

—Pues le quitaré la vista si le parece á su merced, mi capitán.

Dijo tendiendo el fusil hácia el balcon, un hombre en mangas de camisa y de sombrero de petate.

Pilar, asustada, dió un grito, y empujó á su padre hácia adentro, en cuanto vió que les apuntaban.

—No tires—exclamó Rossi—que así se acabaria pronto su agonía, y yo quiero alargarla todo lo posible.

—En ese caso—contestó retirando el fu-

(1) Caló del bajo pueblo de México que significa mirar de hito en hito.

sil—echemos el ojo á los géneros, y *cayetano la botica* (1).

Y al concluir estas palabras, cada cual se avalanzó á las telas que mas ricas le parecían, en tanto que Rossi se apoderaba del dinero que estaba en la caja.

D. Andrés, haciendo esfuerzos inauditos para desprenderse de los brazos de Cárlos y de Pilar, que no querian que presenciara la terrible escena de su ruina, logró acercarse por segunda vez á la vidriera del balcon, impaciente por saber la suerte que le habia tocado: fijó los ojos en el sitio en que guardaba la fortuna de sus hijos; y al ver que nada le quedaba, que la tienda estaba enteramente vacía, no pudo sobreponerse á su desgracia, y cayó sin sentido sobre una silla, pronunciando estas desgarradoras palabras.

—¡Estais en la miseria!....

Palabras que fueron á confundirse entre los alegres gritos del populacho, que se dirigia á sus casas cargado de riquísimos gé-

(1) Callemos la boca.

neros, la insultante risa de Rossi y el incesante repique de las campanas que en las torres de las iglesias agitaban los muchachos.

Mucho hubieran dado los caudillos de aquella revolución, porque su triunfo no se hubiese manchado con desórdenes ni delitos: pero aquel deseo era estéril; se había echado en brazos de gente insubordinada, y tuvieron que tolerar sus desmanes.

La noche vino por fin á cubrir con sus sombras los rastros que del pasado desorden aun quedaban en las calles.

Cárlos, que había permanecido al lado de su padre procurando consolarle, se levantó de repente, cogió el sombrero y se dispuso á salir.

—¿Nos dejas?

Dijo el anciano, enviando á su hijo una de esas miradas suplicantes con que los desgraciados ruegan que no los abandonen.

—Sí, padre mio: está dando el toque de ánimas.

—¿Ni aun esta noche prescindes de tu salida?

—Hoy menos que nunca: he faltado las tres anteriores, y no tendría disculpa la cuarta.

—¿Cuándo están las calles llenas de gente insolentada!

—No importa: yo no corro ningún peligro, y aunque lo corriera lo afrontaría, porque le interesa á vd., padre mio.

—A mi no me interesa ya otra cosa, que estar á vuestro lado: no me quedan mas bienes que vosotros... que vuestro amor...

Interrumpió el desdichado D. Andrés, abrazando á sus hijos y derramando un torrente de lágrimas.

—¿Y quiere vd. exponerse á perder esos caros objetos, padre mio, porque yo le complazca permaneciendo aquí, entregado á la tristeza y á las lágrimas como débil mujer, sin energía ni valor?

—¿Perderos!... ¿qué estás diciendo?...

—exclamó D. Andrés temblando como un niño, y apretando fuertemente entre sus heladas manos las de sus queridos hijos:—
—¡Ah!... ¿tendrían entrañas para privarme

tambien de vosotros?.... ¡No, no.... eso seria imposible!....

—Créame vd.; solo con mi salida podré conjurar el terrible peligro que nos amenaza.

—Pero ¿no sabré?....

—He dicho á vd. varias veces, que es un secreto que he jurado guardar.—No puedo decir á vd. á dónde voy, pero si asegurarle que trabajo porque nunca nos separen.

—Veo que es cosa decidida, y no quiero oponerme. Guarda tu secreto, y quiera Dios traerte á nuestros ojos sano y salvo como sales.

Carlos besó con respeto la mano de su padre, abrazó á su tierna hermana, y marchó á la calle, dejando á los dos llenos de sobresalto, de tristeza y de dolor.

CAPITULO X.

El ángel y el demonio.

Era poco despues de oscurecer. Aún se veian en los arrabales y plazuelas hombres y mujeres del bajo pueblo embriagados con bebidas espirituosas, y tendidos sobre valiosos objetos de que pocas horas antes habian entrado en posesion de hecho, aunque no de derecho.

Los serenos recorrían las calles de la ciudad con la escalera al hombro, encendiendo los faroles, y varios grupos de gente armada se retiraban, unos á sus casas y otros á sus cuarteles, refiriendo cada cual las hazañas que habia hecho en aquel dia. Por lo demas, la poblacion permanecia en silencio, las puertas de los zaguanes de los prin-

tambien de vosotros?.... ¡No, no.... eso seria imposible!....

—Créame vd.; solo con mi salida podré conjurar el terrible peligro que nos amenaza.

—Pero ¿no sabré?....

—He dicho á vd. varias veces, que es un secreto que he jurado guardar.—No puedo decir á vd. á dónde voy, pero si asegurarle que trabajo porque nunca nos separen.

—Veo que es cosa decidida, y no quiero oponerme. Guarda tu secreto, y quiera Dios traerte á nuestros ojos sano y salvo como sales.

Carlos besó con respeto la mano de su padre, abrazó á su tierna hermana, y marchó á la calle, dejando á los dos llenos de sobresalto, de tristeza y de dolor.

CAPITULO X.

El ángel y el demonio.

Era poco despues de oscurecer. Aún se veian en los arrabales y plazuelas hombres y mujeres del bajo pueblo embriagados con bebidas espirituosas, y tendidos sobre valiosos objetos de que pocas horas antes habian entrado en posesion de hecho, aunque no de derecho.

Los serenos recorrían las calles de la ciudad con la escalera al hombro, encendiendo los faroles, y varios grupos de gente armada se retiraban, unos á sus casas y otros á sus cuarteles, refiriendo cada cual las hazañas que habia hecho en aquel dia. Por lo demas, la poblacion permanecia en silencio, las puertas de los zaguanes de los prin-

eipales edificios cerrados; y las familias de alguna fortuna continuaban con su temor, sin atreverse á salir á ninguna parte,

Extraño por lo mismo parecia, cuando todos evitaban abandonar su casa, ver á un jóven, sin ninguna insignia militar y elegantemente vestido, atravesar las calles, solo, sin mas armas que un magnífico baston de estoque, y dirigirse hácia el lúgubre callejon de Cuajomulco, en cuya esquina permanecía embriagándose en una tienda de licores, algunos individuos del bajo pueblo, embozados en sus frazadas, por debajo de las cuales se veia el extremo de las espadas de que estaban armados.

—¿A dónde irá, valedores, por estos barrios, ese *rotito* (1)?

Dijo uno que ostentaba un enorme chirlo que le cruzaba desde la frente al carrillo izquierdo, atravesando por encima de la nariz.

—¿Quieres que se lo pregunte?

Contestó otro no de mejor catadura que el primero.

(1) Insulte del pueblo bajo á los que visten elegantemente.

—Estemos *silencio* (1)—advirtió un tercero, apurando un trago de aguardiente—y dejemos que cada cual vaya por donde quiera.

—¿Tienes miedo á que traiga cachorros en el bolsillo?

—Ya sabes, valedor—contestó el que habia estado porque se dejase en paz á nuestro jóven—que soy tan hombre como el primero, y que me *rifo* (2) con el mejor. Y para probarlo—añadió levantando con la mano el ala del sombrero sobre la frente—voy yo *mesmo* no solo á preguntárselo, sino á traerle aquí para que nos lo diga.

—Corriente—gritaron todos—con eso echará un trago con nosotros.

El jóven que habia oido, mientras pasaba, aquel diálogo que se dirigia á él, trató de alargar el paso para evitar que le detuvieran; pero fué inútil su empeño. El hombre que habia ido á su encuentro le alcanzó y le dijo:

(1) Quietos.

(2) Que llevo, que me pongo, etc.

—Tenemos que hacerle una pregunta á su merced.

—¿Cuál?

—Se la dirémos en aquella tienda.

—Es que voy de prisa y no puedo detenerme.

—Pues hemos resuelto lo contrario.

—¿Con qué derecho?

Preguntó irritado el detenido.

—Con el de nuestra santa voluntad.

—Yo soy dueño de la mia.

—Vamos, vamos, menos plática, y venga su merced si no quiere hacer conocimiento con la punta de mi *hierro*.

Dijo sacando del ceñidor un enorme puñal.

El jóven conoció que la resistencia era inútil contra tantos como presenciaban la escena, y resuelto á no defenderse sino cuando no le quedara otro remedio, contestó:

—Quiero complacer á vdes.

Y se dirigió resueltamente hácia el grupo que estaba en la tienda. Pero no bien le hubo visto uno de ellos el rostro á la clara luz del quinqué colocado sobre el mostrador,

cuando exclamó con respeto y quitándose el sombrero.

—¿Su merced por aquí, D. Antonio?

—¿Qué es esto, Pedro?

—Ya lo vé su merced: las señoritas no salen esta noche, y me he escurrido para estar un rato con mis amigos.

—¿Y quieres saber ahora á dónde voy?

Preguntó sonriendo nuestro jóven.

—No señor: fué una broma: su merced nos dispensará, y puede ir á donde tenga por conveniente.

—¿Pero estos señores se darán por satisfechos con eso?

—Sí, señor. Amigos—añadió luego Pedro dirigiéndose á sus camaradas—el señor es el médico de la casa en que yo estoy de portero, y es preciso que no se le detenga ni un instante.

—Está bueno, valedor—contestó el del chirlo—aquí no tratamos de ofender á *nai-de*; puede irse cuando guste, dispensando nuestra imprudencia.

—Precisamente ahora—dijo Don Anto-

nio—es cuando yo voy á decir á vds. á dónde iba.

—No señor—replicó Pedro—de ninguna manera.

—Es que me interesa.

—Eso es otra cosa.

—¿Sabes en qué número vive el capitán Rossi?

—No me acuerdo del número, pero sé la casa, y acompañaré á su merced hasta la puerta.

—¿Y te privas de la compañía de tus amigos?

—No le hace: precisamente estaba para despedirme de ellos, porque no quiero que noten mi falta en casa.

—Harás muy bien.

—Pues cuando su merced guste le enseñaré donde vive el señor Rossi.

—Ahora mismo.

—Andando.

—Adios, señores.

Dijo el médico al marchar.

—El vaya con su merced, señor amo.

Contestaron todos, quitándose el sombrero.

—Hasta mañana, amigos.

Añadió Pedro.

—Hasta mañana.

Respondieron. Y D. Antonio y Pedro echaron á andar hácia la casa de Rossi que estaba ya muy cerca.

—¿Va su merced—dijo Pedro mientras marchaban—á hacer alguna visita al capitán?

—Sí; tengo que verle.

—Hoy sí que, segun dicen, se ha puesto las botas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que el señor Rossi, se ha hecho rico con lo que ha pescado en el Parian.

—¿Sabes algo?

—¡Toma! dicen que se ha traído á su casa una buena parte de los géneros mas exquisitos que habia en la tienda de un tal D. Andrés, á quien no podia ver, porque su hija, cuentan que le dió calabazas.

—Es verdad. ¡Pobre Pilar!

—Así se llama la jóven segun he oido.
¿La conoce su merced?

—Algo.

—Aseguran que es muy buena y muy hermosa.

—No mienten.

—Y agregan que si está enamorada ó no está enamorada de un jóven.

—¿De un jóven?—preguntó con interes D. Antonio. —¿Y has oido cómo se llama ese jóven?

—No señor, no dijeron el nombre.

—¿Ni la carrera que ejerce?

—Tampaco. Pero lo ensalzaron mucho, diciendo que era un hombre de mucho talento, rico, de buena familia y virtuoso.

—¿Quiere decir que vale mas que Rossi?

—Pero que puede menos, y que por lo mismo se quedará sin la novia.

—¿Cómo!—exclamó sorprendido D. Antonio—explicate.

—Está ya dispuesta la expulsion de los españoles, y el padre de Pilar saldrá del país.

—Y su hija le seguirá, ¿no es esto?

—No señor.

—¿Qué dices?

—Lo que cuentan.

—Pero ¿quién se opondrá á que la hija siga al padre?

—Lo ignoro: yo no sé mas sino que eso dicen. Pero ya hemos llegado: esta es la puerta.

—Gracias, Pedro.

—No hay de qué, señor amo.

—Te aconsejo que vayas á casa antes de que noten tu falta.

—Ahora mismo me voy.

—Pues hasta mañana, Pedro.

—Hasta mañana, señor amo.

Pedro se alejó, y el jóven médico subió de dos en dos los peldaños de la escalera. Poco despues llamaba á la puerta del entre suelo.

—¿Quién es?

Preguntó una criadita graciosa y pizpeta, asomando su cara risueña por el ventanillo.

—Es inútil que le diga á vd. mi nombre, porque no me conoce el Sr. Rossi, á quien

vengo á ver para un asunto de la mayor importancia para él.

—Voy á decírselo.

Antonio esperó á que volviese la criada: á los pocos instantes llegó ésta, abrió la puerta y dijo:

—Pase vd. á ese gabinete, que ahí está.

D. Antonio se introdujo en el gabinete con paso resuelto, y se quedó de pié en frente al hombre á quien buscaba.

Rossi acababa de tomar chocolate, y estaba arrellanado en un mullido sillón de brazos, saboreando un exquisito puro habano que sostenía en la punta mas de un dedo de ceniza fina y blanquísima. En medio de la mesa lucía un excelente quinqué, y á su lado un par de pistolas inglesas, perfectamente cinceladas. Junto á la pared, pero en uno de los ángulos, se descubría, sobre un caballete de madera de cedro, una lujo-sa silla mexicana de montar, llena de adornos de plata, sobre cuyo fuste descansaban unas riquísimas *chaparreras* (1) de suave

(1) *Chaparreras* llaman en México á una especie de pantalón muy ancho hecho de pieles que se lo ponen enci-

piel de venado; en el fondo de la estancia y encima de un sencillo canapé, se veían colocadas, unas sobre otras, considerable número de piezas de gró de todos colores, finísimos paños, ricas mantillas de blonda, cajas de terciopelo, y otra porción de objetos de mucho valor, que hicieron recordar á nuestro jóven médico, la expresion vulgar, pero significativa de Pedro, de que Rossi se habia puesto las botas aquel dia. El resto del gabineteno presentaba otra cosa que digna de atención fuese.

Rossi, al ver entrar al desconocido, se puso en pié y le ofreció una silla.

—No vengo á sentarme—contestó D. Antonio con aspecto severo—sino á suplicar á vd. que coja sus armas y me siga en el instante.

man del que llevan cuando montan á caballo y llueve; por delante llegan hasta la cistura, pero por detrás solo hasta el fin del muslo, dejando el pantalón interior libre la parte del asiento: estas *chaparreras*, que son utilísimas, están unidas en la cintura á un cinturón de cuero con una hebilla por detrás, con lo que se consigue quitárselas ó ponérselas cuando conviene, con suma facilidad.

—¡Qué siga á vd!—dijo asombrado Rossi.—¿Y á dónde, y para qué?

—Seré breve en mis explicaciones.

—Precisamente soy partidario de la brevedad.

—Lo celebro infinito.

—Al grano.

—Usted ama á una jóven llamada Pilar. El capitan se quedó mirando fijamente y con extrañeza al que le hablaba.

—¡Hombre!—contestó luego soltando una carcajada, y mirando con cierto aire burlon á su interlocutor—yo amo á todas las mujeres que son bonitas: en esto no hago mas que ser admirador de las obras del Sér Supremo.

—Pero ella le aborrece á vd.

—Es noticia—contestó Rossi con la mayor calma—que la sé desde que la dije mi atrevido pensamiento. Adelante, y por Dios que me hable vd. de cosas nuevas.

—Usted ha proyectado su ruina.

—Tambien eso es viejo.

—Y hoy la ha llevado vd. á cabo.

—Eso siquiera es algo mas nuevo; pero

que ya lo sabia tambien yo. Si no tiene vd. otra cosa que comunicarme, siento que esté vd. perdiendo el tiempo con cosas que de puro añejas las tengo ya olvidadas.

D. Antonio arrugó el entrecejo de una manera terrible.

Rossi lo advirtió, y siguió diciendo:

—Veo que le hace á vd. mal efecto mi franqueza.

—Lo que yo veo—prorumpió el jóven lleno de la mas alta indignacion—es que vd. es un malvado sin principios ni religion: un infame que se burla de lo mas sagrado: un hombre indigno de la hospitalidad que ha encontrado en este hermoso país; un hipócrita, en fin, que manifestando una adhesion sin límites á la causa de la libertad, la desconceptúa con sus villanos hechos.

Nunca habia escuchado Rossi insultos tan marcados: la reputacion de valiente que disfrutaba, la habia adquirido justamente en el campo de batalla y en los muchos desafios que habia sustentado aun por la palabra menos ofensiva. Irascible y altanero, jamas escuchó una frase que pudiese herir

en lo mas mínimo su delicadeza, sin que al instante no sacase la espada. D. Antonio sabia todo esto, y por lo mismo esperó sereno el resultado, que no podia ser otro, en su concepto, que un duelo á muerte. Pero se engañó: Rossi escuchó todo aquel vocabulario de insultos, con una calma imperturbable: su fisonomía se habia mantenido tranquila y serena, y en sus labios se habia notado la sonrisa de la compasion, ó tal vez del desprecio.

—¿Ha concluido vd. ya?—Preguntó con la mayor sangre fria el sardo, tirando del cordon de la campanilla, apareciendo en el acto la criada á quien dijo:—Trae un vaso de agua con azucarillo para el señor.

La criada desapareció.

—Señor capitán—dijo temblando de ira el jóven médico—no agregue vd. á la maldad la cobardía: yo soy el amante de Pilar; el hombre por quien desprecia á vd.

Rossi, se quedó examinando, pero sin alterarse, á D. Antonio.

—Lo debí conocer—continuó luego sin

perder su tranquilidad—en el calor con que ha tomado vd. su defensa.

—Defensa que no abandonaré mientras yo aliente.

—Esa es una recomendacion que le altece á vd. á los ojos de Pilar.

—Yo no le pido á vd. parecer sobre lo que ella podrá pensar: yo he venido á exigir de vd. la devolucion de los objetos extraídos de la tienda de su padre, parte de los cuales veo sobre ese canapé; su excepcion para que no sea expulsado, y que renuncie vd. para siempre á la jóven que amo.

—Le prometo á vd. complacerle, á fé de caballero.

Contestó con la mayor formalidad Rossi.

—¿Cuándo?

Preguntó halagado por una lisonjera esperanza el jóven médico.

—Cuando haya disfrutado de lo que fué suyo; haya dado el tal D. Andrés un largo paseo por su patria, y no apetezca yo el cariño de la mujer que ama vd.

D. Antonio rechinó los dientes al verse tan hipócritamente burlado.

En aquel momento la criada entró con el vaso de agua; lo dejó sobre la mesa, y volvió á salir sin detenerse.

—Puesto que no está vd. dispuesto á obsequiar en ese punto mi deseo—exclamó seriamente el jóven médico—espero que no rehusará vd. salir conmigo para medir nuestras armas en el sitio que juzguemos conveniente.

—No puedo complacer á vd. tampoco en esto último.

—¡Cómo!—repuso asombrado D. Antonio—¿se niega vd. á batirse conmigo?

—Me niego: tengo formado mi plan, y no quiero perder lo que tanto codicio, hasta no haberlo conseguido. Despues no tendré inconveniente en complacer á vd.

D. Antonio quedó helado con aquella inesperada respuesta.

—Es que yo quiero que nos batamos esta misma noche.

—Repito que no puede ser.

—¿No?

Dijo ciego de ira el amante de Pilar.

—No.

Contestó tranquilamente Rossi.

—¡Sois un cobarde!

Una carcajada estrepitosa fué la contestacion del sardo.

—Sí—añadió D. Antonio cada vez mas indignado por la imperturbabilidad de su contrario—un cobarde; y lo publicaré por todas partes.

—Y nadie lo creerá, como no lo cree vd. tampoco—contestó Rossi.—Mi reputacion como valiente, está apoyada sobre muy sólidas bases para que den crédito á las palabras de un pobre loco á quien ciega la ira de los celos.

—¡Rossi!—Gritó frenético el jóven:—Yo he venido á matarle á vd., y no volveré á mi casa sin haber cumplido mi deseo.

—Puede vd. hacerlo: sobre la mesa tiene vd. un par de pistolas excelentes: dispare vd., que yo no me defenderé.

—Es que yo no soy ningun asesino: yo quiero matarle, pero defendiéndome.

—En ese caso, siento decir á vd., que no moriré esta noche.

—¿Por qué?

—Porque, repito, que no me batiré hasta no haber alcanzado lo que deseo.

Don Antonio se mordió los labios hasta hacerse sangre; había tropezado con un hombre que era invariable en sus resoluciones.

—¿Y cree vd.—exclamó D. Antonio con acento terrible—que no le saldrá á vd. al camino mi espada, para atajarle en su carrera de crímenes?

—Entonces quitaré ese estorbo con la mia.

—Es decir que ahora no se atreve vd. á lidiar conmigo?

—No quiero ó no me atrevo; me es igual que piense vd. de una ó de otra manera.

—Pues bien—añadió el jóven sacando una tarjeta de una cartera y entregándola á Rossi—aquí tiene vd. mi nombre y las señas de la casa en donde vivo: si es vd. hombre de honor, espero que mañana me cite vd. para el sitio que crea conveniente y quede arreglado este asunto; pero esté vd. persuadido que de no hacerlo así, le desconceptuaré

por todas partes, y le insultaré donde quiera que le encuentre.

—Mil gracias por el aviso.

Contestó sonriendo el sardo.

—Adios.

—Adios.

D. Antonio salió despechado al ver lo infructuoso de su paso, mientras Rossi, apurando el vaso de agua, y volviéndose á arrellenar en su sillón, dijo leyendo la tarjeta:

—¿Qué cándidos son estos jóvenes que todo lo quieren componer como los antiguos caballeros! Sin embargo, esta tarjeta va á serme de suma utilidad. Ella me inspira la manera de deshacerme de un rival á quien no conocia, y me proporciona una nueva venganza: guardémosla en mi cartera para cuando sea conveniente: ahora eché monos las pistolas en el bolsillo, y salgamos sin perder tiempo.

Y al decir esto guardó las pistolas en el bolsillo de la levita, encendió un puro, y salió á la calle pronunciando en voz baja, y en tono amenazador, el nombre de su rival. Este iba descuidado y entregado á sus re-

flexiones hácia la calle de Corpus-Cristi:
Rossi lo vió al instante, y exclamó para sí.

—¡Pronto veremos quién triunfa!

Y siguió el mismo rumbo, sin que D. Antonio notase su proximidad, ni el cuidado con que marchaba para no ser oído.



CAPITULO XI.

El ama y la criada.

A la hora misma en que Cárlos salía de su casa dejando á su anciano padre entregado al mas profundo pesar, salía tambien de otra que se encontraba á muy larga distancia de aquel sitio un hombre que llevaba vendado el brazo derecho con un pañuelo blanco.

Este hombre era Fernando que, desentendiéndose de los cariñosos ruegos de su esposa, se dirijia á la casa en que hacia dos años pasaba las principales horas de la noche.

Luisa, al ver partir á su esposo, se sentó abatida sobre el sofá que adornaba la pieza en que tuvo lugar la desagradable escena de la carta. La conducta de su cónyuge,

flexiones hácia la calle de Corpus-Cristi:
Rossi lo vió al instante, y exclamó para sí.

—¡Pronto veremos quién triunfa!

Y siguió el mismo rumbo, sin que D. Antonio notase su proximidad, ni el cuidado con que marchaba para no ser oído.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XI.

El ama y la criada.

A la hora misma en que Cárlos salía de su casa dejando á su anciano padre entregado al mas profundo pesar, salía tambien de otra que se encontraba á muy larga distancia de aquel sitio un hombre que llevaba vendado el brazo derecho con un pañuelo blanco.

Este hombre era Fernando que, desentendiéndose de los cariñosos ruegos de su esposa, se dirijia á la casa en que hacia dos años pasaba las principales horas de la noche.

Luisa, al ver partir á su esposo, se sentó abatida sobre el sofá que adornaba la pieza en que tuvo lugar la desagradable escena de la carta. La conducta de su cónyuge,

era cada dia mas inexplicable, y muy particularmente en aquel instante en que, mas que nunca, se hacia indispensable su compañía por los desórdenes á que habia estado entregado el populacho.

Luisa habia disculpado hasta entonces á su esposo; pero no pudo tener la misma indiferencia en aquellos críticos momentos en que todos temian, y nadie abandonaba sin una necesidad apremiante, que no existia en Fernando, los objetos mas caros del corazon.

Como es natural en casos semejantes, la imaginacion de Luisa se detuvo á hacer comparaciones entre el amor verdadero, vehemente, apasionado y tierno de Miguel, y el frio, severo, callado y ceremonioso de Fernando. Pensó en la felicidad sin término que hubiera disfrutado al lado de aquel hombre que no tenia mas pensamiento que el suyo, y en la soledad y abandono en que la dejaba aquel á quien, por obediencia filial, se habia unido, y exhaló un suspiro que indicaba lo poco ventajosas que eran aquellas comparaciones para el segundo.

La memoria de Miguel la recordaba los juramentos mas apasionados, aquellas promesas de amor eterno que hacen los verdaderos amantes cuando se halla el alma en la plenitud de toda su pasion; la presentaba á la vista aquel mundo ideal de campos floríferos, de lagos fantásticos, en que se desliza la vida, mecida por auras balsámicas, y llevada en alas del ángel invisible de la felicidad; le realizaba los sueños miríficos, sublimes, risueños, maravillosos que finge la fecunda imaginacion del enamorado. en un eden de quiméricos matices, cercado de poéticas grutas, de sonoras cascadas, de bosques odoríferos, donde el pesar no tiene principio, donde la ventura no encuentra fin. Se olvidaba de que tambien Fernando, antes de que en lazo indisoluble se uniera, le habia pintado con sublimes colores, el dulce porvenir que le esperaba. Tampoco tenia presente los multiplicados ejemplos de otras lindas amigas suyas que, antes de ser esposas, soñaron, como ella, arrulladas por las lisonjeras palabras de sus amantes, con un oasis de imperecedera

ventura, para ver despues desvanecerse, casi de repente, los vivos matices de tanta ilusion fingida; para vivir despues en un mundo de transiciones, de peripecias, donde alternan el llanto con la risa, los placeres con las penas, la dicha con el pesar: en un mundo despojado de la deslumbrante poesia con que lo engalana la creadora imaginacion del que ama por primera vez; en un desierto, en fin, donde los goces son instantáneos, donde el pesar dura tanto como la vida.

Por esto sin duda ha dicho un autor frances, que *el matrimonio es la tumba del amor*.

No estoy conforme con este parecer.

Si el amor es el frenesí, el delirio, el olvido de todos los objetos, para solo pensar en uno: el sueño constante de la felicidad, la continua ansiedad de poseer un objeto que divinizamos y cuyos defectos revestimos de gracias y de perfecciones: si el amor es el desprendimiento de todo criterio; ese ver las cosas, no como son en realidad, si no como queremos que sean; si el amor es fingir una ilusion de contornos divinos que satisface todas las exigencias de una alma

privada de la facultad analítica que es la sublime prerogativa con que Dios dotó á la criatura, entonces, sí, convengo en que el matrimonio es su tumba. Pero si el amor hemos de entender por esa pasion dulce y tierna, siempre igual, siempre consecuente, nunca exagerada; si el amor consiste en esa íntima amistad nunca exigente, siempre servicial; en ese amalgama de intereses y de pensamientos; en esa tranquilidad de espíritu del que posee el bien mayor que codiciaba en la tierra; en ese placer de compartir las penas que nos aquejan y los placeres que nos halagan, con una persona que toma parte activa en todo lo que nos pertenece; que se identifica con nosotros; que nos consuela y nos acompaña como el ángel de nuestra guarda, entonces el matrimonio es la fuente de todo bien y de todo amor; el puerto donde despues de las borrascas que han combatido al corazon, encuentra la paz y la calma en los brazos del sér que le acompaña hasta el último instante de la vida; que recoge su último suspiro; que le prodiga el último cuidado.

Para mí tengo que el matrimonio, lejos de ser la tumba del amor, es el rico manantial de donde nacen todos los amores lícitos, puros, inefables: el amor de padre, el más desinteresado y dulce de todos los afectos; el amor á la sociedad, el amor á la patria, como herencia que tiene que legar á sus hijos; el amor al trabajo, para atender á la educación de éstos, el amor al orden social. El matrimonio, lejos de ser la tumba del amor, es la vida del mundo; pues por él existe la sociedad; es la sávia fecundante que enlaza al género humano con los lazos de verdadero amor; la base en que descansa todo principio de orden; el amor por excelencia.

Y no se me diga que hay matrimonios que presentan el contraste marcado de la pintura que acabo de bosquejar. Yo hablo en tésis general, y ninguna fuerza tienen las excepciones que se puedan presentar para combatir una verdad innegable, puesto que las excepciones, en buena lógica, son las que vienen á robustecer la regla general.

En tanto que la esposa de Fernando per-

manecía ábismada en sus tristes pensamientos, Juana, su fiel criada, la única confidente en otro tiempo de sus pasados amores estaba asomada á la ventana, como buscando en la calle algun objeto que no encontraba.

Ambas permanecían en el más profundo silencio: la una, ensimismada con sus dominantes ideas, y entretenida la otra en descubrir algo que con indecible afán anhelaba.

Luisa continuaba inmóvil, con la mirada fija en un punto, triste; pero con esa agradable melancolía que siente el alma cuando se alimenta con sus pasados recuerdos de ventura.

De repente otro recuerdo terrible, reciente, la hizo estremecer, dando á su angelical fisonomía ese tinte vago que imprime el temor: hacia cuatro días que Miguel no se había dejado ver en el arco del acueducto, y cuatro también que las enigmáticas palabras de su esposa la dieron á entender que había sucumbido á los golpes de su espada.

Este aterrador pensamiento la sobreco-
gió de tal manera, que no pudo reprimir un

grito de terror, que sobresaltó á la criada que estaba en la ventana.

—¿Qué tiene vd., señorita?—dijo Juana corriendo adonde estaba su ama—¿está vd. mala?

—No—contestó Luisa ocultando dos lágrimas—ha sido un pinchazo que me he dado con el alfiler.

—¿Para qué esa reserva conmigo, señorita? ¿Por ventura no he sido yo siempre la depositaria de sus secretos?

—Tienes razon, Juana. ¿Para qué ocultarte lo que pasa en mi corazón? Tú conoces la pureza de mis sentimientos y que soy incapaz de faltar á mis deberes.

—Esa advertencia debía vd. haberse ahorrado conmigo que no puedo dudar de su virtud.

—Pues bien, Juana; tú sabes que habia un hombre que sin mi beneplácito, sin que recibiera la mas ligera muestra de cariño, venia todas las noches á situarse en el arco del acueducto frontero á esa ventana.

—Lo sé, señorita.

—Tú sabes que á ese hombre le amé cuando

do pude amarle sin faltar á mis deberes, como nadie es capaz de amar, con delirio, con frenesí, con toda el alma. ¡Cuántas veces fuiste tú testigo de nuestras lisoujeras pláticas en que nos prometiamos un porvenir de interminable ventura! ¡Cuántas veces escuchaste sus palabras tan respetuosas como llenas de amor, en que me juraba eterna fidelidad, y á las cuales contestaban mis labios prometiendo lo mismo que él me prometia! Pero yo le engaé: yo falté á mis juramentos: yo desgarré su corazón, y le hice desgraciado para siempre.

Y abundantes lágrimas corrieron por el celestial semblante de la afligida Luisa.

—Usted no; fué la voluntad de vuestro padre, á quien no podia vd. desobedecer en el momento solemne de su muerte.

—No trates de disculpar mi perjurio, Juana: las promesas que se hacen á un amante, deben ser sagradas. Alimentar su amor, decirle que vivimos por él y para él; hacerle soñar con un bien que es su suprema dicha, su mundo, su existencia; hacerle consentir en la posesión del sér que adora; y cuando

creo alcanzar su mano, cuando juzga realizada su esperanza, cuando piensa que ha llegado al término de su viaje, decirle te he engañado; mis palabras de amor, mis juramentos de fidelidad eran mentira; voy á ser de otro para siempre. . . . esto, Juana, es matar las ilusiones que alimentan el alma; atraer con falaces engaños á la víctima para asesinarla villanamente; desencantar su corazón; hacerle aborrecible el mundo, donde arrastra la vida como una pesada carga que le agobia hasta bajar á la tumba!

Y Luisa se quedó agobiada como un pecador arrepentido bajo el peso de sus culpas.

—Vamos, señorita; no se entregue vd. de esa manera al dolor. Su padre de vd. quiso pagar los favores que debía al de Fernando, haciendo á vd. esposa de éste, y como hija obediente. . . .

—Fuí indigna amante,—contestó Luisa atajando á Juana.—Por obedecer á un padre, desobedecí á mi conciencia: por no desobedecer á un moribundo, he sido tal vez la causa de la muerte de Miguel! . . .

—¿Cómo?

—¿No te dije las palabras que pronunció mi esposo en la Acordada cuando vino herido.

—Sí.

—¿Y no te dije también que aquellas palabras habían despertado en mi alma funestas sospechas?

—Sin duda.

—Hace cuatro días de esto.

—Es verdad.

—¿Y hace cuatro noches también que el arco del acueducto está desierto!

—¿Dios mío! . . . —dijo Juana con ansiedad—¿sospecha vd.?

—¿Ah! . . . —Pronunció Luisa con esa mezcla de horror y de pesar que dan á la voz un acento extraño.—Todo me hace creer que Miguel sucumbió en el combate bajo la espada de Fernando!

—¿Eso sería terrible!

—¿Y quién si no yo, yo que le engañé, yo que encendí en él esa pasión que fomenté despues, es responsable de su muerte?

Y Luisa se cubrió el rostro con ambas manos, espantada con aquella idea.

—Mucho temo que se realice esa creencia. La calma de mi ayo, sus atenciones con vd., su afán porque no se toque el asunto de la carta, y la ausencia de....

Juana se detuvo sin atreverse á pronunciar el nombre de Miguel.

—¿Es verdad que mis temores son fundados?—Repuso Luisa con la mayor ansiedad.—¿Es verdad que tú recelas lo mismo que yo?

—Yo abrigo una esperanza.

—¡Esperanza! ¡esperanza!—exclamó la joven esposa con amargura.—¡La esperanza no es mas que una ilusión que halaga un instante para hacer mas cruel el desengano!....

—Pero....

—No, Juana; mi présago corazón me anuncia una desgracia... ¡Miguel ha muerto!

Y ambas exhalaron un suspiro; inclinaron la cabeza sobre el pecho, y quedaron en el mas profundo silencio.

Los ojos de Luisa se veían bañados de lágrimas, tributo consagrado á la memoria del hombre que nunca pensó en otra mujer

sino en ella; en ella que le habia dejado por otro; en ella que le habia hecho consentir en un mundo de dichas inefables, de bienes sin guarismo, para arrojarle á una sima de tormentos, de penas y de amarguras.

Al ver aquella mujer abismada en sus tristes pensamientos, pálida con ese leve tinte que imprime la profunda melancolía, bañado su angélico semblante por la suave luz de un quinqué velado por una elegante pantalla de gasa de variados colores; apoyada su hechicera cabeza sobre su turgente seno; envuelta en un ropaje blanco de transparente linon; caidos sus torneados brazos sobre la graciosa falda en que descansaban sus pequeñas manos entrelazadas, la hubiera creído un poeta el ángel de la resignación ó de la esperanza.

Sin duda hubiera permanecido por mucho tiempo en aquel estado de abatimiento, á no haberles venido á sacar de él los gritos de algunos hombres que se aproximaban por S. Hipólito.

—¿Has oido, Juana?—dijo asustada Luisa.—No sé por qué se ha marchado Fer-

nando en una noche como esta, en que anda suelto el populacho.

—No tenga vd. cuidado: esa gente respetará la casa del que ha combatido con ellos.

—¡Maeran los *gachupines!*

Se oyó entonces ya muy cerca de la casa una voz que fué secundada por otras de varios hombres armados que pasaban por la calle.

—¡Yo estoy temblando!

Repuso la jóven esposa.

—Ya los pasos suenan muy cerca.

—Apaga la luz para que no adviertan que hay gente.

—Corriente—contestó Juana torciendo el tornillo del quinqué hasta apagarlo—ahora, guardemos silencio.

Y ama y criada se aproximaron una á otra tan temerosas, que parecia que solo formaban un solo cuerpo.

Entre tanto los que venian gritando se acercaron tanto á la ventana, que Luisa y Juana oyeron distintamente lo que en la calle se hablaba.

—¿Quién será aquel *zopilote* (1).

Dijo uno de voz aguardientosa que indicaba por su acento, que la lengua andaba á tropezones en la boca.

—¿Quién?—contestó otro, despidiendo un eruto rebosado en pulque (2).—¿Aquel que está de centinela debajo del arco?

—El *mesmo*.

—¡Toma! algun enamorado.

Luisa y Juana se estrecharon la mano por un sentimiento de alegría y esperanza, al oír que se encontraba un hombre debajo del arco del acueducto.

—¿Quiere vd. que vea si es él?

Preguntó Juana, mas bien con el aliento que con palabras.

—No—dijo Luisa en voz muy baja—espera á que esos hombres se vayan.

—¿Pero será Miguel?

—¡Dios lo quiera! Pero oigamos á esos hombres.

(1) Zopilote es un pájaro de México, especie de grajo muy grande, negro, y mayor que el cuervo, que se alimenta de inmundicias y de animales muertos.

(2) Vino del color de la leche, escado del maguay, planta semejante á la que en España conocemos por pita.

—Oigamos.

—Pues la hora—repuso uno de los interlocutores de la calle—no es la mas á propósito.

—Para enamorado—agregó otro—está muy escondido. ¿No será algun *chaqueta* que se ha salvado de la matanza?

—Al menos es por ese *chisgo* (1).

—O algun espia de los gachupines.

—Voy á desengañarme.

Dijo el de la voz aguardientosa, levantando el ala de su ancho sombrero y desembozándose la sábana en que iba envuelto.

—Pero ¿cómo?

Le preguntaron sus compañeros.

—Dándole un *plomazo*.

Y cuando está dijo, ya un tiro habia salido de su fusil.

Luisa y Juana lanzaron un ¡ay! espantoso, y se precipitaron á la ventana.

En aquel mismo momento un hombre se detenia muy cerca de la casa, y observaba todo, sin que nadie hubiese notado su llegada.

(1) Semejante, parecido.

El bulto de un cuerpo humano, envuelto en una capa, se deslizó como un fantasma por los arcos del acueducto.

Luisa reconoció á Miguel, y dejó escapar una exclamacion de alegría.

El hombre en quien nadie habia reparado, recogió aquella exclamacion, y reconoció tambien, lo mismo que Luisa, al personaje de la capa.

—Se ha escapado el pajarraco.—Dijo el que habia disparado.—Y es que veo muchas lucecitas.

—Pues le seguiré.

—¿Qué le has de seguir, si te desamparan las piernas!

—Y es verdad que me *desmamparan*, pero no es por miedo, sino por los *efectos* del pulque.

El hombre que todo lo habia observado, se acercó al grupo, y dijo con tono imperioso.

—A sus casas, señores, que ya es hora de recogerse.

Aquellos hombres reconocieron al que les hablaba, y contestaron con respeto.

—Ya nos vamos, señor amo.

Y luego, al irse, gritaron con toda la fuerza de sus pulmones.

¡Viva nuestro jefe D. Fernando! ¡Mue-
ran los gachupines!

—¡Mi esposa!

Exclamó Luisa que, ocupada en seguir con la vista á Miguel que iba ya desapareciendo entre las sombras, no habia fijado la atención en Fernando.

Este entró en su casa pronunciendo entre dientes el nombre de Miguel y jurando venganza, aunque resuelto á no manifestarse celoso ni iracundo con su esposa.

CAPITULO XII.

Temores de una separacion.

Al terminar la calle del *Puente de Alvarado*, está la linda plazuela de *Buenavista*, punto el mas pintoresco de la ciudad, donde se ven elegantes casas de sencilla arquitectura, rodeadas de bellisimos jardines, escondidas entre el espeso ramaje de los árboles, y bañadas por las saludables brisas de San Cosme, poético vergel que se extiende á los piés de la suntuosa poblacion como una alfombra de fragantes flores á las plantas de una bellisima sultana.

Desde uno de los miradores mas elevados de estas casas, se descubre á la vista el brillante panorama que presenta el inmenso valle de México; de allí se descubre el

—Ya nos vamos, señor amo.

Y luego, al irse, gñaron con toda la fuerza de sus pulmones.

—Viva nuestro jefe D. Fernando! ¡Mue-
ran los gachupines!

—Mi esposa!

Exclamó Luisa que, ocupada en seguir con la vista á Miguel que iba ya desapareciendo entre las sombras, no habia fijado la atención en Fernando.

Este entró en su casa pronunciendo entre dientes el nombre de Miguel y jurando venganza, aunque resuelto á no manifestarse celoso ni iracundo con su esposa.

CAPITULO XII.

Temores de una separacion.

Al terminar la calle del *Puente de Alvarado*, está la linda plazuela de *Buenavista*, punto el mas pintoresco de la ciudad, donde se ven elegantes casas de sencilla arquitectura, rodeadas de bellisimos jardines, escondidas entre el espeso ramaje de los árboles, y bañadas por las saludables brisas de San Cosme, poético vergel que se extiende á los piés de la suntuosa poblacion como una alfombra de fragantes flores á las plantas de una bellisima sultana.

Desde uno de los miradores mas elevados de estas casas, se descubre á la vista el brillante panorama que presenta el inmenso valle de México; de allí se descubre el

magestuoso bosque de Chapultepec con sus multiplicados arroyos, con sus admirables albercas, con su magnífico colegio militar, situado en el vértice de un montecillo que le adorna, como el vigilante centinela de las selvas: de allí la frondosa calzada de la Piedad, orillada de lozanos y robustos árboles; de allí el pintoresco pueblo de Mixcoac; de allí Tacubaya, la favorita de la corte, con sus notables palacios, sus bellísimos jardines, sus excelentes huertas y su privilegiada temperatura: y de allí, en fin, el pueblecito de Popotla, con su misterioso, corpulento y vetusto ahuehuate de históricos recuerdos, al pié del cual se sentó agobiado de fatiga y de pesares, el valiente Hernán Cortés en aquella memorable retirada conocida por *la noche triste*, en que asomó á sus ojos una lágrima de tristeza, al contemplar el lamentable estado de su reducido ejército, que huía de la ciudad pobre y derrotado.

Pero volvamos á Buenavista.

En la época á que nos referimos en nuestra historia, se veía en el mismo punto en

que hoy existe el jardín que se levanta en el centro de los elegantes edificios que allí se han construido, una humilde casita, aislada, limpia y risueña, cobijada por el tupido follaje de los álamos y fresnos que proyectaban una verde y oscilante bóveda, en que anidaban canoras y pintadas avecillas que aumentaban el encanto de aquella deliciosa mansión. Un ligero puenteo, por bajo el cual pasaba murmurando un limpio arroyuelo, conducía á un espacioso terreno, cubierto de naranjos, limas, y limoneros, en que estaba situada la modesta habitación.

El interior de esta casita correspondía en un todo á su exterior.

El adorno de su reducida sala consistía en cuatro pintadas rinconeras, repartidas en los cuatro ángulos, sobre cada una de las cuales descansaba una jarrita de porcelana de China, con un ramo de flores naturales. Un sofá de cerda y una docena de sillas decentes, aunque de poco precio, se veían colocadas, con agradable simetría, por la estancia; y en el espacio que media-

ba entre dos balcones con vista al campo, lucia un espejo de tamaño regular sobre una consola de agradable hechura: las paredes ostentaban por tres lados, varios cuadros con la historia del Hijo Pródigo, ocupando el cuarto una imagen de la Virgen de los Dolores, cuyo marco tenia embatidos, en su parte inferior, dos pequeños candeleros, ocupados en aquel momento por dos velas de cera encendidas á la Madre de Dios: una mesita redonda con un precioso ramo de flores en un gran vaso de cristal, ocupaba el centro de la pieza; y blancas cortinas de muselina velaban las puertas-vidrieras de los balcones.

Dos personas se hallaban en la pieza que de describir acabo.

Eran una mujer y un hombre: aquella graciosa, interesante, esbelta, ostentando todas las gracias de la juventud; éste, anciano, aunque de complexion vigorosa y robusta.

La primera estaba sentada en una silla baja, detras de la vidriera del balcon, leyendo en un libro, que parecia ser el Año Cris-

tiano: acababa de salir del baño: su cabello, rubio como el oro de su patria, caia en sueltas y finísimas hebras sobre su ebúrnea espalda, cubierta entonces por un blanco cendal, para evitar que la humedad, que aun conservaba el luciente cabello, pudiese incomodarla: sus ojos, azules y apacibles como el cielo de México, estaban fijos en las hojas del libro, que de rato en rato las volvía con su graciosa y pequeña mano blanca y suave como el cándido algodón de América; en su fisonomía apacible y virginal, estaba trasladada la hermosura de los ángeles, la modestia que imprime la virtud, la dulzura que presta á las almas sensitivas la esmerada educacion. Era uno de esos tipos indescribibles, y por lo mismo sublimes, que solo el fecundo pensamiento los puede concebir, pero que no es dado al idioma humano explicar jamas. Su delicioso contorno, bañado por la suave luz que, al traves de los frondosos árboles dudaba enviar el fecundante sol, se destacaba de las candidas cortinas de trasparente gasa, como una de esas deliciosas vírgenes de Murillo

cercadas de blancas y oscilantes nubes que en caprichosas formas se leván sobre el éter.

De repente una lágrima de profunda tristeza asomó brillante á sus divinos ojos, rodó lentamente por sus pudorosas mejillas, y fué á caer sobre la religiosa página del libro.

El anciano, que no perdía el menor movimiento de aquella jóven á quien miraba con indecible ternura, advirtió aquella furtiva lágrima que encerraba para él una historia de amargos recuerdos, y se sintió conmovido hasta la médula de los huesos.

—¿Qué tienes, hija mía?...—Dijo lleuando ternura, acercando su silla á la de la jóven.—¿Qué tienes, mi adorada Pilar?

—Nada, padre mio:—respondió la jóven procurando ocultar su llanto, y sonriendo con esa lánguida tristeza que denuncia el dolor del alma.—Estoy tranquila.

—No, Pilar, acabo de ver correr tus lágrimas.

—¿Mis lágrimas?

—Sí, hija mía; y tienes razón. —Bajar en un solo día, en una sola hora, de una posi-

ción brillante al estado mas triste de pobreza!.... ¡Ah!.... tienes razón, Pilar.... tu llanto es justo!....

—¡Padre mio!....

Exclamó la jóven conmovida, y estrechando con cariño las manos de su anciano padre, sobre las cuales fueron á caer algunas de sus lágrimas.

—¿Qué puede inspirarte sino tristeza, esta humilde habitación, donde todo respira dolor, donde nada nos queda de lo que poseimos?

—No, padre mio, no es la falta de riqueza la que yo lloro; es, sí, verle á vd. agobiado con el pensamiento de nuestro porvenir. ¿Cree vd. que extraño la falta de los objetos de lujo que ha vendido vd., ni la sumptuosa habitación en que ayer vivimos, ni los delicados manjares en que abundaba nuestra mesa? No, padre mio; lo mismo me siento yo sobre las humildes sillas que adornan esta reducida salita, que sobre los mullidos sillones del mas régio salón: al lado de vd. todo es grato para mí; lloro, porque

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RÍEYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

veo á vd. llorar; estoy triste, porque le veo á vd. padecer....

El anciano besó la frente de su hija con una efusion profunda de ternura, y exclamó conmovido y con la vista nublada por el llanto.

—¡La desgracia tambien tiene sus gozes!.... ¡Dios es bueno!.... ¡todo lo ha previsto!.... ¡Qué me importa que los hombres me destierren del país que amo, si el Eterno me ha dado dos ángeles, dos hijos que me acompañen en mi destierro?...

—¡Cómo!.... ¡Aun cree vd., querido padre, que no consiga Carlos la excepcion para que no le expulsen á vd?!

—Sí, Pilar: creo que los pasos de tu hermano son inútiles, y por eso me he apresurado á vender todos los muebles de nuestra casa, para destinar su importe al viaje, que sin duda tendremos que emprender tal vez dentro de breves dias.

En el semblante de Pilar se pintó una mortal palidez: soltó el libro que cayó sobre su falda; inclinó su lánguida cabeza sobre su pecho en señal de abatimiento, y ex-

haló un suspiro que no pudo comprimir por mas tiempo dentro de su amante corazon. Aquellas palabras le recordaron que tenia que abandonar el agradable suelo en que vivia el hombre que amaba, el sér en quien cifraba su felicidad, el jóven médico á quien el lector vió dirigirse á la casa de Rossi para desafiarse, y á quien Pilar hacia dos dias que no habia vuelto á ver.

D. Andrés que, como hemos visto, ignoraba aquella pasion de su hija, atribuyó su profundo suspiro al natural pesar que acompaña al que va á dejar su patria, y añadió procurando consolarla.

—Pero no iremos á una de esas poblaciones pequeñas en que es negativa la felicidad, en que se vegeta como las plantas, en que los gozes, aunque puros, no satisfacen al hombre educado en el bullicio de las populosas ciudades, donde para cada deseo hay un objeto correspondiente que le llena. Irémos á Madrid ó Sevilla, Valencia ó Barcelona, ciudades que podrán proporeionarnos todas las comodidades que contribuyen á hacer agradable la vida.

Pilar no supo qué responder. ¿Qué le importaban á ella todos los placeres de la tierra, si se veía privada del dulce objeto de su amor? Para el que ama, las fiestas, los bailes, las diversiones públicas tienen irresistible atractivo, cuando concurre á ellas el sér que idolatra, que lo embellece, en su concepto, todo con su presencia: cuando este sér falta, los teatros aparecen desiertos, solitarios y tristes los paseos, místicas las flores, muerta y fría la naturaleza.

—¿Qué tienes, hija mia?—agregó el anciano, extrañando el silencio de Pilar.—
¿Nada me respondes?... ¿Nada me dices de lo que te parecen mis proyectos?

—Todo lo que vd. dispone me parece bien, padre mio.

Contestó Pilar haciendo un esfuerzo para ahogar los sollozos que brotaban del corazón.

—Allí se vive con poco; y si consigo que me paguen las cantidades que me deben algunas personas á quienes fié géneros de valioso precio, podremos pasar, hija mia, una existencia tranquila y envidiable.

El ruido de la puerta de la sala que se abría en aquel instante, vino á interrumpir la conversacion.

Un criado apareció en el dintel, diciendo:

—Un caballero desea hablar con vd., señor amo.

—¿No ha dicho su nombre?

—No señor.

—¿Es persona decente?

—Así parece.

—¿Quién será?....

Exclamó Pilar con temor y sobresalto.

—Tal vez algun agente del gobierno que viene á comunicarme la órden de expulsion.

Respondió con serenidad el anciano.

—¿Dios mio!....

Dijo la jóven con el acento del dolor de aquel que vé perdido cuanto ama en el mundo.

—¿Qué le digo?

Preguntó el criado.

—Que pase.

Contestó D. Andrés.

El criado se fué, y el anciano añadió dirigiéndose á Pilar.

—Déjame solo, hija mía; despues te diré quién ha sido: y sea cual fuere el golpe que nos espera, recibámosle con serenidad.

La jóven no contestó: estrechó afligida la mano de su amado padre: recibió un beso de éste en la frente, y marchó á su cuarto, presintiendo una nueva desgracia.

Don Andrés, á quien nada podia sorprender ya, por la razon de que esperaba de un momento á otro la orden de abandonar el país, se preparó á recibir á la persona que le buscaba, procurando dar á su semblante aquel aire de tranquilidad que acompaña al verdadero valor cuando va unido á la inocencia.

La puerta de la sala volvió á abrirse en aquel momento, y se presentó un hombre desconocido para D. Andrés.

Quién era aquel hombre y cuál la mision que llevaba, lo dirémos despues de ocuparnos de otros personajes que nos esperan.

CAPITULO XIII.

Quien bien te quiere te hará llorar.

Estamos en el gabinete de Miguel. Un sofá y algunas sillas; una mesa con recado de escribir; un estante fino de caoba con obras escogidas, y cuatro retratos de cuerpo entero, uno del cura Hidalgo que dió el grito de independecia en 1810; otro de Iturbide que la llevó á cabo en 1821; el tercero de Bolívar, y el cuarto suyo, formaban el adorno de aquella pieza. Bajo el último retrato se descubria una puerta, velada por cortinas de damasco azul, que conducian á su alcoba.

En este gabinete sencillo, pero decente, se encontraban dos hombres que, á juzgar por la franqueza y aprecio que se dispensa-

—Déjame solo, hija mía; despues te diré quién ha sido: y sea cual fuere el golpe que nos espera, recibámosle con serenidad.

La jóven no contestó: estrechó afligida la mano de su amado padre: recibió un beso de éste en la frente, y marchó á su cuarto, presintiendo una nueva desgracia.

Don Andrés, á quien nada podia sorprender ya, por la razon de que esperaba de un momento á otro la orden de abandonar el país, se preparó á recibir á la persona que le buscaba, procurando dar á su semblante aquel aire de tranquilidad que acompaña al verdadero valor cuando va unido á la inocencia.

La puerta de la sala volvió á abrirse en aquel momento, y se presentó un hombre desconocido para D. Andrés.

Quién era aquel hombre y cuál la mision que llevaba, lo dirémos despues de ocuparnos de otros personajes que nos esperan.

CAPITULO XIII.

Quien bien te quiere te hará llorar.

Estamos en el gabinete de Miguel. Un sofá y algunas sillas; una mesa con recado de escribir; un estante fino de caoba con obras escogidas, y cuatro retratos de cuerpo entero, uno del cura Hidalgo que dió el grito de independecia en 1810; otro de Iturbide que la llevó á cabo en 1821; el tercero de Bolívar, y el cuarto suyo, formaban el adorno de aquella pieza. Bajo el último retrato se descubria una puerta, velada por cortinas de damasco azul, que conducian á su alcoba.

En este gabinete sencillo, pero decente, se encontraban dos hombres que, á juzgar por la franqueza y aprecio que se dispensa-

ban mutuamente, debemos creer que eran dos íntimos amigos. En los modales de ambos resalta la educación, agente el más poderoso para cultivar con provecho la amistad íntima y durable.

—Sí, amigo mío:—decía Enrique á Miguel, pues estas eran las dos personas que se encontraban en el gabinete—deja de hacer esta noche tu cuarto de centinela bajo el arco del acueducto, y acómpañame á descubrir el secreto que existe en esas nocturnas y misteriosas salidas de Fernando.

—No te puedo complacer, Enrique.

—¿Por qué?

—Por motivos poderosos que no se pueden ocultar á tu despejada comprensión.

—¿Temes que el gobierno trate de prenderte porque has combatido en el bando opuesto?

—Nada de eso: hemos dejado las armas con la garantía de que nadie nos molestará por nuestra opinión, y estoy seguro de que el partido que blasona de liberal, sabe respetar sus tratados y cumplir con sus compromisos.

—Entonces, ¿cuál es el motivo que te impide seguirme?

—Tú sabes, amigo mío, que debí unirme á tu hermana—dijo Miguel con acento triste, y expresando en su fisonomía lo mucho que padecía al hablar de la mujer que idolatraba:—sabes aún más; sabes que la amo con el respeto que me inspiran sus virtudes, con la pureza más íntima, como se ama á un sér que divinizamos, y cuya tranquilidad jamás trataré de turbar, como estás bien persuadido de ello, tú que conoces muy á fondo mis honrados sentimientos.

—Si no los conociera, Miguel, tiempo ha que te hubiera suplicado desistieses de tu empeño en acudir todas las noches al arco del acueducto; pero como estoy persuadido de que nunca harás traición á la virtud y á la amistad, no he creído que debía exigir de tí tal sacrificio, cuando á nadie ofendes, y cifras en ello tu felicidad.

—Me favoreces con la buena opinión que tienes formada de mí.

—Te hago justicia.

—¡Gracias, amigo mío! Por Luisa y por

tú hubiera sido yo el mas venturoso de los hombres; pero tu padre se opuso á nuestra union, y todo acabó para mí, excepto esta invencible tristeza que se ha entronizado en mi corazon.

—Y Miguel inclinó la cabeza en la mano izquierda cuyo codo apoyaba en uno de los brazos del sofá.

—Yo buscaba el bien y la felicidad de mi querida hermana, el que amo mas que la mia.

—Esto te deberá persuadir de lo mucho que me costará no poderte servir en lo que solicitas. Pero me veo obligado á ello, por que no quiero que algun dia llegue á oidos de Fernando este paso, y sospeche que te he dado de acuerdo y por insinuacion de su esposa.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que me dicta mi razon y mi conciencia.

—Tu razon han trastornado los amores, y tu conciencia es en extremo escrupulosa y asustadiza.

—Pues el mal es ya muy viejo y está de-

masiado arraigado para lograr que desaparezca en un instante.

—Y estoy seguro de que desaparecerá.

—Es casi imposible.

—Hay una medicina muy eficaz que producirá los efectos que me he propuesto.

—¿Cuál es esa medicina?

—Tu amistad que me garantiza tu cooperacion.

—Y si Fernando descubriese...

—Pero, ¿cómo lo ha de llegar á saber? ¿Se lo iré á decir yo? se lo dirá Luisa, que ignora todo?

—¿Por qué no te vales de otro amigo en quien no concurren las circunstancias que concurren en mí?

—Porque no tengo mas amigos que tú en el mundo, ni á nadie, sino á tí, podria confiar un secreto que toca á la vida privada de mi querida hermana.

Miguel estrechó la mano de su amigo, agradecido á la distincion con que le miraba: conoció que, en efecto, habia asuntos que no debian salir del círculo estrecho y leal de la verdadera amistad, y no encontró

razones que oponer á aquella advertencia que le parecia basada en la justicia.

—¿Qué respondes—añadió Enrique viendo que su amigo titubeaba, y seguro ya del triunfo.—¿Te negarás á acompañarme?

Miguel resistió aún: le hizo conocer las terribles consecuencias que podrian sobrevenir sobre su hermana: le pintó, con los mas fuertes colores, la amarga vida que le esperaba, si por desgracia llegaba Fernando á saber que, quien un tiempo mereció el amor de su esposa, le seguía ahora sus pasos: añadió que le ahorrara el remordimiento de ser la causa inocente de la desgracia de la mujer que amaba; y por último le manifestó el temor de atraerse el odio y el desprecio del único sér que habia hecho la tir de amor su corazón; odio y desprecio que no podria resistir y que le causarían la muerte.

Pero todo fué en vano. Enrique insistió de nuevo, y Miguel se vió precisado, bien á su pesar, á condescender con el deseo de su verdadero amigo.

—Bien; puesto que tanto interes tienes

en ello, te acompañaré, Enrique. Dispon el día y la hora y cuenta conmigo para todo.

—No esperaba otra cosa de tí.

—¿Cuándo resuelves que sea?

—Dentro de diez dias, en que ya la ciudad habrá vuelto á su estado de seguridad.

—Has ido á elegir precisamente un dia malísimo para mí.

—¿Por qué?

—Porque mi familia y yo estamos convidados para un dia de campo en el bosque de Chapultepec.

—¿Y no estarás libre á las ocho de la noche?

—Sí.

—Pues entonces no se opone lo uno á lo otro.

—Tienes razon.

—Te paseas de dia, y en la noche vengo por tí.

—Corriente.

—¿Y va tambien á ese dia de campo tu simpática prima Maria?

—Indispensablemente; y tú tambien, si

es que no quieres desairarme, pues quedas convidado desde este momento.

—Vas tú, y esto basta para que yo no rehuse tu obsequio.

—¿Y no tiene alguna parte en tu concendencia el saber que nos acompaña María?

—No trato de negarlo: tu prima es una de las jóvenes mas recomendables y hermosas, á quienes es imposible verla sin amarla.

—Y á quien habrás dicho mil veces esas mismas palabras.

—Nunca.

—¿De veras?

—Te lo aseguro bajo mi fé de amigo.

—¿Y por qué?

—Me infunde tal respeto aquel rostro celestial, que enmudezco á su lado, temiendo disgustarla con una declaracion.

—¿Disgustarla!...

—Te lo juro.

—Nunca se disgusta una mujer por oír que la dicen hermosa, y verse amada de un rendido de sus gracias.

—Será así, pero yo no puedo vencer mi natural timidez: amor y atrevimiento me parecen cosas incompatibles: el que de veras ama, se cree tan inferior al objeto amado, rodea á éste de tal pureza, de tal espiritualismo, teme tanto no alcanzar el bien supremo de poseerlo, que el mismo deseo de conseguir la alta felicidad que anhela, pone trabas á su lengua, modestia en sus ojos, y respeto en su corazón. Mas con nuestra agradable charla me habia olvidado de que me espera á comer Luisa.

Al oír este nombre, sintió Miguel una sensacion violenta que le cortó la respiracion. Hay palabras magnéticas, cuyo sonido causa el efecto de un golpe eléctrico. Pero esas sensaciones, por lo mismo que son violentas y terribles, pasan rápidas como el relámpago, pues á durar mas tiempo, el corazón no podria resistirlas sin sentirse despedazado. Miguel, pasado el primer instante de estremecimiento, que reanimó instantáneamente su existencia, volvió á quedar triste y abatido, abrumado por sus pasados ensueños de ventura. Enrique comprendió

lo que pasaba en el pecho de su amigo, y añadió:

—¿Te has puesto triste?... Vamos, eres un niño que no tiene fuerza, ni valor, ni voluntad, para hacerse superior al destino.

—Sí, tienes razón, soy un niño:—dijo Miguel con profunda amargura:—un niño que solo sueña con el objeto que ha impresionado su alma; un niño que no hace mas que llorar cuando le arrebatan todo cuanto constituía su felicidad, la ilusión y el encanto de su sencillez corazón, un loco á quien preocupa siempre un mismo pensamiento, y que no puede desecharlo jamás; que lo lleva por todas partes, que le acompaña tenaz en el bullicio de las ciudades, en la soledad de los campos, en las calles, en el retiro de su encierro, en sus sueños siempre rápidos á inquietos!...

—Sueña, pues, amigo mio, ya que soñando gozas; ama, ya que el amor es la fecundante sávia que esparce por todas tus venas el germen de la vida: continúa en tus nocturnas visitas al arco del acueducto: contempla desde allí al objeto de tu amor, co-

mo el triste amante vé desde la playa perderse en el horizonte el velero bagel que lleva á lejanos climas el dulce bien que ido latraba: conozco tu virtud, y nada temo: tu amistad es la mejor garantía para mí, de que nunca turbarás la tranquilidad de la mujer que debió ser tuya.

—No burlaré tu confianza.

—Adios, querido amigo.

—Adios, Enrique.

Miguel acompañó á su amigo hasta la puerta del gabinete: allí se estrecharon la mano, y Enrique se dirigió á la calle.

Miguel, en cuanto se alejó el hermano de la mujer que amaba, se dejó caer abatido en el sofá, cruzando los brazos y fijando la vista en el suelo. Así permaneció un gran rato, como avergonzado de sí mismo, pues se juzgaba indigno del título de amigo que le acababa de dar Enrique, cuando él había faltado á su deber traspasando los límites del honor, arrojando á la hermosa Luisa el papel que podía comprometer su tranquilidad, y que el lector conoce ya.

—¡Yo no soy mas que un vill...—ex-

clamó despues cerrando los puños y apretando los dientes: —un vil que abusa de la confianza de un tierno amigo. . . . Pero, ¿no tiene disculpa mi imprudente proceder?... ¡No juré no olvidarla jamás!

Y como si la lucha interior que sostenia le obligase á cambiar de actitud á cada instante, inclinó el cuerpo hácia adelante, apoyó los codos sobre las rodillas, ocultó el rostro entre las manos, y exhaló un profundo suspiro que fué á confundirse con el leve ruido de la puerta del gabinete que, en aquel momento, se abria suavemente.

El bello contorno de una mujer de quince años, de hechiceras formas, envuelta en una vestidura de elegante corte, apareció en el dintel, separando con su blanca y delicada mano la flotante cortina que velaba la entrada. Su rostro, hermoso como la esperanza que sonríe al desgraciado, participaba de esa mezcla suave, de ese agradable colorido que resulta del amalgama del blanco, ocre y bermellon, que tanto realza los divinos semblantes de las vírgenes de Rafael; ese delicado tinte moreno, lleno de

atractivo, lleno de expresion y de vida, cuyos hechizos hacian irresistibles unos bellísimos ojos negros velados por sedosas y prolongadas pestañas: en su poética y seductora cabeza, se recogia, en gracioso peinado, su luenga cabellera de ébano, brillante y lustrosa como el raso negro, abundante y fina como la seda, ondulosa y suave como un lago rizado por las auras: su ebúrnea y torneada garganta, airosa como la del cisne ostentaba esa tersidad que admiramos en las Vénus de blanco mármol, debidas al diestro cincel de los grandes escultores griegos: su lindo pié, calzado por un zapato de cuatro puntos, dejaba ver su elevado empeine, asomando apenas por el flotante vestido de cándido linon que realzaba las seductoras formas de su esbelto y flexible cuerpo: un finísimo *rebozo* (1) de *Santa Ma-*

(1) Especie de chal de seda torcida, de caprichosas colores con que se embozan las mujeres: sus precios varían mucho: los de *Santa María* valían cincuenta duros; pero los hay de otros puntos que valen hasta doce duros: la gente pobre en vez de seda gasta de algodón: las señoras usan el rebozo dentro de casa ó en el campo; pero la gente del pueblo lo lleva siempre, y con suma gracia.

ria, de exquisita seda, matizado de brillantes y variados colores, descansaba sobre sus divinos hombros y cubria su turgente y elevado seno, pero sin ocultar su estrecha y mórbida cintura, flexible como el ligero mimbre de los rios. Aquella seductora joven, quieta en el dintel de la puerta, y separando con sus blancas manos la tela flotante que velaba la entrada, parecia el ángel de la luz recorriendo las vaporosas cortinas del Oriente al asomar la aurora. Su bello conjunto hubiera inspirado un excelente cuadro á un célebre pintor, ó un cuento fantástico lleno de mística poesía á nuestro fecundo y elegante poeta Zorrilla. Era una mujer perfecta que reunia la gracia á la hermosura; un verdadero tipo mexicano de irresistible atractivo, lleno de sensibilidad, de dulzura y de candor.

El primer objeto que se presentó á la vista de esta interesante joven al asomar su apacible rostro por entre las cortinas de la entreabierta puerta, fué Miguel que permanecía aún quieto, con los codos sobre las rodillas y oculto el semblante entre sus ma-

nos. Al verle en aquella actitud meditabunda, se quedó inmóvil, asomó á su fisonomía el grato tinte de la compasion, veló sus negros ojos una sombra de ternura, abrió tristemente sus virginales labios, frescos y nacarados como la rosa bañada por el suave rocío, y pronunció con una voz leve y armoniosa como las auras que halagan el cáliz de las flores, estas breves palabras que encerraban un poema de afectos tiernos, de sentimientos íntimos, de interes y de cariño.

—¡Siempre solo y triste!.... ¡Pobre Miguel!....

Y permaneció contemplándole, con la religiosa pureza con que la bellissima Diana bajaba á contemplar todas las noches el bello rostro de su adorado Edimion, mientras dormia en la risueña gruta. Luego, temiendo interrumpir el misterioso silencio que en la pieza reinaba, trató de retroceder sin que aquel hombre, cuyo dolor respetaba, llegase á notar que le habian sorprendido en sus melancólicas y profundas meditaciones; pero aquella resolucion, á juzgar por la tristeza que se operó en el semblante de la jó-

ven al lanzar la última mirada sobre Miguel, exigía un sacrificio superior á las fuerzas de su sensible alma. Una fuerza oculta la detenía en aquel sitio: parecía que su alma impresionable, se encontraba subyugada en aquel momento por esa influencia magnética que ejercen sobre nosotros algunos seres, sin que nos podamos explicar sus causas.

Esta irresolución, dió lugar á que Miguel, saliendo de su éxtasis, dirijese, triste y maquinalmente, la vista hácia el sitio en que permanecía la jóven. Al verla, no pudo contener una exclamacion de sorpresa, á la cual sucedió, en el acto, una mirada de ternura y de deferencia que daban á conocer bien claramente, que la presencia de aquel ángel no le inspiraba recelo ni desconfianza. La jóven correspondió á la mirada de Miguel con otra mirada indefinible, en que se pintaban á la vez, la ternura mas profunda, el interes mas vivo, la satisfaccion, el cariño, la compasion, el amor sin término.

—¿Eres tú, María?

Dijo Miguel con agradable acento, son-

riendo con una grata melancolia, que daba á su semblante una expresion cautivadora.

—Sí;—contestó con timidez y turbacion la jóven.—Tu prima que tantos favores debe á toda tu familia, y que, como te vé padecer de algun tiempo á esta parte, padece tambien.

Habia tal ternura y tanta verdad en las palabras de María, que Miguel se sintió conmovido dulcemente, y señalando un lugar en el sofá, contestó:

—Siéntate, María; siéntate á mi lado.

La hermosa jóven dejó caer las vistosas cortinas, y se adelantó aérea, magestuosa y gentil, hácia el sitio que le señalaba su primo. Al cruzar sin ruido el corto espacio por la alfombrada estancia, sosteniendo en su nevado y poético cuello su graciosa y seductora cabeza, envuelto su flexible talle en aquella vestidura cándida y flotante, parecía un blanco cisne de Inglaterra deslizándose por la serena superficie de un dormido estanque.

María se acercó al sofá, y se sentó en el lugar que su primo le señalaba.

—Tal vez—dijo con timidez—te he venido á interrumpir.

—No lo creas.

—Para los que abrigan algun pesar, la presencia de otra persona suele ser importuna.

—La tuya, hermosa prima, lejos de causarme el disgusto que te presumes, me inunda de placer y de satisfaccion.

—Sentiré que la educacion te impida ser franco conmigo.

—Mis palabras son la expresion pura de mis sentimientos.

—Entonces te doy las gracias por el favor que me dispensas.

—¿Y cómo sabes tú, María, que al que sufre le es importuna la presencia de otro ser?

María se cubrió de un encendido carmin, como si toda la sangre del corazon se hubiera trasladado de repente á sus mejillas, y para disimular su rubor, fijó sus ojos en uno de los retratos del gabinete.

Miguel, sin advertir aquel cambio, continuó:

—¿Has experimentado acaso, por desgra-

cia, tú, tan jóven, tan pura y tan hermosa, la amargura que deja el desengaño, y has hallado en la soledad el bálsamo consolador?....

María fijó sus hermosos ojos en su primo, y guardó el mas profundo silencio. Miguel que, preocupado en su idea, no comprendia que con sus palabras estaba desgarrando el corazon de su prima, agregó clavando en ella su mirada.

—¿Amas, acaso, María?

Esta pregunta inesperada, volvió á encender el rostro de la jóven que empezaba á recobrar su apacible tinte: Miguel sorprendió aquel cambio, y prosiguió con cariñoso acento, cogiendo entre sus manos la helada y trémula de la jóven.

—¿Habré acertado!.... ¡Pobre María!.... Si es verdad que amas, no sea á un ingrato que no corresponda á tu amor.... No sea á un falso que hoy te jure amar hasta la muerte; y mañana te deje por otra... ¡Ah!... porque esto es lo mas cruel para un corazon sencillo y puro que ama por primera

vez.... Mira, María, tú sabes que te amo como á una hermana, y que por verte feliz haria los mayores sacrificios....—La jóven se estremeció como el herido al tocarle con la piedra infernal la llaga.—Pues bien, no me ocultes los secretos de tu corazon.... Yo te he sorprendido mil veces llorando y escribiendo en tu cuarto, y cuando he entrado en él, has ocultado el papel en que escribias, y enjugando tus lágrimas, te has revestido de un carácter jovial. Esto no se hace sin graves motivos que te fueren á ello.... María, no me ocultes la verdad, ¿amas?

La jóven no supo qué responder: educada en la escuela de los mas sanos principios, su alma permanecia pura y limpia como la fragante rosa dentro del virginal boton que cuida el entendido jardinero: el pudor, ese toque divino de la mano de Dios, ese limpio espejo en que se reflejan la honestidad, la modestia, el recato y la vergüenza que subliman á la mujer, rodeándola de una auréola de indefinible atractivo, existia virgen, vigoroso, en su cándido corazon,

y la obligaba á ocultar en el fondo de su pecho los íntimos afectos que sentia.

—Confésalo sin temor:—añadió Miguel viendo que María titubeaba.—¿No soy tu amigo?... ¿No tienes confianza en mí?... Vamos, habla: ¿amas?

—No amo en el mundo mas que á ti, Miguel, y á tus benévolos padres que me recogieron en su casa al quedar huérfana en el mundo. Sin tí y sin ellos, ¿qué hubiera sido de mí?... Aquí todos me tratan como á una hija, y tú....

—Y yo—le interrumpió Miguel—no sé mas que amarte, porque tú eres digna del amor de todos.

Dos lágrimas se asomaron á los ojos de María, que poco despues rodaron por su sonrosada faz, como dos gotas de rocío sobre las purpúreas hojas de la fragante flor. Miguel, sin advertirlas, continuó.

—Sí: yo no sé mas que amarte, y mucho mas te amo ahora, que la ingratitud de una persona ha desencantado mi corazon: porque ahora es cuando conozco mas tu cariño y tu afan en consolarme.

—¿Con que es cierto que padeces?

—Sí, María: ¡mucho padezco!....

—Tal vez habrá algun remedio.

—No; no le hay, María; no le hay; porque mi mal está aquí.... en mi corazon....

Una mujer, hermosa como tú, lo ha causado para acabar con mi vida....

—¿Una mujer!....—exclamó María, que ignoraba los amores de Miguel con Luisa.—

¡Una mujer!—murmuró despues interiormente, oprimiéndosele el corazon como si colocasen sobre él la losa del sepulcro.—

¡Con que ama á otra!....

Y María dejó caer la cabeza sobre el pecho en muestras del mayor abatimiento.

Miguel, que atribuyó la tristeza de su prima al interes que por su suerte tomaba, exclamó acercando á sus abrasados labios la mano helada de la jóven, que sintió discurrir por sus venas, al contacto de aquel ósculo, un fluido inexplicable que fué á caer dentro de su pecho como un metéoro ígneo en la Santa Bárbara de una embarcacion.

—¿Te has puesto triste, María? ¡Ah!.... ¡tú eres la única persona que se interesa por

mí!.... ¡que comprende mi corazon!....

¡Por qué no abriga ella una alma sensible como la tuya?....

—¿Miguel!.... ¡Por Dios!....—Dijo la jóven no pudiendo resistir á la opresion aguda que experimentaba su pecho:—No pronuncies esas palabras, que me haces padecer....

—¿Tienes razon!.... ¡Perdóname!.... Pero sufro tanto, que cuando encuentro una persona que, como tú, toma parte en mis penas, mi corazon descansa del terrible peso que le abruma.

María sintió que sus miembros empezaban á languidecer, y que le abandonaban por momentos las fuerzas: su semblante fué cubriéndose de una palidez mortal, y su pecho respiraba violentamente y con dificultad. Habia sufrido tanto la infeliz en tan corto tiempo, que agotada su resistencia física, estuvo á punto de caer sin sentido bajo la influencia moral que aniquilaba su existencia.

Por fortuna suya, se oyó en aquel mo-

mento la voz de una mujer que desde la sala llamaba á Miguel.

—¡Mi madre!—dijo este soltando la mano de María y poniéndose en pié.—Me habia olvidado de que me espera para que le acompañe al convento de Santa Isabel. Adios, prima mia; hasta luego.

—¡Adios, Miguel!

Contestó la hermosa jóven, mirándole con cariñosa compasion.

Apenas se vió sola María, se apoyó sobre uno de los brazos del sofá, y dió libre curso á su llanto, que hasta entonces habia contenido dentro de su corazon.

—¡Ama á otra!...—exclamó despues de un largo rato en que los suspiros permitieron el paso á las palabras.—¡Ama á otra!... ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¡Para qué quiero vivir si ya nunca podré ser feliz.... *Por tí haria los mayores sacrificios*, me ha dicho, y sin embargo, me condena á padecer.... y á padecer para siempre!... ¡Ah!... si él supiera cuánto le amo.... Si él conociera esta pasion oculta que le consagro y que me mata!... ¡sin duda que se compadece-

ria de mí, y tal vez.... Pero no; no sepa nunca que he padecido por él.... ¡Quién soy yo, infeliz huérfana, para merecer el amor del mas bueno de los hombres!....

Y María quedó sumergida en el dolor que desgarraba su alma; con los ojos bañados en lágrimas, y fijos en el retrato de su primo, mudo confidente de sus penas, de su pasion y de sus dolores.

¡Llanto.... suspiros!... he ahí el elo-
cuente lenguaje del verdadero amor no correspondido. Querer expresar todo lo que ese llanto y esos suspiros indicaban, todos los pensamientos tiernos que envolvian, la pureza de afectos que entrañaban, seria destruir el poema del sentimiento; profanar la grandeza de lo inconcebible; querer dar á conocer los fulgentes diáfanos y maravillosos rayos del sol, por la pálida pintura de un lienzo que parodia una de las obras mas portentosas del Criador. No se puede reducir á los estrechos límites de la palabra lo que raya en lo sublime, y excede á lo que la imaginacion puede concebir: intentarlo es desvirtuar el espiritua-

lismo inefable: los afectos íntimos que traspasan el círculo de lo explicable, le basta al autor insinuarlos, dejando libre al lector el ancho campo de la meditacion, de la reflexion y de las conjeturas.

¡Pobre Maria! apenas contaba quince años, y ya sufría el mas cruel de los dolores: el dolor de no verse correspondida del objeto de todo su amor.... del hombre en quien habia cifrado su felicidad, y del cual habia soñado ser mil veces!....

Acababa de abrir la primer página de la historia de la humanidad, y leyó en un desengaño la primera ilusion perdida!....

CAPITULO XIV.

Pagar sin deber.

Volvamos á Buenavista, á la honesta y pintoresca habitacion de la hermosa Pilar.

El hombre que se presentó en la puerta de la sala en que estaba D. Andrés, iba vestido de riguroso luto: era jóven, moreno y alto; de fisonomía franca y expresiva; ojos y pelo negros, de maneras distinguidas, de elegante porte, y atento y comedido como buen mexicano: en su mano, cubierta con guante negro de fina cabritilla, llevaba un magnífico baston con puño de oro, del cual pendian dos pequeñas borlas de seda.

D. Andrés le miró fijamente, y no pudo

lismo inefable: los afectos íntimos que traspasan el círculo de lo explicable, le basta al autor insinuarlos, dejando libre al lector el ancho campo de la meditacion, de la reflexion y de las conjeturas.

¡Pobre Maria! apenas contaba quince abries, y ya sufría el mas cruel de los dolores: el dolor de no verse correspondida del objeto de todo su amor.... del hombre en quien habia cifrado su felicidad, y del cual habia soñado ser mil veces!....

Acababa de abrir la primer página de la historia de la humanidad, y leyó en un desengaño la primera ilusion perdida!....

CAPITULO XIV.

Pagar sin deber.

Volvamos á Buenavista, á la honesta y pintoresca habitacion de la hermosa Pilar.

El hombre que se presentó en la puerta de la sala en que estaba D. Andrés, iba vestido de riguroso luto: era jóven, moreno y alto; de fisonomía franca y expresiva; ojos y pelo negros, de maneras distinguidas, de elegante porte, y atento y comedido como buen mexicano: en su mano, cubierta con guante negro de fina cabritilla, llevaba un magnífico baston con puño de oro, del cual pendian dos pequeñas borlas de seda.

D. Andrés le miró fijamente, y no pudo

descubrir en su semblante nada de esa repugnante y odiosa altanería que generalmente suele pintarse en las facciones de los encargados de administrar justicia, en quienes mas que en ningun otro, debieran resaltar siempre las consideraciones y la humanidad debidas al desgraciado.

—¿Podré saber lo que tiene vd. que ordenarme, caballero?

Preguntó el anciano algo mas tranquilo con su exámen, y haciendo un fino saludo con la cabeza.

—Si vd. tiene la bondad de oirme, tendré el gusto de poner en su conocimiento el asunto que me trae á su casa.

Aquella contestacion, acabó de tranquilizar á D. Andrés, pues creyó que para agente de gobierno, era demasiado comedido quien con tanta urbanidad le hablaba.

—Tendré suma satisfaccion en escuchar á vd.: dignese vd. sentarse.

—Mil gracias,

D. Andrés, señaló con la mano el sofá á su interlocutor, y él tomó asiento á su lado en una silla.

—Puede vd. empezar cuando guste; estoy á la disposicion de vd.

—No me conduce á la casa de vd. otro objeto que el de entregarle una cantidad que le debo.

—¿Usted?

—Sin duda.

—Creo que padece vd. un error, porque no recuerdo haber tenido el gusto de verle jamas.

—Efectivamente; es la vez primera que tengo la honra de dirigir á vd. la palabra.

—La honra es mia.

—Y sin embargo de no habernos hablado nunca, es vd. mi acreedor.

—¿Su nombre de vd?

—Antonio Miron.

—Ni en la nota de mis corresponsales, ni en el libro de ventas, tengo apuntado tal nombre.

—Tiene vd. razon.

—Pues entonces. . .

—Me explicaré.

—Lo deseo ardientemente.

—Vd. tenia en el Parian, enfrente al Por-

tal de Mercaderes, una tienda de ropa llamada "El Iris."

—¡Si señor!—contestó con marcada tristeza D. Andrés—una tienda, cuyos géneros ascendían á mas de doscientos mil duros: la fortuna de mis hijos que han quedado en la miseria!...

Y el afligido anciano no pudo continuar: estaba fresca aún la herida; el día anterior vivía en la abundancia, guardaba para sus dos hijos un capital no despreciable, fruto de sus economías, de su asiduo trabajo, de su honradez; le halagaba la consoladora idea de que iba á pasar el último tercio de su vida, tranquilo, disfrutando de las comodidades de que se había privado en la juventud para labrar un funesto porvenir; y en lugar de todo esto, se encontraba en aquel instante pobre, arruinado, sin herencia para sus hijos, amenazado de su destierro, sin amigos, sin esperanzas.... Al fijarse en esta desgarradora idea, los ojos se le llenaron de lágrimas, y los comprimidos sollozos que se disputaban la salida de su angustiado pecho, anudaron su gargan-

ta.... Había visto desaparecer en pocas horas, en un momento, la base de todos sus lisojeros proyectos, y en vez del delicioso oasis que la imaginación le había presentado como el término de su fatigoso viaje, se encontró arrastrado de repente á un desierto arenal, cuya entrada era la mendicidad, su recinto el frío y el hambre, y su puerta de salida la tumba.

D. Antonio no quiso contener con estériles palabras, que en vez de consolar afligen, aquel llanto consolador con que el alma suele desahogar sus penas. Sabía, por experiencia, pues había perdido á sus padres, lo inoportunos que suelen ser los consejos, hacía la resignación, con que los amigos suelen abrumar á los que han sufrido una desgracia, y por lo mismo en vez de ocuparse en buscar frases que indicaran la parte que tomaba en su pena, acudió á un recurso mas eficaz.

—Conozco—dijo—los justos motivos de esas lágrimas; y ojalá que, así como puedo poner en sus manos una insignificante parte de la riqueza de que ha despojado á vd., no

un partido, sino el odio de un ingrato, pudiera traerle todo su capital.

—¿Cómo!...—exclamó D. Andrés gratamente sorprendido—¿viene vd. á traerme algo de lo que he perdido?

—Si señor, aunque, por desgracia, es muy poco.

—De todas maneras, debo dar á vd. las gracias por su benevolencia, pues además de la generosa acción que me revela una alma hidalga y virtuosa, me proporciona un recurso que, en las afflictivas circunstancias actuales, es de mas precio que en otras de abundancia, la mas respetable cantidad.

—Así lo he creído, y por lo mismo me he apresurado á colocarla yo mismo en poder de vd.

—¡Ah!... ¡no sabe vd. cuánto se lo agradezco!... Dentro de pocos dias, tal vez, nos veremos obligados á salir del país, y todos los muebles de mi antigua casa los he vendido para proporcionarme recursos para el viaje.

—¿Piensa vd. ir al extranjero?

Exclamó el jóven sorprendido y pálido como la muerte.

—Me hacen marchar á él.

—¿No logrará vd. que le exceptúen de la expulsión general?

—No lo espero, D. Antonio.

—En el congreso hay diputados que han tomado á su cargo manifestar lo inconveniente que es á los intereses del país hacer salir á los laboriosos españoles del territorio de la República.

—Lo creo, porque conozco los nobles corazones de los mexicanos; pero no son ellos, D. Antonio, quienes han dispuesto nuestra expulsión, sino influencias extrañas de ambiciosos extranjeros que anhelan quedar dueños del comercio y de la industria del país.

—Por desgracia es demasiado cierto lo que vd. dice. Hemos entrado en la vida política con el entusiasmo de una nación nueva, con el ardor y la confianza que inspira el patriotismo sincero. Semejantes á la fogosa juventud que, llena de nobleza y de hidalgos sentimientos, franquea á todo el

mundo su casa, cree á todos amigos, de nadie desconfía y acoge con aplausos cuanto le dicen que puede contribuir al engrandecimiento del rico patrimonio de que acaba de entrar en posesion, así nosotros hemos abierto los brazos á todos los hombres de todos los paises, les hemos brindado generosamente con las riquezas de nuestro fértil suelo, y en vez ellos de corresponder con lealtad á nuestra confianza, encienden la guerra civil, siembran la discordia en esta hospitalaria nacion, y abusando de nuestra buena fé, nos dividen en partidos que nunca debieran existir entre individuos de una misma familia.

—Por eso disculpo la medida del gobierno, D. Antonio: en ella veo claramente la mano estrangera que, vendiéndose amiga, atiza el fuego de las revoluciones para sacar provecho de ellas.

—Sin embargo, yo abrigo la lisonjera esperanza de que la voz de los diputados que han tomado la defensa de los españoles, triunfará al fin, y que la expulsion no se llevará á efecto.

—¡Dios lo quiera!

—Pero yo estoy abusando de la benevolencia de vd., robándole con mi conversacion, un tiempo que sin duda lo tendria vd. destinado á negocios de sumo interes.

—Nada de eso.

—Aquí tiene vd.;—dijo D. Antonio sacando un bolsillo con oro—quinientos duros, que es la cantidad que tengo suya.

—¡Quinientos duros...—exclamó el anciano.—Pero ¿cómo ha llegado á poder de vd. esta suma?

—El origen debe á vd. interesarle poco.

Replicó el jóven tratando de esquivar toda explicacion.

—Al contrario, y tan es así, que me veré precisado á no recibir un solo real, si no estoy convencido de que me pertenece.

Don Antonio se desconcertó con aquella respuesta.

—Cuando vengo á poner en manos de vd. esa cantidad—contestó como buscando una respuesta que satisficiera á su interlocutor—es prueba evidente de que es suya.

—Puede serlo, por generosidad de algu-

no que trata de hacer menos amarga mi suerte, desprendiéndose él de esa suma ahorrada tal vez á costa de privaciones, y entonces no la puedo aceptar.

—No reconoce origen tan noble el dinero de que soy portador;—repuso D. Antonio con voz entrecortada—y aunque me habia propuesto callar su procedencia, voy á revelársela á vd. para tranquilizar su delicadeza.

—Ya vd. debe conocer que es justo mi deseo.

—Ayer, poco despues del desórden ocurrido en el Parian, y al dirijirme á visitar á una enferma que tengo de peligro, ví en la calle á un hombre que entregaba á otro abundantes y ricos géneros por una cantidad que le daba el segundo. El vendedor era un antiguo criado mio que está ahora al servicio de Rossi.

—;Rossi! . . . ;el autor de todas mis desgracias!

—No bien se separaron, alcancé á quien fué mi sirviente, y le pregunté que de dón-

de habia sacado las telas vendidas, y me nombró la tienda de vd.

—Sí; yo la ví destruida y arruinada.

—Como el criado aquel me debia muchos favores, y ademas posee un buen corazon. no bien me oyó decir que el reciente despojo hecho á los españoles era injusto, ofensivo á Dios y á la sociedad, quedó confundido y exclamó: ¡Ofensivo á Dios, y por qué? Yo he combatido lealmente, y mi amo Rossi, que es oficial, nos ha dicho que el saqueo está permitido en ley de guerra en todos los países.—En guerra extrangera y país extraño, contesté, está tolerado; aunque siempre es un acto vandálico, pero nunca en una revolucion de partidos. A estas palabras y otras contestó citando por autoridad á Rossi, hasta que convencido al fin por mis razones, y conmovido por la triste pintura que le hice de la posicion en que vd. quedaba, me entregó generoso, la cantidad en que habia vendido los géneros, para que se la entregase á vd. sin tardanza.

—Gracias, D. Antonio, por el interes que ha tomado vd. por mí.

—Reciba vd. ahora la suma expresada.

—Le daré á vd. un recibo.

—¿Para qué? No hay necesidad.

—Para que me haga vd. favor de entregárselo á ese leal criado, y pueda algun día, si la suerte me vuelve á sonreír, presentármelo con él, para que yo corresponda de una manera leal á su favor.

—No se moleste vd., D. Andrés: esos rasgos encuentran su mejor premio en la conciencia.

—Sin embargo, la mía no queda tranquila sin hacer de mi parte lo que creo justo.

—Si es así, no quiero privarle á vd. de esa satisfacción.

—¿Pilar?

Dijo D. Andrés llamando á su hija.

Don Antonio, al escuchar aquel nombre, sintió dentro de su pecho una sensación profunda: poco después escuchó el crujir de un vestido en la pieza interior, y se estremeció como si aquel ruido ejerciese sobre su organización un influjo magnético; clavó la vista en el sitio por donde esperaba ver salir un objeto: pasado un instante

descubrió al través de la trasparente cortina que velaba la entrada, la hechicera forma de una mujer, y su corazón latió violentamente; abriéronse, por último, suavemente las hojas de la puerta vidriera, y se presentó en la sala la simpática jóven.

Al encontrarse su vista con la de D. Antonio, se sorprendió, y estuvo á punto de exhalar una exclamación; brilló en sus ojos la alegría, y luego, haciendo un gracioso saludo, los bajó ruborosa, teñido su angélico semblante por el delicado sonroseo que imprime el pudor en las suaves mejillas de una honesta vírgen.

—Aquí te presento—dijo D. Andrés sin advertir el cambio instantáneo que se operó en el rostro de su hija—al señor D. Antonio Miron, que acaba de prestarme un importante servicio.

—¿Será posible?

Exclamó la jóven llena de júbilo, fijando una mirada de gratitud en el hombre que le correspondió con otra llena de amor.

—Su padre de vd., señorita, exagera un

favor que no merece ni aun el honor de ser referido.

—Nada de eso, hija mia. Me acaba de entregar una suma.

—Por Dios, señor D. Andrés—le interrumpió el jóven, tratando de que pasara desapercibido el servicio que le acababa de prestar;—suplico á vd. que....

—No puedo complacer á vd., D. Antonio, satisfaciendo las exigencias de su modestia. Si vd. ha cumplido con su generosidad, yo no he llenado los deberes que me impone la gratitud.

—Hable vd., querido padre, no me oculte vd. el servicio que se ha dignado prestar á vd. el señor.

—Me acaba de entregar quinientos duros.

—¡Quinientos duros!

—Sí, hija mia; quinientos duros que, merced á sus consejos, le entregó un antiguo criado suyo, que vendió en esa cantidad varios géneros que extrajo ayer de mi tienda.

—¿Será posible?

Exclamó llena de gozo Pilar. Pero luego, dominada por un pensamiento que se fijó

en su mente, clavó los ojos en D. Antonio que, adivinando el objeto de aquella mirada escudriñadora, se inmutó sin poder ocultar su turbacion. D. Andrés, á quien el gozo no le daba lugar para advertir el lenguaje mudo, pero expresivo, de los dos jóvenes, contestó:

—Sí, Pilar: nada es mas cierto; aquí están los quinientos duros que me acaba de entregar en oro, y de los cuales voy á darle un recibo. Tenga vd. la bondad, D. Antonio, de esperar un momento, mientras lo firmo allí adentro.

Al terminar estas palabras, D. Andrés salió de la sala dejando en ella á los dos jóvenes.

—¡Ah querido y generoso Antonio!—Exclamo Pilar con la efusion mas profunda de cariño.—¿Por qué te has desprendido de esa cantidad, que nadie, sino tu noble corazón, te ha encargado entregar á mi buen padre?....

—¿Cómo! ¡Crees qué....

—No, no creo; sino que estoy persuadida de que ese dinero es tuyo, y que por no he-

rir la delicadeza de mi padre, has forjado una historia que solo tiene de cierto tu generosidad.

—Te aseguro, Pilar....

—¿Por qué tratas de ocultarme la verdad?

—Pues bien, sí; es cierto, amor mio: la desgracia de tu padre no podia ser indiferente para mí, que te amo con todo mi corazón, que cifro mi dicha en tu felicidad: supe que le habian dejado en la mayor pobreza, y he tratado de prestarle un ligero consuelo en su adversa suerte.

—¿Cómo no amarte con tan noble corazón?

—¿Pilar!.... ¡hermosa mia!....—dijo D.

Antonio estrechando la blanca mano de su amada—el servicio que he prestado á tu padre, no tiene el mérito con que tú le revisitas. La virtud está en relacion con los sacrificios que hace el hombre: ¿cuáles son los que yo he puesto en práctica para aspirar al título de generoso? Ningunos: heredero de una fortuna inmensa que me han dejado mis amados padres al morir, y rico por la noble carrera de médico que desempeño, los quinientos duros que acabo de en-

tregar á tu padre, no disminuyen en lo mas mínimo mi capital, y nada tiene por lo mismo de meritoria una accion que no cuenta con ningun sacrificio.

—No disputaré sobre el mas ó menos mérito del favor que nos has dispensado; pero siempre veré en él una de las preclaras virtudes que te hacen digno del amor de todo el mundo.

—El tuyo solamente es el que yo anhele, Pilar.

—Con él cuentas hasta la muerte.

—¿Cuán dichoso me haces con esas palabras!....

—Sí, Antonio, con él cuentas, aun cuando el destino me lleve lejos de aquí.

Y los ojos de Pilar se cubrieron de lágrimas.

—¿Qué recuerdo, Dios mio!....—exclamó D. Antonio con la mas profunda amargura.—¿Separarte de mí!....

—Destierran á mi padre y es preciso seguirle á su destierro!....

Don Antonio quedó cabizbajo y meditando. Amaba con toda la fuerza de una

pasion verdadera, vehemente, inestinguible. Aquella mujer era el objeto de todos sus pensamientos, el bien á que aspiraba, la unica felicidad de su vida; así es que la idea de perderla le dejó abrumado, le anonadó. De repente pareció tomar una resolucion salvadora; volvió á estrechar la mano de su amada, y la dijo:

—¡Nunca nos separaremos!

—¡Cómo!

—Si salis expulsados, abandonaré el país, iré á donde vayas; y cuando considere que tu padre me cree digno de tí, le pediré tu mano.

—¡Ah! . . . tú me inundas de felicidad.

—Sin padres y sin familia, ¿qué atractivos me brinda el país en que no existe el ángel de mi ventura, el sér que adoro, el ídolo que ocupa para mí la creacion entera?

Y Pilar lloraba de placer, conmovida por las dulces palabras de su amante. El jóven que en aquellas lágrimas veia las protexas del mas profundo amor, continuó:

—Seremos dichosos, alma mia. Dios no separará dos almas que se han comprendi-

do, que alientan el mismo deseo, que tienen una misma vida, un mismo pensamiento: viviremos en España hasta que calmen las pasiones políticas; y cuando el gobierno alce la expulsion á los españoles, volveremos á nuestro amado suelo para que nada falte á nuestros goces, á nuestra ventura, á nuestra felicidad.

—Antes sentia abandonar mi patria, porque te dejaba en ella; pero ahora casi deseo que llegue el instante de partir.

—¡Por qué?

—Porque me asusta la presencia de un hombre que persigue por todas partes, que juró vengarse de mi negativa, y que ha empezado á cumplirla dejándonos en la pobreza.

D. Antonio se acordó en aquel momento de Rossi, de las palabras amenazadoras con que contestó la noche anterior á su reto, y palideció. El temor de Pilar preocupó su imaginacion, y tembló, dominado por un terrible pensamiento.

—¡Qué te pasa?—añadió la hermosa jó-

ven, notando la palidez de su amante:—¿estás malo?

—No, nada. . . . el pensar en nuestra partida. . . . en tu amor. . . . el exceso del placer tal vez. . . .

—¿No deseas, como yo, ver á mi padre lejos de las asechanzas de ese Rossi que ha tenido la osadía de enviarnos un recado, diciéndonos que la pobreza en que nos ha dejado, solo ha sido el primer paso que ha dado en la senda de su odio?

—¡Infame!—exclamó D. Antonio sin poderse dominar.—Yo le atravesaré el corazón antes de que pueda continuar su destructora marcha!

—¡Ah! no; yo te lo prohibo:—contestó Pilar con la mayor inquietud.—¿Qué otra cosa puede hacer ya que violentar nuestra expulsión? ¿Y no la deseamos?

Don Antonio iba á contestar; pero la presencia de D. Andrés, que volvía con el recibo, se lo impidió.

—Aquí tiene vd., excelente jóven—dijo el anciano entregándole un papel—el docu-

mento que acredita que me ha entregado vd. quinientos duros en oro.

—Muy bien;—contestó D. Antonio recibéndolo, y guardando el recibo en una elegante cartera:—lo he admitido puramente por complacer á vd.

Y al concluir estas palabras se puso en pié.

—¿Se va vd. tan pronto?

—Sí señor, tengo horas fijas dedicadas á mis enfermos, y con bastante sentimiento me veo precisado á dejar la amable compañía de vdes.

—Mil gracias, D. Antonio; y muy grato será para mí que un conocimiento debido á un rasgo tan hidalgo en vd., vaya estrechando su círculo, hasta que dé por resultado una verdadera amistad.

—Me honra vd. con distinciones tan señaladas, y aprecio en mucho el alto favor con que vd. me brinda, para que yo no trate de cultivar las relaciones que inundan mi alma de satisfacción.

—Tendré mucho gusto en ello; ha toma-

do vd. ya posesion de esta casa, que es de vd. desde este instante.

—Mil gracias. Adios.

—Adios.

D. Antonio dirigió una tierna mirada á la hermosa Pilar, que correspondió con otra dulce, grata, irresistible, apasionada: D. Andrés le acompañó hasta la puerta, y mientras la interesante jóven, olvidando sus pasadas penas, se entregaba al placer que vierte en el alma la esperanza de una dicha próxima, su amante marchaba atormentado por un presentimiento funesto que no podia arrancar de su pecho.

Las amenazas de Rossi con respecto á la mujer que amaba, le hicieron temblar. Pensó dirigirse por segunda vez á su casa para desafiarle: pero persuadido de que le volveria á suceder lo que la noche anterior, desechó aquella idea como infructuosa, y se entregó á otras nuevas que se agolpaban á su exaltada imaginacion.

—¡Ah! . . . —dijo D. Andrés trasportado de placer y conmovido por el noble rasgo del jóven que acababa de salir:—el cielo

vela por nosotros, hija mia: Dios que con una mano despoja al hombre de las riquezas que en su orgullo creyó eternas, para hacerle ver cuán pasajeros son los bienes de la tierra, le presenta con la otra nuevos dones que son tanto mas estimados cuanto son mas conocidas nuestras necesidades y nuestra miseria.

—¿Está vd. ya contento, padre mio?

—Sí, lo estoy por tí; por tí, hija mia, á quien deseo hacer menos sensible la amarga suerte que nos ha hecho descender de la brillante posicion que ocupábamos; por tí que no te separas de mi lado, mientras que tu ingrato hermano me deja todas las noches en continua agonía.

—No le acuse vd., padre mio. Carlos ama á vd. como nunca hijo alguno amó á su padre; con todo el cariño de un corazon que, como el suyo, atesora todas las virtudes.

—¡Ah! . . . si no lo creyese así, moriria, hija mia:—exclamó D. Andrés conmovido.

—Pero ¿por qué huye de nosotros todas las noches? ¿Por qué esa reserva conmigo, sin confiarme el secreto que le obliga á partir

sin hacer caso de mis súplicas?... ¿A dónde va?... ¡Cree, acaso, que yo me opondría á nada que fuese racional y justo?...

No, no quiero dudar de su cariño, porque vuestro cariño es mi vida, el consuelo de mi vejez; pero su extraña conducta me hace mal, me asusta, me tiene en constante sobresalto.

—¿Por qué, padre mio?

—Hace algun tiempo que vienen á buscarle algunos amigos con quienes se encieran en su cuarto largas horas: ¿qué hacen allí?... ¿de qué tratan?... lo ignoro: todas son personas desconocidas para mi, en cuyos semblantes leo no sé qué de siniestro y de....

D. Andrés movió la cabeza á derecha é izquierda en señal de desaprobacion.

—¿Cómo!... ¿cree vd. que sean amistades indignas de su aprecio?

—No lo sé, hija mia; no avanzaré mi opinion hasta el grado de considerarlas perversas; pero esas continuas salidas de tu hermano, desde antes del saqueo, su reserva para conmigo, que tanto le quiero; las

precauciones que toma para que nadie penetre en su cuarto cuando á verle vienen sus amigos; su continuo afan, y esa tristeza reflexiva que noto siempre en su semblante, antes tan sereno y jovial; todo esto, repito, me hace preveer terribles y funestas consecuencias.

—¿Y si no reconociesen sus salidas otro objeto que el del amor?

—¡Ah!... ¡cuánto celebraría que así fuera! Pero no: el amor no echa mano ni de los amigos, ni de los misterios: el semblante del que ama no está velado por esa sombra aterradora que de continuo se retrata en las facciones de tu hermano.

—Entonces....

—Todo me hace creer que Cárlos conspira hoy contra el gobierno; y esta idea me asusta, me hiela la sangre, porque la menor imprudencia labraria su ruina y la nuestra.

—Pero si realmente conspira, estoy segura de que no será por satisfacer bastardas ambiciones propias, sino por proporcionar á vd. el bien de que no le expulsen del país; de que alcance vd. el anhelado

placer de permanecer en el suelo donde hasta hace pocos días fuimos tan felices.

—No, Pilar: yo no deseo ya mas que verme á vuestro lado, pasando el último tercio de mi vida gozando de vuestras caricias, únicos bienes que me quedan sobre la tierra. Cien ojos vigilan, siguen los pasos, espían los movimientos de todo aquel á quien la opinion designa como contrario al credo político del gobierno; ¿y á quién le son desconocidas las tendencias políticas de tu hermano? ¿Crees tú que Rossi, ese hombre funesto que ha proyectado nuestra ruina, no esté pendiente de las acciones de Carlos?... ¡Ah!... estoy persuadido de que si algo intenta, su pensamiento está ya descubierto por el vengativo sardo que, semejante al Proteo de la fábula, toma todas las formas para merecer la confianza de todos los partidos, y sorprender los secretos de los descontentos.

—Me hace vd. temblar, padre mio.

—Dios nos libre de que mis sospechas sean ciertas, porque entonces tendríamos que agregar una desgracia mas al catálogo

de nuestras presentes desventuras. Pero ¿nada te ha confiado á tí, hija mia?

—Nada.

Contestó Pilar titubeando.

—Dime la verdad: entre hermanos suele haber confianzas que no se tienen con los padres, y pudiera muy bien haberte confiado sus proyectos, si es que algo intenta.

—Le repito á vd. que nunca se han abierto sus labios sino para formular palabras de cariño y de amor hácia vd.

—¡Ojalá que mis recelos no reconozca otro origen que el vago fantasma de un temor pueril!... Pero es preciso que tú, para tranquilizarme, le preguntes, indagues, descubras la verdad, y que me la digas tan pronto como á tus oídos llegue.

—Le prometo hacerlo así, padre mio.

—Aquí llega: ¿no le ves cuán preocupado sale de su gabinete? ¡Ah!... indaga, hija mia, arráncale el secreto, en tanto que yo entro á mi cuarto á escribir algunas cartas á mis deudores.

Y efectivamente, Carlos entró á la sala distraído y como dominado de alguna idea

importante. Sin reparar en su hermana, se dirigió lentamente hacia la puerta vidriera del balcón, detrás de la cual se colocó mirando hacia el campo, pero siempre en ademán reflexivo.

Pilar le contemplaba en silencio, y espía los más leves movimientos de su fisonomía.

Cárlos era el vivo retrato de su simpática hermana: sus cabellos rubios y rizados, daban á su agradable, varonil y blanco rostro, una expresión interesante y dulce, que revelaba la rectitud de sentimientos de una alma noble y generosa: sus ojos azules y rasgados, indicaban la inagotable benevolencia de un corazón franco y dócil; pero cuando el alma, exaltada por algún alarmante pensamiento abandonaba el estado normal que revestía su semblante de cierta gracia femenina, entonces dominaba su vista el rayo de la inteligencia, de la osadía, ó de la indignación: sus encendidos y delgados labios se ponían blancos como el papel: su nariz perfecta y proporcionada, anchaba sus caños para absorber con más fuerza el

aire que respiraba: plegábase su entrecejo; y el blanco mate de su despejada y espaciosa frente, encendiase con la sangre que se elevaba del corazón, hinchando terriblemente la vena coronal que baja perpendicularmente del nacimiento del pelo á la nariz.

Cárlos vestía una levita negra y airosa, perfectamente hecha: un pantalón claro, de agradable hechura, caía graciosamente sobre una lustrada bota que ajustaba un pie de agradable forma y de elevado empeine: su cuerpo era gallardo y suelto, y en sus elegantes y naturales movimientos se descubría al joven mexicano de esmerada educación.

Pilar permaneció por un instante observando á su querido hermano; pero viéndole ensimismado en sus pensamientos y sin dar muestras de salir de su profundo éxtasis, se levantó de la silla que ocupaba: Cárlos volvió entonces la cabeza, y preguntó maquinalmente.

—¿Estabas ahí, Pilar?

La hermosa jóven corrió á donde estaba Cárlos.

—¿Qué tienes, hermano mio?—dijo Pilar acercándose con cariñoso interes á su hermano.—¿Por qué ha sucedido de repente á la conformidad que manifestaste el dia de nuestra ruina, la marcada tristeza que anubla tu semblante? ¿Te preocupa alguna idea funesta?

Las palabras de Pilar fueron á sacar de su éxtasis al pensativo jóven que, ensimismado en sus pensamientos, parecia olvidarse del mundo entero; pasó la mano por su despejada frente como para llamar en su auxilio alguna idea; introdujo sus dedos por entre el blondo cabello dándole distraidamente variadas y graciosas formas; fijó sus azules ojos en el simpático rostro de su querida hermana; y animando sus labios con esa melancólica sonrisa que vaga fria por el macilento semblante de todo desgraciado que trata de ocultar á los ojos del mundo egoista sus pesares, contestó con aire distraido.

—¿Decias que estoy triste?... No, her

mana mia, ¿qué motivos pueden existir para ello cuando me encuentro al lado tuyo y de mi padre, que sois todo mi amor?

—¿Y sin embargo te alejas de nosotros todas las noches!—advirtió Pilar.—Si supieras la inquietud en que vive, alarmado por tus misteriosas salidas!...

Cárlos palideció.

—¿Ah!... sí; mi conducta debe parecerle odiosa!—exclamó el jóven con marcada tristeza—indigna de un hijo agradecido que debe á su padre una educación esmerada... ¡Pobre padre mio!

Y los ojos de Cárlos se velaron con la sombra de la mas profunda tristeza.

—¿Y sin embargo—continuó con conmovido acento—nunca he tenido tanto empeño como ahora en mitigar sus penas, en hacerle menos amarga su desgracia.

—¿Ah!... si ese es en efecto tu anhelo, fácilmente puedes volver á su alma la dulce tranquilidad.

—¿De qué manera?

Pilar cogió entre sus manos la de su cariñoso hermano; y le dijo con la ternura de

una alma virgen que pretende con su dulzura alcanzar un bien supremo.

—Suspendiendo tus nocturnas salidas.

El semblante de Carlos sufrió un cambio repentino.

—Sí—continuó Pilar sin advertir la mutación operada en el semblante de su hermano—de esa manera conseguirás, tú, tan bueno, derramar en el desgarrado corazón de nuestro anciano padre, el consuelo que le niegas con esas continuas ausencias que le matan. ¿Me prometes permanecer desde esta noche con nosotros?.... ¿Puedo anunciar tan grata nueva al ser que nos ha dado la vida, y que no tiene sobre la tierra otros bienes que el cariño de sus hijos?....

—Exige de mí cuanto quieras, Pilar, menos eso.

Contestó Carlos haciendo un violento esfuerzo para negar una cosa que su noble corazón hubiera querido conceder.

—¿Y por qué no lo que te pido?.,,—exclamó con acento suplicatorio la hermosa joven, estrechando mas y mas la mano de su querido hermano.—¿Puede haber al-

go en el mundo que se sobreponga en tí al deseo de ver contento á nuestro anciano padre?

—Nada.

—¡O es que ya en tu corazón no ocupa tu pobre hermana el distinguido lugar que ella te consagra en el suyo?

Carlos fijó sus azules ojos en la hermosa Pilar, enviándole una de esas indefinibles miradas en que esprime el alma toda su ternura, toda su gratitud, su inagotable amor; enlazó con su amoroso brazo su flexible y estrecha cintura; la atrajo dulcemente contra su pecho, y por toda respuesta imprimió en su tersa y serena frente, uno de esos besos que entrañan una historia de profundas amarguras y de intenso amor, que solo la comprenden los seres dotados de una exquisita sensibilidad.

—¡Ah!—¿Es decir que vas á complacernos, á no separarte de noche de nuestro lado?

Y el rostro de la joven brilló con la inefable luz de la alegría mas intensa.

—No; yo no puedo prometer, lo que no estoy dispuesto á cumplir.

Pilar se estremeció con aquella inesperada respuesta que le robaba una esperanza: dejó escapar la mano de Cárlos que hasta entonces habia estrechado en las suyas, y quedó tristemente abatida.

—¡Pilar! por Dios, no me acuses:—exclamó Cárlos, conmovido por la actitud de su hermana:—mis salidas reconocen una causa justa; el bien, la felicidad de nuestro anciano padre, y el risueño porvenir, la realización de tus dorados sueños de ventura. Querer, pues, que renuncie á esas salidas que os inquietan, es pretender de mí su ruina y la tuya. Pilar, nada me preguntes sobre este misterio que aún no me es permitido revelar: cuando se queje nuestro amado padre de mi enigmático proceder, defiéndeme y procura consolarle: dile que nunca le he amado tanto como ahora que se queja de mí... como ahora que tú dudas de mi cariño.

—No, Cárlos, no dudo ni nunca he dudado de tu amor: siempre has sido para mí el

mas bueno, el mas generoso de los hermanos.

Exclamó Pilar enternecida y estrechando la mano de su hermano.

—Y lo soy sin duda; y mucho mas te quiero ahora, hermana mía, en que mas que nunca necesitas de mí.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Quiero decirte, hermosa Pilar—contestó Cárlos con el acento mas tierno—que no ignoro los íntimos sentimientos de tu sensitivo corazón: que amas, y que necesitas de mí para que ese amor, que es el bello ideal de tu existencia, no encuentre en premio á la dulce esperanza que atesora, un inagotable raudal de lágrimas brotadas de la fuente del dolor.

Pilar quedó sorprendida con aquellas palabras, y su mano tembló entre las de su hermano que, al notar aquel estremecimiento, continuó diciendo:

—Pero no temas: hace tiempo que he leído, á pesar tuyo, en tus facciones y en tus ojos, la historia de tu alma; esa historia que se imprime con caracteres indelebles en el

fondo del corazón y que solo se borra con la muerte.

—¿Y conoces?....

—¿Al objeto que te ha inspirado esa pasión íntima?.... Sí; le conozco, y aplaudo tu elección.

—¿Será posible?

—No le trató: pero no hay uno solo en toda la ciudad que no ensalce sus preclaras virtudes, y éstas son el mejor garante de tu futura felicidad.

—¿Y yo que temía revelarte mi secreto!....

—Pero él tiene un rival temible; un rival que se opondrá á sus proyectos; un rival que se vengará de él, como se ha vengado de nosotros, si no hay quien tome á su cargo la causa de la justicia.

—¿Hablas de Rossi?

—Sí, Pilar; hablo de ese maldecido italiano abortado del averno para labrar nuestra desgracia.

—Ah!.... su solo nombre me horroriza!

—Pero yo seré tu escudo, hermana mía: en mi energía y en mi actividad se embota-

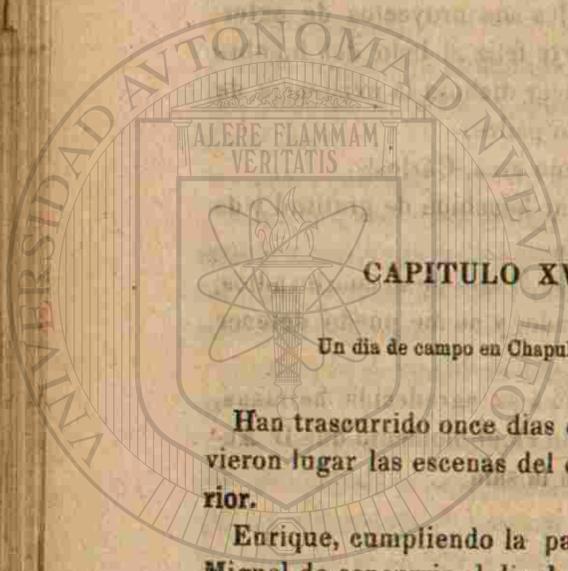
ran los filos de su torpe zaña. Mis nocturnas salidas no reconocen otro origen que el de hacer estériles sus proyectos de exterminio, para verte feliz al lado del hombre que amas, y hacer dichosa la existencia de nuestro anciano padre.

—¿Cuán bueno eres, Carlos!

Exclamó Pilar henchida de gratitud y de reconocimiento.

—Silencio que él sale de su cuarto: adios; la hora ha llegado, y no me puedo detener un instante.

Carlos abrazó á su agradecida hermana, y salió á la calle en el momento que D. Andrés entraba en la sala.



CAPITULO XV.

Un día de campo en Chapultepec.

Han transcurrido once días desde que tuvieron lugar las escenas del capítulo anterior.

Enrique, cumpliendo la palabra dada á Miguel de concurrir al día de campo á que le invitó para Chapultepec, como hemos visto en otra parte de esta historia, caminaba en uno de los carruajes que montaban los convidados, contento, porque iba á pasar al lado de María las horas mas agradables de la vida.

Siete coches de cuatro asientos partieron de la casa del segundo, marchando por de-

lante los que conducian á las señoras, cual otros tantos jardines flotantes, cubiertos de hermosas flores, y cerrando la marcha los que ocupaban el sexo feo, al decir de los hombres, pero no al parecer de las mujeres.

El bosque de Chapultepec, hácia el cual caminaban, es una de las cosas mas grandiosas que presenta al viajero la exuberante vegetacion del rico suelo mexicano.

Al penetrar en esa emperatriz de las selvas, en ese delicioso recinto, plantado por los reyes de Tenochtitlan y de Texcoco en los días de su grandeza, de su poder y de su gloria; en ese bosque venerando que ha sobrevivido á la ruina de tantos otros que formaban el bello adorno de aquella region vírgen y encantadora, el alma experimenta esa emocion dulce, tierna, respetuosa, indefinible, que sentimos al vernos frente de esos grandiosos monumentos, cuya historia se pierde en la noche de los tiempos.

¡Cuántos encantos, cuántos misterios, cuánta poesía encierra para el observador ese magestuoso bosque que sobrenada á la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

- ruina y devastacion del tiempo destructor y de las sangrientas revoluciones!

Todavía en el fecundo recinto de esa bellísima sultana de las florestas y de las selvas, se levantan imponentes, robustas y lozanas, aquellos antediluvianos ahuehuetes y corpulentas sabinas, cuyo robusto tronco solo es dado abrazar entre doce personas, y bajo cuyo espeso ramaje, que proyecta una verde y deliciosa bóveda, mecida por las embalsamadas auras, reposaron gozando de su benéfica sombra, Alvarado y Bernal Diaz, Hernan Cortés y la Malitzin, Guatimoc y sus guerreros, Moctezuma y sus hechiceras favoritas de ojos negros, turjente seno, pié breve, y abundante y negra cabellera.

¡Cuántas veces bajo esos árboles gigantes, que los hace aún mas venerables el encanecido y ceniciento parácito que cuelga en largas hebras de sus extendidos brazos y que cubren con su ramaje la deliciosa alberca, se habrán bañado las seductoras y graciosas indias del harem de los sultanes que rigieron el imperio mas poderoso, mas

fuerte, mas rico y mas civilizado de la América!

¡Cuántas veces en su trasparente cristal habrá buscado dulce solaz la seductora intérprete del célebre conquistador, que agregó á la corona de España un Nuevo Mundo!

Aun se cuenta al menos que, en la deliciosa alberca, y bajo el enramado toldo, formado por los árboles, aparece al toque de las doce, á esa hora en que el sol desciende por entre las verdes ramas como una brillante gasa de oro y plata, cuentan, repito, que aparece en la superficie de las transparentes linfas, rizadas por las leves auras, la tierna y encantadora india, suelta la negra, lustrosa, abundante y luenga cabellera pronunciando el nombre de aquel guerrero español, á quien tanto ayudó en la grande y arriesgada empresa á que dió cima con un puñado de valientes.

¡En este bosque todo es bello, todo grande, todo magestuoso! Cada árbol, cada vereda, cada arbusto, cada arroyo de los muchos que cruzan su sombreado recinto, es

una epopeya dulcísima de aquellos tiempos que precedieron á la conquista.

En esas mismas espaciosas glorietas, circundadas de frondosos árboles y de asiento de piedra, donde hoy celebran sus dias de campo los modernos mexicanos, se entregaron al regocijo y al placer las principales notabilidades indias, antes de que el terrífico estruendo del arcabuz europeo resonara en las misteriosas calles de ese recinto, embovedadas por el tupido follaje de los corpulentos ahuehuetes.

Para el filósofo que penetra en esta deliciosa mansion, donde tantas veces me he paseado, cuántos encantos reúne cada uno de los objetos que le rodean! Este es, piensa, el sagrado recinto, propiedad de la familia real, adonde á nadie le era permitido entrar sino á los grandes del reino, despojándose primero del rico calzado que llevaban. Estas pintorescas sendas que atravieso, son aquellas por donde los emperadores aztecas, seguidos de sus principales guerreros, cruzaban con el formidable arco en la mano izquierda, y la veloz flecha en la dies-

tra, en pos de esos canoros pájaros de brillante plumaje que, agitando sus pintadas alas, se despiden del astro principal, cuyos tibios rayos tiñen el occidente de púrpura y de grana que al través de la enramada, semeja un trasparente velo salpicado de cintillantes chispas de rosicler y nácar. Estos que á mis plantas pasan murmurantes arroyos, son los mismos en que bañaban sus diminutos y delicados piés las seductoras indias, de rosada tez y turgente seno, que tan llenas de atractivos se presentaron mas tarde á los ojos de los españoles. Esta espaciosa calzada, que conduce al grandioso colegio militar, es la misma por donde subian los antiguos mexicanos al palacio del emperador, que se elevaba grandioso é imponente en el mismo dominante lugar en que aquel se ostenta. Desde aquí miraban arrobados de placer aquellos reyes, de la misma manera que yo miro en este instante, á un lado los pintorescos pueblos de Mixcoac, San Angel y Tacubaya, cuyas casas, escondidas entre el ramaje de los árboles, aparecen cual otros tantos nidos de pa-

lomas que blanquean á lo lejos: enfrente, la extensa línea de suntuosos edificios de la emperatriz ciudad, de la gran México, con sus gigantescas torres, sus pintorescas calzadas orilladas de frondosos álamos, y sus deliciosas azoteas, convertidas en tantos otros odoríferos jardines: á la izquierda, los transparentes lagos cubiertos de ligeras canoas de indios; y al Sudeste los dos gigantes magestuosos del pintoresco valle, el Popocatepetl y el Iztlazihuatl, cuyas elevadas eimas, cubiertas constantemente de nieve semejan los blancos penachos de dos invencibles guereros, cuyas blancas plumas van á perderse en la trasparente bóveda del cielo. Sí, desde aquí se descubren esas dos montañas colosales, llamadas la una *Popocatepetl*, que significa *monte que arroja humo*, que tiene de altura 5.400 metros sobre el nivel del mar, á la cual subió en 1.519 el intrépido capitán español Diego Ordaz, y la otra denominada *Iztlazihuatl*, que quiere decir *mujer blanca*, tenidas ambas por los raudales de luz de un sol abrasador que, al reflejar sus rayos sobre la inmensa capa de

nive, parece brotar de la superficie una nube de llameantes colores que incendian la creación.

Pero dejemos de describir las bellezas que encierra un sitio por tantos motivos venerado, y sigamos á los personajes que hacia él se dirijian.

Despues de haber atravesado por espacio de un cuarto de hora por el hermoso paseo de Bucareli, y dejando á la derecha el risueño camino de San Cosme, y á la izquierda la poética campiña de la Piedad, los aurigas detuvieron el paso á sus éticas mulas á la entrada del bosque de Chapultepec, que ya conoce el lector.

Miguel, Enrique y algunos caballeros, bajaron de sus coches, y poco despues penetraban, dando el brazo á sus lindas compañeras, en aquel agradable recinto.

¡Cuántas risueñas esperanzas, cuántos proyectos de eterna ventura cruzaron por la mente de aquellos seres que, conmovidos por el dulce acento del objeto que á su lado contemplaban, ni siquiera notaron en las

bellezas con que les brindaba aquel sitio de misteriosos recuerdos!

¡Dichosos momentos del amor y de las ilusiones, vosotros sois los únicos que constituyen la pasajera época de la felicidad del hombre!

¡Por qué durais tan poco, sueños dorados de la juventud?

¡Por qué pasas tan rápida, dichosa edad de la esperanza y de los placeres?

¡Por qué llega tan presto esa época de los desengaños, de la amargura y del desencanto; esa edad de la reflexion y del severo análisis, que despojando á los objetos del brillante ropaje que deslumbraba nuestros ojos, nos presenta descarnada la verdad?

El raudo tiempo que silencioso pasa sobre nuestras cabezas, nos arranca, sin sentirlo nosotros, del verjel de las flores en que empieza nuestra vida, seca, con su soplo destructor, la raíz de nuestro cabello que cobra el color de la nieve, y nos empuja hácia el desierto arenal de la vejez, donde recoge nuestro cuerpo la tumba.

Como un impetuoso y desbordado rio no

ve dos veces la verde y matizada orilla que detras deja, así el hombre en el curso rápido de su existencia no vuelve ya á la feliz edad de la juventud en que dejó sus ilusiones, sus esperanzas y sus encantos.

Miguel que, aunque jóven, habia probado la amarga hiel de la ilusion perdida, caminaba distraido, contestando friamente á las preguntas de una hermosa jóven que se apoyaba en su brazo; y Enrique, que daba el suyo á la bella María, era demasiado feliz para que la fria reflexion de lo breve que pasa nuestra felicidad, viniera á ocupar el grato lugar de sus ilusiones amorosas.

Los demas personajes, gente alegre y de festivo humor, marchaban diseminados por aquí y por allí, en tanto que los criados extendian sobre el alfombrado suelo de una glorieta, un limpio mantel que anunciaba la hora de almorzar, á la vez que los músicos, que siempre llevan los mexicanos en tales fiestas, daban al viento los sonoros acordes de la flauta, bajo, arpa y *jaranita*, (bandurria) convidando á los jóvenes á bailar.

Pronto se acercaron algunas parejas al

lugar de la música y empezaron á valsar; pero no así Enrique, cuyo corazón embriagado de amor, á la vez que de respeto hacia el objeto amado, buscaba con su linda pareja los puntos mas solitarios, resuelto á aventurar una declaracion. Mil veces se dispuso á confesar á la hermosa prima de su amigo las tiernas afecciones de su alma, y otras tantas enmudeció, temiendo que su declaracion nublara el rostro celestial y melancólicamente apacible de la mujer que amaba con todas sus potencias: se reprendia á sí mismo interiormente por su ridícula cobardía, que de tal calificaba él mismo su timidez, y sin embargo, el temor triunfaba de sus convicciones, y echaba por tierra todas sus resoluciones.

Al ver un hombre tan tímido en amores, la sonrisa se asomará á los labios de la mayor parte de los lectores, hoy que atravesamos un siglo en que se hace gala de ser osados y emprendedores con el bello sexo; pero téngase entendido que yo escribo la historia de un hombre verdaderamente enamorado; que pinto los sentimientos puros,

sin doblez, de un corazón sensible y honrado que cifra su porvenir y su ventura en el objeto amado, y que de ninguna manera he tratado de bosquejar el mortal rutinario, de alma gastada y fría, en cuyo sistema de vida entra el de ponderar á todas las mujeres un cariño que no siente, porque en este juego de ficciones sabe que nada va á perder con una repulsa, y que algo ganará con la credulidad de su víctima.

Pero aun hay que tener en cuenta otra consideracion: la influencia del clima y la situacion especial de aquel hermoso suelo que remeda el perdido Eden. Enrique era mexicano; habia nacido bajo aquel cielo siempre sereno y puro, que imprime un carácter dulce y respetuosamente apasionado; donde el amor no es el amor de otros países, fogoso, terrible, que raya en frenesí, sino el amor de aquella exuberante region, donde se ama con aquella finura que no degenera en mera galantería, con aquella delicadeza que revela consideracion y respeto á la mujer amada; con aquella ternura, y si se quiere, voluptuosidad, que no ofende

la decencia. El amor, así como los hombres, tiene su fisonomía particular, según el país en que se ha desarrollado; y si en los segundos no puede confundirse, por su aire y sus costumbres, el suelo en que han nacido, en el primero descubre el hombre pensador, las marcadas tintas que indican su procedencia. México es el país del amor; pero es del amor dulce como el perfume de sus flores; modesto como el halago de sus embalsamadas auras; tierno como su suelo virginal; puro como su limpio cielo en una noche de luna, y firme como los ricos metales que encierran sus montañas.

Sin embargo, por mucho que yo aplaude ese respeto de los mexicanos hacia esa encantadora mitad del género humano, preciso es confesar que, el de Enrique, tocaba en un extremo reprensible, aunque preferible siempre á esa libertad que raya en licencia y que contrasta, de una manera muy marcada, con los delicados sentimientos que atesora el alma de la mujer.

Enrique buscaba un medio indirecto de manifestar su amor á la linda compañera

que se apoyaba en su brazo, y creyó encontrarlo en dos canoras avecillas que, posadas en una verde rama, daban al viento, moviendo sus pintadas alas, sus delicados trinos.

—¡Dichosas avecillas!—Exclamó el enamorado jóven, dirigiéndose á la hermosa María:—ellas, huyendo de las demas de su especie y buscando la soledad, se entregan, sin duda, á los dulces coloquios del amor.

—¿Y juzga vd. que son felices porque se aman?

Indicó María con una languidez que manifestó participar de la misma opinión.

—Sin duda. ¿Dónde hay felicidad comparable con la de los seres que se adoran? El amor es el origen de todos los bienes que poseemos: por él existe el mundo; por él vive la naturaleza; por él fecundiza la tierra ese sol que nos alumbra. Ved cómo sonríe la superficie de ese arroyo, rizando sus limpidas ondas al dulce halago de esa brisa errante y leda, que pasa diciéndole su amor: ved cómo las flores abren sus tiernas corolas al ténue rayo de esa luz que duda penetrar por el espeso ramaje, enviando su amor

á las delicadas plantas; ved cómo crecen robustos estos gigantescos ahuehetes acariciados por el fecundante amor del limpio arroyuel que acaricia la sólida base de su admirable tronco. ¡Ah!... ¿no es cierto, María, que sin amor no puede haber vida, mundo, ni felicidad?

La joven conocía, por experiencia propia, toda la verdad de aquellas últimas palabras: acababa de probar la triste realidad de un desengaño: la esperanza que hasta entonces había alimentado de ser amada, la había hecho feliz, y esta felicidad desapareció de su corazón tan pronto como vió que le faltaba el amor de su primo.

El amor, pues, era indispensable á su vida, como el sol á las flores.

María suspiró con este recuerdo, y contestó con lánguida voz:

—Tiene vd. razón, Enrique: el amor debe ser la luz cuando es correspondido; pero amar sin esperanza, vivir pensando en el objeto que hace latir nuestro corazón, y no ver premiado nuestro amor, debe ser tan cruel, como dulce lo primero.

—La muerte debe ser preferible á ese tormento.

Exclamó Enrique con toda la fuerza de la verdad.

—¿Le conoce vd. acaso?

—No, pero temo conocerlo.

—Mientras no ame vd., libre está de conocerlo.

—¡Mientras no ame!.... ¡Ah!.... ¡María! ¡Y si la dijese á vd. que amo, que no vivo mas que con el recuerdo de una mujer, y que esa mujer es mi dicha, mi porvenir, mis ilusiones, mi esperanza?.... Si la dijese....

—No pretendo que me confie vd. los secretos de su corazón, porque sentiria verle padecer.

Dijo María, temiendo una declaración. Las mujeres están dotadas de tan delicado instinto y fina penetración, que pronto leen lo que pasa en el alma del hombre que les dirige la palabra.

María había leído en la tierna mirada de Enrique, el amor hacía ella á la vez que su

respeto, y trató de evitar una declaración á la cual no podia corresponder.

El jóven, por su parte, creyendo descubrir en las palabras de María un prelude á una negativa, volvió á verse envuelto en su natural timidez.

María, deseando salir de la situación embarazosa en que ambos se encontraban, y revistiéndose de un aire jovial, dijo dando otro giro á la conversacion.

—¿No quiere vd. que nos acerquemos á bailar?

—El canto de los pájaros me habia hecho olvidar la música de los hombres.

—¿De veras!—exclamó María, haciendo un esfuerzo para sonreir:—¿Es vd. del número de los poetas campestres que se deleitan con el dulce murmurio de un límpido arroyuelo, y que aprecian mas un verso de

Yo ví sobre un tomillo
volar un pajarillo

que los mas brillantes saraos?

—Si el canto de los pájaros se escucha al

lado de una jóven del mérito de vd., es preferible á todos los placeres de la tierra.

—Agradezco la galantería, aunque no sea mas que lisonjera fórmula con que los hombres tratan de manifestar su deferencia á nuestro sexo.

—He ahí un efugio con que vdes. evitan responder á una declaración: con decir es *lisonja*, es *galantería*, no dejan vdes. al que las ama, ni aun el consuelo de pensar que ha sido creído.

—No todas son tan injustas con los hombres.

—Mal podria vd. serlo cuando tiene vd. una prueba incontestable en su primo, de la vehemente pasion con que ama nuestro sexo.

—¿En Miguel?

Exclamó María estremeciéndose al escuchar aquel nombre que ejercia un poder mágico en su sistema físico y moral.

—Sin duda.

—¿Y es correspondido?

—¿Luego Miguel le ha ocultado á vd?...[®]

—Todo, menos que ama.

—¿Cuando digo que es el amante mas

raro que han conocido los tiempos pasados, presentes y futuros!

—¿Y es joven la mujer que ama?

—Como vd.

—¿Virtuosa?

—Como vd.

—¿Hermosa?

—Superior á todas; pero inferior á vd.

—¿Su nombre?

María esperó con avidéz la respuesta de lo que tanto deseaba saber; pero la presencia de un joven que habia ido al encuentro de ellos cruzando la arboleda, prohibió á Enrique satisfacer el deseo de la mujer que amaba.

—Señorita, dijo el nuevo personaje, he corrido á su encuentro, porque tuvo vd. la bondad de ofrecirme el primer vals, y precisamente va á empezar en este momento.

—Tiene vd. razon: contestó María disimulando el disgusto que le causaba aquel contratiempo; y apoyándose en el brazo que le ofrecia el apasionado al arte de Tersicoze, se despidió de Enrique, para acercarse á la espaciosa glorieta en que bailaban.

Enrique se quedó maldiciendo á esos imprudentes séres, especie de hurones de la sociedad, que aparecen en todas las conversaciones cuando nadie los espera: hombres cuya llegada se teme como la invasion de una epidemia; espías que asoman la cabeza en todas las funciones por entre los grupos de la concurrencia, para caer sobre sus víctimas; cocos de los amantes que, cuando mas solos y retirados se juzgan, aparecen sonriendo maliciosamente, complaciéndose en el disgusto que saben que causan, y entablan una larga conversacion, aunque se les conteste con los secos monósilabos de *no* y *sí*, de que echamos mano cuando deseamos deshacernos de una persona: necios como el D. Saturio de "Un tercero en discordia" que toman un desaire por una prueba de cariño, y una indirecta de las del Padre Cobos, por manifestacion de grata confianza: cerros sociales, en fin, á quienes viene de molde aquella cuarteta del oportuno Breton de los Herreros que dice:

Se llevó el cólera-morbo
á millares de inocentes,

y no se llevó á estos entes
que solo sirven de estorbo.

Despues de haber bailado un vals y una
contradanza, se dió principio á una esplén-
dida comida, en que alternaban la cocina
francesa y mexicana. Allí, al lado del *mole*
de *juajolote* (pavo en salsa roja) de los *chiles*
rellenos (pimientos) de las gallinas en pepian,
de los *frijoles gordos* (judías dispuestas en
un guiso especial) y del *pulque* de piña, (vi-
no mas blanco que la leche, sacado del *ma-
güey*, planta de la familia de la que en Es-
paña llamamos pita) se ostentaban los mas
exquisitos platos de la cocina extranquera.

La mas cordial alegría reinaba en todos
los concurrentes: los brindis se repetían á
cada instante, y las jóvenes eran el objeto
de las mas finas atenciones de sus galantes
compañeros que, animados por los dulces
acordes de la música que tocaba en tanto
que duraba la mesa, dirijian flores de buen
genero á las lindas y seductoras hijas del
fértil suelo de Moctezuma.

María no apartaba los ojos de Miguel que

estaba enfrente de ella, ocupado en servir
á una graciosa joven que llamaba la aten-
cion de todos por su rara hermosura.

—¿Será ésta, pensó, la mujer que me ro-
ba el cariño de mi primo?

Y la enamorada María, aunque dotada
de un corazon exento de innoble envidia,
sintió una inquietad vehemente al reconocer
el mérito de la que ella se imaginó que po-
día ser su rival.

Experimentó por la vez primera en su
vida, un sentimiento de repulsion hácia
aquella joven; sentimiento que no acertaba
á comprender de qué provenia, y que sin
embargo reconocia por origen una causa
muy marcada.

Y es que no queremos que nadie sea el
objeto de las atenciones de la persona que
amamos.

Cada palabra de Miguel la dirijia sobre
las cosas mas insignificantes, la mas leve
sonrisa con que el hombre acoge cuanto la
mujer dice; todas aquellas cosas, en fin, tan
naturales, y de las cuales no puede prescin-
dir en la sociedad ningun joven bien edu-

cado, eran para ella otras tantas manifestaciones de amor.

¡Cómo se engañaba!

Si María hubiera podido leer por un momento en el corazón de su primo, hubiera visto que sus palabras eran como las del autómatas que nada siente, y la sonrisa, lo que la llanura de un mar sin calma, rizado en la superficie por las halagadoras brisas, y en el fondo muerto.

Dicen los poetas que el amor es la felicidad del mundo.

La flor galana entre las espinas de la tierra.

La fuente de vida en el desierto arenal que atravesamos.

La luz y la alegría del orbe.

Creo que no todos mis lectores participarán de la opinión de los poetas.

El amor, así como las demás cosas de nuestro mezquino planeta, presenta dos aspectos diametralmente opuestos. Tiene como el Jano de la fábula dos rostros en que se marcan la expresión de encontrados afectos.

tos, risueño y grato el uno, severo, sombrío y aterrador el otro.

Preguntad á los jóvenes, desde los 18 á los 22 años, qué cosa es el amor, y os dirán que es el dorado espejo que nos presenta á todas horas la encantadora faz del ángel que ha conmovido nuestra alma.

La idea única que embellece el pensamiento.

El dulce imán que nos arrastra hácia otro ser mas puro que el aroma de las flores.

El perfumado lirio que brota en el alma para embalsamar la existencia.

La única página brillante del libro de la vida.

El soplo vivificador de la Divinidad que desciende al mundo para iniciar al alma en los deleites celestiales.

Haced la misma pregunta á los hombres desde los 28 á los 40, y os contestarán que el amor es el canto de la sirena que nos arrastra á la muerte.

El brillo de la luz que seduce á la incauta mariposa y en donde al fin muere abrasada.

La piedra falsa que nos deslumbrara, y

cuyo ningún valor reconocemos cuando ha pasado por el crisol del tiempo y la experiencia.

Uno de esos delirios en que el hombre, apoderado del lente de las ilusiones, ve lo que no existe, y cree en lo que no ve.

El dorado ensueño de la juventud, cuyos diáfanos y brillantes colores, se convierten al despertar, en frías y nebulosas sombras que asustan la vista y hielan el corazón.

La escuela de los desengaños.

El verdugo de las ilusiones.

La fuente de todos los tormentos, de todas las desgracias, de todas las amarguras.

Pero para ¿qué preguntar á nadie, cuando vosotros mismos habreis experimentado esa mezcla de placer y de amargura, de tristeza y alegría, de incertidumbre y esperanza, de muerte y de vida que acompaña á esa pasión de la que el mundo entero es su víctima?

Basta á nuestro propósito haber presentado la situación en que se encontraban los personajes de nuestra historia, para conocer cuán distantes debían estar ellos de ca-

lificar de felicidad una inquietud que no los abandonaba un solo instante.

Por fortuna, en aquella misma concurrencia, al lado de los que padecían, había otros que se juzgaban los más felices de la tierra, y que lo eran realmente por la misma razón de que lo creían.

—Señores—dijo no bien acabaron de almorzar, el joven que había bailado con María—propongo que demos un paseo por el bosque con las señoras, en tanto que los músicos toman un refrigerio.

—Voto por la afirmativa.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo: exclamaron veinte voces á la vez, ofreciendo cada cual el brazo á la joven con quien más simpatizaba.

Miguel presentó el suyo á María que con aquella atención de su primo, creyó pagado con usura cuanto había padecido hasta entonces, y echaron á andar por una de las mil calles que cruzan la respetable mansión de los antiguos reyes mexicanos.

Es preciso haber visitado muchas veces

el grandioso bosque de Chapultepec, como lo he visitado yo, para conocer el influjo que en el alma ejercen, inclinandola al amor, aquellos sitios de tantos recuerdos, tan silenciosos y llenos de misterios.

Allí todo respira respeto, admiración y amor; y los alegres jóvenes de nuestra novela, tomando cada cual por distinta senda, se dirijian con sus lindas compañeras de negros ojos y breve pié, unos á la admirable alberca cubierta por la alta bóveda de corpulentos árboles, y otros á la cima en que se ostenta magestuoso el Colegio Militar, y desde donde se descubre el grandioso valle de México con sus mil plateadas lagunas, sus pintorescos canales cubiertos de pintadas canoas, y sus sólidos acueductos.

Felices todos con el grato panorama que á sus ojos presentaba la exuberante naturaleza, y con la agradable conversacion de sus parejas, dejaron correr las horas sin que nadie se acordase del baile ni de los músicos.

Todos tenían una palabra de amor para la jóven que acompañaban.

Solo Miguel, ocupada su imaginacion con la memoria de Luisa, y buscando los sitios mas solitarios, hablaba con María de cosas indiferentes, que estaban muy lejos de satisfacer las exigencias de un corazon enamorado.

—Parece—dijo la jóven notando en dos personas que se acercaban de frente por la misma calle de árboles que llevaban ellos— que han venido otras familias al bosque.

—Puede ser muy bien.

Contestó Miguel sin alzar la vista.

—Y son un caballero y una señorita muy hermosa: míralos, aquí están.

Y efectivamente llegaban en aquel instante dos personas adonde los dos interesantes primos se hallaban.

Miguel alzó la cabeza, y al encontrarse sus ojos con los de la mujer que María, con justa razon, calificó de hermosa, se estremeció, como se estremeció ella en el brazo del que la acompañaba: este lanzó una mirada de odio sobre Miguel, que correspondió con otra no menos terrible.

El nuevo personaje, que en aquella mira-

da leyó una provocacion mareada, trató de desasirse de su compañera que, pálida y temblando, se asió fuertemente de su brazo para evitar una desgracia. Al verse detenido, rugió de rabia como el tigre encadenado que no puede caer sobre su presa; volvió á lanzar otra mirada significativa sobre su contrario, que equivalia á un desafío, y se alejó con su compañera, rechinando los dientes y murmurando palabras de venganza.

Miguel, que habia hecho inauditos esfuerzos para contenerse á la vista de aquel hombre, contestó á la muda manifestacion de su contrario, con una señal de inteligencia, que se podia traducir por la admission de un reto.

María, que habia notado los efectos de aquel extraño encuentro, y que no habia perdido ni uno solo de los movimientos de su primo, creyó haber descubierto lo que tanto deseaba saber; y al verle aún trémulo y fijo en el mismo sitio en que acababa de pasar la desagradable escena, le dijo:

—Te has puesto pálido, ¿estás malo?

—No... no tengo nada.

—¿Quién es ese caballero, que tan furioso se ha puesto al verte, y sobre el cual te ví dispuesto á arrojarte?

—Un enemigo mio.

—¿Enemigo?... ¿Y por qué causa?

Miguel iba á responder francamente á aquella pregunta; pero reflexionando luego que revelar el secreto podria dar lugar á injustas sospechas en la limpia honra de la mujer que amaba, varió de pensamiento y contestó:

—Pertenece á otra comunion politica que detesta á la mia.

Estas palabras desorientaron á la jóven, que volvió á preguntar.

—¿Y conoces á la hermosa que va con él?

—Sí; es la hermana de mi amigo Enrique.

—¿Parienta acaso del que la acompaña?

—Su esposa.

—¿Ah!... ¿es casada?

—Sí.

Esta contestacion acabó de desvanecer todas las sospechas de María. Creia demasiado en los rectos principios de Miguel

para juzgarle esclavo de una pasión criminal.

—Acerquémonos— dijo Miguel ya mas tranquilo—á la glorieta en que han vuelto á reunirse nuestros amigos, y que estarán esperando sin duda.

—¿Piensas bailar?

—Y contigo, si no estás comprometida con otro.

Contestó Miguel tomando un aire jovial, y procurando desterrar de la memoria los tristes pensamientos que le dominaban.

—Pues vamos allá.

Y llegando á poco al sitio en que sonaba la música, tomaron parte en el baile, sobresaliendo entre todas las parejas por su ligereza y gallardía.

Véamos ahora lo que pasaba con Luisa y su indignado esposo.

Este habia propuesto á su mujer un paseo, con objeto de distraerla, y poder reparar en parte el disgusto que le habia causado con sus zelos la noche de la carta: Luisa lo aceptó, y al ver que Fernando ponía á su disposicion el panto que mas grato juzgara,

eligió el bosque de Chapultepec, bien agena de pensar que encontraria en él al hombre con quien debió unirse en otro tiempo.

Fernando mandó poner el coche, y se dirigió con su esposa al sitio por ella elegido.

Disgustado de ver que no estaban solos, dieron unas cuantas vueltas, y se disponian á salir del bosque, cuando se encontraron con Miguel y María.

Lo que pasó en aquel instante ya lo sabe el lector.

Fernando dió por un momento entrada en su corazon á la mas negra sospecha.

La vista de su rival le trajo á la memoria la carta que encontró en el suelo, dirigida á su mujer: se acordó del hombre que vió deslizarse entre los arcos del acueducto y de la sorpresa de su esposa al verle: pensó que aquel encuentro no podia ser casual: llevó su desconfianza hasta el grado de suponer que Luisa y su antiguo rival se habian citado para verse allí, y tuvo la crueldad de manifestárselo así á Luisa, que quedó aterrada con suposicion tan injuriosa.

—Sí; tú sabias que le encontrarías aquí.

Exclamó Fernando, mirando á su esposa con ojos encendidos de cólera.

—Te juro que no.

—En vano lo niegas: estábais citados, y por eso preferiste Chapultepec á todos los demas puntos de recreo.

—¿Fui acaso yo la que te propuse el paseo?

—No.

—¿Y hubo tiempo, aun cuando fuera tan criminal como me supones, para avisar á nadie de nuestra resolucion, siendo así que salimos de casa en el instante que acepté tu obsequio?

Fernando quedó suspenso con aquella observacion que la encontró justa, y no acertó á contestarla.

Luisa comprendió lo que pasaba en su alma, y agarrándole con cariño la mano, le dijo:

—¿Dudas aún?

Aquellas amorosas palabras, pronunciadas con la sinceridad y el acento mas tierno, se llenaron de lágrimas los ojos de aquel hombre tan fácil en enojarse cuando se juz-

gaba ofendido, como en arrepentirse al conocer su error.

Era uno de esos caracteres francos, de corazon sin doblez, cuyas acciones no reconocen mas norma que la justicia, y que están siempre dispuestos á dar una satisfaccion á la persona á quien involuntariamente han ofendido.

—No, Luisa: soy un insensato: dudar de tí, es dudar de la virtud de los ángeles. Pero tú, que eres tan buena, me perdonarás, ¿no es verdad?

Exclamó llevando á sus labios la blanca mano de su esposa que, por toda respuesta, le envió una de esas celestiales miradas que revelan el cariño, la gratitud, el amor y las afecciones mas puras, mas íntimas y tiernas del alma.

Fernando comprendió todo el valor de aquella mirada, y añadió con toda la efusion del amor mas profundo.

—¡Gracias, gracias!... Jamas volveré á ofenderte.

Al decir esto llegaron fuera del bosque,

subieron en el coche que los esperaba en la puerta, y se dirigieron á casa.

Una hora despues el sol retiraba su luz á otro hemisferio.

La alegre concurrencia, queriendo aprovechar los cortos instantes que restaban de claridad, bailaba el último vals con un afán que rayaba en locura, con un entusiasmo delirante y vertiginoso que agotaba sus fuerzas y violentaba la respiración.

Los mozos entretanto, guardaban los restos del banquete en vistosas canastas, envolvian los cubiertos en los manteles, y apuraban una que otra botella de vino de Burdeos que encontraban empezada, juzgando sin duda que pesaria menos en el estómago que sobre los hombros.

La música terminó por fin, y todos los concurrentes se dispusieron á volver á México. Los amartelados jóvenes se dirigieron cada cual á ofrecer su brazo á la señorita á quien habian rendido su voluntad, y Enrique tuvo la fortuna de dar el suyo á la hermosa María, á la vez que Miguel se habia ofrecido á acompañar indiferentemente á

otra de las muchas hermosas que habian concurrido.

Arreglado este asunto de tanta importancia para los jóvenes de ambos sexos, las felices parejas cruzaban las frondosas calles de aquel delicioso recinto en animadas conversaciones, y se dirigian hácia los coches que habian quedado afuera, y que esperaban para conducirlos á la ciudad.

Pronto el ruido de las voces y de los pasos se perdió entre el murmurio producido por el aire que movia las hojas de los árboles, mientras se vislumbraban dudosamente entre las medias tintas de la luz crepuscular, los cándidos ropajes de las bellas que al fin desaparecieron en el fondo oscuro de los últimos ahuehetes.

Todo quedó de repente en soledad completa,

Un silencio profundo siguió al bullicio de aquel dia.

¡Qué aspecto tan magestuoso presentaba entonces la reina de las selvas! . . . Chapultepec se ostentaba en aquel solemne instante de paz y de silencio, con la sublime ma-

gestad de una magnánima emperatriz que recobra su cetro. Era la espléndida matrona, respetada por mil generaciones, que, envuelta en las negras vestiduras de la llamada noche, se levantaba enhiesta en medio del extenso valle, como una hermosa y respetable viuda entre las tumbas de sus mayores, para pensar en los venerandos objetos que embellecieron su patria, y á los cuales sobrevivía para patentizar su antigua magnificencia.

Parecía que, dominada de profunda tristeza, pero grande y digna en su misma melancolía, protestaba con sublime elocuencia contra las orgías y los bailes allí celebrados, que tan mal cuadraban con sus recuerdos de religion, de austeridad y de nobleza: se hubiera dicho que evocaba las sombras de los monarcas aztecas para llorar con ellos la profanacion de aquel sagrado recinto, única página aún no arrancada del libro de las grandes obras que precedieron á la conquista; página de inestimable precio que encierra la historia de florecientes imperios, y que la saña del inflexible tiempo acabará

de borrar para siempre, si los que tienen á su cargo las riendas del Estado no recomiendan su conservacion á personas inteligentes y amantes de las antigüedades de su patria.

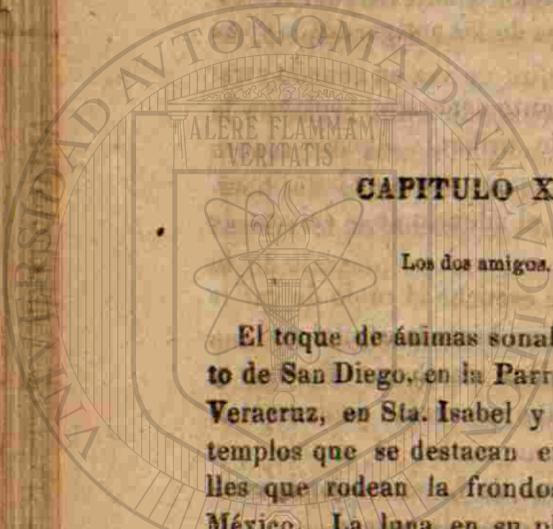
La noche en tanto avanzaba rápidamente.

Los pájaros de brillante plumaje buscaban su albergue en las ramas de los árboles.

Nada turbaba el silencio de la sultana de la selvas.

De repente se escuchó el ruido de varios coches que partian hácia la capital.

En uno de ellos marchaban Enrique y Miguel que habian convenido en descubrir, en aquella misma noche, el secreto que obligaba al esposo de Luisa á dejar la compañía de ésta al toque de ánimas.



CAPITULO XVI.

Los dos amigos.

El toque de ánimas sonaba en el convento de San Diego, en la Parroquia de la Sta. Veracruz, en Sta. Isabel y Corpus-Cristi, templos que se destacan en las cuatro calles que rodean la frondosa Alameda de México. La luna, en su plenitud, bañaba suavemente el espeso ramaje de los corpulentos árboles, cuyas tupidas copas se mecían al impulso de un ligero viento, como una flotante nube cobijando el misterioso recinto de las Driadas y de las Napeas. En un nicho colocado en la parte exterior del hospital de San Juan de Dios, asilo santo de la caridad, se vela la milagrosa imagen de

un San Antonio de piedra, alumbrada por la moribunda lámpara que la piedad y la devoción le dedican, y ante la cual se descubrían la cabeza, con religioso respeto, las pocas personas que de vez en cuando atravesaban la solitaria calle. Aun cruzaban la atmósfera los penúltimos ecos del sonoro metal de las campanas, cuando dos hombres, que marchaban juntos, se detuvieron en la esquina de la oscura plazuela de la Santa Veracruz.

—Aquí estamos perfectamente:—dijo uno de ellos:—amparados por las sombras, le veremos llegar sin ser vistos, y le sorprenderemos.

—Sí; este es el sitio mas á propósito:—contestó el otro.—Pero no habrá pasado ya?

—No; estoy seguro; aun tendremos que esperar algunos instantes.

—En ese caso, ocupémoslos hablando de las hermosas que han concurrido al día de campo, pues así pasará con mas rapidez el tiempo.

—Me parece que alguna de ellas se ha llevado un pedazo de tu corazón.

— Di mas bien que se lo ha llevado entero.

— Lo he conocido.

— No es extraño.

— Y aun te puedo decir quién es.

— Véamos.

— María.

— La misma.

— Hace mucho tiempo que he leído en tus ojos la pasión que le consagras, á pesar de tu reserva.

— ¿Reserva? no: varias veces te he dicho que me gusta.

— Pero no que la amas; y de gustar á amar, hay una distancia notable.

— Pues bien, Miguel, es cierto: la hermosura de tu simpática prima me tiene cautivado: es el tipo mas seductor y perfecto que he visto en mi vida.

— ¿Tanto te agrada, Enrique?

— Sí; con ella me consideraria el mas feliz de los hombres. Es la exacta copia de los ángeles; como ellos pura, y como ellos tambien aérea y celestial.

— ¡Dichoso tú que puedes revestir los ob-

jetos que te rodean, con el brillante ropaje de una ilusión no desvanecida. . . . ¡Dichoso tú que no has analizado las cosas que exaltan tu imaginacion, porque así no has podido ver sus miserias, su fealdad y su repugnante esencia!

— Objetos hay, Miguel, que cuanto mas se examinan, mas bellezas descubren que no se pueden notar al primer golpe de vista.

— Sí; pero esas bellezas están escondidas entre millares de defectos que de lejos te deslumbraron. Desengáñate, Enrique: el análisis es la tumba de las ilusiones: la imaginacion vuela mas allá de la realidad y de lo posible. Las obras mas exquisitas de cuanto admiramos en la naturaleza, descubren lunares que las vuelven horrorosas, si se colocan bajo el dominio del severo microscopio analítico. Acércate á ese plateado mar que de lejos remeda un inmenso y tranquilo espejo, donde se dibuja el inmenso cielo con todos sus astros, y te sobrecojerás de espanto al escuchar los imponentes rugidos de sus brillantes olas, que alzándose cual inmensas montañas, amenazan

tragarte y sepultarte en sus profundos senos. Aproxímate á ese espesísimo bosque poblado de gigantescos árboles todos lozanos, cubiertos de verde y fresco follaje, formando con sus anchas copas una vistosa bóveda flotante que no puede penetrar el sol, y descubrirás carcomidos troncos, raquíticos arbustos, repugnante maleza, tronchadas ramas y secas y podridas hojas. Remóntate á ese nubífero pabellon que sobre nuestras cabezas oscila mansamente, como una cortina de luciente gasa al soplo ténue de las auras; examina los miríficos matices de oro, plata y azul con que lo visten los moribundos rayos del sol que, al descender al ocaso imita en las transparentes nubes mil figuras de fantásticas formas, y solo encontrarás húmedas sombras, vapores impalpables, miseria, nada. El pabellon, los magníficos matices y las fantásticas figuras que te deslumbraron, desaparecerán como las venturas de un delicioso ensueño. Acércate á esa bellísima jóven de faz angélica, mas hermosa que las hurís del Profeta, bella como el recuerdo del bien perdido; tierna como las

flores al primer albor de la mañana, de dulce mirada, de seductora sonrisa, de encendidos y frescos labios, de grandes y negros ojos, donde se ve brillar la luz de la inteligencia, del cariño, del amor mas puro.... Acéreate, repito, á esa mujer que divinizas y que la juzgas digna de habitar las regiones celestiales; á ese cándido sér de seductoras formas que finge la mente lleno de interesante pudor, de angélica ternura y de invariable corazon.... Pero no; detente, si no quieres destruir todas esas ilusiones que forman la felicidad del hombre: no la examines de cerca, si no quieres que se destruya el encanto con que la habia engalanado tu ardiente imaginacion: contéplala de lejos, yo te lo aconsejo: acercarnos á la mujer á quien hemos revestido de una pureza ideal, es profanar la divinidad creada en nuestra mente; matar nuestros encantos; destruir nuestras risueñas ilusiones; humanizar el idolo á quien rendiamos religioso culto; hallar un sér con todas las miserias de nuestra miserable raza, donde esperábamos encontrar un impecable querubin, libre del

orgullo y de la debilidad que dominan en el corazón humano.

—¿Y colocas á María en el número de las mujeres de sentimientos vulgares?

—No; la coloco en el número de las que el mundo denomina ángeles; en el número de las que el hombre, pródigo en alabanzas, señala como modelos de virtud; en el número en que se encuentra tu adorada hermana; y tú sabes que Luisa, esa mujer en quien yo ereía, como se erie en el amor invariable de una madre, destruyó todas mis lisonjeras esperanzas de felicidad, porque no tuvo toda la fortaleza de alma de que yo me la figuré dotada, para resistir al mandato de su moribundo padre, que iba á labrar su desgracia y la mia.

—¿Y por qué no olvidarla?....

—Mas fácil es que las aves olviden su vuelo, el avaro el arca donde tiene guardado su tesoro, y la tierna madre el fruto querido de su primer amor, que yo á la mujer que amo con todas mis potencias.... Pero dejemos esta conversacion, que tanto

mal me hace, y adelantémonos hácia la casa de Fernando.

—No, esta es la calle única por donde tienen que pasar los que van de San Fernando al centro de la ciudad, y el rumbo que debe traer mi hermano político.

El bulto de un hombre que se acercaba se dejó ver de repente.

—Retírate un poco, Miguel, dijo Enrique; pues, si no me engaño, es Fernando el que se acerca.

Miguel se retiró al fondo de la oscura plazuela, y su amigo permaneció esperando.

El hombre, cuyo bulto habian visto á lo lejos, llegó adonde estaban Enrique, y al conocerle, exclamó alargándole la mano.

—¿Tú por aquí, Enrique?

—Ya lo ves.

—¿Estás esperando á la señora de tus dulces pensamientos?....

—Nada de eso: iba á hacer una visita á un amigo que vive aquí cerca; pero ya que he tenido la dicha de encontrarte, prefiero ir en tu compañía.

—Siento no poder dedicar este momento

á pasearme contigo: precisamente me acaba de enviar un recado urgente el marqués de B.... persona de quien he recibido distinguidos favores y....

—Si es así, no digo nada.

Bien sabia Enrique que Fernando buscaba alguna disculpa para desprenderse de él, y por lo mismo se habia ofrecido á acompañarle. El esposo de Luisa, para quien sin duda los momentos eran urgentes, volvió á alargar la mano á su cuñado para despedirse de él. Esta impaciencia hizo que Enrique fijara sus ojos en el vestido que Fernando llevaba. Su imaginacion, herida como estaba ya, por la sospecha que de su incalificable conducta albergaba, le hizo ver en este momento, lo que nunca hasta entonces habia llamado su atencion; esto es, el modo raro con que generalmente se vestia de noche. Efectivamente; su ropa, aunque cortada á la moda, tenia un no sé qué de extraño, que llamaba la atencion del hombre pensador. Algunas veces se presentaba con todo el vestido de un azul oscuro y el chaleco blanco: otras vice-versa, negro éste

y blanco aquel; y con bastante frecuencia de rigoroso luto.

La noche en que nos encuentra nuestra historia, llevaba un traje singular en todas sus partes. Componiase de una levita corta de casimir rayado con grandes botones negros; pantalon del mismo género; chaleco de raso negro, corbata encarnada, y sombrero de paja muy fino con una ancha cinta negra que remataba en un gracioso lazo.

Fernando, que advirtió la curiosidad con que Enrique examinaba su vestido, trató de cortar la conversacion, y se despidió á poco, tratando de disculparse, por no poder admitir su compañía.

—¿Miguel?

Gritó Enrique cuando se alejó su cuñado, llamando á su amigo que habia permanecido durante el diálogo en el fondo de la plazuela.

—¿Qué hay?

Dijo Miguel, acercándose adonde estaba Enrique.

—Que ahora mas que nunca estoy empeñado en descubrir la verdad.

—Pues, ¿qué has sabido?

—Nada; pero sígueme, que Fernando se va alejando demasiado.

—Estoy á tus órdenes. Marchemos ya que tú te empeñas en seguir sus pasos.

Y los dos amigos violentaron el paso para no perder de vista á Fernando que trataba, al parecer, de ganar el tiempo que habia perdido hablando con su cuñado.

CAPÍTULO XVII.

El secreto.

Enrique y Miguel seguían á Fernando á distancia conveniente para no ser vistos.

La noche era clara como lo son las noches de luna bajo el limpio cielo de Mexico.

Esta circunstancia les era contraria á los primeros que, para no ser vistos del último, se veían obligados á no seguirle tan de cerca como hubieran deseado.

Fernando, á quien ninguna de estas consideraciones detenían, caminaba tan aprisa, que atravesaba ya el espacio que média de la esquina de la Mariscala á la calle de San Andrés, cuando aun los otros no pasaban del templo de la Santa Veracruz.

—Pues, ¿qué has sabido?

—Nada; pero sígueme, que Fernando se va alejando demasiado.

—Estoy á tus órdenes. Marchemos ya que tú te empeñas en seguir sus pasos.

Y los dos amigos violentaron el paso para no perder de vista á Fernando que trataba, al parecer, de ganar el tiempo que habia perdido hablando con su cuñado.

CAPÍTULO XVII.

El secreto.

Enrique y Miguel seguían á Fernando á distancia conveniente para no ser vistos.

La noche era clara como lo son las noches de luna bajo el limpio cielo de Mexico.

Esta circunstancia les era contraria á los primeros que, para no ser vistos del último, se veían obligados á no seguirle tan de cerca como hubieran deseado.

Fernando, á quien ninguna de estas consideraciones detenían, caminaba tan aprisa, que atravesaba ya el espacio que media de la esquina de la Mariscala á la calle de San Andrés, cuando aun los otros no pasaban del templo de la Santa Veracruz.

No era un hombre, era una sombra arrebatada por algun espíritu invisible.

—Mucha prisa lleva.

Dijo Enrique á Miguel, apretando un poco mas el paso.

—No anda, sino que vuela.

Contestó éste.

—Ha cogido la acera batada por la luna, y esto nos favorece: ahora podemos correr hasta aproximarnos á él.

Y Enrique y Miguel violentaron el paso, más como perseguidos, que como perseguidores.

Parecian dos fantasmas impalpables, vaporesas, que se desprendian de un edificio para embutirse en otro: dos seres aéreos cuyas sombras desaparecian instantáneamente de una pared, para dibujarse en el acto en otra y otra.

Ya no les separaba mas que unas doce varas de Fernando, cuando éste torció la esquina de Betlemitas.

Entonces, seguros de no ser vistos, echaron á correr, temiendo que el esposo de

Luisa penetrase en alguna casa antes de darles tiempo á que llegaran.

Pero Fernando seguia su camino sin detenerse, y pronto cruzó á la izquierda, entrando en la calle San Francisco, que tambien atravesó con la velocidad del pensamiento; luego tomó á su derecha la del Coliseo, siguió la plazuela del Colegio de las Niñas, la calle de las damas, y torció á la del Puente-Quebrado.

Enrique y Miguel llegaron á la esquina, y se detuvieron en ella, al mismo tiempo que el cuñado del primero hacia alto enfrente á una puerta, á la cual sin duda habia llamado ya.

Los dos amigos se detuvieron y aplicaron el oido.

La voz de una persona que hacia desde adentro algunas preguntas á que contestó Fernando, se oyó de repente, pero sin que se entendiera ni una sola de las palabras que cruzaron.

Poco despues la puerta se abrió lo muy preciso únicamente para que cupiera un

hombre, y Fernando entró sin volver atrás la cabeza.

—Me ha engañado:—dijo Enrique deteniéndose en la acera contraria y en frente de la puerta que se volvió á cerrar inmediatamente.—Esa casa no pertenece á la persona de quien me ha hablado.

—Bien lo veo;—contestó Miguel.—Pero ¿no adviertes cómo de rato en rato, y con mucho sigilo, van entrando uno á uno algunos hombres vestidos de la misma manera con que va esta noche Fernando?

—Efectivamente; tienes razon: no había reparado en ello.

Y ambos quedaron observando con la mayor atención lo que pasaba.

Por fortuna, la acera en que permanecían, no era la bañada por la luna, y esto les ponía á salvo de ser vistos.

Media hora habria trascurrido desde que permanecían en aquel sitio, sin que nada vislumbrasen de lo que podía motivar aquella reanion de hombres que con tanto misterio habían visto penetrar en el edificio.

La puerta hacia gran rato que permane-

cia cerrada sin que nadie volviese á llamar á ella.

Ni un acento, ni una luz, ni el mas leve ruido venia á turbar la quietud que reinaba dentro de sus elevadas paredes.

La calle estaba sola y triste como el hombre necesitaba.

Solo en el corto hueco que dejaba una puerta, se veia sentado y embutido en él, por decirlo así, al sereno que, con el sombrero de hule metido hasta los ojos, con el machete colocado entre las piernas y envuelto en su *gorongo* (1) roncaba tranquilamente.

Enfrente á él, pero en medio de la calle, se veia el farol de este antipoda de Argos, cuya opaca luz parecia participar del sueño de su amo.

—¿Has visto jamas un silencio mas sepulcral?

Dijo Enrique, cansado de esperar inútilmente.

(1) Manta finísima matizada de vistosos colores que usa la gente del pueblo, y aun las personas pudientes cuando montan á caballo. Las hay desde 8 duros hasta 200.

—Pero no es eso lo que mas llama mi atencion—contestó Miguel—sino el que no se desahbre luz ninguna al traves de las ventanas y de los balcones.

—Tienes razon; ¿qué podrá ser?

—Fácil es saberlo.

—No lo veo yo tan fácil.

—Y sin embargo, nada hay mas sencillo.

—¿Cómo?

—Penetrando uno de los dos en el edificio.

—Pero ni llevamos traje igual á los que ellos llevan, ni aun cuando así fuera, nos permitiria entrar el portero.

—Probemos.

—¿Los dos?

—No; entraré yo solo—dijo Miguel—para que tú observes desde afuera si ocurre alguna novedad en la calle.

—Corriente. Pero por si el portero, despues de abrir te prohibiese entrar, bueno será que lleguemos los dos para sorprenderle y sujetarle.

—Admitido.

Y Enrique y Miguel, cruzando de una

acera á otra, se acercaron á la puerta del edificio.

El segundo llamó con golpes suaves, y viendo que nadie respondia, empujó con suavidad la puerta que, con asombro de ambos, se abrió lo bastante para entrar un hombre.

—Nadie está—dijo Miguel metiendo la cabeza y registrando con la vista el interior—sin duda duerme el portero, y se ha olvidado de echar el cerrojo.

—¡Magnífico!

—La fortuna nos favorece. Espérame afuera.

Y Miguel, volviendo á dejar la puerta como la habia encontrado, penetró en el edificio, mientras Enrique volvió á colocarse en la acera de enfrente para estar en observacion, protegido por las sombras.

Todo volvió á quedar en silencio.

El sereno seguia roncando.

El farol agonizaba.

La calle permanecia solitaria.

Y la luna se elevaba lentamente hácia el zénit bañando con su misteriosa luz las

elevadas torres de los templos y las magníficas azoteas, cubiertas de flores y de naranjos que adornan á la emperatriz ciudad.

Pero el tiempo pasaba y Miguel no parecía.

—¿Por qué tardará tanto?

Pensó Enrique, y volvió á esperar.

Los relojes de las iglesias sonaron media hora.

—¿Le habrá sucedido algo?—exclamó lleno de impaciencia por aquella tardanza.—

¡Ah!... es preciso averiguar, salir de dudas.

Y Enrique, alarmado y resuelto á descubrir la verdad, penetró en busca de su amigo.

El patio estaba iluminado por la luz que se desprendía de un farol, á favor de la cual pudo observar que la casa tenía una hermosa, aunque lúgubre arquitectura gótica.

Por una espaciosa escalera de piedra, como son todas las de los edificios de México, y que apenas participaba de algun rayo ténue de la débil luz del farol, llegó á un ancho corredor, desprovisto de macetas,

que siempre tienen en tales sitios los mexicanos tan aficionados á las flores.

Enrique se detuvo allí por un momento, sin saber qué dirección tomar. Miró hácia todas partes con objeto de descubrir algo, y nada vió; aplicó el oído, y nada oyó.

Sorprendido de aquel abandono en que encontraba todo, se dirigió hácia un pasillo que comunicaba con una larga galería cuyo techo estaba sostenido por sólidas columnas de piedra.

Otro farol colocado al extremo de esta galería, y cuya amarillenta luz apenas se distinguía entre las espesas sombras que formaban las columnas, le sirvió de norte para poder continuar en sus pesquisas.

Enrique caminaba lentamente sobre las puntas de los piés, mirando hácia todas partes para no ser sorprendido.

Al llegar adonde estaba el farol, se encontró con una puerta cerrada, pintada de negro con una gran cruz blanca en medio.

A ambos lados de esta puerta, y clavados en la pared, se veían dos hermosos cue-

dros al óleo, representando uno á la libertad y el otro ó la justicia.

Si en circunstancias menos comprometidas se hubiese encontrado Enrique, no hubiera dejado de hacer alguna observacion satírica á la vista de aquellos objetos.

Su carácter epigramático, hubiera encontrado aplicaciones tan oportunas como exactas para resolver el significado que entrañaba el símbolo de la religion en aquel sitio, al lado de los objetos que mas preconizan todos los partidos.

Hubiera dicho que el agonizante farol indicaba los pocos instantes de vida que aun restaban á la justicia y á la libertad encarceladas; y que la cruz era el crucifijo que los hombres habian colocado en sus manos para que murieran como católicos.

Pero Enrique, en vez de detenerse en hacer reflexiones semejantes, no pensó mas que en encontrar á su amigo; y empujando la puerta con fuerza, penetró á un oscuro salon que retumbaba con el ruido de sus pisadas.

Nuestro valiente jóven se estremeció; pe-

ro avergonzado de su debilidad; siguió atreviendo por en medio de las tinieblas, nuevos pasillos y cuartos deshabitados, cuyas paredes estaban descascaradas por el tiempo.

Una lámpara que distinguió próxima, reanimó su esperanza, y guiado por ella, llegó á una pieza algo mas aseada, pero solitaria como el resto del edificio que habia recorrido, y sin otro ajuar que unas sillas y una mesa, sobre la cual ardía la referida lámpara.

Su sorpresa aquí creció terriblemente, al notar que este gabinete no tenia comunicacion con ninguna otra pieza en donde pudieran hallarse su amigo y tantos otros que él mismo habia visto entrar en aquella casa.

Enrique calculó que las piezas que habia recorrido eran muchas para que pertenecieran á un solo edificio, á pesar de lo espaciosas que son las casas en México.

Los varios corredores que habia atravesado le dieron á entender que eran dos edificios unidos.

Desesperado de lo infructuoso de sus

pesquisas, y viendo lo inútil que era permanecer allí por mas tiempo, se preparaba á volver por el sitio que habia traído, cuando sintió que el suelo se movía con sus pisadas.

Este incidente reanimó su corazón.

Un presentimiento de esos que se presentan al hombre en ciertas situaciones de la vida, le dijo que iba á encontrar á Miguel.

Separó, pues, la roida alfombra que cubría el piso, y vió una especie de tapa secreta que levantó con alguna dificultad.

Animado con este feliz descubrimiento, tomó la lámpara que iluminaba el gabinete, y descendió, lleno de valor, por una escalera en forma de caracol que le condujo á una espaciosa sala, cuyas pintadas paredes y cielo raso, contrastaban con el resto del edificio.

Dos candelabros de exquisito gusto, reflejaban sus resplandecientes luces en dos magníficos espejos de cuerpo entero.

En este salón se descubrían, enfrente de la puerta, multitud de asientos forrados de damasco encarnado que formaban un círculo casi entero.

Detras de ellos, y un poco mas elevados, estaban otros, cubiertos del mismo género; pero haciendo un círculo excéntrico al primero, dejando ver, en la parte que miraba al Oriente, un magnífico dosel de terciopelo carmesí.

Enrique se quedó absorto y perdido en mil pensamientos y conjeturas extraordinarias; pero muy poco estuvo entregado á sus reflexiones; pues nuevos objetos vinieron á herir su viva imaginación.

Sobre una mesa, cubierta con una carpeta de bayeta negra, que se hallaba enfrente del dosel, ardian tres velas de cera verdes, colocadas en los ángulos de un triángulo: dos grupos de espadas, formando cruces, estaban á sus lados, brillando sus limpias hojas con la luz que de aquellas recibían: un reloj de arena, en cuya ámpula no quedaban ya mas que algunos granos, se veían entre un tintero de plata y una campanilla del mismo metal; y sobre un libro abierto que parecía la Biblia, un Santo Cristo en el momento augusto de espirar.

Al contemplar en aquel sitio misterioso

y desconocido las agonías del Redentor del hombre enclavado en aquella cruz, sintió su corazón una opresión indecible: un pensamiento terrible vino de repente á enseñorearse de su imaginacion, excitada por tantos y tan extraños objetos: el paradero de su amigo por cuya vida empezaba á temblar. Un sudor frío corrió por todos sus miembros á la idea de un sangriento fin, y alzar los ojos para implorar el favor del cielo, solo encontró nuevos motivos de asombro y de terror.

Una horrible calavera, debajo de la cual se leían estas palabras: *Credo Domine*, fué el primer objeto que vió grabado sobre un escudo que estaba en medio del dosel; y en el círculo que formaba el expresado escudo un cuadrado inscrito, en cuyo primer lado leyó estas palabras: *Fiat lux. Et facta est lux*; en el segundo, las siguientes: *Justitia et pax osculatae sunt*; en el tercero: *Deus est*; y en el último: *Virtuti et silentio*.

Enrique continuó observando, y vió que el dosel se levantaba en medio de dos elegantes columnas, en una de las cuales se

leía la inscripcion siguiente: *Vide, audí, tace*, y en la otra: *Amor, honor et justitia*.

Dominando todas aquellas inscripciones, y como presidiendo aquel recinto, se descubría un compás, cuyos brazos abiertos y colocados hácia arriba, contenian estas tres iniciales: *T. H. S.*

En vano se afanaba Enrique en descubrir, por el sentido de aquellas palabras, el secreto que se ocultaba en aquel misterioso recinto; todas sus conjeturas iban á perderse en un caos de confusion.

Otro hombre cualquiera, hubiera temblado al mirarse solo en un lugar, que por mas de un motivo debia inspirar ideas terroríficas; pero en el ánimo de Enrique no cabia temor: era un jóven de un temple de alma heróico, que amaba los peligros.

¿Por qué, pues, retrocede de repente pálido y convulso á la vista de un objeto que descubre en el suelo?... ¿Por qué en sus ojos están pintados el espanto y el terror?... ¿Es que en aquel momento de prueba le empieza á faltar el valor que mas que nunca necesitaba?... No; su espanto reconoce

un origen mas noble, mas grande, mas generoso. Sus ojos están fijos en un rastro de sangre fresca que á la entrada de una puerta, que se encontraba cerrada, se veia; y la vista de aquella sangre le hace temer por la vida de Miguel, de cuya muerte se acusa ya.

Dominado por esta idea, y resuelto á descubrir la verdad y vengar á su amigo ó perecer con él, cogió la lámpara que habia colocado sobre uno de los asientos, y se introdujo en el cuarto de donde venia la sangre, cuyas elevadas paredes y la escasa luz de la luna que penetraba por entre la reja de una ventana abierta en lo mas alto de ellas, le daba un aspecto lúgubre y aterrador.

Ningun mueble descubrió en aquella húmeda estancia, excepto un largo biombo que ocultaba una gran parte del cuarto.

Miró Enrique, con horror, este objeto, y se sintió yerto al verlo tambien enrojecido con sangre.

Extraviada terriblemente su imaginacion, juzgó aquel lugar como la mansion del cri-

men, y aquel lúgubre biombo la puerta del tormento que ocultaba mutiladas víctimas.

Estos pensamientos le causaron una sensacion extraña: deseaba y temia á la vez descubrir lo que ocultaba aquella débil barrera: deteniale el presentimiento de un horrible espectáculo; pero haciendo un violento esfuerzo, desvió el biombo, y vió detras de él un cádaver tendido en el suelo.

Enrique no pudo contener un grito de espanto, y acercó temblando la luz al rostro del desgraciado.

—¡No es él!...

Esclamó con alegría, despues de haber reconocido sus facciones, y viendo que el muerto vestia el mismo traje con que iban todos los que habian entrado en aquella casa.

El ruido de las pisadas de alguno que se acercaba, le hizo pensar á Enrique en lo comprometido de su posicion.

—¡Sin duda me han oido.

Pensó para sí; y se puso á mirar hácia el sitio en que se oían las pisadas.

No se engañaba Enrique.

La exclamacion que habia dejado escapar á la vista del cadáver, llegó á los oídos de los que estaban dentro del edificio.

Aun no acababa de reflexionar en la imprudencia de haber dejado escapar aquella exclamacion, cuando descubrió á un hombre, que, vestido de la manera misma que Fernando, cubierto el rostro con un antifaz, con una linterna en la mano izquierda y una pistola en la derecha, se acercaba aceleradamente hácia él.

Enrique conoció el peligro que le amenazaba; pero la vergüenza de huir, le detuvo en aquel sitio, y se preparó á sostener una lucha desigual, puesto que no llevaba él mas armas que su valor y su fuerza hercúlea.

El enmascarado, al acercarse, le apuntó y le mandó que le siguiera.

—¿Intentas quitarme la vida?—le dijo Enrique con imperturbable calma.—Pues quitámela aquí, porque yo no te sigo.

—No soy un asesino.

Contestó el enmascarado.

—¿No? ¿Pues y este hombre?

Advirtió Enrique señalando al cadáver.

—Era mi enemigo; nos batimos lealmente, y fué menos afortunado que yo.

—¿Ha muerto en desafío?

—Si aun dudas, puedes reconocerle, y hallarás que la herida es de espada, y que la recibió en el pecho.

—¿Y tantos hombres como he visto entrar aquí, han venido á presenciar un duelo?

—Al contrario: nadie sabe su muerte: ha sido un duelo sin testigos. Pero sígueme.

—Jamás.

—¿Tienes miedo?

—El haberte esperado sin huir, te prueba que no conozco el temor. Guíame á donde quieras.

—¡Detente, miserable!

Exclamó una voz detras del enmascarado que se encontró sujetado y desarmado al instante por una mano férrea.

—¡Miguel!

Dijo Enrique, fijando la vista en el que se habia apoderado del arma del enmascarado.

—¡Traicion!

Gritó éste á su vez.

—¡Calla, miserable!

Le interrumpió Miguel, apuntándole con la pistola; y viendo que temblaba, continuó:

—Condúcenos, si en algo aprecias tu vida, fuera de este recinto maldito: pero ten por seguro de que al menor movimiento que hagas para huir, te levanto la tapa de los sesos.

—Seguidme sin ningún temor.

Contestó el enmascarado echando á andar por delante de los dos amigos; y sin hallar ningún tropiezo, llegaron al espacioso zaguan que daba á la calle.

—¡Qué descuido!—añadió el mismo personaje al ir á abrir la puerta—estaba sin echar el cerrojo.

—Está como la encontramos.

Contestó Enrique.

—Por correr al desafío, me olvidé de mi deber. Pero salid, señores.

—Antes—replicó Enrique—dinos que casa es esta, y despójate de tu careta para que te conozcamos.

—Como ninguna de ambas cosas puede

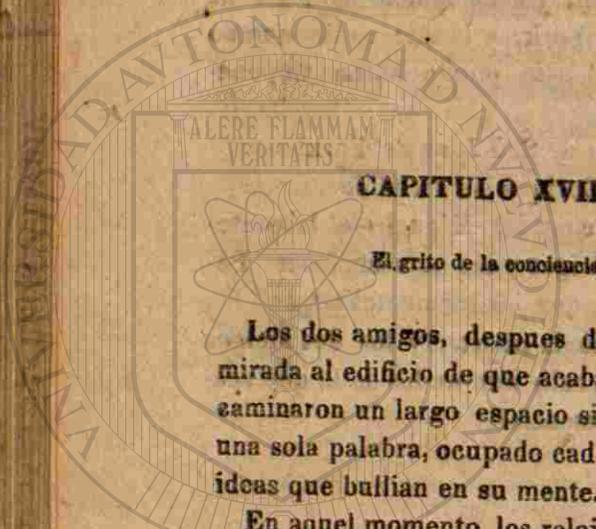
maneillar mi honra—contestó el enmascarado quitándose el antifaz—vedme; soy el capitán Rossi, y este edificio la lógia de San Juan de York, á la que nadie que no pertenezca á ella puede entrar impunemente.

—¡La lógia de San Juan de York!

Exclamó Enrique sorprendido.

—Sí;—le contestó Miguel—el laboratorio de las intrigas y las persecuciones. Pero salgamos, que los momentos urgen.

Rossi abrió la puerta, y los dos amigos salieron á la calle admirados de lo que acababan de presenciar.



CAPITULO XVIII.

El grito de la conciencia.

Los dos amigos, despues de echar una mirada al edificio de que acababan de salir, caminaron un largo espacio sin pronunciar una sola palabra, ocupado cada cual en las ideas que bullian en su mente.

En aquel momento los relojes dieron la hora.

El sereno, que aun permanecia en la misma posicion que le dejamos, alzó la cabeza maquinalmente; abrió la boca soñoliento, cantó, entre bostezos la *una*, volvió á meter la cabeza entre la manta y siguió roncando.

—Alarguemos el paso, que es tarde.

Dijo Miguel.

En aquel instante empezaron á salir de la lógia todos los individuos de ella, tomando cada cual el rumbo de su casa.

El último de ellos fué Rossi, á quien se habian quedado esperando otros dos, que salieron delante de él.

—¿Podrémos alcanzarlos aún?

Preguntó uno de ellos.

—Sí—contestó Rossi—allí van; sigámosles.

Y los tres, colocándose en la acera de la sombra, echaron á andar en pos de Enrique y de Miguel.

—Van hablando en alta voz.

Advirtió el que hasta entonces habia guardado en silencio.

—Véamos si podemos recoger sus palabras.

Dijo Rossi.

Y sin despegar los labios, se pusieron á escuchar la conversacion de los dos amigos que iban animados en el siguiente diálogo, bien ajenos de pensar que eran espiaados tan de cerca por tres hombres.

—Pero ¿cómo has podido descubrir tal cosa?

Preguntó Enrique apoyándose en el brazo de Miguel.

—Después de haber atravesado largas y oscuras galerías, me detuve á descansar al lado de una puerta que estaba cerrada y que comunicaba con otro salón. Ya me disponía á continuar mi camino, cuando escuché el ruido de voces de algunas personas que hablaban dentro: aplico el oído, y oigo á Fernando que pedía se suspendiera la votación de un punto que ventilaban, porque faltaba un socio.

—¿Y de qué se trataba?

—Se trataba de un plan inicuo, presentado por Rossi.

—¿Y ese socio que faltaba, sería tal vez el que hemos visto muerto?

—Creo que sí.

—Continúa.

—Todos convinieron con el parecer de Fernando, excepto Rossi y algunos extranjeros que solo sirven para extraviar la opinión.

—¿Y qué plan era ese?

—El de sorprender á un ciudadano honrado, y obligarle á firmar un papel donde apareciera como jefe de conspiración contra el gobierno, para que así salga desterrado.

—Y ¿qué motivo tiene Rossi?...

—Ninguno mas que el de satisfacer una venganza personal, que él ha tenido buen cuidado de disfrazar con el ropaje del patriotismo y del amor á la libertad.

—¿Y dices que Fernando?

—Fernando se opuso con la franqueza y energía de un corazón leal y patriota, haciendo ver que, la causa de la libertad es la causa de la justicia, y que sorprender al pacífico ciudadano, haciéndole aparecer como conspirador, atacando así la opinión privada de un individuo, era un acto el mas injusto, que rechazaba él en nombre de todo el partido yorquino, liberal por esencia, y justo por convencimiento.

—No esperé menos de sus rectos principios. ¿Y cuál fué el resultado?

—Que sus razones y las de otros muchos

buenos mexicanos que se adhirieron á su dictámen, triunfaron, quedando vencido Rossi.

—No podia suceder otra cosa: nosotros podrémos cometer errores políticos inherentes á nuestra inexperiencia, pero no somos capaces de ninguna accion bastarda que rechace el honor.

—Pero Rossi, aunque derrotado en la votacion, no ha desistido de su plan.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque mientras los socios estaban ocupados en votar, se acercó á la puerta en que yo estaba, y oí que convino con dos paisanos suyos, en llevar por sí solo adelante su venganza.

—¿Qué infamia!

—Fernando, no contento con el triunfo alcanzado en la discusion, apostrofó contra los extranjeros que habian manchado la victoria, pocos dias antes, con un acto reprehensible: Señores, dijo, nuestro partido, que es el partido de la libertad, de la justicia y de la tolerancia, tiene en su seno individuos de extraños países que, correspondiendo

mal á la generosidad con que los hemos recibido, desconceptúan nuestra causa. Son pocos, y puedo señalarlos por sus nombres; pero aunque cortos en número, ejercen demasiado influjo, y tienen estremada osadia para llevar tras sí las masas populares, fáciles siempre de exaltarse cuando se les hace creer que pelagra la libertad. Fresco está aún el triste acontecimiento del Parian, que todos los que blasonamos de liberales y hemos nacido bajo el hermoso cielo de México, hemos condenado, y que no pudimos impedir, á pesar de los esfuerzos que hicieron los principales jefes para contener á las masas armadas: los hombres á quienes me he referido antes, extraviaron la opinion de los que les seguian, y el mal se consumó.

—¿Y nada contestó Rossi á esa alucion tan directa?

—Sí; dijo que él habia sido el primero en oponerse á los desmanes; pero aunque lamentaba, como todos, aquel acontecimiento, no veia en él ningun acto que perjudicara á la causa que sostenian: Todos, añadió, hemos clamado contra el influjo que

ejercía el oro de los comerciantes españoles en el país, contra el sistema liberal."

—¿Qué hombre tan osado! Continúa.

—Fernando replicó: "Sí, pero ni yo, ni ninguno de los de mi partido, pretendimos jamás despojarlos de lo que de ellos era. Queríamos su expulsión, no por odio, pues no odiamos á los españoles, sino para quitar un obstáculo que se oponía á la marcha del país por la senda del progreso. Era una medida política, no un amago á la propiedad. Nuestro partido ama á la justicia, porque es liberal, y odia el despotismo, porque implica injusticia."

—Tiene razón, porque no puede haber libertad sin justicia, ni justicia sin libertad: son una misma cosa con dos nombres.

—Los miembros de la lógia aplaudieron el pensamiento de Fernando, que prosiguió diciendo: "Despojar de sus bienes á los mismos que se trata de expulsar, es un acto con el que no trasigirémos jamás. Aplicar dos castigos por una culpa, es lo menos compatible con la humanidad: y los liberales todos, levantaremos la voz porque no se

expulse á los españoles hasta que no se les indemnice las cantidades que han perdido." Mil bravos resonaron en el salón, y todos se adherieron al pensamiento de Fernando, excepto Rossi que se mordía los labios y permaneció callado meditando inicuos planes.

—¿Y crees tú—dijo Enrique—que consigan su noble objeto?

—No; yo creo que es inútil cuanto se haga en favor de los españoles: la expulsión para que salgan del país está dada; el pueblo está exaltado contra ellos, creyéndoles enemigos de la independencia; y si el gobierno tratase ahora de favorecerles, sería mirado con odio y desconfianza, le acusarían de traidor, y tal vez sería víctima de su generosidad.

—Estamos de acuerdo en este punto. Pero volviendo al individuo, cuyo destierro medita Rossi, ¿qué piensas hacer?

—Salvarle.

—¿Le conoces?

—Sé donde vive, y le avisaré de todo, para que no se deje sorprender.

—¿Y sabes los medios de que piensa va-

lense Rossi para llevar á cabo su infernal proyecto?

—Sorprendiéndole á la salida del primer baile de *posadas*, á donde asistirá mañana en la noche, porque está convidado por persona á quien no puede desairar.

—¿Sabes en que casa hay esas *posadas* (1).

—En la del diputado B....

—Precisamente está convidado á ellas Fernando.

—¿Será posible?

—Lo sé porque me lo ha contado Luisa, invitándome á ellas.

—Me alegro, porque si no consigo encontrarle en su casa, podrás tú poner en su conocimiento el peligro que le amenaza.

—¿Sabes su nombre?

—Sí; Antonio Miron.

—No le conozco.

—Es un excelente médico, jóven y rico.

—Pero podemos hacer otra cosa, si por desgracia no le encontrases en su casa.

(1) Nombre que se da en Mexico á los balles que tienen lugar desde el día 16 de Diciembre hasta el 24 del mismo, y de los cuales me ocuparé en su lugar correspondiente.

—¿Qué?

—Asistir conmigo á las *posadas*, y descubrirle allí lo que intentan.

—Admitido.

—Ahora acaba de contar lo que oíste en la lógia, porque me interesa en extremo.

—Nada mas tengo que añadir á lo dicho. Tal vez hubiera descubierto algunos secretos mas, pero al grito que tú sin duda lanzaste, los socios guardaron silencio sepulcral, hasta que, viendo que no se repetía ni se escuchaba nuevo rumor, mandaron á uno de ellos que, cubierto con una careta, saliera á ver qué novedad ocurría. Yo me coloqué entonces bien; de manera que, cuando el enmascarado abrió la puerta, yo quedé tras de ella, sin que él me pudiera ver, y despues le seguí, hasta que logré desarmarle de la manera que viste.

—A tí te debo la vida. ¿Y á qué hora piensas avisar á ese jóven, del peligro que le amenaza?

—Mañana muy temprano.

—Veré si puedo ir por tí para acompañarte.

—Como gustes. Pero de todas maneras, para mayor seguridad, concurriré al baile, no sea que le tiendan un nuevo lazo.

—Corriente.

En esta conversacion llegaron á la puerta de la casa de Miguel, y se detuvieron.

Los hombres que les seguian hicieron lo mismo, quedándose en la acera contraria.

Miguel llamó dando tres golpes con el baston, y mientras esperaba á que le abriesen, siguió en conversacion con su amigo.

Entre tanto, Rossi sacó una cartera, y mirando el número de la casa, apuntó: "calle de. . . número 4."

—¿Quién es?

Preguntaron en aquel instante, entreabriendo la puerta, pero sin quitar la cadena que tienen todas las casas principales en México.

—Yo.

Contestó Miguel dejandose ver de quien hacia la pregunta.

El portero quitó la cadena, y abrió la pesada puerta.

—Buenas noches, Enrique.

Dijo Miguel alargando la mano á su amigo.

—Buenas noches.

Contestó Enrique.

Despues continuó su camino, seguido siempre de aquellos tres hombres que marchaban en silencio y cubiertos por las sombras.

De repente se detuvo, y llamó á un ancho y espacioso zaguan que se abrió con las mismas precauciones que el de su amigo Miguel.

Rossi volvió á sacar su cartera, y anotó: "calle de. . . número 12."

—Vámonos ya cada cual á nuestra casa.

Dijo uno de los otros dos.

—Sí, que es la una y media.

Añadió el tercero.

Y los tres tomaron por distintas calles.

Rossi, semejante á esos génius maléficos que vagan solitarios por las sombras saboreándose con la memoria de sus infernales hechos, caminaba solo y de espacio, revolviendo en su imaginacion mil ideas en que alternaban los hechos consumados con los que aún bullian en proyecto.

De repente pareció absorber todas sus potencias un recuerdo.

Sus ojos brillaron con una alegría feroz. Su fisonomía se sonrió con el pensamiento de la víctima que dejaba muerta en uno de los cuartos de la lógia.

Sus labios se entreabrieron, y murmuraron algunas palabras que fueron á morir con el ruido de sus pisadas.

—Era un obstáculo para mis planes, y me deshice de él.

Añadió luego en voz mas clara.

Y como si la meditacion de aquel hecho que le ocupaba, excitase de nuevo su sed de sangre, retorció entre los dedos de la mano izquierda su largo bigote, mientras con la derecha tocaba con satisfacción la empuñadura de su espada.

Estas ideas de exterminio tenían para él tanto atractivo, como para el jóven enamorado el recuerdo de las palabras de amor que escuchara de los nacarados labios de su amada.

Embebido marchaba en las reflexiones que de exponer acabamos, cuando al llegar

cerca de la esquina de la calle de San Juan, llegó á sus oídos un quejido lastimero como el de un moribundo.

Rossi se estremeció, sobrecogido de un terror pánico: aquel lamento, lanzado en medio de las sombras y del silencio, le pareció el mismo que exhaló su víctima al espirar, y le hizo perder su proverbial serenidad.

Nada hay mas cobarde que la imaginacion cuando se ve sorprendida de una idea terrorosa. Nada es capaz en aquel instante de serenar el espíritu alarmado: los ojos pierden la facultad de ver los objetos como son en sí, y todo lo revisten de gigantescas y aterradoras formas: el corazón se oprime helado dentro del pecho que respira con dificultad: la sangre se coagula en las venas con el frío del espanto: la razón se ofusca, y el despierto oído percibe el mas ligero ruido, como si fuesen los pasos de un sér sobrenatural, cuyo aliento cree sentir al lado suyo, y que se acerca sobre las puntas de los piés para herirle.

Tal era la situacion de Rossi en aquel

momento: el suspiro que cerca de sí habían exhalado, le crispó los nervios, atirantó su piel y le erizó el cabello: quiso secar el frío sudor de su frente, y sus ojos se fijaron, espantados, en una mancha de sangre que tenía sus dedos. Entonces le representó su imaginación la víctima sacrificada á su saña; y un nuevo quejido, más prolongado y triste lanzado en el mismo instante, acabó de desconcertarle.

El hombre que hasta entonces había desafiado los peligros, manifestando su valor á toda prueba, ahora tiembla como un niño.

¿Es el miedo á la muerte?

No; porque mil veces hizo ver que no la temía.

¿El remordimiento acaso?

Rossi se burlaba de los que hablaban de conciencia, llamándola *preocupacion ridicula* infundida en la niñez.

Pero es lo cierto que ese remordimiento suele llamar un día en el corazón del hombre.

Pero es lo cierto que Rossi había caminado hasta aquel instante, complaciéndose con el recuerdo de sus crímenes, y que de

repente tembló al escuchar un quejido, como tiembla una criatura al oír el nombre de un fantasma con que tratan de asustarla.

Pero es lo cierto que todos los hombres, aun los que mas blasonan de incrédulos y despreocupados, tienen un momento en que se ven sobrecogidos de un terror invencible en ciertas épocas y en ciertas situaciones; y que la causa mas insignificante, el lamento de una persona, el ruido producido por el vuelo de una ave nocturna, la sombra que dibuja su mismo cuerpo, le sobresaltan, le hacen palidecer y le estremecen.

Es un resto de la educación recibido en la niñez, dirá alguno.

¿Y por qué, los que abrazan la carrera del mal, olvidan todas las demas cualidades de la educación, y no pueden olvidarse, á pesar de los esfuerzos que hacen para conseguirlo, de esa que, para ellos, es la mas incómoda y la mas molesta?

¿Por qué aun los hijos de los criminales que nunca han oído hablar de conciencia, y que entran desde sus primeros años á ejercer los delitos, sienten dentro de su cora-

zon ese grito que les estremece, que les sorprende en medio de sus empresas, y que acibara aun aquellos momentos en que mas esperaron gozar?

Esto es que la conciencia es innata en el hombre.

El consejero mas leal.

El amigo inflexible, justo, imparcial y severo que Dios colocó en su alma para que le acompañase á todas partes.

Algo de esto debió pasar por Rossi.

El cambio que se habia operado en él, no podia reconocer otra causa. Espantado, y sin poder apartar sus ojos de la mancha de sangre impresa en su mano, en vez de avanzar fué retrocediendo poco á poco como ante una vision fatídica. Debilitado por aquella lucha interior tan violenta como terrible, iba á apoyarse en la puerta de una humilde accesoría, cuando vino á herir sus oídos un tercer quejido que salia de la pieza,

Rossi se estremeció como un perlático; pero notando que por la cerradura de la puerta brillaba el resplandor de una luz, fué tranquilizándose: su pecho empezó á en-

sancharse paulatinamente; dejó de latir su corazón con violencia, empezó á despejarse su corazón, y su mente vió desaparecer las fantasmas que le habia presentado su descarriada fantasía.

—Sin duda fué el lamento de un enfermo:—murmuró entre dientes Rossi:—de algun desgraciado que se despide de este mundo.

Entonces recobró el ánimo, se avergonzó de su pueril temor, y aplicó el ojo á la cerradura para ver lo que dentro pasaba.

—¡Qué veo!.... mi rival....

Exclamó asombrado, no bien examinó la estancia.

Y efectivamente, lo primero que se presentó á su vista fué el médico D. Antonio que acababa de hacer una terrible operacion á un jóven enfermo tendido en un miserable lecho, y cuidado por una mujer como de cuarenta años, que parecia su madre.

Al ver al amante de Pilar dispuesto á salir, pues acababa de coger el sombrero, cruzó por la mente de Rossi un pensamiento infernal. Se acordó del duelo á que le ha-

bia provocado, de la humillacion que le habia hecho sufrir, de los insultos que le habia prodigado, y de lo facil que le seria deshacerse de él en aquella hora en que nadie transitaba por la calle.

Esta idea halagó su corazon, y asomó á sus labios una sonrisa infernal.

Ahora era el hombre mismo del Parian. El hombre que se burlaba de los remordimientos.

El que no creía en la conciencia.

—Su mala suerte le coloca entre mis manos:—dijo al fin para sí;—esperémosle, y quitemos este obstáculo que se presenta en mi camino. Aquí sale.

Y Rossi se colocó arrimado á la pared contigua á la accesoria: sacó un puñal, y esperó con el brazo levantado á que abrieran la puerta; pronto se oyó el ruido de ésta, y al asomar el dintel D. Antonio y cerrarse la pieza de donde habia salido, se vió descargar un golpe, y resonar en el viento un grito.

CAPITULO XIX.

Cuidados y lágrimas.

En cuanto Miguel se despidió de Enrique y entró en su casa, se encerró en su gabinete, preocupado con los acontecimientos de aquella noche.

Interesado su noble corazon en salvar á la persona amenazada por la lógia, del peligro en que se encontraba, hubiera querido que las horas hubiesen pasado con la rapidez de su deseo.

Impulsado por aquel recomendable afán, ni aun queria sentarse, como si los instantes regulasen su curso por la accion de su cuerpo.

Al verle pasear á lo largo de la estancia

bia provocado, de la humillacion que le habia hecho sufrir, de los insultos que le habia prodigado, y de lo facil que le seria deshacerse de él en aquella hora en que nadie transitaba por la calle.

Esta idea halagó su corazon, y asomó á sus labios una sonrisa infernal.

Ahora era el hombre mismo del Parian. El hombre que se burlaba de los remordimientos.

El que no creía en la conciencia.

—Su mala suerte le coloca entre mis manos:—dijo al fin para sí;—esperémosle, y quitemos este obstáculo que se presenta en mi camino. Aquí sale.

Y Rossi se colocó arrimado á la pared contigua á la accesoria: sacó un puñal, y esperó con el brazo levantado á que abrieran la puerta; pronto se oyó el ruido de ésta, y al asomar el dintel D. Antonio y cerrarse la pieza de donde habia salido, se vió descargar un golpe, y resonar en el viento un grito.

CAPITULO XIX.

Cuidados y lágrimas.

En cuanto Miguel se despidió de Enrique y entró en su casa, se encerró en su gabinete, preocupado con los acontecimientos de aquella noche.

Interesado su noble corazon en salvar á la persona amenazada por la lógia, del peligro en que se encontraba, hubiera querido que las horas hubiesen pasado con la rapidez de su deseo.

Impulsado por aquel recomendable afán, ni aun queria sentarse, como si los instantes regulasen su curso por la accion de su cuerpo.

Al verle pasear á lo largo de la estancia

con una igualdad invariable en sus actitudes, cualquiera hubiese dicho que sus movimientos estaban subordinados á un mágico resorte.

A cada vuelta que daba, se detenía en medio de la estancia lo indispensable únicamente para fijar los ojos en el cuadrante del reloj, cuyo inflexible horario creía que no avanzaba de un punto.

Parecíale que el tiempo, que tan rápido vuela en las cortas venturas que goza el hombre en la mezquina tierra, había plegado ahora sus alas para caminar con pesadas muletas.

Si el lector se ha encontrado alguna vez en situación análoga á la de Miguel, si ha esperado alguna vez la noticia de un fausto acontecimiento, la carta de una esposa, de un hijo, de un amigo, de una amante ausente, conocerá ese violento malestar, esa agitación, esa inquietud que no se puede vencer por mas que llamemos á la razón en auxilio nuestro.

Resuelto á esperar de pié la luz del día, ni aun del sombrero quiso despojarse, por

no perder ni el leve instante que emplearía en tomarlo del sitio en que lo colocase.

María, que le había sentido llegar á hora tan avanzada, y que como él velaba entregada á sus melancólicas ideas en el cuarto contiguo, escuchaba atenta los pasos de Miguel.

Sus pisadas, que sobre la suave alfombra adquirían ese ruido misterioso y lúgubre, cuyo eco sordo espira envuelto en la agitada respiración del que escucha, iban á caer en el triste corazón de la interesante jóven, como otros tantos emisarios de su amor sin esperanza y de su ilusión perdida.

Para su alma como el delicado perfume de las flores al primer albor de la mañana, y tierna como el beso de una madre en la frente virginal del niño que sonríe en la cuna, posponía las terribles penas que emanaban de su amor sin esperanza, á las que juzgaba debían atormentar en aquel instante al sér cuya felicidad hubiera comprado aún á costa de la suya propia.

El amor de María era ese amor puro, íntimo, desinteresado, verdadero, que cifra

todas sus delicias en la ventura del objeto amado.

No era esa pasión mezquina y egoísta que exige una retribución, un premio de igual naturaleza de la persona á quien tal vez no le es dado sentir por nosotros las mismas afecciones.

No diga, pues, que ama, quien no viendo correspondido su cariño, odia al sér cuya alma está cerrada á los ecos de la suya.

Amar y aborrecer al objeto que protexamos amar, son dos cosas incompatibles.

Es profanar ese mirífico sentimiento emanación del cielo, todo dulzura, todo caridad, todo *amor*, en fin, en cuyas aras sacrifica, quien está dotado de virtud tan sublime, todos sus intereses y sus mas íntimas afecciones.

Buscar el bien de una persona con quien nos identificamos y que hace latir con una opresión indefinible nuestro corazón, acatar sus mas ligeros deseos, sufrir con sus penas, gozar con sus virtudes, llorar con sus desgracias, reír con su alegría, y seguir interesándonos en su suerte, aun despues de

escuchar de sus labios que no puede premiar de igual manera nuestro cariño, hé aquí lo que es amor.

María amaba de esta manera. Sentia como nadie no ser el objeto que imperaba despótico en el alma de su gallardo primo. Sentia haber visto desaparecer todas sus ilusiones como un sueño de seductoras formas; y sin embargo, al escuchar sus pasos, al ver que paseaba inquieto por la estancia, al sentir su respiración que dudaba apenas traspasar el recinto en que nacía, al creer, en una palabra, que padecía, y que padecía de amor, en vez del feroz sentimiento de los celos, sintió por él esa dulce compasión que la hacia olvidar sus propias penas.

—¡Pobre Miguel!...—pensó María:—¡El es tan desgraciado como yo!... Pero él al fin verá premiados sus desvelos, porque es preciso que la mujer á quien ama corresponda á su amor y se llene de orgullo en verse amada de él.... pero yo.... ¡yo no tengo esperanza!.... porque yo no puedo amar mas que á mi primo, cuando su corazón pertenece á otra mujer.... Pero ¿qué

me importan mis padecimientos?... Yo me consideraria feliz si no le viese padecer. ¿Por qué esa jóven le hace sufrir, cuando él es digno del cariño de un ángel? ¿Por qué generosa no corresponde á ese amor, labrando la ventura del sér mas bueno de la tierra?

Y atribuyendo la inquietud de Miguel á una causa tan distinta de la que en realidad la motivaba, acusaba de inhumana y cruel á la mujer que habia logrado interesar tan profundamente el corazon de su primo, sin dignarse endulzar sus penas.

¡Triste condicion humana!.... Hé ahí dos séres que darian el uno por el otro la vida, y que sin embargo, se hacen desgraciados.... Mas valiera que se aborreciesen, porque el aborrecimiento no afecta ni destruye como el amor oculto.... ese amor que guardamos en el pecho que, comunicado, se desahoga en lágrimas, pero que encerrado se alimenta destruyendo nuestra existencia, como destruye el gusano la carne de la manzana que le alimenta, y dentro de la cual está preso.

María, cuyo dolor se aumentaba á medida que Miguel se paseaba inquieto, se puso una bata blanca de muselina que á la cabecera de su cama estaba sobre una silla, saltó de su lecho, y acercándose á una mesa en que habia una veladora, abrió un cajoncito, sacó de él un cuaderno de papel rayado en que llevaba un apunte exacto de su vida, y se puso á escribir en él las afeciones de que en aquel instante se encontraba poseida.

De repente quedó todo en el mayor silencio.

Los pasos de Miguel ya no se oían, y solo interrumpia el silencio, el ruido causado por la presion de la pluma que corria velozmente sobre el papel en que escribia María, ó por la péndola del reloj que oscilaba pausadamente de derecha á izquierda, como un buque en calma mecido por un leve viento de popa.

De pronto un golpe fuerte que precedió á un ruido extraño, prolongado y desapacible, semejante al de una pesada carraca, hizo suspender la pluma en la mano de la jóven.

Aquel ruido era causado por la máquina del reloj que iba á marcar la hora.

—¡Las dos!—exclamó María dejando de escribir y guardando el cuaderno en el mismo cajoncito de donde poco antes lo habia sacado.—¡Esta es la hora en que murió mi madre y en que quedé sola en el mundo!... ¡Pobre madre mia!....

Y María se puso de rodillas, oró un momento en el mayor recogimiento, y se llenaron sus ojos de brillantes lágrimas que temblaban en sus sedosas pestañas, como las transparentes gotas del benéfico rocío sobre las matizadas hojas de la perfumada flor.

—¡Madre mia!....—exclamó, cuando los suspiros permitieron el paso á las ahogadas palabras—¡cuán cierto es que no existe la felicidad en la tierra!.... Bien me decias, cuando al pié de tu lecho mortuario lloraba por tu próxima muerte, que llorase por mí que me quedaba en el mundo, cárcel de miserias donde gimen los desdichados. Sí, esta mansion en que se agita el alma buscando un bien que jamas alcanza, no

es mas que un inmenso desierto, en que devorado el corazon por la sed de las pasiones, no encuentra una Samaritana que acerque una gota de agua á sus ardientes y abrasados labios.

¡Y cuánta razon tenia nuestra jóven al expresarse de esta manera.

¡Quién al llegar á las puertas de la juventud, y entrar en el festin alegre con que le brinda el mundo engañoso, no finge un paraíso de imperecederos gozes, no sueña con un eden de eterna ventura? Llena el alma de pureza y sencillez, con un corazon ardiente, franco, entusiasta y confiado, corre el hombre tras el amor y la amistad; por todas partes se le presentan amigos y personas que juran amarle; llega el momento de la prueba y.... ¡dura leccion! ¡terrible desencanto!.... la amistad y el amor eran mentidos.... No halla un amigo.... no halla un sér que le ame.... En la dorada copa del festin que acercó á sus labios creyendo gustar la ambrosía de los dioses, bebe las amargas heces del dolor; donde vió un pensil de dicha y de ventura, encuentra una

sentina de corrupcion, de iniquidad, de crímenes, de ingratitud y de escándalos.

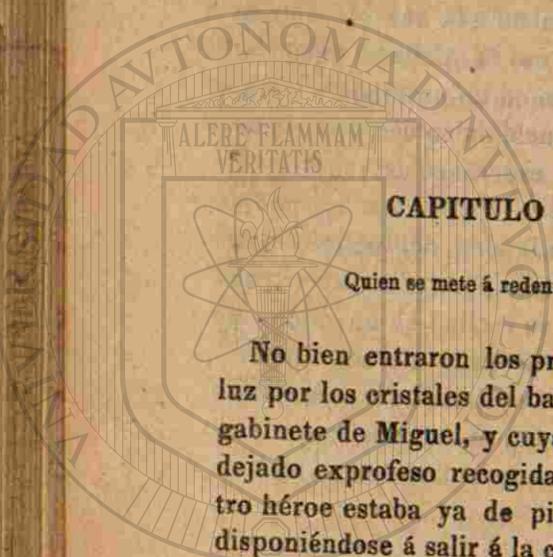
Entonces, aleccionado en la escuela del desengaño, conoce que la vida no es mas que el continuado quejido de la criatura; que el mundo no es otra cosa que una inmensa enfermería; la humanidad entera un enfermo, y el hombre que muere, el que recobra su salud para vivir en otro mundo verdaderamente justo, risueño y de eterna felicidad.

Maria permaneció otro momento recojida en su oracion. Luego, mas tranquila, besó una medalla que llevaba al cuello, donde se veía grabada la imagen de la Virgen de Guadalupe; aplicó el oído para ver si sonaban pasos en el gabinete de Miguel; pero viendo que todo permanecía en calma, se dirigió lentamente á su lecho, donde se reclinó para descansar las pocas horas que faltaban de oscuridad.

Poco á poco el sueño se fué apoderando de todos sus miembros; y la hermosa joven cerró sus párpados humedecidos aún por algunas lágrimas.

Después de dos noches de constante y fatigosa vigilia, aquel era el primer momento en que descansaban á la vez el espíritu y la materia. Por eso la infeliz se quedó al instante sumergida en un profundo y agradable sueño, consuelo único del que padece en la tierra sin esperanza de ventura.

Miguel, cuya viva imaginacion no podia tranquilizarse con la idea del peligro que corria el hombre que pretendia salvar, en vez de acostarse, se reclinó en un sillón, y así esperó vestido la venida del sol, despertando á cada instante y fijando sus ojos siempre que esto sucedia, en el cuadrante del reloj que iba señalando lentamente las horas.



CAPITULO XX.

Quien se mete á redentor.....

No bien entraron los primeros rayos de luz por los cristales del balcon que daba al gabinete de Miguel, y cuyas cortinas habia dejado exprofeso recogidas, cuando nuestro héroe estaba ya de pié, peinándose y disponiéndose á salir á la calle.

En cuanto desempeñó esta ocupacion, que en él siempre era corta, pues si bien no desconocia que el aseo es una cosa indispensable en toda persona bien nacida, tenia por indigna de hombres sensatos los ridículos afeites en que algunos emplean las horas mas preciosas, se dispuso á salir.

Solo aguardaba, para verificarlo, á su

amigo Enrique, el cual, como recordará el lector, habia quedado en ir por él para acompañarle.

Miró el reloj, y vió que eran las seis.

—Esperaré otro cuarto de hora.

Dijo, y tomó un libro, que contenia las poesías de Quintana, para hacer menos pesada la espera.

En aquel momento, un hombre, vestido con el traje del bajo pueblo y embozado en su manta, se detuvo enfrente de la casa de Miguel: se quitó el sombrero *jarano*: sacó de él su pañuelo y despues un papelito: miró éste, y luego el número de la casa que, á juzgar por la satisfaccion que brilló en su cetrino rostro, debia convenir exactamente con el que buscaba.

Hecho esto, volvió á colocar el papel en el fondo del sombrero; puso el pañuelo encima, se cubrió hasta las cejas, empujó la puerta para ver si estaba cerrada, y convenido, al ver que no eedia, de que ninguno habia salido de ella, empezó á pasearse en la cera contraria, pero sin apartar la vista del zaguan.

Miguel, que vió pasar mas tiempo del que se habia propuesto esperar, salió sin hacer ruido, para no despertar á nadie, bajó precipitadamente la escalera, y salió á la calle.

No bien habia andado algunas varas, cuando el hombre que hemos visto paseándose enfrente de la puerta, le alcanzó, y le detuvo diciendo:

—¿Es vd. D. Miguel de....

—Sí, yo soy; ¿qué me quiere vd?

—Entregarle esta carta que me han dado para vd.

—¿Quién?

—En el papel lo verá vd.

—Venga.

Y el hombre de la manta, le entregó una carta que Miguel se puso á leer al instante, y que estaba concebida en estos términos:

“Si es vd., como lo creo, hombre de honor y de valor, preséntese vd. en el momento en que reciba esta esquela, bajado el puente que conduce al Recreo, donde espero á vd. para ventilar un asunto de honra.”

Al acabar de leer estos renglones, Miguel se preparaba á preguntar quién era el que habia escrito aquel papel que no estaba firmado; pero el único que podia satisfacer su pregunta, habia desaparecido desde el instante que desempeñó su comision.

Miguel volvió á fijar sus ojos en aquel papel para ver si conocia la letra; pero cuanto mas la examinaba, tanto mas se convenia de no haberla visto jamas.

Persuadido, pues, de que por este lado nada podria descubrir, se puso á recorrer en su mente la historia de su vida, para ver si en ella encontraba algo que pudiera provocar un duelo que reconociera por origen el honor de un hombre ofendido.

De repente dos ideas vinieron una tras otra á fijar su atencion: la carta escrita con lápiz, arrojada á Luisa la noche de que tiene ya conocimiento el lector y el encuentro con Fernando en el bosque de Chapultepec. ¿Habrá caído la primera en poder de Fernando?... ¡imposible! porque Fernando no hubiera dejado de poner su nombre al pié de lo que escribia; ni hombres de la

delicadeza de él, confían secretos de honra á la pluma de un tercero.

—¿Y si en efecto es Fernando?...—Se contestó á sí mismo.—¿Si fingiendo la letra y callando su nombre, trata de pedirme una satisfaccion? Los zelos vuelven ciego el entendimiento mas claro, y todo se puede esperar de un genio tan violento como el del hombre que me robó mi felicidad. De todas maneras, yo no puedo desentenderme de acudir á la cita: mi honor me impone la obligacion de cumplir como caballero. Marchemos, pues, y descifremos este logogrifo.

Tomada esta determinacion, y viendo que aun era demasiado temprano para hablar á la persona á quien queria avisar del peligro que corria, se encaminó hácia el sitio que en la carta le señalaban, dejando para despues el cumplir con la mision que le habia obligado á salir de casa.

Aunque Miguel no llevaba arma ninguna con que poder defenderse en caso de ser acometido, caminó resuelto y sin temor, al sitio de la cita, con esa confianza que pres.

ta un corazon hidalgo al hombre de ideas elevadas y caballerescas.

Pronto llegó á la calle de S. Ramon, torció á la derecha siguiendo la de Puesto Nuevo, atravesó la Plazuela de S. Pablo, dejó á un lado la plaza de toros del mismo nombre, y siguiendo el pintoresco paseo de la Viga, llegó por último al puente que conduce al Recreo.

—Voy á saber, por fin, quién es el autor de la carta.

Dijo mientras bajaba el puente que está á la izquierda, y por debajo del cual pasaban en aquel momento multitud de canoas conducidas por los sencillos indios que llevaban á México sus frutos.

Al terminar su descenso, se detuvo en el portal de una tienda que se levanta á orillas del estrecho canal, y se puso á mirar hácia todas partes.

No tardó mucho en descubrir allá á lo lejos, y arrimado á la esquina de una casucha de adobe, aislada y oculta entre los árboles y en la enramada, un hombre embozado hasta los ojos.

Miguel no dudó ya de que aquel hombre era el que le esperaba.

En esta convicción, dirigió sus pasos hacia él, saludóle cortesmente, aunque con seriedad; sacó la carta que pocos momentos antes le habían entregado, y le preguntó.

—¿Es vd. quien me ha escrito este papel?

—Sí, señor, yo soy quien lo ha escrito.

Contestó el embozado, correspondiendo al saludo, y con la misma sequedad.

—Pues ya ve vd. que tengo honor y valor.

—Lo cual celebro infinito.

—¿Qué es lo que desea vd. de mí?

—Que me dé vd. una satisfacción de un insulto.

—Ignoro con quién hablo, y no acostumbro dar satisfacciones á los que ocultan el rostro.

Entonces el embozado, dejando caer el embozo se descubrió, diciendo:

—¿Y ahora?

—¿El enmascarado de la lógia!

—Sí; el capitán Rossi.

Miguel no pudo menos que sorprenderse con aquel encuentro inesperado; pero vuel-

to al instante de su sorpresa, contestó con la calma del valiente.

—¿Y de qué exige vd. de mí esa satisfacción?

—¿Se acuerda vd. de anoche?

—Perfectamente.

—¿Recuerda vd. de que hubo un hombre á quien sorprendieron y desarmaron?

—Lo recuerdo.

—Pues bien, el hombre sorprendido y desarmado, quiere probar al que le sorprendió y desarmó, que no se deja sorprender y desarmar cuando se le ataca cuerpo á cuerpo y cara á cara, como lo hacen los que blasonan de bien nacidos.

—Ni los que blasonan de bien nacidos, rehusan manifestar jamas que, lo que hicieron sorprendiendo, lo repiten cuando se ven sorprendidos.

—Deseo la prueba.

—Y he venido para darla.

—Bien, sígame vd. y entremos en esta casa, donde podremos hablar sin temor de que nadie nos escuche.

—¿A esa casa?

—En ella tengo armas, y quiero que vd. elija las que mejores juzgue.

Miguel temió una traicion; la invitacion para entrar en aquella casucha de repugnante aspecto, le parecia un lazo tendido de intento para que cayera en él.

En tal virtud, quiso buscar un pretexto honroso para no penetrar en aquella casa que le infundia terribles sospechas y que estaba aislada en medio de aquel inmenso campo que circunda el pintoresco paisaje en que está situado el Recreo.

—Pero un desafio sin padrinos—advirtió Miguel para desvanecer toda sospecha de desconfianza—podría dar lugar á que el vencedor fuese acusado de asesino.

—Los padrinos podrian interesarse en evitar el duelo, y yo quiero que se verifique.

—Y yo lo anhele ardientemente.

Exclamó Miguel, sin poder contener su enojo, creyendo entrever en las últimas palabras de su contrario una duda ofensiva.

—Creo, pues, que entre caballeros son ociosos los testigos; y con respecto á ser acusado el que triunfe, basta advertir, para

deshacer ese escrúpulo, que ni el vivo irá á delatarse, ni el muerto podrá delatarlo.

—Pero....

Rossi leyó lo que pasaba en el corazon de Miguel: en sus palabras vió escrita la desconfianza; temió haber dado un paso en falso y perdido un tiempo precioso. Sin embargo, no desesperó del éxito de su empresa; y conociendo que con personas del temple de Miguel, el único resorte que habia que tocar era el pundonor, le dijo para vencer su irresolucion.

—¿Tendrá vd. miedo de entrar?

No se engañó Rossi en su cálculo. Miguel le miró con indignacion, y queriendo desvanecer aún la mas leve duda que pudiera tener con respecto á su valor, contestó.

—El miedo es propio solo de viles ó apocados.... Entremos.

Rossi se sonrió con maliciosa satisfaccion y aire de triunfo, como el ladron que mira segura su presa.

—Vec—exclamó—que trato con un hombre que me comprende.

Y abriendo la puerta de la casa, entró en ella seguido de Miguel.

Bueno será que el lector conozca el sitio en que tenía lugar esta escena, para que así no se sorprenda al ver tratar á dos hombres, á la luz del día y sin ser interrumpidos por ningun transeunte, de un asunto tan reservado como debe ser un duelo.

La casa del indio Pablo, se levantaba á distancia como de ochocientas varas de los últimos edificios de la bellísima ciudad de México; á la izquierda del pintoresco paseo de la Viga, en medio de una espaciosa campiña cubierta de cañaverales, de lozanos árboles y abundante enramada.

La fachada era humilde, como lo son todas las de los indios, y sus paredes las formaban anchos adobes, sacados de un sitio próximo á la misma casa, como lo daba á entender bien claramente, la cavidad de un gran pedazo escavado y desprovisto de yerba.

Su altura no pasaba de siete varas, y su parte exterior no había contraído parentes-

co jamas, ni con el color de la pintura, ni aun con lo blanco de la cal.

Sin embargo de esto, aquella casucha, rodeada de enramada, cobijada por las copas de los robustos árboles, cuyas sonantes ramas la defendían de los ardientes rayos del sol, escondida, por decirlo así, entre el verde follaje, reclinada en medio de la verde campiña como una hermosa dama sobre el mullido sofá de un alfombrado salon, presentaba un aspecto salvaje y risueño que cautivaba.

En la época en que tuvieron lugar los acontecimientos que vamos narrando, la casa del indio Pablo estaba sola, aislada, como lo atestiguan aún algunos fragmentos de su derruidas paredes que están retiradas de algunas otras casuchas que despues se han ido aquí y allí construyendo en aquella parte del Recreo.

Miguel, como llevamos dicho, penetró, precedido de Rossi, en aquel escondido edificio, sin dejar ver en su semblante la mas ligera señal de recelo, y mucho menos de temor.

El interior de la casa se componia de tres piezas, cosa que no es comun en la de los indios que, generalmente, no tienen mas que una que sirve de cocina, de comedor, de sala y de alcoba.

Tenga vd. la bondad de esperarme aquí un momento.

Dijo Rossi, deteniéndose en una pieza interior que no recibia mas luz que la que entraba por la puerta del campo, y presentándole una silla desvencijada, única tal vez que por una rara casualidad se encontraba en aquel sitio, pues las sillas están desterradas de entre los indios como artículo de lujo, no usando ellos de otras que las del sólido suelo, ni mas cama que la de un duro petate tendido sobre el idem.

—¿Y vd?

Preguntó Miguel, viendo que su interlocutor se disponia á salir.

—Voy á traer las armas que deberán resolver nuestra cuestion.

Y sin decir mas, salió cerrando de golpe la puerta, echó la llave á la cerradura, y

dejó á su contrario en medio de la mas completa oscuridad.

Miguel quedó sorprendido de una accion que no pudo menos de alarmarle. Sin embargo, queriendo como ocultarse á sí propio los temores que le asaltaban, permaneció algunos instantes quieto, sin levantarse de la silla que ocupaba.

—Esperémos con calma los acontecimientos.

Dijo para sí.

A poco oyó voces de algunas personas: se acercó á tientas á la puerta, y la encontró cerrada: aplicó el oido á la cerradura, y escuchó el siguiente diálogo.

—El me sorprendió ayer, y hoy le he sorprendido yo. Sorpresa por sorpresa. Juré vengarme, y lo he cumplido.

Dijo uno, á quien, por la voz y el acento, reconoció ser Rossi.

—¿Y Enrique—añadió otro—¿queda en libertad para obrar?

—No hay cuidado—respondió el primero.—A Enrique le estaba esperando uno de los nuestros con otra esquila, y estoy segu-

ro de que se encuentra tan á la sombra como Miguel.

—Eso es otra cosa.

—¿Pablo?

Dijo Rossi llamando á un indio que permanecía en el dintel de la puerta que daba al campo.

—¿Qué manda su merced, señor amo.

Contestó el indio acercándose á Rossi y con el sombrero de petate en la mano.

—Vigila bien del caballero que queda encerrado, hasta que yo vuelva y ordene otra cosa.

—No tenga cuidado su merced, señor amo; le serviré lo mismo que cuando fui su asistente.

—Así lo espero. Mas si ocurre alguna novedad, avisa al instante con tu hermano.

—Está muy bien, señor amo.

Entonces Rossi, dirigiéndose á los que le acompañaban, dijo:

—Señores, al Portal de Mercaderes, que allí nos espera quien nos dará razón de lo acaecido con Enrique.

—Vamos allá.

Respondieron todos.

Las voces callaron de repente: siguieron á ellas algunos pasos de personas que se alejaban, y poco despues todo quedó en el mayor silencio.

Miguel conoció entonces, aunque tarde, la imprudencia que habia cometido: consideró á su amigo Enrique, víctima, como él, de las acechanzas de aquel malvado, y tembló por la suerte del hombre á quien se habia propuesto salvar.

—¿Soy un insensato!....

Exclamó despues furioso como el tigre á quien acaban de encerrar en una jaula, y se dejó caer en la silla, maldiciendo su quijotesco pundonor.

Pasado aquel primer instante de violencia, llamó en su auxilio á la reflexion, y su fisonomía se reanimó con un rayo de esperanza.

¿Cuál era ésta? ¿En qué se fundaba?

Los acontecimientos nos lo dirán mas tarde, y si aquella esperanza se desvaneció ó no como la mayor parte de las que halagan al hombre sin alcanzarla jamas.

Bástenos por ahora saber que Miguel miró suceder á su desesperacion la confianza, y pasemos á ocuparnos de su amigo Enrique.

Serian las ocho de la mañana cuando salió de su casa para ir á la de su amigo Miguel.

Al verle salir, un hombre que habia permanecido mas de dos horas paseándose en la acera de enfrente, le siguió un gran trecho, hasta que, alcanzándole, le dijo:

- Es vd. D. Enrique de....
- Sí señor: ¿qué se le ofrece á vd?
- Entregarle á vd. esta carta únicamente.
- Venga ella, y espere vd.
- Es que no puedo esperar.
- Pues si no espera vd, no la recibo.

Viendo la firme resolucion de Enrique, el hombre contestó.

—Pues bien, esperaré.

Entonces Enrique abrió la carta, y vió que estaba concebida en los mismos términos en que ha visto el lector la de Miguel, sin otra alteracion que la de citarle á un punto opuesto al de su amigo.

Enrique sacó su cartera, y escribió estas palabras.

“Para mostrar mi honor y mi valor, lo mismo es hoy que mañana: en tal virtud, no acudo ahora á la cita, porque anteriores compromisos me lo impiden; pero mañana á las ocho, estaré donde la carta expresa.”

Hecho esto, arrancó la hoja, y entregándosela al hombre, se dirigió sin esperar á mas, en busca de su íntimo amigo.

—¿Está arriba Miguel?

Preguntó al portero.

—No señor; salió desde muy temprano.

—¿No dijo á dónde?

—No señor,

—¿Tardará en volver?

—Lo ignoro; pero si gusta vd. subir á esperarle....

—No, volveré mas tarde.

—Como vd. disponga.

—De todas maneras, dígame vd. que he venido á buscarle.

—Está muy bien.

—Adios.

Y Enrique, confiado en que Miguel no

habia salido con otro objeto que con el de avisar del peligro á la persona amenazada por la lógia, se dirigió tranquilo y sin pensar mas en este asunto, á casa del sastre que le estaba haciendo un traje para el baile que se daba en aquella misma noche.

Entretenida llevaba su imaginacion con la idea de lo mucho que iba á gozar en el baile, sin que sus ojos se fijasen en el hombre que poco antes le habia entregado la esquila, y que ahora le seguia á regular distancia.

Enrique entró en la satrería, y el que le espiaba, se detuvo en la calle como convencido de que no podria tardar mucho tiempo en salir.

Efectivamente, Enrique salió á poco, y se dirigió á su casa, seguido siempre de aquel hombre que no le abandonó hasta no haberle visto entrar en ella.

Entonces, satisfecho de que nada habia que temer, se encaminó al Portal de Mercaderes, donde le esperaban ya Rossi y los que con éste habian estado poco antes en el Recreo.

—¿Y Enrique?

Preguntó Rossi en voz baja al que acababa de llegar.

—En su casa.

—¿Cómo!

Interrumpió sorprendido Rossi.

—Lo referiré en pocas palabras.

Y entonces le contó cuanto el lector sabe ya.

—Ese contratiempo me sobresalta.

—¿Y qué es lo que se ha resuelto hacer con Miguel?

—A su tiempo lo veremos. —Contestó Rossi, y luego añadió—señores, hasta la noche.

—Hasta la noche.

Respondieron todos; y cada cual se dirigió adonde sus negocios le llamaban.

abrir sus tiernos pétalos al benéfico halago del rocío, vagaba una de esas sonrisas indescribibles, suave como la embalsamada brisa que mece leda las delicadas hojas del naciente lirio, y celestial como la del ángel que vela el tranquilo sueño de la infancia. Una graciosa guirnalda de flores blancas, con primoroso artificio trabajadas, se destacaba de su luciente y negra cabellera, peinada con una gracia inimitable, que daba mayor realce á la hechura privilegiada de su linda cabeza. En sus pequeñas manos, mas blancas y suaves que los escarmenados copos de algodón de América, se abría y cerraba con indecible rapidez, un rico abanico de varillas de marfil encrustradas en oro, de cuyo remate colgaban dos elegantes borlas azules, unidas á dos finisimos cordones de oro que pasaban por un exquisito anillo de diamantes. Su pequeño pié de elevado empeine, émulo de los que describen los poetas, estaba calzado por un zapato de raso blanco de exquisita forma. Un hilo de finisimas perlas, cerrado por una pequeña cruz de brillantes, circundaba su torneada

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPITULO XXI.

Temoren.

Eran poco mas de las nueve de la noche cuando Enrique volvió á salir de su casa y penetraba en la de su hermana Luisa.

La esposa de Fernando se encontraba en frente de un magnífico tocador, cuyo dorado espejo, bañado por las chispeantes luces de dos caprichosos y elegantes candelabros de bruñida plata, dibujaba en el fondo de su diáfano cristal, las mórbidas formas de un sér vaporoso, aéreo, esbelto y flexible, que se destacaba misterioso, como en el fondo de un sereno lago el gracioso contorno de una ligera ondina velada por los miríficos fulgores de la plateada luna. En sus nacarados labios, frescos como la rosa al

garganta; y un delicado vestido de gasa blanca, airoso, poético y elegante, realizaba las gallardas formas de su gracioso cuerpo, esbelto y flexible como las tiernas palmeras de la India.

Enrique se acercó á su hermana mudo de asombro, y la encontró como nunca hermosa, como nunca interesante.

Y efectivamente, al verla en aquella deliciosa estancia entre ricas colgaduras y finísimas cortinas de crespón blanco, aspirando el regalado aroma de embalsamadas flores que en vasos de luciente cristal descansaban sobre ebúrneas y pequeñas mesas embutidas en los cuatro ángulos; al contemplar su rostro angélico bañado por la suave luz que reflejaba el espejo, prestando á sus mejillas un tinte divino; y al examinarla, en fin, de pié junto á la fulgente flama de los bellos candelabros, ceñida su negra cabellera con la cándida guirnalda de brillantes flores, cualquiera la hubiera tomado por una de las seis vírgenes vestales consagradas á mantener inextinguible el fuego en el templo de Vesta.

Enrique no encontró otra mujer que pudiese competir en gracia y hermosura con su seductora hermana, sino la angélica María, aquel sér cándido y tierno que embellecía su existencia, y á quien proclamaba dentro de su corazón, por la diosa de esa dulce mitad del género humano, el mas perfecto en su juicio, de cuanto cobija el limpido pabellon del cielo.

Y no se equivocaba.

La mujer es sin duda la obra maravillosa de la creacion; ella resume en si sola, toda la pureza, toda la hermosura, todos los atractivos, toda la ternura de los demas seres que pueblan el haz de la tierra.

Como hija, es el ángel que acompaña en el hogar doméstico á los seres que le dieron la existencia, ayudándoles en su trabajo, anticipándose á sus mas leves deseos, estudiando la manera de agradarles, de servirles, y procurando pagar con un tesoro de ternura inagotable, los tiernos cuidados que en la infancia le prodigaron: el querubín que, á la cabecera del triste lecho en que gime su padre anciano y achacoso, per-

manece velando su existencia con esa asiduidad, con esa dulzura, con ese amor, que solamente atesora el alma de la mujer, y que embalsama y adormece con su pureza las dolencias del espíritu y de la materia: la fiel amiga de sus tiernos hermanos, puesta siempre entre las debilidades de éstos y la justicia de los padres, intercediendo por los primeros, y desarmando el brazo de los segundos levantado para aplicar el castigo, como se interpone el arco-iris entre el cielo y la tierra para contener la justa ira del Señor.

Como esposa, la dulce compañera que se identifica con el hombre; que vive para él como la sangre para el cuerpo; que alienta por él como las plantas por el sol; que le sigue en sus penas, en sus placeres, en sus desgracias y en sus venturas, como sigue amante el girasol las evoluciones del astro principal en el círculo que describe desde que nace hasta que muere: la yedra cariñosa que se enlaza al olmo, y no le abandona jamás: la dulce amiga sin más aspiraciones que el amor de su esposo que es

su vida, su encanto, el *hasta aquí* de la felicidad de la mujer, el único objeto de atracción: en cuyo círculo giran todos sus deseos, todos sus afanes, todas sus potencias, entera su alma: la amante gacela que se desprende de sus ideas para adoptar las del hombre por quien deja sin violencia su apellido, que piensa con él, que siente con él, que obra por él, y á cuya viva influencia subordina hasta las mas ligeras acciones de su vida.

Como madre, ¿quién no ha gozado sus dulces caricias? ¿quién no se ha alimentado de su propia sangre? ¿quién no la ha visto junto á la ligera cuna del hijo de sus entrañas, velando su tranquilo sueño como el ángel benéfico de su guarda, llorando de placer con su sonrisa, riendo de placer con su mirada? ¡Madre! mágica palabra que no pueden pronunciar los labios sin que se enternezca el corazón: frase que entraña un poema de ternura, de amor, de caricias, de besos maternos; voz celestial y divina que forma ella sola la apología de las virtudes de la mujer, que la enaltece, que la sublima,

que la rodea de una auréola purísima y sin mancha, que no puede profanar el hombre sin cubrirse de infamia y de baldon; sin que caiga sobre él la fea nota de ingrato y desnaturalizado.

Quien denigra el nombre de la mujer, ataca la honra de sus hermanas, las altas virtudes de su madre, la fama de sus hijas, si es casado.

La fidelidad representaban los antiguos, por dos mujeres que sencillamente se están dando la mano. ¿Qué apología mas sublime se puede hacer de esa dulce compañera que Dios le dió al hombre en el desierto arenal de la vida? Si los modernos se detuvieran á examinar concienzudamente el tierno corazón de la mujer, no podrian menos que reconocer las sublimes virtudes que atesora, y que alzar en su alabanza, himnos dulcísimos de admiración y de amor.

Quien dice mujer, dice bondad, cariño, pudor, hermosura, abnegación, ternura, sensibilidad, virtud en fin.

¿Quién mas celosa de su buen nombre que la mujer? ¿quién, como ella, respeta los

deberes que impone la sociedad? Podrá muy bien el hombre olvidarse de quién es y de la alta posición que ocupa, y dirigir palabras cariñosas aun á las mas humildes criadas; pero la mujer, respetándose á sí misma, jamas descenderá hasta el fango: jamas se olvidará de mantener limpia su fama, ni del respeto que á la sociedad debe, ni ajará su dignidad entregando su alma á un sér cuya educación esté en pronunciado contraste con la suya.

¿Quién con mas eficacia y cariño que ella, vierte con la palabra y con el ejemplo en el corazón de sus hijos, la dulce semilla de la religión, base primera de todo bien social?

¿La mujer! . . . su corazón es un tesoro inagotable de religión, de amor, de afectos nobles, de caridad, de filantropía y de devoción.

Ella ha sabido elevarse, no por medio de la fuerza bruta, de la intriga, del terror y de la sangre, sino con su dulzura, con su obediencia, con su sensibilidad, con su ternura y sus virtudes, del estado de esclavitud en que gimió en los negros siglos del paga-

nismo, al lugar predilecto que hoy ocupa en los países civilizados. Nadie, pues, con mas justicia que la mujer, puede decir sin faltar á la verdad: que, *la fuerza no es nada ante la razon*, y que las conquistas de la virtud, aunque menos rápidas y deslumbrantes que las de las armas, son las mas sólidas, las únicas justas, y las mas duraderas.

Grandes virtudes debe sin duda atesorar el alma de la mujer, cuando Dios la destinó desde la eternidad, para nacer de ella y redimir el mundo.

Se me dirá que no hubiera sido necesaria la redencion, si antes, y por causa suya, no se hubiese perdido el Paraíso. ¿Pero no se hubiera anticipado esta desgracia, si en vez de dirigirse la serpiente á Eva, se hubiera dirigido á Adán? Sin duda que si, Lucifer debió conocer, en su indisputable sabiduría en todo lo que tiende al mal, que la mujer era muy superior, en fuerza moral, al hombre; y persuadido de que, todo el talento de Adán, no seria suficiente para vencer la virtud de Eva, se dirigió á ésta, provisto de elocuencia y de argumentacion, convencido

de que, una vez triunfando de su mas fuerte contrario, era segura la conquista del hombre, á quien consideraba frágil y débil para resistir ni á la mas ligera insinuacion de su linda compañera.

Esta es mi creencia; si el lector piensa de otra manera, le suplico que perdone mi digresion, y que me siga en la narracion de mi historia.

Enrique se adelantó hácia su hermana alargándole la mano que ella estrechó tíernamente en la suya.

—Te encuentro como nunca hermosa, hermana mia.

Dijo admirando su tocado y el gusto de su vestido.

—Pues la cara es la misma, aunque el traje diferente.

Contestó Luisa, sonriendo con una gracia llena de encanto, y fijando una mirada expresiva, dulce y cariñosa, en que leyó Enrique toda la pureza de una alma sin manilla.

—Mucho bueno me anuncia tu alegría.
—Alguna vez á de aparecer la luna sin

nubes que empañen su disco. Pero hablemos de otra cosa.

—¿De qué?

—De baile por ejemplo: de las *posadas* que empiezan hoy.

—Precisamente venia á pedirte un billete que necesito.

—No tienes necesidad de él; irás con nosotros.

—¿Pues qué, te lleva Fernando á las *posadas* del diputado Bl...?

—Dentro de un instante vendrá por mí.

—Me alegro infinito.

—Y dime, ¿has descubierto la causa que motivaba sus salidas?

—No.... nada he podido descubrir....

Dijo titubeando Enrique.

—Me alegro, y te voy á pedir un favor.

—¿Cuál?

—Prométeme antes que me lo concederás.

—¿Tan grande es, que temes que te lo niegue?

Contestó Enrique no comprendiendo cuál

podria ser la gracia que se le iba á pedir de tantos preámbulos precedida.

—Nada de eso.

—Pues habla sin temor, que ya sabes que nunca te he negado nada, y que soy incapaz de desairarte. ¿Qué es ello?

—Que no trates de averiguar el origen de sus salidas.

—¿Por qué? ¿ha llegado á saber algo?

Dijo Enrique sobresaltado.

—No; pero quiero respetar su deseo.

—Prometo complacerte.

Contestó mas tranquilo.

—Gracias.

—¿Pero me das el billete que te he pedido?

—¿No quieres ir en nuestra compañía?

—Tengo que ver antes á un amigo.

Y como si esta palabra le despertase de un sueño, se levantó de la silla y salió corriendo de la pieza.

—¿A dónde vas?

Le preguntó Luisa al verle salir.

—No tardo en volver: voy á la pieza inmediata.

Y Enrique entró en efecto á la estancia contigua; abrió á toda prisa una ventana; dirigió la vista hácia un punto de los arcos del acueducto, y luego volvió adonde le esperaba Luisa.

—¿Qué te ha ocurrido?

Le preguntó ésta al verle entrar.

—Nada, fui á ver si estaba en la calle.

—¿Quién?

—Miguel; pero no ha venido.

Al escuchar aquel nombre, la sangre coloreó con un tinte vivísimo las mejillas de la jóven. Enrique sin advertirlo continuó:

—Iré á su casa, porque me interesa saber una noticia.

—Aquí tienes el billete para el baile.

Dijo Luisa entregándole uno que tenía sobre el tocador.

—Hasta luego, hermana mia.

—Hasta luego, Enrique.

El hermano de Luisa, impaciente por saber el resultado de la entrevista que supo efectuada en el hombre á quien deseaban salvar y Miguel, se dirigió á la casa de este antes de ir al baile.

—¿Ha llegado Miguel?

Preguntó al portero que entreabrió la puerta del zaguan para ver quien habia llamado.

—¿Cómo!...—dijo éste con marcadas señales de sorpresa.—¿No ha pasado el dia con vd?

—No le he visto para nada.

Contestó Enrique con no menos extrañeza.

—¿Dios mio!

—¿Pues qué no ha vuelto desde esta mañana?

—No señor, y nunca falta sino cuando come en casa de vd.

Enrique no supo qué pensar de aquella ausencia.

—¿Se habrá quedado á pasar el dia—pensó interiormente—con el hombre amenazado por Rossi?

Y encontrando verosímil esto, se tranquilizó, aunque no tanto que recobrase enteramente la calma.

—¿Y no tiene vd. sospechas de dónde pueda estar?

Preguntó el portero viéndole reflexionar.

—Precisamente estaba haciendo memoria: y creo que estará donde me figuro.

—¿De veras?

—Casi estoy seguro de ello.

—¿En casa de algún amigo?

—De una persona á quien iba á prestar un favor muy grande.

—¿Y va vd. por él?

—Sabe que voy á un baile, y espero que vendrá á buscarme á él. Adios; buenas noches.

—Adios, D. Enrique.

Y el gallardo jóven se alejó de la casa de su amigo, bastante inquieto y sobresaltado, no obstante el consolador pensamiento de creer que le hubiese detenido á comer la persona á quien habia jurado salvar.

Dejémosle pues meditando, y sigamos los acontecimientos que nos están esperando.

CAPITULO XXII.

Las posadas.

Poco despues del anterior diálogo entre Enrique y el portero de Miguel, se detenia un coche particular enfrente de una espaciosa casa, situada en la risueña calle de Plateros.

El auriga saltó del pescante, abrió la portezuela del carruaje, y en seguida bajaron de él una señora y un caballero elegantemente vestidos, que llamaron á la puerta.

Eran Luisa y Fernando.

El portero los reconoció; desprendió la cadena que sujetaba la puerta, y entraron á un espacioso patio cuadrilátero, que presentaba en aquel momento una vista pinto-

Preguntó el portero viéndole reflexionar.

—Precisamente estaba haciendo memoria: y creo que estará donde me figuro.

—¿De veras?

—Casi estoy seguro de ello.

—¿En casa de algún amigo?

—De una persona á quien iba á prestar un favor muy grande.

—¿Y va vd. por él?

—Sabe que voy á un baile, y espero que vendrá á buscarme á él. Adios; buenas noches.

—Adios, D. Enrique.

Y el gallardo jóven se alejó de la casa de su amigo, bastante inquieto y sobresaltado, no obstante el consolador pensamiento de creer que le hubiese detenido á comer la persona á quien habia jurado salvar.

Dejémosle pues meditando, y sigamos los acontecimientos que nos están esperando.

CAPITULO XXII.

Las posadas.

Poco despues del anterior diálogo entre Enrique y el portero de Miguel, se detenia un coche particular enfrente de una espaciosa casa, situada en la risueña calle de Plateros.

El auriga saltó del pescante, abrió la portezuela del carruaje, y en seguida bajaron de él una señora y un caballero elegantemente vestidos, que llamaron á la puerta.

Eran Luisa y Fernando.

El portero los reconoció; desprendió la cadena que sujetaba la puerta, y entraron á un espacioso patio cuadrilátero, que presentaba en aquel momento una vista pinto-

resca y seductora, que bien daba á entender, al ojo algo versado en las agradables costumbres de aquel delicioso país, que allí se celebraban unas magnificas *posadas*.

El ancho patio, al rededor del cual se levantaba el edificio, sostenia sobre esbeltas columnas de granito, un grandioso corredor cubierto de odoríferas y exquisitas flores que, en elegantes macetas embutidas en una baranda de hierro que servia de antepecho, revelaban la predileccion con que las bellas y simpáticas mexicanas, miran los tiernos objetos que forman las delicias de Flora. En el espacio que mediaba desde la puerta del zaguán á la cómoda escalera de piedra, se destacaban de uno y otro lado, multitud de naranjos, limas y limoneros, colocados en hermosísimos barriles que ostentaban los lindos colores del pabellon nacional. Mil pintados farolitos á la veneciana, colocados en vistosos cordones de seda encarnados que pasaban por unos anillos embutidos en las columnas del patio y del corredor, orlaban los dos cuerpos del edificio, remediando otros tantos globos iluminados, que se

mantenian oscilando suavemente al dulce soplo de un ambiente perfumado por tantas flores reunidas.

A izquierda y derecha de la escalera, empezando desde el primer peldaño hasta penetrar en el ancho corredor, se descubrian graciosos y bruñidos tiestos, sembrados tambien de las mas exquisitas flores que produce la bella region de la virgen América.

En aquella mansion todo era luz y perfumes.

Para el europeo, acostumbrado á ver en el rigoroso mes de Diciembre, cubierta la tierra de una capa de nieve, despojados los árboles de sus hojas por los duros hilos, sin fruto las huertas, sin rosas los jardines, ¡cuán sorprendente y agradable es la vista de esos pensiles domésticos, donde nunca mueren las flores, donde siempre sonrie la naturaleza, donde á todas horas se aspira un ambiente embalsamado!

Nada hay de exagerado en el colorido de mi pintura. Cuanto digo, no es otra cosa que la exacta copia de la verdad.

Mi intento no es llenar la mente de mis

lectores con deslumbrantes falsedades que la entretengan. Mas noble, mas digno es mi empeño.

Lo que digo del edificio que nos ocupa, es aplicable á la mayor parte de los que embellecen la grandiosa capital del antiguo imperio de Moctezuma.

Cuando Luisa y Fernando penetraron al patio, los cuatro lados del corredor estaban llenos de elegantes jóvenes, que esperaban con ansia, la hora señalada para empezar las *posadas*.

Fernando saludó al pasar, á varios de ellos; y luego, dando el brazo á su esposa, entró á la sala, donde se adelantó á recibirles, urbano y obsequioso, el dueño de la casa. Los ojos de todos se fijaron en la hermosa compañera del afortunado esposo, y un murmullo de admiracion se dejó escuchar por todos los ángulos.

—¡Qué lástima—dijo un almibarado pollo á varios amigos con quienes cuchicheaba en uno de los ángulos—que una mujer tan linda pertenezca á un hombre tan feo.

—Siempre los mas horrorosos se llevan

lo mejor; y esto viene sucediendo desde los tiempos mas remotos, pues vemos al cojo Vulcano, á quien Júpiter le echó á punta piés del cielo al verle tan feo, casarse con Vénus, la mas hermosa de las diosas.

—Pero por eso tuvo que sufrir las infidelidades de su antojadiza cónyuge.

—Está visto—dijo el primero que habia hablado—que los feos no debian casarse.

—Al contrario creo yo:—advirtió un semigallo que no tenia todo lo de Adonis.—El ser feo es una cualidad de inapreciable valor para marido.

—Si; para un autor dramático que busca contrastes.

—La falta de hermosura—contestó el defensor de los feos—se suele compensar generalmente, con mayor cantidad de cariño, de talento, de juicio y de fidelidad.

—Ese es el argumento de todos los feos. Nuestro semigallo quedó algo corrido con aquella contestacion, y no quiso seguir la defensa de los rostros que tenian puntos de contacto con el de Pieio.

Luisa se sentó al lado de la señora dueña

de la casa, y cada cual volvió á ocupar el sitio que le correspondia, deseando con impaciencia que diese principio la *posada*.

Pero en tanto que ese instante anhelado por los aficionados á Tersicore llega, entre tengámonos á examinar el local donde van á moverse tantos piés, latir tantos corazones, y aventurar tal vez declaraciones de amor, que son el alimento de las almas jóvenes.

La sala estaba adornada con un lujo y gusto exquisito. Una rica alfombra azul celeste con rosas blancas y encarnadas, primorosamente trabajadas, cubria el terso pavimento. En cada extremo se descubria un magnífico sofá de exquisita hechura, forrado de damasco de seda encarnado, en medio de dos exquisitas consolas que sostenian cada una un espejo de cuerpo entero con marco dorado, con remates y molduras de un mérito extraordinario. A los lados de cada espejo, ricos jarrones de porcelana de China con labores doradas, sostenian delicados ramos de flores naturales, cogidas en las risueñas chinampas de Ixtacalco y Xochi-

mileo. Delante de cada uno de estos espejos se veia un candelabro de plata, figurando un Neptuno, cuyo tridente lo formaban tres boquillas en que ardian igual número de velas de esperma. Otras dos consolas, idénticas á las primeras, y de la misma manera adornadas, ocupaban una enfrente de la otra, los costados de la sala. Riquísimas cortinas de damasco de seda, haciendo juego con los sofás y la sillería que tambien estaba forrada del mismo género, velaban las puertas vidrieras de los cuatro balcones y las de las alcobas con quienes tenia comunicacion. Dos primorosas arañas de cristal, de doce luces cada una, colgaban de un lujoso cielo raso, pintado con exquisito gusto, y un magnífico piano de cola, de una madera extraña y de agradable olor, se ostentaba, abierto, en el espacio que mediaba entre los dos balcones céntricos.

La concurrencia que ocupaba el local que de describir acabamos, era numerosa y escogida.

El traje de los hombres se componia de frac y pantalon negros, chaleco, corbata y

guantes blancos, zapato de lustroso charol, contrastando con una media fina y blanca como la nieve.

En los vestidos de las señoras no había uniformidad, aunque todos eran de mucho lujo y de gran gusto.

En medio de tanta opulencia como por todas partes reinaba en aquel recinto, llamaba la atención un grupo de hombres acurrucados entre las puertas del último balcon de la sala, vestidos de chaqueta, sentados sobre sillas de menos lujo, teniendo entre los piés doblado el capote y encima de él puesto el sombrero *jarano*. Estos hombres, entre quienes se ven dos ciegos con su correspondiente lazarillo, son los músicos que esperan el momento en que les manden tocar. Uno de los ciegos tiene entre sus manos el bandolon de brillantes voces; el otro apoya sobre sus muslos una guitarra de inmensas dimensiones llamada *bajo*; y los restantes ostentan dos flautas, *jaranita* y harpa.

Preciso es haber oído tocar á estos hombres, para conocer el gran talento músico

que tiene el pueblo de México para el bello arte de Rossini.

Por mí, aseguro que nada he oído que mas propio y agradable me parezca para un baile, como los instrumentos que de nombrar acabo, cuando están pulsados por personas inteligentes.

En medio de aquella escogida concurrencia de hermosas jóvenes, que ostentaban todos los encantos con que los poetas describen á las heróinas de sus poemas, descollaba gentil y esbelta la hechicera Luisa, como una vírgen de Murillo rodeada de los alados ángeles que la contemplan.

Animada en una grata conversacion que mantenía con la señora de la casa, mujer instruida y de talento, su semblante revelaba ese placer inocente y puro que se refleja en una sonrisa franca y celestial; en una de esas miradas cariñosas que brotan del corazón de la mujer cuando goza de veras.

Un elegante jóven que ocupaba el sitio que estaba á su derecha, y que anhelaba entrar en conversacion con ella, la dijo:

—Por fin tenemos la dicha de que concurra vd. á nuestras *posadas*.

La esposa de Fernando volvió la cara hácia el jóven que le dirijia aquella galantería, y contestó con la afabilidad que tantos hechizos tiene en una hermosa.

—La dicha es mia; y si en mí consistiera, no perderia un solo dia sin gozar de la amable compañía de la recomendable señora de esta casa.

—Mil gracias.

Contestó ésta, viendo que Luisa la miró al decir las últimas palabras.

—¿Y no ha venido su hermano de vd. Enrique?

Añadió el jóven, procurando prolongar el diálogo.

—No debe de tardar en venir.

—¿Le ha visto vd. hoy?

—Hace una hora.

—¿Y ha dicho que vendrá al baile?

—Me lo ha prometido.

—¿Cuánto me alegro!

—¿Le conoce vd?

—Mucho, aunque no he tenido la dicha de tratarle.

En este mismo instante apareció en la puerta de la sala Enrique, dirijiendo la vista hácia todas partes como buscando un objeto. En su rostro se pintaban la agitación y la impaciencia, el temor y la inquietud. Sus ojos recorrían, con una rapidez telegráfica, todo el local.

—Allí le tiene vd.

Dijo Luisa al jóven, señalando hácia el sitio en que permanecía su hermano.

En aquel instante se presentó el dueño de la casa, diciendo en alta voz:

—Señores, á rezar.

A estas palabras, todos se levantaron para ocupar cada cual el sitio que le correspondía.

Enrique, que como hemos dicho, recorria con la vista el salon, aprovechó aquel movimiento en que todos estaban ocupados, para hablar á Luisa, y la dijo al oido:

—¿Has visto á Miguel?

Luisa quedó sorprendida con esta inesperada pregunta; pero contestó al instante,

—No; no le he visto.

—¿Tampoco ha estado, despues que te dejé, bajo el arco del acueducto?

—Tampoco.

—¿Dios quiera que no le haya sucedido ninguna desgracia!

—¿Desgracia? ¿por qué?

Dijo Luisa sobresaltada.

—Todo el dia ha estado fuera de su casa, y esta es la hora en que nadie sabe de él.

—¿Dios mio!

Exclamó Luisa involuntariamente y sin poder contener una exclamacion de dolor que encerraba mas ternura que todas las frases inventadas para expresar los íntimos afectos del corazon. Pero cuando se disponia á dirijir una pregunta á Enrique, ya éste habia desaparecido del salon.

La señora de la casa, que advirtió el cambio repentino que se habia operado en el rostro de Luisa, la dijo con afabilidad:

—Se ha puesto vd. pálida: ¿está vd. mala?

—No señora, no es nada.

Contestó la esposa de Fernando, procurando disimular la turbacion de su espíritu-

—Tal vez alguna mala noticia.

—Sí, eso es;—respondió Luisa turbada, sin saber qué decir—una mala noticia: la muerte de una amiga de Guadalajara.

—Lo siento infinito.

—Gracias.

Por fortuna de Luisa, el rosario empezó en aquel momento, y cortó el diálogo que, á durar mas, podia haber descubierto lo que tanto le convenia ocultar.

Todo el mundo se puso de rodillas ante las imágenes de la Virgen y San José, que colocaron en unas primorosas y pequeñas andas encima de una mesa.

Luisa era en extremo religiosa, y sin embargo, en aquel momento, la oracion y el pensamiento estaban á distancias tan encontradas como está el cielo de la tierra. Las palabras de Enrique habian ido á caer en lo mas delicado de su alma; amaba á Miguel, como en el dia que juró ser suya para siempre, y no es fácil despojarnos de las afeciones que han alimentado nuestra existencia, que han crecido con nosotros, que nos han seguido á todas partes, que hemos

acariciado á todas horas. Seria preciso no haber nacido de la tierra, para no pagar tributo á las debilidades humanas. El alma de Luisa era pura; pero estaba encaerrelada como todas, dentro de un corazon formado del barro comun; y mientras aquella luchaba por elevarse á Dios, el segundo la detenía en el círculo de sus pasiones, y le presentaba seductora, la imágen del hombre por quien habia latido de amor, obligándole á ocuparse en su memoria. Sin embargo, Luisa hacia todos los esfuerzos imaginables por desterrar la idea terrena que se sobreponía á la idea religiosa: pero era inútil su afán. Así como en un cuadro antiguo resalta la pintura primera al traves del fondo puesto sobre ella para colocar otra nueva, de la misma manera la imágen de Miguel, que era la única que el amor con buril eterno grabó en el corazon de Luisa, resalta sobre todos los demas pensamientos que llamaba en su auxilio, para fijarse en el primer objeto que la hizo presentir una vida de inefable felicidad.

Las palabras de Enrique la hicieron creer

que corria algun peligro, ó que quizá era ya víctima de sus enemigos politicos; y este noble terror, unido al dulce recuerdo de una pasion no extinguida, aunque si mitigada por los deberes de esposa y las afecciones de madre, este doble sentimiento, repito, hacia que su oracion y su mente no marchasen unísonas á un centro comun.

Al dar fin á los misterios y empezar la letanía, á cada uno de los concurrentes de ambos sexos se le dió una vela de cera, y todos se pusieron en pié formando de dos en dos. Luisa hizo esta operacion maquinalmente. Cuatro señoritas cogieron las andas en que estaban los santos, las cargaron sobre sus delicados hombros, y se colocaron en medio de la hilera. Dispuestos de esta manera, los músicos se pusieron detras de la procesion, que echó á andar cantando la letanía, acompañada por los instrumentos.

¡Qué espectáculo tan interesante presentaba entonces aquel cuadro animado! Mas de cincuenta hermosas jóvenes, de ojos negros, velados por largas y sedosas pestañas, de pelo suave que rivalizaba con el ébano,

de bellísimos rostros como el cielo de su patria, de esbeltos talles y pequeño pié, vestidas de finísimas telas, caminaban cantando con argentinas voces la letanía, por en medio de las flores del iluminado corredor, de la escalera y del patio, como otras tantas Driadas en medio de las selvas, ó cual vírgenes vestales que conducía cada una en su torneada mano el fuego al templo de la diosa.

Luisa marchaba al lado de la señora de la casa, con paso magestuoso, sereno el rostro é inquieto el corazón, dirijiendo con disimulo sus bellos ojos á todas partes, para ver si descubria á Enrique. Pero su hermano habia sin duda salido, y el corazón de la jóven latió con mas violento sobresalto, porque en la desaparicion repentina de Enrique y la inquietud que por la suerte de Miguel demostraba, veia una desgracia que en su imaginacion iba adquiriendo colosales proporciones.

La procesion, despues de haber recorrido el patio, volvió á subir la escalera, y se detuvo en el corredor, fuera de la puer-

ta de la sala, concluyendo entonces la letanía: unas cuantas señoras, con otros tantos hombres, acompañados de la mitad de los músicos, habian entrado en el salon; el resto de la procesion quedó fuera con los santos.

Esto figuraba que, San José y la Virgen con su divino Hijo Jesus, pedian posada cuando marchaban de Nazaret á Belen.

Entonces los que se habian quedado en el corredor, cantaron este verso, acompañado de la música:

Si en vuestra alma existe
Virtud adorada,
En noche tan tiste
Cedednos posada.

A esta súplica respondieron los de dentro de esta manera:

Aunque virtud nos sobre,
Posada no damos,
Porque es chica y pobre
La casa en que estamos.

Aquí siguieron cruzándose varios versos entre los que pedian posada y los que la

negaban; hasta que por último, al escuchar los nombres de las personas que solicitaban un rincón para pasar la noche, respondieron los de dentro, abriendo la puerta:

Abranse las puertas

Con grande alegría,

Que viene Jesús

Con José y María.

A estas palabras siguió un regocijo general; todos penetraron en la sala: cada cual apagó la vela que en la mano llevaba; los santos se dejaron para el día siguiente en una pieza interior: los músicos volvieron á colocarse detras del último balcón, y los jóvenes, llenos de vida, de ilusion y de esperanza, se dispusieron para bailar.

¡Dichosos momentos de la existencia del hombre son estos en que la imaginacion realiza todos sus deseos; en que la voluntad alcanza todas sus esperanzas! ¿Quién piensa en esas horas de placer, en que los deleites y las ilusiones tienden sus blancas alas sobre nuestras cabezas para mostrarnos el mundo por la óptica de la ideal y de

lo bello, en desventuras y amargas realidades? ¿Quién piensa, en medio de las flores y de la luz, en las espinas y en las tinieblas? ¿Quién piensa en medio de los juramentos de amor, al escuchar de los amantes labios del objeto que divinizamos, palabras tiernas y apasionadas, en desengaños y traiciones?

La vida es sueño, dijo nuestro gran poeta Calderon de la Barca, y en ese breve epígrafe pintó el mundo; pintó toda la existencia de la criatura humana.

La vida es sueño, sí: quien sueña, vive; quien despierta muere, tanto en el orden moral como en el orden físico.

¡Dichosos los que nunca pierden sus ilusiones, porque éstos viven soñando en lo que no existe, y soñando pasan á la eternidad donde despiertan muriendo para el mundo!

En aquella escogida concurrencia, todos soñaban, Fernando y otros aficionados á la política, con el bien de la patria; las jóvenes con los juramentos de amor de sus amantes; y éstos, con la virginal sonrisa y el eterno cariño de la mujer que juzgaban

cautiva de sus gracias, de su talento, de su afabilidad. Solo Luisa estaba despierta contemplando la realidad de su desgracia. Los primeros vivían porque soñaban; la segunda moría de amargura porque había despertado ya.

En aquel momento, la música anunció un wals: los jóvenes corrieron á sacar sus parejas; el dueño de la casa invitó á bailar á Luisa, que admitió en el acto; Fernando, y varios de su comunión política, se quedaron sentados hablando en voz baja de asuntos políticos, y mientras el salón presentaba el aspecto de un eden de delicias, Enrique buscaba por los cafés, por el teatro, por todas partes á su amigo Miguel.

CAPITULO XXIII.

El baile de posadas.

Acababa de concluir el wals, y Luisa, pretestando calor y deseo de recibir el aire, suplicó al dueño de la casa que había bailado con ella, tuviese la bondad de sentarla enfrente á la puerta que servía de entrada al salón. Pero no era el calor ni el deseo de gozar del grato ambiente, quienes formularon aquella súplica, sino la inquietud con que esperaba la vuelta de su hermano Enrique; y si la esperanza es el consuelo de los desgraciados, el esperar es la agonía de todo el que padece y el tormento de los que se creen felices. Le parecía que, teniendo fija la vista en el sitio por donde debía entrar el objeto anhelado, llegaría mas pronto

cautiva de sus gracias, de su talento, de su afabilidad. Solo Luisa estaba despierta contemplando la realidad de su desgracia. Los primeros vivían porque soñaban; la segunda moría de amargura porque había despertado ya.

En aquel momento, la música anunció un wals: los jóvenes corrieron á sacar sus parejas; el dueño de la casa invitó á bailar á Luisa, que admitió en el acto; Fernando, y varios de su comunión política, se quedaron sentados hablando en voz baja de asuntos políticos, y mientras el salón presentaba el aspecto de un eden de delicias, Enrique buscaba por los cafés, por el teatro, por todas partes á su amigo Miguel.

CAPITULO XXIII.

El baile de posadas.

Acababa de concluir el wals, y Luisa, prestando calor y deseo de recibir el aire, suplicó al dueño de la casa que había bailado con ella, tuviese la bondad de sentarla enfrente á la puerta que servía de entrada al salón. Pero no era el calor ni el deseo de gozar del grato ambiente, quienes formularon aquella súplica, sino la inquietud con que esperaba la vuelta de su hermano Enrique; y si la esperanza es el consuelo de los desgraciados, el esperar es la agonía de todo el que padece y el tormento de los que se creen felices. Le parecía que, teniendo fija la vista en el sitio por donde debía entrar el objeto anhelado, llegaría mas pronto

to; y preocupada con esta idea, tan comun en la criatura humana, apenas acertaba á apartar los ojos del ancho corredor, para dirigirlos de vez en cuando, á las personas que le dirijian la palabra.

En aquel momento, como es costumbre en México en todo baile de posadas, se presentaron en la sala dos criados de la casa, conduciendo cada cual un rico azafate con primorosas cajitas chinescas de marfil con delicadas labores y calados, dentro de las cuales se encerraban exquisitos dulces.

A cada uno de los convidados fué regalando el dueño de la casa una de las expresadas cajitas.

Terminado este galante obsequio, indispensable en tales fiestas, se presentaron los mismos criados, seguidos de otros tres, unos con exquisitos helados, otro con delicados pastelitos y bizcochos, y los restantes con brillantes copas de generosos vinos, recorriendo todas las localidades, para que los que no querian molestarse pasando á la antecala á refrescar, tomasen lo que mas apeteciesen sin moverse del salon.

Del número de éstos fué Luisa, que, cuidadosa de la llegada de Enrique, no queria separarse del sitio que ocupaba.

—¿Y en dónde se ha escondido su hermano de vd?—Dijo acercándose á ella el mismo jóven que vimos antes dirijirle la palabra. —No le he vuelto á ver en toda la noche.

—Ha tenido que salir á visitar á un amigo.

—¿Es decir que volverá?

—Espero que sí.

—¿Y piensa vd. venir las nueve noches?

—Segun disponga mi esposo.

—Me alegraré que venga vd. á embellecer la fiesta.

—Mil gracias.

—Mañana le toca la posada al ministro R. que, como sabe vd., es hombre franco y rico, y espero que será espléndida.

—La de hoy me parece muy buena.

—Sin duda, pero ya sabe vd. que cada uno procura exceder al que le ha precedido, y si hoy ha empezado con cajitas de marfil, no será difícil que acabe con canastillos de plata (1).

(1) No hay en esto ninguna exageracion; posada he vis-

—Así lo creo.

—Para mí no hay época mas agradable que la presente. Por todas partes no se oye mas que música, cohetes, canto y agradable bullicio.

—Como que tengo entendido que solo aquí se celebran las *posadas*.

—Sin duda: es una costumbre nacional, enteramente mexicana.

—Que la practican todas las clases de la sociedad.

—Desde la mas opulenta hasta la mas humilde; desde la alcoba de dorada techumbre, hasta la triste accesoria de carecomidas

to yo en la calle del Empedradillo, en que se repartieron canastillos de plata, llenos de dulces á todos los concurrentes, habiéndole costado el baile, á quien le tocó dar la posada de aquella noche, seis mil duros. Estas posadas, para que el lector sepa cómo se conciertan, están dispuestas de la manera siguiente: desde el día 1.º de Diciembre, busca el dueño de la casa, en que aquellas se van á celebrar, ocho amigos de confianza con quienes reparte las nueve noches, dándole á cada cual una, y quedándose él con otra; á lo que llaman *tomar una posada*. Combinado así el plan, convidan los nueve individuos á las familias de su aprecio. Estas fiestas empiezan el día 16 y acaban en la noche de Navidad.

paredes. Si los ricos reparten lujosos canastillos, la clase media agasaja con vistosos arcatraces llenos de exquisitas pastillas; la que sigue, con almendras y anises á que dan el nombre de colacion; y la ínfima con cacahuates que distribuyen con abundancia: si nuestras elegantes jóvenes conducen en lujosas andas las bien hechas esculturas de los santos peregrinos, sobre los hombros de las hermosas de la clase media se ven otras graciosas, si no tan ricas, sosteniendo lindas imágenes de cera; miéntras que la gente mas pobre, en vez de andas, lleva una tabla con santos de barro, al rededor de los cuales se descubren algunos cabos de velas de sebo con que alumbran la procesion.

—Es verdad.

Contestó Luisa distraida, viendo que su interlocutor habia acabado de hablar. Este, fijando luego la vista en el sitio en que el bastonero acababa de colocar un cuadrito con letras grandes, dijo.

—Está anunciada una contradanza: tiene vd. la bondad de bailarla conmigo.

—Con mucho gusto.

—Mil gracias. Pero dispense vd. si me alejo del lado de vd. por un momento: veo en la antesala á un amigo que me hace señas para que me llegue á él, y deseo saber lo que tiene que comunicarme.

—Está vd. dispensado.

—Soy con vd.; hasta luego.

Y el jóven se dirigió á la pieza contigua en que habia varias jóvenes tomando helados y pasteles.

Luisa, cuya inquietud y zozobra se aumentaban por instantes, volvió á clavar los ojos en la puerta por donde con frecuencia entraban nuevos personajes; pero en vano, porque no parecia el hombre que esperaba.

Nuevos pasos que oyó de alguno que venia por el corredor, llamaron su atencion, y á poco apareció en la puerta Miguel.

Un vuelco dióle el corazon dentro del pecho á la infeliz.

—¡Vive!....

Dijo interiormente llena de alegría. Pero luego, por uno de esos misterios inexplicables que existen en el corazon humano, vol-

vió á caer en nuevos temores y en una nueva melancolía.

—¿Qué viene á buscar aquí?....—se interrumpió Luisa.—¡Es una imprudencia!...

Y apartó los ojos de aquel hombre á quien amaba y á quien no queria ver.

Miguel se quedó en la puerta de la sala sin atreverse á penetrar en ella: sus ojos grandes, se veian amortiguados y sin brillo; el cabello cubierto de tierra en algunas partes, y la corbata en desórden y mal lazada.

Luisa volvió á mirarle, y al notar el desaliño en que iba, se estremeció en la silla.

Miguel, que no habia visto al llegar, que se encontraba tan cerca de él la mujer que idolatraba, porque cuidados importantes le habian llevado á aquella casa, registraba desde la puerta todo el salon, hasta que alarmado por no encontrar lo que sin duda buscaba, exclamó:

—¡No está!.... ¡Habrá caido en el lazo?...

Y sin poder moderar su impaciencia y su dolor, continuó recorriendo con la vista

el resto del salon, hasta que sus ojos fueron á fijarse en Luisa.

Apenas se atrevió Miguel á dar crédito á sus ojos, y se quedó extático, dudando de lo mismo que veia. A la vista de aquella mujer que ejercia sobre su corazon un poder inexplicable, se olvidó de cuanto le rodeaba, del objeto que le habia llevado á aquella casa y hasta de sí mismo.

Luisa, que habia alzado la vista entonces para contemplarle, al encontrarse con su mirada, apartó de repente los ojos de aquel hombre que era todo su amor, temiendo que su faz reflejara las afecciones íntimas de su alma.

Por fortuna de ella, la música empezó en aquel instante, y el jóven á quien habia prometido la contradanza, acercándose respetuoso á ella la sacó á bailar.

Miguel, cautivado por las gracias de aquel sér que absorvia todas sus potencias, la seguia desde la puerta devorándola con los ojos, sin reparar en nadie de los que en la sala estaban, y entre los cuales habia tal

vez uno que observaba hasta el mas leve de sus movimientos.

—¡Miguel!

Exclamó un hombre detras de él que le sacó de su éxtasis.

—¡Enrique!

Contestó Miguel abrazándole.

—¿Dónde has estado todo el dia?

—Encerrado.

—¿Has avisado á D. Antonio del peligro que le amenaza?

—No.

—¿Cómo!

—Me ha sido imposible.

—¿Por qué?

—He estado preso.

—¿Preso!

—Sin duda.

—¿Por qué causa?

—Porque Rossi lo habia dispuesto así.

—En la Acordada!

—No.

—¿Pues dónde?

—En una miserable casueha de indios.

—¿Y te ha dejado en libertad?

—No; he huido en compañía del indio que me custodiaba.

—Semejante generosidad en un agente de Rossi me sorprende.

—Es que ese agente me debía la vida.

—¿Será posible?

—Cuando fui secretario del ministro, cayó prisionero, y le salvé de ser fusilado: así es que esta noche al entrar armado en mi cuarto para dejarme algo de comer, me reconoció y quiso pagarme el favor que me debía.

Pero ¿cómo caíste en poder de Rossi?

Miguel satisfizo á la pregunta de su amigo contándole todo lo que el lector conoce ya. Enrique conoció entonces que la esquila recibida por él, había sido escrita con el mismo intento, y resolvió no acudir al día siguiente al sitio que había señalado en su contestación.

—¡El cielo nos favorece!—añadió Enrique volviendo á abrazar á su amigo:—Así podremos prestar un servicio á quien de otra manera hubiera salido desterrado.

—No abrigo yo esa confianza.

—¿Por qué?

—Porque no veo aquí á D. Antonio.

—Tal vez estará en su casa.

—Antes de resolverme á venir al baile, me he dirigido á ella, y no le encontré.

—¿Y crees tú...

—Creo que le ha sucedido alguna desgracia; creo que el mal está ya hecho, de lo contrario él no faltaría á estas posadas, y mucho menos á la de esta noche; por ser el diputado que la da, muy amigo suyo.

—Si lográsemos ver á Rossi.

—Entonces yo le obligaría á confesar lo que había sido de D. Antonio.

—Yo sé el café á que suele concurrir, y si quieres iré á ver si está en él.

—Perfectamente: nada omitamos de nuestra parte.

—Entretanto, tú quedas aquí por si viniere el joven médico.

—Muy bien.

—Adios.

Y Enrique abandonó el salón lleno de inquietud, en tanto que la concurrencia, entregada al placer, seguía bailando con el

entusiasmo que prestan á la juventud las ilusiones y el amor.

Miguel, arrastrado por una fuerza desconocida hácia la mujer que amaba, volvió á fijar los ojos en ella, no bien se alejó Enrique. Huyeron de su mente todos los pensamientos tristes que hasta entonces le habian dominado, para no ocuparse mas que de Luisa.

El mas ligero de los movimientos de aquel sér celestial, el crujir de sus vestidos, la melancólica sonrisa que vagaba por sus nacarados labios, la misma agitacion con que respiraba, tenian para él misterios y recuerdos sublimes.

Enbriagado de placer, trasportado á una region aérea, divinizada por su poética fantasía, y ocupado exclusivamente en contemplar al sér de celestiales formas por quien latia con violencia su corazón, no advirtió, como antes dijimos, que él tambien era objeto de la atencion de un hombre, que no apartaba de él la vista.

Este hombre era Fernando, que desde el otro extremo de la sala, y ardiendo en ira

y celos, miraba á su rival recreándose en contemplar las gracias de aquella mujer que le habia jurado mil veces amor.

Este pensamiento y la persuasion en que estaba de que Miguel era el autor de la carta escrita á Luisa, le exaltaron de tal manera, que cruzando con velocidad el espacio que le separaba de Miguel, le dijo en voz baja acercándose á él:

—Necesito hablar con vd. dos palabras.

—Las que vd. guste.

Contestó Miguel apartando con sentimiento la vista de su amada Luisa, y fijándola sorprendido en Fernando.

—Pero aquí no estamos bien, porque nos observan.

—Pues salgamos de la sala.

Replicó Miguel, y ambos salieron al corredor. Entonces, Fernando, deteniéndose en un sitio por donde nadie pasaba, y sacando la carta de que hemos hecho mencion varias veces, le preguntó:

—¿Es de vd. esta carta?

Miguel fijó los ojos en el papel que le mostraba, y quedó extático. Al arrojar la

carta no pudo imaginar jamas que Luisa le vendiera; creyó, sí, que sus ruegos fueran tan estériles como habian sido hasta allí; pero de ninguna manera que pusiera en manos de su esposo el papel que, impulsado por un sentimiento irresistible de amor, se habia atrevido á escribirla. ¿Qué debia, pues, pensar al ver aquellos renglones en poder de Fernando...? Miguel pensó lo que menos debia pensar, esto es, que Luisa, convirtiendo el amor que un tiempo le habia jurado, en desprecio y aborrecimiento, habia entregado voluntariamente aquel papel al hombre á quien estaba unida y por el cual le olvidaba.

Esta idea desgarradora para todo el que como Miguel diviniza á la mujer que ama, llenó de amargura su corazon: desapareció del alma el encanto que presta la dulce creencia de ser amado; se desvanecieron las mágicas ilusiones que revisten de cierto indefinible hechizo aun la misma grata tristeza que sentimos al creernos amados sin poder ser correspondidos: vió huir de sus ojos la risueña perspectiva que en lontananza le

habia presentado hasta entonces su presentimiento de ventura; y abrumaba por el peso del desengaño que marchitaba las flores de su esperanza, y cansado de un vida sembrada para él de contratiempos, contestó con esa profunda amargura de un corazon que nada espera.

—Jamás acostumbro mentir: esa carta es mia.

—¿Y no sabe vd. que los pensamientos expresados con tinta á una mujer casada, reclaman del marido, si tiene honor, una firma de sangre?

—Lo hice con ese conocimiento.

Contestó Miguel con la mayor sangre fria.

—¿Luego insiste vd. en amarla?

—La amaré mientras viva.

—Pues yo necesito la vida de vd. para que no la ame.

Estoy pronto á dársela á vd. en la punta de una espada ó en la boca de una pistola.

—Ha comprendido vd. mi pensamiento.

—Es la segunda vez que lo comprendo, aunque en la primera ignoraba el motivo.

— Por eso fué vd. entonces mas afortunado.

— Es cierto; logré desahumar á vd. en el combate, é impedi que, al acercarse mis soldados, matasen á vd.

— Dios le inspiró á vd. aquel rasgo para que hoy muriera vd. á mis manos.

— Procuraré ahorrarle á vd. ese trabajo.

— Salgamos. Pasaremos por la casa de un amigo, y cogeremos espadas; en la calle tomaremos un coche de alquiler, y en menos de media hora uno de los dos habrá dejado de existir.

— Vamos donde vd. guste.

Y apoyándose uno en el brazo del otro, salieron de la casa, tomaron un coche en la plaza de Armas, y entraron en él como si fuesen dos íntimos amigos.

A pesar de haber sido tan pocas las palabras que en la sala cruzaron entre los dos antiguos rivales, Luisa sospechó lo que trataban; pero tuvo que disimular hasta que acabaran de bailar la contradanza. Terminada ésta, Luisa se sentó abatida, entregada á los mas funestos presentimientos: estaba

persuadida de que Fernando y Miguel habian salido á combatir, y que tal vez en aquel instante uno de los dos caia sin vida á los piés del otro maldiciendo su nombre.

¡Terrible situacion era la suya! ¡Quién es capaz de expresar lo que pasa en el corazon humano, en esa lucha de afecciones íntimas y encontradas, en que la voz del amor y la del deber hablan con fuerza igual en el alma de una jóven!...

Luisa se sentia morir, y sin embargo, tenia que mostrar á los que la obsequiaban, grata sonrisa en los labios cuando estaba desgarrado su corazon!....

Entretanto Miguel y Fernando caminaban silenciosos hacia el sitio en que debian medir sus armas.

Lo que pasó despues, lo podrá ver el lector en su lugar correspondiente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES EN FÍSICA
ALERE FLAMMAM
VERIPATIS
CAPITULO XXIV.

Un desafío.

El coche en que iban Fernando y Miguel atravesaba las calles de la ciudad con una rapidez desconocida hasta entonces en los anales de la velocidad alquilona, picado sin duda en su amor propio, queriendo rehabilitar el buen nombre de sus cofrades y dementir la calma proverbial que el mundo les atribuye, designándoles con el humillante epíteto de *simones*. El esposo de Luisa y su rival marchaban en el mayor silencio. En la mente del primero bullían las ideas de venganza provocada por el honor ultrajado: en la del segundo, las del amor despreciado.... Las de aquel eran terribles, san-

grientas; las de éste, tiernas y dulcemente tristes, pero no menos desgarradoras.

Después de haber andado un cuarto de hora, el carruaje se detuvo á la puerta de la casa del amigo de Fernando: entró éste en ella, y poco después volvió trayendo de bajo de la capa dos espadas.

—A la fuente principal del paseo de Bucareli.

Dijo al cochero al subir al carruaje.

—Está muy bien, señor amo.

Y el cochero se dirigió hacia el sitio señalado, donde volvió á detenerse. Fernando y Miguel bajaron del coche; y mandando al cochero que los esperara, se alejaron los dos á pié hasta un punto que juzgaron propio para ventilar el asunto que tenían pendiente. Examinaron el terreno, tomó cada cual su arma, y cruzaron sus espadas.

Miguel era diestro en toda clase de armas, y aunque Fernando no manejaba con igual perfección todas, en aquella en que tenía lugar el desafío, era uno de los primeros: así es que el combate fué reñido y sangriento.

Los dos se acometían y se quitaban los golpes de una manera que hubiera dado honor al mas acreditado profesor de esgrima.

Todo estaba en el mayor silencio: algunas gotas de agua empezaban á desprenderse de las negras nubes que encapotaban el cielo; y en medio de aquella lóbreguez, solo se escuchaba el ruido producido por el choque de las espadas.

El cochero, sentado en el estribo del coche, con el sombrero de anchas alas forrado de hule, metido hasta las cejas, y envuelto en un capote azul, dormitaba tranquilamente, bien ageno de pensar que á corta distancia de allí, iba á perecer un hombre.

Los combatientes, deseando dar fin á aquella lucha tan larga, se acometían cada vez con mas furor, sin que ninguno alcanzara ventaja sobre el otro. Pero al fin Miguel, que estaba rendido por el trabajo que para huir de la prision habia tenido, empezó á perder su brio: su contrario que lo notó, redobló sus golpes haciéndole retroceder algunos pasos. Miguel procuró entonces re-

cobrar lo perdido; pero débil en extremo, á causa de no haber tomado alimento ninguno en todo el dia, no pudo conseguirlo, y por último, cayó al suelo atravesado de una estocada.

—¡Soy muerto!...

A estas palabras, Fernando arrojó su espada entre la maleza, dejando tendido á su contrario, y se encaminó apresuradamente adonde le esperaba el coche.

—Al Portal de Mercaderes.

Dijo entrando en el carruaje.

—¿No esperamos al otro señor?

Preguntó el cochero que ignoraba lo que habia sucedido.

—No; porque se queda con las personas á quienes hemos ido á ver.

—Está muy bien.

Dijo el cochero; y montando en sus flecas mulas, metió espuelas, y se dirigió al sitio señalado.

CAPITULO XXV.

El viaje.

El baile entretanto continuaba lleno de agitacion y de vida, donde cada individuo se rodeaba de un mundo amoldado á las ideas que creaba en aquel instante su fecunda fantasía. El que alcanzaba una palabra de amor, una dulce mirada de la mujer que amaba, presentia una existencia de eterna felicidad, embalsamada por el perfumado aliento del sér que divinizaba. El que merecia una sonrisa de la jóven de angélica faz á quien rendido obsequiaba, veia abierta la puerta del Eden donde se iban á realizar los dulces ensueños que en la juventud halagan el corazon virgen que ama por pri-

mera vez: cada suspiro, cada palabra, cada sonrisa era un poema de rima celestial en que leia su ventura cada favorecido amante.

Los que no conocian el mundo mas que por el prisma de sus doradas ilusiones, gozaban de una felicidad sin guarismo: los que le habian visto por el lado de los desengaños, de sus miserias y de la amarga realidad, dirijian una mirada de compasion á los que acariciaban, como cierta, una fantasma, una sombra que se desvaneceria al tocarla.

¡Dichosos los primeros! ¡desgraciados los segundos! Creer es sentir, es gozar, es vivir.... Dudar es morir.... peor que morir: ¡es agonizar eternamente!....

¡Felices los que sueñan que son felices y soñando mueren!....

¡Desdichados los que despiertan para padecer, y padeciendo viven!....

Muchos de los que se hallaban en el baile, soñaban que eran felices, y por lo mismo que lo soñaban, lo eran: al lado de ellos se veian otros que habian despertado para

palpar la horrible realidad, sepulcro de las risueñas ilusiones que embellecen la vida de la triste humanidad.

En el número de los últimos se encontraba Luisa. Obligada, por las circunstancias, á mostrar una alegría que estaba muy lejos de disfrutar, asomaba á sus labios una sonrisa melancólica y triste, como el sol cuando envuelto entre oscuras nubes, deja apenas percibir alguno de sus rayos que, sin fuerza y moribundo, lucha por rasgar las sombras húmedas que á su paso se oponen.

Colocado su corazón entre el sentimiento puro del amor y los sagrados deberes de esposa, sostenía una lucha superior á las fuerzas de una débil mujer.

Bailaba, y sus delicados piés se deslizaban por la floreada alfombra, pero su pensamiento estaba muy lejos de los lindes del adornado salón: puede decirse que, en aquel instante, el alma y el cuerpo se habían separado, y que mientras el primero cumplía como un autómatas con los fríos deberes de etiqueta y de la urbanidad, la segunda, mas noble, mas poderosa, mas in-

dependiente, seguía libremente los impulsos dictados por la naturaleza.

Una hora había trascurrido, y ni Enrique, ni Miguel, ni Fernando parecían.

Luisa, sentada siempre que acababa de bailar, enfrente á la puerta que conducía al corredor, tenía fijos los ojos en el punto por donde entrar debía alguna de las personas que impaciente esperaba.

De repente oyó pasos: fijó la vista en el corredor: vió adelantarse una sombra, y se estremeció en la silla. La sombra siguió avanzando, y al llegar á la puerta del salón, Luisa dejó escapar una exclamación de alegría al reconocer á Fernando.

Pero á aquel sentimiento de alegría, sucedió inmediatamente otro de terror. Para vivir su esposo era preciso que hubiera muerto Miguel.

Esta idea heló toda la sangre de Luisa: y ¡oh incomprensible arcano del corazón! así sintió que no fuera Miguel el que se presentara. . . .

Fernando, manifestó la mayor calma y serenidad, para no sorprender á Luisa y

provocar un conflicto que pudiera comprometerle; se acercó á ella, tomó asiento á su lado, y la dijo con cariño, pero de manera que nadie pudiera enterarse del asunto que trataban.

—¿Te has divertido?

—Muy poco; pero tú ¿dónde has estado?

Fernando conoció, por la manera con que fué hecha la pregunta, que su mujer le había visto hablar con Miguel; y juzgando que el mejor medio para desorientarla, era confesarle á medias la verdad, contestó sin que en su rostro se hubiese pintado la mas ligera alteracion.

—He estado con Miguel en el corredor.

—¿Con Miguel?

Exclamó Luisa que no esperaba tal respuesta.

—Sin duda: le encontré en esta sala, y solicité de él una explicacion que se apresuró á dármele en el acto.

—No te comprendo.

—Le mostré la carta que tanto me exaltó la noche que la encontré al pié de la ven-

tana, y le pregunté si era él quien la habia escrito.

—¡Dios mio!—exclamó Luisa perdiendo el color—¿y qué contestó?

—La verdad: que era su autor.

—¿Y despues?

—No te alteres ni alces la voz, que pueden oirnos.—Dijo Fernando sonriendo para que nadie llegase á sorpechar el asunto que trataba con su esposa, y tranquilizar á la vez á ésta.—Nada funesto ha pasado entre los dos. Me ha dado una satisfaccion completa, y he quedado tranquilo.

Luisa, que la palabra satisfaccion la tomó en su acepción pacífica, sintió aligerado su pecho del horrible peso que le oprimiera, volvió á su rostro el suave tinte de la rosa; miró á su esposo con el interes con que se vé á una persona que nos ha prestado un favor distinguido, y contestó:

—¿Quiere decir que te ha prometido no volver á dar margen á tus zelos que tanto mal me hicieron?

—Sí; ese ha sido el resultado.

—Me alegro infinito: así no volverás á

desgarrar mi corazón con injustas sospechas.

—Nunca, Luisa: ya te he dicho otras veces, que yo estaba loco cuando llegué á ofenderte.

—Tienes un corazón leal.

—Pero yo también tengo que cumplir una palabra dada á Miguel.

—¿Y qué palabra es esa?

—Le he prometido, en cambio de la promesa que hacia de no volverte á ver, ausentarnos de la capital esta misma noche.

—¡Esta noche!

—Ha sido nuestro convenio. Irémos á nuestra hacienda situada en la risueña margen de Chapala, y allí viviremos felices, sin mas cuidados que el de educar á nuestro querido hijo.

Aquella marcha repentina á una hora tan avanzada de la noche, volvió á despertar los celos de Luisa. Le pareció que, una salida hecha sin preparativos de ninguna clase, mas visos tenia de temerosa fuga, que de viaje. Fernando, que no perdía ni uno de

los movimientos de su esposa, leyó lo que pasaba en su corazón, y añadió:

—Con esto he querido, no solamente manifestar á Miguel mi gratitud, sino también librarme de un compromiso político.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Alguna conspiración?

—Sí....—contestó Fernando sin saber qué pretexto alega:—una conspiración contra.... Pero ya te lo contaré despues, porque aquí podría oírnos alguno y.... Precisamente va á tener lugar en una de las piezas interiores de esta casa la reunion, en cuanto termine el baile y se vayan los concurrentes.

—No te mezcles en nada, Fernando: salgamos ahora mismo: la política me asusta...

—También yo quiero despedirme de ella: tú y nuestro hijo seréis, desde hoy, el blanco de mis afanes.

—Vamos á la hora que quieras.

—Esperémos otro instante para no llamar la atención: veo que están anunciadas las *tagarotas*, y ya sabes que esta es la últi-

ma pieza de baile con que terminan las posadas.

—Bien; sea como tú dispones.

En aquel momento sonó la música, y se acercó á Luisa un joven.

—Vd. ha tenido la bondad de admitirme por compañero para bailar las cuadrillas *tagarotas*, y vengo á que engañe vd. la complacencia de salir.

—Con mucho gusto.

Y Luisa, apoyada en el brazo de su compañero, fué á colocarse entre el grupo de parejas que la esperaban.

Las *tagarotas* son unas cuadrillas ó rigodones, compuestos de sojecitos populares del país, piececitas ligeras y bulliciosas, como el Butaquito, el Atillero, el Cojo y los Enanos, en los cuales están obligados, todos los que bailan, á hacer lo que significa la música, encogiéndolas piernas en los Enanos para hacerse bajitos, cojeando en el Cojo &c., lo cual presta un rato de estrepitosa risa á la concurrencia.

Aquel, como el último momento de la diversion, era el mas animado, el de las

promesas de los jóvenes, el de los juramentos de amor. Todos se lamentaban de que las horas no tuviesen ciento veinte minutos, excepto Luisa y Fernando que, dominados de alarmantes ideas, creían que los minutos tenían entonces ciento veinte horas.

Tal es el mundo: mientras unos quisieran detener el vuelo rápido del tiempo y que plegase sus alas para que no tuviesen término las dichas, otros maldicen la torpeza con que mueve sus alas, que las pliega para detenerse á contemplar las desventuras y las lágrimas de los desgraciados. Y ¡cuántos de éstos robándole sus derechos, anticipan su carrera, poniendo término á sus días, sin advertir que donde creen que acaba con el suicidio el tiempo de sus penas, comienza una eternidad de tormentos!

El momento, tan sentido por los que se divierten, como deseado por Fernando, llegó al fin; los músicos acabaron de tocar; los convidados se despidieron hasta la siguiente noche, y Luisa y su esposo se dirijieron á casa para disponer el coche y emprender su viaje.

Una hora después, un carruaje, tirado por cuatro caballos y con cuatro personas dentro, salía por una de las puertas de la ciudad.

En él iban Luisa, Fernando, su hijo Juanito y la criada Juana que tanto amaba á su señora.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

CAP. XIV.—	208
CAP. XV.—	208
CAP. XVI.—	208
CAP. XVII.—	208
CAP. XVIII.—	208
CAP. XIX.—	208
CAP. XX.—	208
CAP. XXI.—	208
INDICE	
DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL	
PRIMER TOMO.	
CAP. I.—	11
<i>Situación en que se encuentra</i>	
<i>la Méjico en la época en que da prin-</i>	
<i>cipio nuestra historia.....</i>	
CAP. II.—	17
<i>Amor y deber.....</i>	
CAP. III.—	33
<i>Una visita.....</i>	
CAP. IV.—	46
<i>Proyectos y temores.....</i>	
CAP. V.—	56
<i>La carta.....</i>	
CAP. VI.—	76
<i>Inquietudes y esperanzas...</i>	
CAP. VII.—	96
<i>Fernando y Luisa.....</i>	
CAP. VIII.—	118
<i>El capitán Rossi.....</i>	
CAP. IX.—	131
<i>A río revuelto.....</i>	
CAP. X.—	153
<i>El ángel y el demonio.....</i>	
CAP. XI.—	173
<i>El ama y la criada.....</i>	
CAP. XII.—	191
<i>Temores de una separación.</i>	
CAP. XIII.—	208
<i>Quien bien te quiere te ha-</i>	
<i>rá llorar.....</i>	

Una hora después, un carruaje, tirado por cuatro caballos y con cuatro personas dentro, salía por una de las puertas de la ciudad.

En él iban Luisa, Fernando, su hijo Juanito y la criada Juana que tanto amaba á su señora.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

CAP. XIV.—	208
CAP. XV.—	208
CAP. XVI.—	208
CAP. XVII.—	208
CAP. XVIII.—	208
CAP. XIX.—	208
CAP. XX.—	208
CAP. XXI.—	208
INDICE		
DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL		
PRIMER TOMO.		
CAP. I.—	<i>Situación en que se encuentra</i>	
	<i>la Méjico en la época en que da prin-</i>	
	<i>cipio nuestra historia.....</i>	11
CAP. II.—	<i>Amor y deber.....</i>	17
CAP. III.—	<i>Una visita.....</i>	33
CAP. IV.—	<i>Proyectos y temores.....</i>	46
CAP. V.—	<i>La carta.....</i>	56
CAP. VI.—	<i>Inquietudes y esperanzas... ..</i>	76
CAP. VII.—	<i>Fernando y Luisa.....</i>	96
CAP. VIII.—	<i>El capitán Rossi.....</i>	118
CAP. IX.—	<i>A río revuelto.....</i>	131
CAP. X.—	<i>El ángel y el demonio.....</i>	153
CAP. XI.—	<i>El ama y la criada.....</i>	173
CAP. XII.—	<i>Temores de una separación.....</i>	191
CAP. XIII.—	<i>Quien bien te quiere te ha-</i>	
	<i>rá llorar.....</i>	208

CAP. XIV.— <i>Pagar sin deber</i>	229
CAP. XV.— <i>Un día de campo en Chalultepec</i>	266
CAP. XVI.— <i>Los dos amigos</i>	304
CAP. XVII.— <i>El secreto</i>	315
CAP. XVIII.— <i>El grito de la conciencia</i>	336
CAP. XIX.— <i>Cuidados y lágrimas</i>	355
CAP. XX.— <i>Quien se mete a redentor</i> ..	366
CAP. XXI.— <i>Temores</i>	386
CAP. XXII.— <i>Las posadas</i>	401
CAP. XXIII.— <i>El baile de posadas</i> ...	421
CAP. XXIV.— <i>Un desafío</i>	438
CAP. XXV.— <i>El viaje</i>	444

ERRATAS MUY NOTABLES.

En la página 28, línea 18 dice: *acueducto*, y al ver que no estaba, &c. léase: *acueducto* en que había permanecido el embozado, y al ver que no estaba, etc.

Pág. 29, lín. 11, dice: *Y escusada*, léase: *Y escudada*.

Pág. 32, lín. 6, dice: *estado embozado*, léase: *Estado el embozado*.

Pág. 35, lín. 15, dice: *como los*, léase: *Como realza los*.

Pág. 38, lín. 22, dice: *era Virgen*, léase: *Era la Virgen*.

Pág. 48, lín. 3, dice: *Vestia éste también último de paisano*, léase: *Vestia también éste último de paisano*.

Pág. 51, lín. 19, dice: *asombrados, aplicaron el oído*, léase: *Asombrados, y aplicaron ect.*

Pág. 54, lín. 23, dice: *dos hacia aquí*, léase: *solo hacía aquí*.

Pág. 64, lín. última, dice: *A la lucha que en*, léase: *A la lucha en que*.

Pág. 85, lín. 7, dice: *al toque*, léase: *el toque*.

Pág. 85, lín. 10, dice: *á la voz de parlamento*, léase: *y á la voz de parlamento*.

Pág. 87, lín. 4, dice: *para dejarse arrastrar*, léase: *para no dejarse etc.*

Pág. 87, lín. 8, dice: *en el pecho; se dirijieron*, léase: *en el pecho; y se etc.*

Pág. 108, lín. 17, dice: *adquiriendo un timbre*, léase: *adquiriendo un tinte*.

Pág. 126, lín. 11, dice: *indepencia*, léase: *independencia*.

Pág. 196, lín. 2, dice: *se levan*, léase: *se elevan*.

Pág. 206, lín. 10, dice: *querida hermana, el que amo*, léase: *querida hermana; felicidad que amo*.

Pág. 217, lín. 17, dice: *Edimion*, léase: Endimion.

Pág. 232, lín. 17, dice: *labrar un fanesto*, léase: labrar un modesto.

Pág. 232, lín. 20, dice: *amenazado de su*, léase: amenazado de un.

Pág. 235, líns. 12 y 13, dice: *los nobles coraxones*, léase: el noble coraxon.

Pág. 247, lín. 14, dice: *que persigue*, léase: que me persigue.

Pág. 273, lín. 6, dice: *venerado*, léase: venerando.

Pág. 279, lín. 15, dice: *los séras*, léase: dos séras.

Pág. 287, lín. 20, dice: *cada palabra de Miguel*, cada palabra que Miguel.

Pág. 288, lín. 8, dice: *un mar sin calma*, léase: un mar en calma.

Pág. 319, lín. 7, dice: *necesitaba*, léase: necesitado.

Pág. 328, líns. 9 y 10, dice: *y alzar los ojos*, léase: y alisar los ojos.

Pág. 367, lín. 24, dice: *la cera*, léase: la acera.

Pág. 417, lín. 18, dice: *Aunque virtud nos sobre*, léase: Aunque amor nos sobre.

Pág. 425, lín. 3, dice: *arcatraces*, léase: alcatraces.

Pág. 426, lín. 9, dice: *varias jóvenes*, léase: varios jóvenes.

Pág. 435, lín. 2, dice: *abrumada*, léase: abrumado.

Pág. 444, lín. 24, dice: *de stiqueta*, léase: de la stiqueta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

